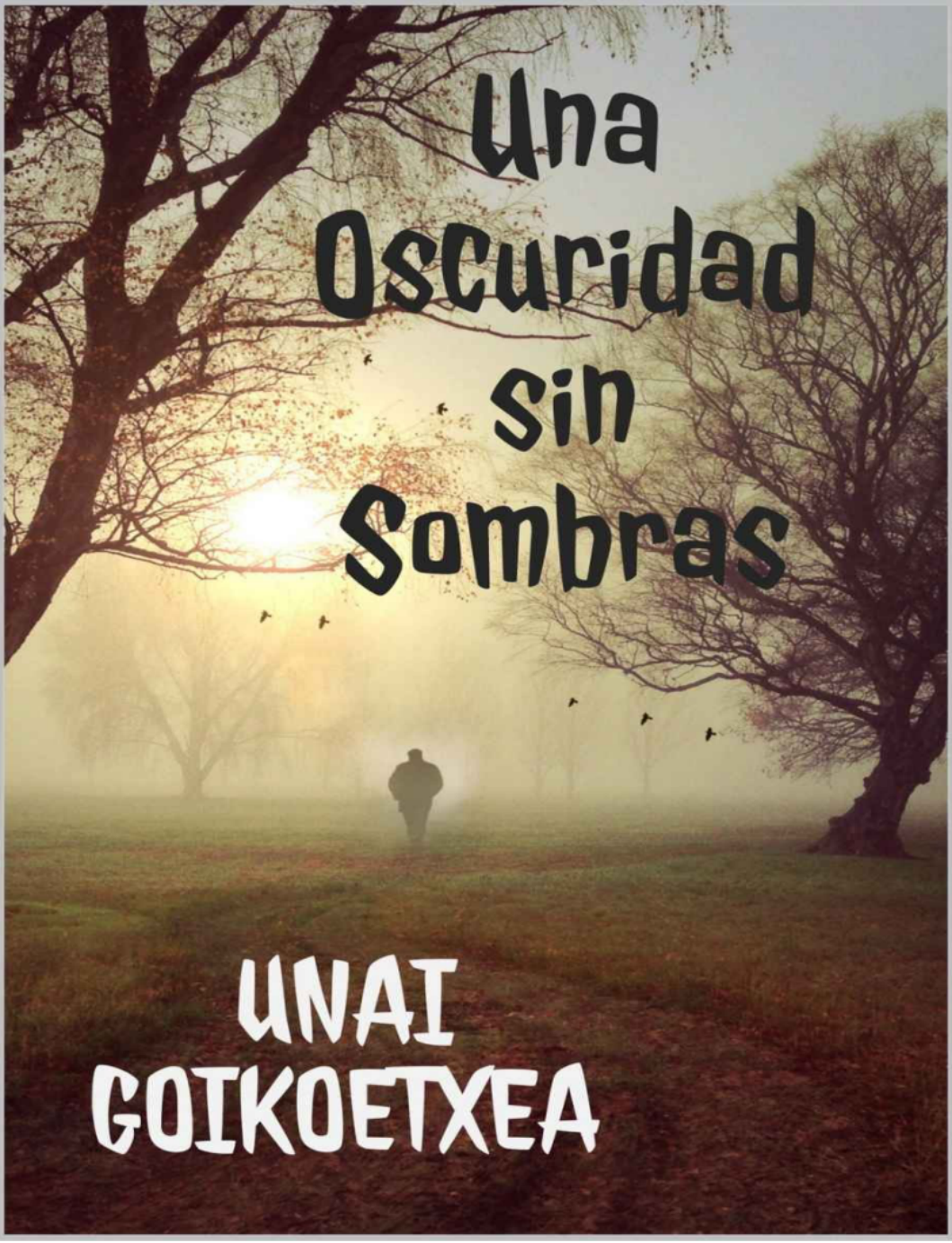
Una
Oscuridad
sin
Sombras
UNAI
GOIKOETXEA

Una oscuridad sin sombras

(Ander Crespo 2)

UNAI GOIKOETXEA

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia

Copyright © 2023 Unai Goikoetxea
Todos los derechos reservados.
e-mail: **unaigoiko74@gmail.com**
Página Facebook: **https://www.facebook.com/profile.php?id=100082899036705**

Para Olaia,

El tesón y el esfuerzo te llevarán adónde pocos creían que llegarías. Seremos el aire que te impulse hasta que tus alas batan por sí solas.

“La desdicha es diversa. La desgracia cunde multiforme sobre la tierra. Desplegada sobre el ancho horizonte como el arco iris, sus colores son tan variados como los de éste y también tan distintos y tan íntimamente unidos. ¡Desplegada sobre el ancho horizonte como el arco iris! ¿Cómo es que de la belleza ha derivado un tipo de fealdad; de la alianza y la paz un símil del dolor? Pero, así como en la ética el mal es una consecuencia del bien, así, en realidad, de la alegría nace la pena. O la memoria de la pasada beatitud es la angustia de hoy, o las agonías que son se originan en los éxtasis que pudieron haber sido.”

Berenice (Edgar Allan Poe)

Capítulo 1

Suspiró profundo y percibió de nuevo el aroma familiar de la pérdida. Una esencia que no lo abandonaba desde hacía tres años. Todo por un error, por una indecisión. Había elegido el camino equivocado y ya no hubo vuelta atrás.

Iban Arregui rellenó su vaso de whisky hasta el borde. Lo tomó con dedos temblorosos y volcó el contenido en el fondo de su garganta. Su cabeza retumbaba como la caja de resonancia de un tambor apache. Trató de aflojar la intensidad del martilleo masajeándose las sienes. Un ejercicio inútil, otro más a sumar a su larga lista de fracasos. Se desabrochó los dos primeros botones de la camisa y acomodó el faldón por encima de sus ajados pantalones vaqueros.

Esos últimos años, su vida había consistido en un continuo e imparable descenso a los infiernos. La muerte de aquella chica en Mungia le había provocado una herida que no cicatrizaba. Una herida que todos habían intentado ayudar a sanar; sus compañeros y Nekane, la mujer que tanto lo amaba. Una mujer de una paciencia que creía infinita, hasta que su actitud y su desconexión con la realidad la empujaron a abandonarlo entre lágrimas. Atrás quedó él, sumido en el vacío de la culpa irreparable.

Arregui era consciente de que su vida hasta entonces no había sido más que una sucesión de encrucijadas, de tomar decisiones en tan poco tiempo y de un modo tan precipitado que, al final, lo más sencillo siempre era no hacer nada. Quedarse quieto.

Como había sucedido en el cobertizo de Gálvez.

Retenía frescos en su memoria los gemidos de la pobre chica que, amordazada, trataba de llamar su atención. Jamás podría quitarse de la cabeza esa sensación de angustia que transmitían sus gritos amortiguados ni el pavor cincelado en sus ojos. No le importaba lo que le dijeran sus compañeros. Pudo haber hecho más. Mucho más. Pudo haber disparado al candado que cerraba la puerta, aunque eso hubiese supuesto revelar la posición de sus compañeros en el chalé de Gálvez. Pero no lo hizo. Se limitó a esperar, y esa decisión causó la muerte de una joven inocente.

Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza, tratando de alejar esa imagen de su mente, aunque era inútil. Deslizó el vaso sobre la mesa y avanzó por un pasillo sin iluminar. Entró en el baño. El espejo le

devolvió la imagen de una sombra de lo que un día fue. Sonrió con amargura y abrió la puerta del armario. Tomó un pequeño bote de pastillas y las hizo sonar. Quedaban pocas. Ahuecó la palma de la mano y volcó el contenido. Cuatro pastillas azules cubrieron la línea de la vida. Volvió a sonreír. El destino no paraba de hacerle guiños. Sin pensárselo dos veces, se tragó las anfetaminas de golpe.

Arregui sabía que se acercaba al fondo del pozo, pero ni quería ni podía mirar hacia atrás. Anticipaba el momento del impacto fatal, el golpe de gracia; ese instante anhelado en el que se sentiría vivo otra vez. Libre al fin.

Regresó al salón, apuró otro vaso de whisky, se limpió los labios con el dorso de la mano y sacó su Heckler & Koch de nueve milímetros del cajón de la cómoda. Se la colocó entre la espalda y el pantalón, oculta bajo la camisa. El frío tacto del cañón en su piel le insufló confianza y determinación. Salió de casa.

Había llegado el día de cobrarse las deudas.

Tenía cuentas que saldar.

Capítulo 2

Había refrescado. Tras semanas padeciendo un calor inusual en Bilbao, la climatología al fin había sido piadosa y obsequiaba a la capital vizcaína con un día nublado de temperatura agradable. Ander lo aprovechó para darse un paseo hasta la residencia de la Santa y Real Casa de La Misericordia, más conocida como La Misericordia, donde, desde hacía un año, residía su padre, aquejado de alzhéimer.

Carmelo fue diagnosticado de un estadio temprano de esa enfermedad tres años atrás, en el tiempo en el que Ander, y el resto del Grupo 4 de homicidios de la Ertzaintza, se entregaba en cuerpo y alma a tratar de detener a H9, un sádico asesino que había sembrado Bilbao de cadáveres e inoculado el miedo en los corazones de sus habitantes. La enfermedad se había manifestado en forma de pérdidas de memoria, de ausencias. Aparentemente nada grave; sin embargo, la semilla estaba sembrada y comenzaba a germinar.

El hallazgo del cadáver de su hija Enara, desaparecida en 1999 sin dejar rastro, fue un duro golpe que solo contuvo de cara a la galería para no preocupar a Ander. Pero, en su fuero interno, el alma de Carmelo colapsaba en pedazos. Con el transcurso del tiempo, las ausencias fueron cada vez más frecuentes y los olvidos más notorios. En ese momento, Ander decidió contratar a una persona para atender a su padre las horas que él no podía hacerlo por motivos de trabajo.

Fueron meses durísimos en los que Ander fue testigo de la pérdida de contacto con la realidad que sufría su padre de un modo lento pero constante. Al final, acabó por no reconocer a nadie. El cerebro había borrado, de un modo cruel, todo recuerdo de aquellos que más lo querían. Ander tomó la determinación de ingresarlo en una residencia de ancianos, donde le garantizarían una asistencia adecuada. Esa residencia era, precisamente, La Misericordia de Bilbao.

Accedió al vestíbulo de la imponente mole de cuatro alturas de arquitectura decimonónica y se dirigió hacia una enfermera. Su padre lo aguardaba fuera, en el jardín trasero. Allí se encontraba Carmelo, con las piernas cruzadas y ambas manos reposando sobre sus rodillas, sentado en un banco de madera cercano a un parterre cuidado con esmero. Su vista vagaba por los hilillos de agua que manaban de una fuente ornamental que presidía ese rincón de la arboleda.

Ander hizo un gesto con la cabeza al sanitario que acompañaba a

su padre, quien, tras despedirse de Carmelo, los dejó solos.

—Hola, aita[1]. —Ander se sentó junto a su padre—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

El hombre lo miró con unos ojos carentes de expresión. No lo reconoció.

—Muy bien, gracias.

Una punzada de angustia recurrente contrajo las entrañas de Ander. No importaba las ocasiones en las que se repitiera esa situación; esos ojos vacuos de discernimiento de su padre siempre le helaban el alma. Suspiró y trató de alejar la pena de su semblante.

—¿Aún no sabes quién soy? —Ander lo ayudó a incorporarse con delicadeza y le tendió el brazo para que lo aferrara mientras caminaban juntos.

Carmelo lo miró fijamente y luego su atención se diluyó por los alrededores del jardín, hasta que su vista se perdió en la frondosa copa de un roble centenario.

—Sí —dijo con voz ronca—. Eres el que se fue a la guerra de Irak.

—¿Ya estamos con eso otra vez, aita? —Ander negó con la cabeza.

Por algún tipo de asociación que Ander desconocía, desde hacía dos semanas a su padre se le había metido entre ceja y ceja ese cuento de la guerra de Irak, y no había manera de quitárselo de la cabeza. Le resultaba paradójico comprobar que no recordaba a su hijo, pero sí la maldita guerra de Irak.

—Está bien, aita, olvídalo.

Ander observó a su padre con disimulo. Tenía buen aspecto. No había perdido peso en el tiempo que llevaba ingresado en la residencia. Su vestimenta siempre estaba impecable. Iba hecho un pincel. La fachada lucía majestuosa, pero, por desgracia, no se podía decir lo mismo del interior.

Avanzaron por el camino que atravesaba el jardín, cada uno sumido en sus pensamientos. Carmelo se aferraba con fuerza al brazo de su hijo y avanzaba con paso lento pero decidido. Pronto llegaron a la hilera de árboles que representaban el linde con la vecina avenida de Sabino Arana, una de las arterias más transitadas de la villa. Era el rincón favorito de Ander. La frontera entre el caos y el orden, el silencio del recogimiento de la residencia y el ruido de cientos de vehículos. Cerró los ojos y aspiró el aroma del césped recién cortado. Los abrió de nuevo y sujetó a su padre por los hombros.

—Te quiero, aita —le dijo mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

Carmelo sonrió, asintió y dirigió su atención a la punta de sus zapatos, como hacen los niños pequeños cuando no pueden ocultar la vergüenza. Ander volvió a agarrarle el brazo y emprendieron el camino de vuelta.

—Por cierto, antes de que se me olvide. Txus Landabaso me ha dado recuerdos de su parte y del resto de la cuadrilla de chiquiteros. Me pidió que te comentara que los chiquitos sin ti le saben a vino aguado. —Ander hizo una pausa para ver si el comentario había causado algún tipo de reacción en su padre. Al comprobar que no era así, prosiguió con la conversación—. Tampoco me puedo marchar sin darte recuerdos de Amaia. Tu nieta quiere que sepas que está cuidando muy bien de tu casa. Que ha acondicionado una de las habitaciones como sala de estudio y que le va a venir muy bien en su segundo año de carrera.

Carmelo asentía sin levantar la vista. Cuando estaban a punto de entrar en el edificio se detuvo y adoptó una expresión seria, reflexiva.

—Ayer vino a visitarme Bego.

Ander contuvo la respiración durante un instante. Bego era su madre. La misma que un día desapareció cuando él era un adolescente y su hermana Enara una niña. Se fue sin dejar nota alguna de despedida. Nunca supieron más de ella.

Ander tenía grabada a fuego en su memoria la tarde en la que se fue. Él la había visto desde su ventana en el momento anterior a adentrarse en el bosque lindante con el caserío de Atxondo en el que residían. Su madre se giró antes de buscar el abrigo de los árboles y lo miró durante unos segundos desde la lejanía. Después se volvió y penetró en la oscuridad del robledal. Habían transcurrido más de cuarenta años desde entonces.

Durante mucho tiempo, ese había sido un tema tabú para su padre. Estaba claro que comenzaba a mezclar los sueños con la realidad.

—Eso que me dices es imposible, aita. Sabes que ama[2] se marchó para no volver. Así ha sido los últimos cuarenta años. ¿Por qué iban a cambiar las cosas ahora? ¿Porque estás enfermo? ¿Acaso no lo pasamos peor cuando desapareció Enara? Y, la verdad, no recuerdo que entonces ella apareciera como el ángel de la guarda —soltó Ander con el gesto desencajado.

Carmelo se encogió de hombros y subió los peldaños de acceso al edificio.

—Vino cuando todos se habían acostado. Me dio un beso en la mejilla y se marchó —dijo con la voz amortiguada por la emoción.

Ander le atajó el camino y se puso delante de él.

—Hay una forma sencilla de comprobar si lo que afirmas es cierto, aita. Verificaré el registro de visitas y te demostraré que lo que dices no tiene ningún sentido. Ama no volverá jamás. Es como si hubiera muerto.

Carmelo lo miró fijamente y, por un instante, a Ander le pareció apreciar un ligero brillo de entendimiento en esos ojos. Pero su padre volvió a hacer ese gesto de encogimiento de hombros que comenzaba

a sacarle de quicio.

—Como quieras —dijo mientras le daba una palmada en la espalda y subía las escaleras que conducían a la planta en la que estaba su habitación—. Gracias por la visita. Me voy a echar un poco en la cama.

Ander vio a su padre subir las escaleras y desaparecer en el rellano del que partía el corredor que llevaba a su habitación. Respiró varias veces profundamente y, poco a poco, logró liberar el ceño fruncido y esa sensación de tensión que lo agarrotaba. Una vez recuperada la compostura, alisó su camisa y se dirigió hacia la recepción del centro.

No había mucha gente en el vestíbulo de la residencia. Algo bastante comprensible teniendo en cuenta que estaban a mediados de agosto. Algunas familias se habían llevado a sus parientes con ellos a las casas estivales o, simplemente, habían avisado de que no pasarían hasta la vuelta de sus vacaciones. Ander entendía que, de haber aparecido a altas horas de la tarde alguna visita, la persona encargada se habría percatado de ello.

La recepción consistía en un largo mostrador coronado por una mampara de metacrilato —vestigio inequívoco de los tiempos de aislamiento por el covid— y en un tresillo ubicado a dos metros del mostrador. Detrás de este, una mujer vestida con el uniforme del centro, de complexión tan marmórea como el pavimento del edificio y que transmitía la misma calidez, se afanaba con un documento que Ander no podía ver desde su posición. Intuyó que se trataría bien de un temario de oposición o bien de un sudoku. Por la expresión de concentración de la mujer, Ander dedujo que sería la segunda opción.

—Buenos días, señorita. Perdone si la molesto. Soy el hijo de Carmelo Crespo, de la habitación ciento cinco. Me gustaría saber si mi padre tuvo alguna visita durante el día de ayer.

La mujer elevó la vista y dibujó un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Caballero, ¿me podría mostrar su DNI?

—Por supuesto. —Ander le pasó el documento.

La recepcionista miró con atención los datos del reverso y le devolvió el DNI a Ander. Luego se agachó y sacó una libreta gruesa de lomos de cuero.

—Veamos, lunes quince de agosto. —Su dedo resiguió las anotaciones de la página hasta llegar al espacio en blanco que marcaba su fin—. Pues no, señor Crespo. Su padre no tuvo ninguna visita ayer. Hoy, sin embargo, sí. Ha venido usted —concluyó con una sonrisa de oreja a oreja que casi agrietó sus labios.

—Claro, señorita. Gracias por recordarme que, efectivamente, estoy aquí —dijo Ander sin ninguna intención de ser diplomático—. De todos modos, ¿cabe la posibilidad de que alguna visita entre en la residencia sin ser anotada en el registro?

La mujer se encogió de hombros.

—Ayer estuve yo todo el día. Apenas vino nadie y, a quien vino, lo apunté aquí. —Golpeó el cuaderno con el dedo índice.

—Está bien. Pero hágame un favor. Si ve que una mujer de avanzada edad viene a visitar a mi padre, llámeme a este número a cualquier hora del día —dijo Ander y le tendió una de sus tarjetas.

—Descuide. Así lo hare.

Ander abandonó la residencia desconcertado. Aunque no tenía tiempo para lamentarse, llegaba tarde a la cita con su hija.

Capítulo 3

El cielo se había teñido de gris. Mostraba nubarrones preñados de agua que, haciendo gala de cierto remilgo, parecían negarse a arrojar su tan necesitado contenido sobre el suelo de la ciudad. Ander apuró la marcha y, en escasos diez minutos, atravesó el vano del asador de Zugastinobia, en el que acostumbraba a almorzar una vez a la semana con su hija.

Amaia estaba sentada a la mesa situada junto a la gran cristalera del local. Desde allí no había detalle que se le pudiera escapar. Ander sonrió para sus adentros. Era digna hija suya.

—Llegas tarde, aita —dijo Amaia tras darle dos besos.

—Sí, lo sé. Me he entretenido un poco en la residencia con aitite[3].

Tomó asiento frente a su hija. Realizó un rápido barrido del local, un salón diáfano que albergaba media docena de mesas, la mitad de las cuales estaban vacías. Junto a la suya, una pareja de ancianos masticaba con parsimonia un chuletón, sin mediar palabra entre ellos ni levantar la vista del plato. Al fondo del comedor, otra pareja con dos niños pequeños hacía lo imposible por convertir ese momento de estrés máximo en un acto lúdico y entretenido. Unos héroes.

—¿Está todo a tu gusto, aita? —Amaia inclinó la cabeza a un lado y frunció los labios.

—La verdad es que ni he mirado la carta aún —se excusó Ander y tomó apresuradamente el menú que había sobre la mesa.

Amaia negó con la cabeza y sonrió.

—No me refería a eso, sino a los presentes en el restaurante. —Describió un amplio arco con su brazo—. Por cierto, me he tomado la libertad de elegir por ti. Menestra de verduras y lubina a la plancha. Es hora de ir bajando los kilitos de más.

Ander se recostó en la silla y miró a su hija con cara de asombro.

—Vaya, no se te escapa una. No son más que un par de kilos que se me han apalancado en la barriga. El esguince de tobillo me ha tenido un mes parado. Pero no hay que obsesionarse, hija. Esta misma semana vuelvo a mi rutina de ejercicios.

—Claro, aita —dijo ella con una media sonrisa burlona—. Pero no lo pospongas. Recuerda que has cumplido cincuenta y dos años. Tienes que cuidarte.

—No te preocupes por mí —dijo Ander con brusquedad para

zanjar esa conversación—. Por cierto, ¿ya tienes todo organizado para el inicio del curso? Segundo te resultará más difícil que primero.

Amaia había comenzado a estudiar el año anterior el doble grado de Administración de Empresas y Derecho en la Universidad de Deusto. Era una estudiante brillante, siempre lo había sido.

—Las clases no empiezan hasta finales de septiembre, aita. Ahora mismo me estoy preparando para las fiestas de Bilbao, que están a la vuelta de la esquina. Estamos planeando varias quedadas.

—Ya conoces mi máxima. No rompas nada que no puedas pagar. Menos aún en casa de aitite, ¿de acuerdo? —Ander le hizo un gesto de advertencia con el dedo índice—. Puedes llevar a tus amigas, pero no montéis ningún follón ni hagáis ruido a altas horas de la noche. No me gustaría tener que detener a mi propia hija por alteración del orden público.

—Muy gracioso, aita. —Amaia le propinó un pequeño puñetazo en el hombro.

—Por cierto, ¿qué tal te va con ese amigo especial que tienes? Con el chico de Gatika.

Su hija lo miró con rictus serio. Su sonrisa se había borrado de súbito.

—Se llama Oier —articuló marcadamente el nombre del chico—. Y, aita, yo jamás te he contado que viva en Gatika.

Ander aprovechó la providencial llegada de los primeros platos para eludir la mirada preñada de reproches de su hija.

—¡Qué buena pinta tiene esta menestra! Y qué decir de tu paella, ¡fabulosa! Gracias, Pedro —dijo y le palmeó la espalda al camarero.

—¿Cómo has podido? —dijo Amaia cuando estuvieron solos.

Ander adoptó una actitud seria. Tomó las manos de su hija y la miró directamente a los ojos humedecidos.

—Mira, Amaia. He perdido casi todo lo que he querido en esta vida. No pienso permitir que me vuelva a suceder contigo. Todos los que se acerquen a ti tendrán que pasar el filtro Crespo. Así de simple. Entiendo que sientas que estoy invadiendo tu intimidad, pero solo te pido un favor: aplaza el juicio hasta el día en que seas madre. Quizás entonces veas las cosas de un modo diferente. Con otra perspectiva.

La atmósfera del local se cargó con las vaharadas que emanaban de las parrillas de la cocina y con la irrupción de un nuevo grupo de comensales que entraron en animada conversación.

Amaia libraba una lucha interna en medio de ese ambiente. Al principio negaba con la cabeza, mientras un par de lagrimones se escurrían por su tez morena. Finalmente, apretó con fuerza las manos de su padre y asintió en silencio.

—Está bien, aita. Te entiendo. —Se secó con el dorso de la mano los surcos dejados por las lágrimas.

—Gracias, laztana[4] —dijo Ander aliviado.

No volvieron a cruzar palabra hasta que terminaron el primer plato. El murmullo continuo que se había instaurado en el restaurante con la llegada de los nuevos clientes aflojó la opresiva mano del silencio.

—¿Has buscado si tenía antecedentes? —Al ver que su padre asentía, continuó preguntando—. ¿Deudas con el fisco o la Seguridad Social? ¿Multas por pagar? ¿Me he dejado algo en el tintero?

—Creo que nada, hija. La verdad es que valdrías para nuestro oficio —dijo Ander con una sonrisa forzada.

—Vamos, aita, desembucha. ¿Qué más? —Amaia bajó la voz para que nadie, aparte de su padre, la escuchara—. Me lo debes.

Ander se limpió la comisura de los labios con la servilleta, la dobló y la volvió a apoyar sobre la mesa.

—Lo habitual en estos casos, laztana. Quizás también solicité el Certificado de Delitos de Naturaleza Sexual suyo y de su familia, aunque no lo sé, pido tantos al cabo del día que a veces me lío.

—¿Y bien? ¿Está limpio, sabueso? —preguntó Amaia.

—Sí, por el momento no ha hecho nada malo. Al menos, nada que deje constancia. —Enarcó las cejas.

—Mira, aita, no sé si lo mío con Oier va en serio o no. Pero te garantizo que, de ser así, no te lo pienso presentar hasta el mismo día de la boda. No quiero que salga huyendo despavorido.

En ese instante apareció Pedro acarreando dos platos humeantes. La lubina de Ander, que emanaba un delicioso aroma a refrito recién vertido, y las chuletillas de cordero con guarnición que había pedido Amaia. Ambos se lanzaron sobre los platos sin más preámbulos.

—Por cierto, aita, ¿qué tal está aitite? ¿Aún se refiere a ti como el de la guerra de Irak? —preguntó Amaia sofocando la risa.

—Sí, me debe ver cara de marine. —Ander trató de distender el ambiente. No quería preocupar en exceso a su hija.

—Aitite es la bomba. Bueno, al menos tiene buen aspecto. Quizás con el tiempo y los nuevos fármacos logre recordar quiénes somos.

—Ojalá sea así, laztana. —Ander apartó con cuidado la espina central del pescado—. La aparición de Enara supuso un golpe muy duro para él. Aceleró el proceso del alzhéimer.

—Pero lograsteis descubrir qué le pasó a la tía Enara y, encima, los responsables de su muerte pagaron por ello —dijo Amaia blandiendo el cuchillo a media altura.

A Ander le vino a la mente la imagen del cadáver calcinado de Astrid Nilsson bajo los reflejos iridiscentes de la aurora boreal. Sí, los responsables de la muerte de Enara habían pagado por sus pecados, aunque no gracias a Ander o a su equipo, sino gracias a Lucas Jauregui, el hijo maldito de Astrid, que culminó una venganza

tramada durante los largos años de prisión a los que fue injustamente condenado. La verdad salió a la luz. Pero para ello se vertieron muchos litros de sangre. Muchos murieron. Otros quedaron dañados irreparablemente, como Carmelo o Iban Arregui, que no volvieron a ser los mismos.

—No todos pagaron. —Ander se acercó a su hija—. Hubo uno al que no pudimos identificar. El autor material de las muertes de las chicas de Carranza. Aquel a quien Lucas Jauregui llamó Anu.

Amaia se secó los dedos impregnados de la grasa de las chuletillas de cordero y también se pasó la servilleta por los labios.

—¿Y no se encontraron más pistas en la casa de Mungia?

Amaia se refería a la casa de Gálvez, director de la clínica Salud Bilbao y uno de los implicados en los asesinatos de las chicas de Carranza, quien, una vez Astrid hubo abandonado Euskadi, continuó con los sacrificios de muchachas en su chalé de Mungia.

—Aparecieron diecinueve cadáveres enterrados junto al bosque. Mujeres jóvenes sin identificar. El inspector Rosales, que fue el que estuvo al mando del caso, concluyó que Gálvez había sido el único responsable de las muertes. Tenía a su culpable bajo tierra y las pruebas eran irrefutables. Caso cerrado.

—Pero es imposible que él hubiera podido organizarlo todo solo, ¿no crees?

—Por supuesto. Lo sé. Nosotros vimos a otras dos personas abandonar el chalé de Gálvez la noche en la que murió. Una de ellas estaba armada. Es lógico pensar que ellos también estuvieran implicados. Pero, como te he dicho antes, el caso era de Rosales y lo cerró en falso. Se apuntó un tanto y medró. Ahora está en la Comisaría Central de Erandio, al mando de su propio grupo de homicidios.

—Vaya. ¿Así es cómo funciona la Ertzaintza? —preguntó Amaia.

—Me temo que, en ocasiones, sí. —Ander miró el reloj—. Oye, Amaia, si no te importa, hoy nos saltamos el postre. Tengo que estar en la comisaría en media hora. Se me ha hecho tarde.

—Tranquilo, aita, márchate cuando quieras. —Amaia alzó la mano para que Pedro acudiera con la cuenta.

Ander acompañó a su hija hasta el portal de la casa de su padre y se despidió de ella con un fuerte abrazo.

—Nunca olvides que te quiero, laztana —dijo Ander agarrándola de los hombros.

—Jamás, aita. —Amaia se fundió en un sentido abrazo con su padre.

Capítulo 4

Julián Márquez apuraba el primer café diurno recostado contra la puerta de su coche patrulla de la policía municipal de Bilbao. Su compañero y él casi habían completado el turno de noche. Aprovechaban ese momento de relax para sacudirse el estrés de las horas de patrulla. Contemplaban el despertar de la ciudad y dejaban que la brisa matinal insuflase aire nuevo en sus pulmones. Las noches eran sinónimo de marrones, de peleas domésticas, de actos vandálicos, de hurtos, de reyertas y demás lindezas. Era como si todos los delincuentes recargaran las pilas durante el día para golpear con más fuerza al caer la noche. Agotador. Más aún sabiendo, como ellos bien sabían, que los detenidos saldrían a la calle al poco de ser llevados a la comisaría. Frustrante, aunque poco o nada podían hacer al respecto, más que cumplir con la tarea que se les había encomendado.

Allí se encontraban los dos, apoyados uno junto al otro en el coche patrulla y presenciando en silencio el amanecer del barrio bilbaíno de San Adrián. Los primeros rayos del alba habían dado la bienvenida a los estorninos y los gorriones, que rasgaron el silencio con sus cánticos alegres y sus gorjeos constantes.

—Como siempre, fantástico el café de Yoli. Suerte que abra tan temprano el bar —dijo Julián.

Se apartó del coche y tiró el vaso en una papelera cercana. Lanzó el recipiente vacío como si de un jugador de baloncesto se tratara y, en ese instante, captó a lo lejos algo que llamó su atención. Varias calles más arriba, una patrulla de la Ertzaintza bloqueaba el acceso a un callejón del barrio que Julián conocía muy bien. Habían recibido innumerables quejas por parte de los vecinos por su uso como escombrera ocasional.

—Eh, Luis —se dirigió a su compañero—, parece que ahí arriba ha llegado el séptimo de caballería. Veamos qué se traen entre manos.

—¿Ahora? Pero si casi ha terminado nuestro turno.

—No seas vago. ¿No tienes curiosidad? Pues yo sí —dijo ante el gesto negativo de su compañero.

Subieron al coche y serpentearon entre calles hasta aparcarlo junto al coche patrulla de la Ertzaintza. Se bajaron y entraron en el callejón.

El lugar era un auténtico desguace, un cementerio de cacharros y utensilios inservibles que la gente abandonaba allí en vez de llevarlos

al punto de reciclaje más cercano. El ser humano y su afán por ser incívico. La mera existencia de una chatarrera como esa servía como recordatorio de que había personas a las que cumplir con las normas sociales les parecía un acto grosero. Cuánto mejor ser unos marranos haciendo uso de su libre albedrío.

Al fondo del callejón, dos ertzainas inspeccionaban a un hombre que se encontraba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una lavadora oxidada.

—Avisa a la comisaría, Luis. —Le hizo un gesto con la cabeza para que fuese al coche. Este obedeció y Julián continuó avanzando hasta el fondo del callejón—. Hola, compañeros —dijo el municipal acercándose a los ertzainas—. ¿Está muerto?

Los ertzainas se giraron sobresaltados y lo miraron inquisitivamente.

—Siento haberos asustado, chicos. Mi compañero y yo hemos visto vuestro coche aparcado a la entrada del callejón y hemos pensado que podríais necesitar ayuda. Hemos dado parte a la comisaría. Está muerto, ¿verdad?

Los ertzainas se apartaron un poco del cadáver y Julián pudo verlo con más detalle. Una sobredosis, sin duda. El hombre aún conservaba la jeringuilla pinchada en el brazo. Debió de darse un último chute que su cuerpo no pudo absorber.

—Sí, lo está. Pasábamos por aquí y nos pareció ver algo inusual al fondo del callejón. Entramos y lo encontramos a él —dijo con un gesto de pesar en el rostro.

Julián enseguida entendió que los ertzainas eran dos agentes veteranos. En sus movimientos no se apreciaba duda alguna, sus miradas eran duras y su mera presencia imponía respeto. El que le había hablado era un tipo delgado con cara de pillo, provisto de ese tipo de miradas inteligentes que hacen que uno se sienta desnudo. Del otro sobresalían dos cualidades, un torso hinchado y pétreo que auguraba dolor a todo aquel que se cruzara en su camino, y una cicatriz que atravesaba su cara desde la barbilla hasta la oreja derecha y la desfiguraba sin piedad.

—¿Es un yonqui? —preguntó Julián. El tipo delgado lo taladró con la mirada y provocó que retrocediera un paso instintivamente.

—No es un yonqui más. —El ertzaina abrió la cartera que tenía en la mano y le mostró un distintivo de la policía autónoma—. Es uno de los nuestros.

Julián se acercó al documento hasta que pudo leerlo con claridad.

—Iban Arregui —susurró.

Capítulo 5

Ander y Gardeazabal acudieron al poco de recibir el aviso en la comisaría. Ambos acababan de llegar al trabajo y comenzaban a preparar la reunión matinal del grupo cuando el agente de la centralita les dio la noticia. Habían encontrado el cadáver de Arregui. Sin mediar palabra, ni solicitar más detalles, partieron hacia la ubicación indicada.

El lugar era un hervidero de policías y vecinos. El acceso al callejón había sido precintado y un ertzaina controlaba, en una hoja de registro, el flujo de entradas y salidas. Gardeazabal se abalanzó hacia él a grandes zancadas y lo apartó de un empujón que casi lo empotra contra una farola.

—¡Quita de en medio! —gruñó el veterano inspector.

Ander lo seguía con el ceño fruncido y los labios blancos de tanto apretarlos. Desde que había recibido la noticia, un gran vacío se había abierto en su alma. No daba crédito. Tenía que verlo con sus propios ojos para poder asimilarlo.

Caminaron sobre un pavimento mugriento. El suelo estaba cubierto de una sucia película de grasa y aceite que las lluvias primaverales habían desprendido de los desechos apilados y que se había fijado al irregular asfalto por el calor estival. Gardeazabal y Ander, sin embargo, no repararon en ello. Su vista estaba puesta en el tumulto de gente que había al fondo del callejón. El silencio se extendió al llegar ambos inspectores. El resto de policías se dispersó y, de pronto, se encontraron frente al cadáver de Arregui. Su compañero. Su amigo.

—¡No! ¡No, joder, no! —El grito de Gardeazabal sacudió todo el callejón, estremeciendo a quien se encontraba en él.

El inspector comenzó a dar puñetazos a la pared. La sangre cubría sus nudillos, pero eso no lo detuvo. Ander se le acercó por detrás y esperó a que su amigo parara. Aprovechó ese momento de respiro para pasar sus brazos por encima de los hombros de Gardeazabal e inmovilizarlo.

—Tranquilo, Garde. Tranquilo —le susurró al oído, mientras su compañero hacía un leve intento por zafarse del abrazo—. En estos momentos necesitamos estar fríos. Tenemos que realizar una buena inspección ocular de la zona. Desnortados de nada le servimos a Arregui. Centrémonos, compañero. Tendremos ocasión de llorar por él

más adelante.

Ander percibió que la respiración de su compañero se relajaba y se acompasaba. Su tensión muscular también disminuía y exigía menos fuerza en el agarre. Poco a poco, Gardeazabal encauzó sus sentimientos y recuperó la compostura. Sacó un pañuelo de tela de un bolsillo y se limpió la sangre de los nudillos. Se sonó la nariz y, tras respirar profundamente en tres ocasiones, se giró hacia el cadáver de su antiguo compañero.

—Eso es, Garde —dijo Ander y le dio un par de palmadas en el hombro—. Agucemos los sentidos.

Arrodillada junto al cadáver de Arregui, una joven médica forense, que Ander no identificó, recogía su equipo y se disponía a abandonar el lugar. A los que sí que reconoció fue a los dos veteranos inspectores de la Comisaria Central que aguardaban próximos a ella.

—Sertucha, Mauri. —Ander les estrechó la mano—. ¿Lo habéis encontrado vosotros?

—Sí, Crespo. Ha sido a primera hora —dijo Mauri, el más locuaz de los dos.

Ander sabía bien que de esa pareja el que llevaba la voz cantante era Mauri. Sertucha había sobrevivido a un atentado de ETA. La bomba lapa que le colocaron en los bajos del coche no acabó con él, pero la metralla le había seccionado parte de la cara, lo que había afectado a las cuerdas vocales. A pesar de las innumerables sesiones de cirugía reparadora a las que fue sometido, las marcas de la explosión no desaparecieron. Los que lo conocían, decían que la deflagración había matado al antiguo Sertucha. Que el nuevo nada tenía que ver con aquel. Se había convertido en un hombre resentido, enfadado con la vida y el destino que le había deparado.

—¿San Adrián no os pilla un poco lejos de vuestra comisaría? —preguntó Gardeazabal.

—En realidad, no. Estamos investigando una nueva vía de entrada de cocaína en Euskadi y parece que este barrio juega un papel muy importante. Vinimos a comprobar un soplo de un confidente y nos encontramos a Arregui muerto. Estamos conmocionados, compañeros. Habíamos oído que atravesaba una mala racha, pero no pensábamos que estuviese metido en drogas.

Ander sujetó el brazo de Gardeazabal por si tenía la tentación de arrearle un guantazo a Mauri. Esperaba que su compañero no hubiese visto las ligeras arrugas que se le habían formado en la comisura de los ojos al concluir su comentario. Ander optó por dejarlo correr y centrarse en la investigación; ya tendría tiempo de aclarar las cosas con Mauri cuando la tormenta amainase.

—Perdone, doctora —Ander se interpuso en el camino de la forense—, ¿qué puede decirnos del cadáver?

Esta dio un respingo ante la brusquedad del movimiento de Ander quien, al ver la reacción de la joven, pidió perdón levantando ambas manos.

—Inspector, lo único que le puedo adelantar es que el fallecido lleva, aproximadamente, veinticuatro horas muerto. A primera vista, la sobredosis parece el motivo más probable de la muerte. Tiene pupilas mióticas bilaterales, las que denominamos en punta de alfiler. Es un tipo de contracción asociado comúnmente a la sobredosis. En todo caso, el análisis toxicológico resolverá las dudas.

—¿No hay nada más, doctora? —preguntó Gardeazabal.

—Por ahora no, inspectores. Tendremos que esperar al informe forense definitivo. Ahora, si no tienen ninguna otra pregunta, voy a la entrada del callejón a esperar al juez de guardia. Estará a punto de llegar. —Se abrió paso con determinación en dirección a la salida entre el pasillo de ertzainas presentes.

—Por supuesto, doctora. Gracias —dijo Ander de manera mecánica, con todos sus sentidos puestos en el cuerpo inerte de Arregui.

El inspector se agachó frente al cadáver. Arregui estaba sentado, con la cabeza ligeramente hacia atrás y apoyada en el tambor de una vieja lavadora. La boca abierta, como si buscara un último aliento que nunca llegó, y los ojos mirando hacia el cielo. Vestía unos vaqueros claros largos que mostraban manchas de tierra en rodillas y perneras. Una camisa azul oscura desabrochada hasta el tercer botón cubría su torso. De su antebrazo derecho colgaba una jeringuilla vacía.

Ander se colocó un par de guantes y sacó una bolsa de muestras.

—Oye, Crespo, ¿se puede saber qué estás haciendo? —le espetó Mauri a pocos metros—. Este caso es nuestro.

Gardeazabal le arreó un empujón que le hizo trastabillar y caer. Cuando se levantó, Mauri y Sertucha echaron mano a las cartucheras. Los ojos del primero centelleaban hinchados de promesas de retribución hacia Gardeazabal. Este ni se inmutó, con la vista fija en las manos de sus compañeros. Si sacaban sus armas, él haría lo propio. No permitiría que nadie se entrometiese en la investigación de la muerte de su amigo.

—Esto no va a quedar así, Crespo. No siempre vas a tener a tu matón para protegerte. —Mauri acentuó sus palabras con esputos de rabia—. Ahora mismo voy a informar al director Torres de esta intromisión. —Torres, antiguo subcomisario de la comisaría de Deusto y jefe de Ander, había promocionado al puesto de director de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza cuando Moncho Lopategui lo dejó vacante al jubilarse.

Mauri se giró y abandonó el callejón seguido de Sertucha.

Ander continuó a lo suyo, sin prestar la mínima atención al barullo

que se había formado a sus espaldas. Otras consideraciones captaban enteramente su interés. Por ejemplo, la tierra incrustada en las suelas de los zapatos y en los pantalones de Arregui. Ir a dar una vuelta por el campo no encajaba en el perfil de un drogadicto urbano. Introdujo una muestra de barro en la bolsita para analizar su composición.

—¿Qué es eso? —preguntó Gardeazabal. Se agachó junto a Ander y señaló un pequeño bulto en el bolsillo del pantalón.

Ander estiró el brazo e introdujo la mano con suavidad en el bolsillo de Arregui. Era una cápsula de eucalipto, el fruto que solía alojar las semillas del árbol.

—Hay pocos eucaliptos en Bilbao —dijo Gardeazabal rascándose la cabeza—. ¿Por qué tendría Arregui una cápsula en el bolsillo?

Ander la sujetó entre el índice y el pulgar y la levantó para observarla al trasluz. Luego la introdujo en otra bolsa de pruebas.

—No creo que sea un hecho casual. —Ander miró a los ojos a su compañero—. Garde, creo que Arregui nos ha dejado un mensaje.

Gardeazabal palideció. Echó un vistazo alrededor y se acercó aún más a Ander.

—¿Un mensaje? Pero ¿un mensaje de qué?

Ander se levantó y miró el cadáver de Arregui por última vez. Una pena indescriptible lo embargó. Sentía una congoja que le atenazaba el estómago. Tragó saliva y apretó la mandíbula.

—Eso es lo que tenemos que descubrir, Garde. Quién ha asesinado a Arregui y por qué.

Capítulo 6

En cuanto se acercaron al coche patrulla, oyeron el crepitar de la radio. Gardeazabal corrió a abrir la puerta y aferró con fuerza el transmisor.

—Gardeazabal al habla. —Las palabras del inspector volaron cual cuchillas a través de las ondas electromagnéticas. El veterano policía era un volcán a punto de entrar en erupción.

—Hola, Garde, soy Alday. —El joven agente hizo una pausa—. ¿Seguís en San Adrián con Arregui?

Los ruidos de fondo evidenciaban que Alday estaba transmitiendo desde otro coche patrulla. Para un ertzaina cuyo hábitat era la comisaría eso, de por sí, ya era un dato extraño.

—Estamos a punto de marcharnos. Ya hemos terminado aquí. ¿Tú dónde estás?

—Miren y yo nos dirigimos a Bolueta.

Después de lo sucedido en la investigación del caso de H9, Miren había recogido el guante que le había lanzado Ander. Puso todo de su parte para sacar plaza en la siguiente oposición de la Ertzaintza. De ese modo, aislando los miedos y las excusas y centrándose tan solo en la tarea de preparar el proceso, se hizo con una de las plazas. Ella había cumplido su parte. Ander también la suya. La vacante que Arregui había dejado en el Grupo 4 la aguardaba.

—Han encontrado a un hombre muerto en circunstancias sospechosas en la discoteca Euforia.

—¿Cómo de sospechosas? —Gardeazabal le hizo un gesto a Ander para que se acercara.

—Con un agujero de bala entre ceja y ceja —dijo Miren a través del manos libres.

—Pues sí que es sospechoso, sí. —Gardeazabal se ajustó el cinturón de seguridad y esperó a que Ander entrara en el vehículo—. Nos vemos allí. Llegamos en cinco minutos.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Miren.

—Mejor que tú, jovencita —contestó Gardeazabal antes de cerrar la transmisión.

Capítulo 7

La discoteca Euforia era un local nocturno de moda entre los chavales de la ciudad situado en un polígono de empresas en el barrio de Bolueta. La zona estaba desierta. En pleno agosto los talleres estaban cerrados y la discoteca no había abierto sus puertas la noche anterior porque era el día de descanso semanal. Gardeazabal sorteó los coches patrulla estacionados y aparcó el suyo frente a la puerta principal. Salieron del automóvil y esperaron a que llegaran sus compañeros del Grupo 4. Mientras tanto, Ander echó una ojeada a la fachada del establecimiento.

Era el clásico pabellón con un letrero de neón llamativo y una visera lo bastante amplia como para dar cobijo a una brigada de porteros en caso de que arreciase la lluvia. Nada nuevo, litros de pintura negra utilizados con el fallido intento de ocultar las hileras de ladrillos caravista, que de noche podrían dar la apariencia de palacete de magnate ruso, pero que de día no podía evitar su semejanza con un gran bazar chino. Aunque los clientes de ese local tampoco eran de los que se paraban a pensar en esas cosas o, por qué engañarse, en otras cualesquiera. El pensamiento era una facultad anacrónica en el Euforia; ni estaba ni se le esperaba.

El aparatoso crujido provocado por los neumáticos al aplastar una hilera abandonada de vasos de plástico anunció la llegada de Alday y de Miren. Los agentes se acercaron a sus compañeros con expresión circunspecta. En especial Alday, a quien la muerte de Arregui lo había sacudido como un mazazo. El joven agente había compartido con él muchos momentos y vivencias, y aunque en los últimos años se había distanciado irremediablemente de casi todos ellos, seguía considerándolo su amigo.

—Ha tenido que ser durísimo para vosotros —dijo Miren con la voz ronca por la emoción—. ¿Cómo estáis?

Ander observó que Gardeazabal miraba hacia el suelo y se mordía el labio inferior, intentando reprimir las lágrimas.

—Nosotros lo superaremos. Siempre lo hacemos. Pero eso no es lo importante ahora. Este no es ni el lugar ni el momento para hablar sobre ello, pero hay muchas preguntas que han quedado flotando en el aire al ver el cadáver de Arregui. Existen cabos sueltos que tendremos que aclarar antes de resignarnos a aceptar la versión de la muerte por

sobredosis —dijo Ander sin dejar de mirar alrededor. No quería curiosos merodeando cuando hablaban de un tema tan sensible.

—Si existe alguna grieta en esa versión, la hallaremos entre todos, jefe —dijo Alday.

—Así será, teclas. El Grupo 4 nunca deja a nadie atrás. Arregui era nuestro hermano; se lo debemos. —Ander posó la mano en el hombro de su compañero—. Ahora, decidme, ¿qué nos ha traído aquí?

—Esta mañana a primera hora hemos recibido la llamada de auxilio de la mujer de la limpieza de este local —dijo Miren—. Se llevó un susto de muerte al entrar en la oficina del dueño, Tomás Pueyo, y encontrarlo sentado en su sillón con un disparo en la cabeza. El fuerte olor la había alertado, pero pensó que sería alguna rata muerta o algo por el estilo.

»Le pedimos que se mantuviera tranquila, que enseguida acudiríamos aquí, y que fuera llamando a todo el personal habitual de la discoteca para que se pasaran a lo largo de la mañana para ser interrogados.

—Bien hecho, Miren. Veamos qué nos dice el cadáver del señor Pueyo —dijo Ander.

Entraron en el local, un pabellón diáfano con una pista en el centro que ocupaba la mayor parte del espacio. A mano izquierda había una larga barra, y a su derecha un pasillo que llevaba a los aseos. Sobre estos se localizaba la oficina de Pueyo, en un altillo accesible a través de una estrecha escalera que se apoyaba en la pared y que disponía de un único pasamanos. Los cuatro ertzainas subieron.

El fuerte olor a descomposición les anunció la presencia del finado antes de que atravesaran el umbral. El despacho consistía en una estancia diminuta, de apenas seis metros cuadrados, mal ventilada y peor decorada. Un minúsculo extractor horadado sobre el vano de la puerta era más una broma que un intento por renovar el aire del habitáculo. Sacaba el aire viciado del interior y lo sustituía por la atmósfera marciana del exterior. Junto al cadáver del dueño de la discoteca, una forense, distinta a la que había inspeccionado a Arregui, se afanaba en sacar fotos desde diversos ángulos.

—Doctora, ¿está segura del motivo de la muerte? Empiezo a pensar que el señor Pueyo pudo morir de asfixia —dijo Ander, que luchaba por no marearse con el olor.

—Inspector Crespo—dijo la doctora lacónica—. No creo que el señor Pueyo muriera de asfixia. No lo decía en serio, ¿verdad?

—Por supuesto que no, doctora. Está claro que fue el tiro en la frente lo que lo mató. ¿Algún otro dato relevante?

La doctora dejó la cámara sobre la mesa y se frotó las sienes.

—En efecto, la muerte fue causada por el disparo de una pistola, presumiblemente de nueve milímetros. Lo sabremos cuando

extraigamos la bala. ¿Qué más? Veamos, ¡ah, sí! La temperatura corporal sitúa su muerte en algún punto de la mañana de ayer, hace aproximadamente veinticuatro horas.

—Entiendo. —Ander se frotó la barba incipiente. La ventana temporal abierta era, curiosamente, similar a la de Arregui—. Gracias, doctora.

—De nada, inspector. Seguiremos en contacto —dijo. Recogió la cámara de la mesa y continuó con la toma de fotografías de la víctima.

Bajaron a la pista y aguardaron a que llegaran los empleados para iniciar los interrogatorios. Querían reconstruir las últimas horas de vida de Pueyo. Quizás de ese modo encontrarían a su asesino.

La primera camarera en llegar al local les iluminó sobremanera el camino.

—Yo fui la última en irme el martes de madrugada. Subí a despedirme de Tomás. Les aseguro que entonces estaba bien, tranquilo. Luego me marché. No vi a nadie más por los alrededores, ni me crucé con nadie en el camino hacia el metro.

—Entonces, ¿no sucedió nada raro esa noche? —preguntó Ander.

La chica se alisó su larga melena azul añil y la fijó en una coleta alta. Mientras lo hacía, asintió.

—Hubo un altercado con un hombre. La verdad es que pasé miedo, iba armado con una pistola y no hacía más que gritar palabras sin sentido. Recuerdo que se trastabillaba, iba bastante perjudicado.

—¿Un hombre armado? No recibimos ninguna denuncia por ese motivo —dijo Miren.

—Porque el personal de seguridad logró contenerlo y el jefe no quiso denunciarlo. Lo echaron al callejón y no volvimos a saber nada más de él.

—¿Y se puede saber qué es lo que decía ese hombre? —preguntó Gardeazabal.

—Incoherencias. Algo de una chica muerta, que sabía quién la había asesinado y que se vengaría por ello. Entonces fue cuando sacó la pistola de la espalda. La llevaba bajo la camisa.

A Ander se le paralizó el corazón a medio latido. Un regusto ocre se instauró en su garganta. Miró a Gardeazabal, que estaba pálido y sin habla.

—¿Tenéis cámaras en el local? —preguntó Ander.

—Sí, un montón de ellas —dijo la camarera.

—Quiero ver las imágenes de esa noche —dijo el inspector.

—La consola para el visionado de las cámaras está en el despacho del jefe. —La camarera señaló con la cabeza hacia el altillo.

—Entonces esperaremos hasta que el juez de guardia decrete el levantamiento del cadáver —concluyó Ander.

Eustaquio Robles fue el enviado por el juzgado de instrucción de

Bilbao para realizar el trámite. Un hombre menudo, de pelo ralo teñido de un negro azabache que resaltaba con respecto a las canas de sus patillas como un faro en la noche. Sus ojos se escondían tras unas gafas de gran graduación y la hilera inferior de dientes amarilleaba por el consumo indiscriminado de tabaco. Ander lo conocía bien; era un buen tipo siempre y cuando no se le hiciera esperar.

—Inspector Crespo —saludó el juez tendiéndole una palma de manicura impecable—. Dos cadáveres en una mañana, todo un hito. Por cierto, no lo he visto antes en San Adrián. Me han informado de que el fallecido fue miembro de su grupo. Mis condolencias.

—Gracias, señoría —contestó Ander.

—Bien, he hablado con la forense y me ha indicado que el fallecido, Tomás Pueyo, fue tiroteado. Una sobredosis y un homicidio entonces.

Ander carraspeó ante el comentario de Robles.

—Nosotros creemos que hay algo más tras la muerte de Arregui. —Ander miró de reojo a sus compañeros—. Necesitamos investigar a fondo el caso antes de aceptar la tesis de una mera sobredosis.

Robles arqueó las cejas por encima de la montura de sus gafas en señal de sorpresa.

—Cuando dice nosotros, supongo que se referirá a su equipo, porque los otros ertzainas con los que he hablado en San Adrián avalan totalmente la tesis de la sobredosis. Les ruego que no me vuelvan loco. Hagan el favor de aclararlo entre ustedes antes de enviarme un informe completo al juzgado. En lo que respecta al señor Pueyo, he dado orden al instituto forense para que se lleven el cadáver. Manténgame al tanto de los avances en ambas investigaciones, Crespo.

—Por supuesto, señoría. —Ander estrechó de nuevo la mano de Robles.

Aguardaron a la llegada del encargado de seguridad del local y, una vez la funeraria retiró el cadáver de Tomás Pueyo, el grupo al completo subió a su despacho para proceder al visionado de las cámaras. La cantidad ingente de ambientador pulverizada en la estancia no logró el objetivo de mitigar el penetrante olor a descomposición que anidaba en esta.

—Lo que estáis viendo ahora son las imágenes de la noche del lunes —dijo el encargado de seguridad—. Voy a adelantar hasta el momento exacto en el que apareció nuestro hombre y montó el espectáculo.

Gardeazabal gruñó algo para sus adentros mientras el hombre se reclinaba sobre el teclado y adelantaba la grabación hasta el momento en el que Arregui comenzaba a gritar.

—Aquí es —dijo triunfal.

Ander y Gardeazabal se acercaron a la pantalla del monitor. Arregui aparecía en medio de la pista central haciendo aspavientos y hablando a voz en grito. Por desgracia, la grabación carecía de audio, por lo que no llegaron a oír lo que decía. Las recriminaciones de Arregui se dirigían hacia alguien que estaba fuera del alcance de la cámara. De pronto, Arregui sacó una pistola de la nada y la sostuvo en alto mientras gritaba con el rostro desencajado.

—Ahora cambiamos de cámara para seguir la acción —dijo el hombre como si se tratara de la edición de la última película de Fast & Furious.

—Haga el favor de ahorrarse los comentarios y cíñase a pasarnos las imágenes. —Ander lo taladró con la mirada—. Conocíamos a ese hombre; se llamaba Iban Arregui.

—Por supuesto, inspector. Perdóneme.

Las nuevas imágenes identificaban a la persona objeto del ataque verbal de Arregui. Era Pueyo. «Mal asunto», pensó Ander.

Arregui cogía a Pueyo de la pechera de la camisa y le gritaba a la cara. Este ni se inmutaba y le sostenía la mirada desafiante. En el momento en el que Arregui bajó la pistola, un corpulento vigilante de seguridad le inmovilizó el brazo y le sacudió un derechazo a la mandíbula que envió a Arregui al suelo. El vigilante aprovechó el momento para meterse la pistola en un bolsillo y poner en pie a un Arregui que volvía en sí con dificultad. Después llegaron otros dos vigilantes que ayudaron a su compañero a sacar al agente por una puerta cercana a la cabina del DJ.

—¿Adónde da esa puerta? —preguntó Ander.

—Al callejón trasero del pabellón. Por allí solemos sacar a las personas que importunan a nuestra clientela —dijo el hombre midiendo sus palabras.

—Está bien. Avanza la grabación —ordenó Ander.

Las imágenes de la gente bailando en la pista central y del ir y venir propio del interior de una discoteca continuaron durante una hora hasta que la pantalla se fundió en negro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gardeazabal extrañado.

El hombre continuó avanzando la grabación. Los minutos pasaban sin mostrar imagen alguna.

—No lo entiendo. Debió de haber algún problema técnico, un apagón quizás.

—Un apagón habría parado la grabación, pero, como puedes observar, el reloj no se detuvo en ningún momento —dijo Ander sumamente concentrado—. Alguien ha borrado las imágenes. Con toda probabilidad, el asesino de Tomás Pueyo. Sigue avanzando.

Al cabo de tres horas de fundido en negro, la grabación volvió a mostrar imágenes nítidas de una discoteca que ya estaba vacía.

—¿Quién tiene acceso a las grabaciones? —preguntó Gardeazabal.

—Cualquiera que entrara en la oficina. La contraseña del ordenador está apuntada aquí. —El encargado de seguridad señaló un pósit amarillo ácido pegado al marco del monitor.

—Entiendo. —Ander sacó su libreta y apuntó varias notas apresuradamente—. Alday, haz una copia de la grabación completa de las últimas cuarenta y ocho horas.

El agente asintió y sacó un pendrive del bolsillo del pantalón. Se agachó frente al teclado y rápidamente comenzó a realizar el volcado de imágenes.

—También me gustaría hablar con el vigilante que inmovilizó a Arregui —dijo Ander.

—Por supuesto, bajemos. Supongo que habrá llegado ya. Se llama Cosmin.

Varios agentes tomaban declaración al personal de la discoteca cuando el grupo bajó a la pista central. A la luz del día, y sin luces estroboscópicas barriendo el aire, el local asemejaba un antro deprimente, mal mantenido y poco salubre. El encargado de seguridad habló con varios empleados y regresó negando con la cabeza.

—Cosmin no ha venido. Creo que está enfermo. De todos modos, Miguel, su compañero, fue uno de los que lo ayudaron a echar a Arregui al callejón. —Señaló a un hombre de estatura media, pero con brazos capaces de amasar piedra.

Miguel les explicó lo sucedido tras sacar a Arregui de la discoteca. Esperaron a que se recuperara del puñetazo. Cuando vieron que estaba sereno y más tranquilo, le devolvieron el arma con la advertencia de que llamarían a la policía si volvía a liarla. También les confirmó que Cosmin no había podido acudir a la llamada de la policía al encontrarse en su casa confinado por covid.

El callejón trasero de la discoteca Euforia presentaba la misma imagen desolada que el resto del polígono. Varios contenedores de basura rompían el ambiente gris y decadente al brindar una alteración policromática; una brisa de aire.

Media docena de ertzainas peinaban la zona en busca de algún indicio que pudiera resultar relevante para la investigación. No sabían exactamente lo que buscaban, pero no por ello iban a dejar de hacerlo.

—¡Aquí hay algo! —gritó un joven agente que, arrodillado, observaba el interior de una alcantarilla.

Ander corrió hacia su posición y se agachó a su lado. Entre restos de ramas y otros objetos arrastrados al sumidero por alguna lluvia lejana, asomaba la culata de un arma. Ander miró alrededor en busca de un palo lo bastante largo para llegar a la pistola. Tampoco quería que su mano representara un bocado demasiado tentador para cualquier roedor acechante. Finalmente, encontró una vara larga con

la que pudo sacar el arma. Una Heckler & Koch igualita a la que llevaba él en la cartuchera. La pistola reglamentaria de la Ertzaintza.

—Es el arma de Arregui —dijo Gardeazabal, que se puso de cuclillas para observarla con detenimiento. Al ver la cara de incredulidad de Ander, señaló la empuñadura—. Fíjate en la culata.

Ander volteó el arma y vio una pequeña pegatina que mostraba la cara en blanco y negro de un hombre al que no reconoció.

—¿Quién es?

—Augusto Comte. —Gardeazabal se cubrió la cara con ambas manos—. El padre de la Sociología.

—Mierda —dijo Ander con la vista perdida en la colina que separaba Bolueta de Basauri.

Su mente comenzó a procesar a toda velocidad las implicaciones de que el arma de Arregui se encontrara junto a la escena del crimen de Pueyo. Sus conclusiones no le gustaban nada. Nada en absoluto.

Capítulo 8

Un grupo de nubes de evolución se había formado sobre la pequeña cordillera de Archanda cuando Gardeazabal entró en el estrecho camino de gravilla que daba acceso a la casa familiar de Nekane, la mujer de Iban Arregui. Algunas lluvias dispersas brindaban esperanza a los aldeanos que, día tras día, comprobaban con preocupación los avances de una sequía contumaz y persistente.

El sol se había mostrado inmisericorde todo el verano. Muchos hedonistas se tomaban a broma el cambio climático; no estaban dispuestos a modificar ni un ápice de sus costumbres y tampoco querían que sus Gobiernos lo hicieran. Se mofaban de quienes advertían de su existencia, echándoles en cara que actuaban como el pastorcillo del cuento, que infundía miedo entre sus vecinos con la amenaza de la aparición de un lobo imaginario que acabaría con sus rebaños, con el único fin de reírse de ellos. Pero el verano de 2022 estaba demostrando que el cambio climático no era ningún cuento y que el lobo había llegado.

Gardeazabal quiso ser la persona que comunicara la noticia del fallecimiento de Arregui a su familia. Los conocía bien a todos. Había compartido muchos momentos importantes en la vida de su excompañero. Juntos habían reído y habían llorado. El vínculo forjado entre ellos transcendía el ámbito laboral. Siempre se había considerado su mentor, su protector, su hermano mayor.

Las horas transcurridas desde el hallazgo del cadáver de Arregui habían fijado el dolor con más nitidez. El choque inicial le había causado, ante todo, rabia. Generó en Gardeazabal violencia, ansias de retribución; sin embargo, ese rugir interno acabó por amainar y en esas horas del atardecer, cuando unos pocos rayos del sol de poniente teñían el cielo de naranja, el veterano inspector se sentía perdido e indefenso como un niño. No sabía cómo plantearle la muerte de su marido a Nekane.

Aparcó el coche patrulla a diez metros de la puerta del caserío. Al sacar la llave del contacto vio la figura de Nekane perfilada en el vano de la puerta. Sería sincero con ella. No omitiría ningún detalle.

—Hola, Garde. ¿A qué se debe esta visita? —dijo una Nekane sonriente que se acercó a abrazar a su amigo. Al ver la expresión sombría del inspector, se quedó a medio camino. Su rostro mudó a

una mueca de miedo—. Es Iban, ¿verdad?

—Sí, Nekane. —Gardeazabal bajó la mirada al suelo—. Es Iban.

—¿Qué ha pasado? ¿En qué lío se ha metido esta vez? —preguntó Nekane con voz temblorosa.

Gardeazabal trató de articular las palabras, pero un nudo firme en su garganta se lo impedía. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos y se vio incapaz de afrontar ese trance tan duro.

Fue entonces cuando ella intuyó la verdad. Comenzó a gritar, a negar con la palabra y el cuerpo, a zarandear a Gardeazabal, mientras las lágrimas arrasaban su bello rostro. Cuando, finalmente, las fuerzas le flaquearon, cayó de rodillas al suelo, se recogió sobre sí misma como un ovillo y sollozó.

Minutos después, ambos recorrían los caminos vecinales adyacentes y trataban de buscar un porqué, una razón que pudiera explicar el motivo por el cual la vida les había arrebatado a una persona tan querida para ellos.

—La verdad es que tenía que haberlo visto venir —dijo Nekane—. Iban estaba consumido por lo que sucedió el invierno de 2019 en Mungia. Se culpaba por no haber evitado la muerte de esa chica. No importaba lo que le dijera, nada lo consolaba. Luego vino la pandemia, el confinamiento y esa obsesión se enquistó, se hizo crónica.

—Nosotros intentamos ayudarlo —dijo Gardeazabal con la mirada perdida en el camino—. Lo trasladaron a un puesto administrativo, primero en nuestra comisaría y luego en la Central de Erandio. Pero él renegaba de todo y de todos. Se ha pasado estos tres últimos años alternando altas y bajas. Yo no supe llegar a él.

—Ni tú ni nadie, Garde. Cambió tres veces de psicólogo porque ninguno de ellos lograba penetrar en su caparazón. Después fue peor; llegaron las drogas. —Los ladridos provenientes de un caserío cercano distrajeron su atención durante un instante, hasta que los dejaron atrás—. Iban comenzó a tomar antidepresivos nada más salir del hospital. Pero decía que lo atontaban y le restaban capacidades. Por esa época, además, el caso de Gálvez lo obsesionaba. Estaba convencido de que había más gente implicada en los crímenes de las chicas, aparte del propio Gálvez.

—Es verdad. Todo el grupo pensábamos igual que él. Pero nos achacaba que no hacíamos lo suficiente por buscar opciones diferentes a la línea de investigación de Rosales. Quería que nos saltásemos la cadena de mando y lleváramos a cabo pesquisas alternativas extraoficialmente. Ander no estuvo de acuerdo y eso fue lo que argumentó para solicitar el traslado. Primero, lo reubicaron en Seguridad Ciudadana de nuestra comisaría y, luego, en la sección de documentación de la Comisaría Central de Erandio —dijo

Gardeazabal.

La lluvia arreció y obligó a Nekane a arrebujarse en su fina sudadera. Dieron media vuelta en dirección al caserío de sus padres.

—La concatenación de bajas prolongadas y altas efímeras caracterizaron esos meses. La convivencia comenzó a hacerse insoportable. Cuando estaba en activo hacía acopio de información, y en las bajas trataba de relacionar los datos con sus hipótesis y sus ideas febriles.

»Entonces fue cuando aparecieron las anfetaminas en su vida. Gracias a ellas se sentía eufórico y se tiraba despierto toda la noche frente al ordenador: escribía informes, imprimía fotos, recortaba noticias… Tendrías que ver cómo dejó nuestra casa, parecía un santuario dedicado a la memoria de esa chica anónima.

Gardeazabal la tomó del brazo y asintió.

—En aquel momento me di cuenta de que estaba perdiendo la razón. Esas noches me llamaba a altas horas de la madrugada para soltarme una perorata, una sucesión de ridículas acusaciones de las que no quedaba nadie a salvo. Para Arregui todos éramos culpables del asesinato de la joven. Llegó a decir que toda la sociedad debería ingresar en prisión por haber permitido que monstruos como Gálvez campasen impunes entre nosotros. Nos llamaba fariseos por nuestra doble moral —dijo Gardeazabal.

—Esa fue la época en la que su depresión se agudizó. Rechazó acudir a la consulta de la psicóloga que lo atendía y comenzó a inyectarse heroína para, según él, aguzar los instintos y llegar a la verdad.

»Yo no iba a pasar por ahí. Le di un ultimátum: o las drogas o yo. Una semana después abandoné nuestra casa con el corazón partido en dos. Eso fue hace un mes. Pensé que recapacitaría y acabaría pidiéndome que regresara con él. —Nekane se sonó la nariz con fuerza.

Recorrieron los últimos metros del camino en silencio. Cuando llegaron a la altura del coche patrulla, Nekane paró en seco y miró a Gardeazabal a los ojos.

—No me has querido decir cómo ha muerto, lo cual ya es mala señal, Garde. Cuéntamelo.

El inspector apartó la mirada y la desvió hacia el valle de Asúa, que extendía sus fértiles tierras desde las laderas de Archanda.

—La versión oficial dirá que Arregui murió debido a una sobredosis de heroína. Lo encontraron en un callejón de San Adrián —dijo Gardeazabal.

Las lágrimas volvieron a brotar de los ojos de Nekane, acompasadas con un hipo incontrolable. Pero la mujer no dejó de mirar con determinación. La crudeza de lo vivido en los últimos años

la había curtido, la había hecho fuerte.

—Pero el Grupo 4 no se cree esa versión, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Gardeazabal con un brillo de fiereza en sus ojos—. Hay elementos que nos llevan a pensar que alguien mató a Arregui y dejó preparada la escena del crimen para simular una sobredosis. Pero vamos un poco a ciegas. Estamos tratando de reconstruir sus últimas horas de vida. Necesito que nos hagas un favor.

—Lo que quieras, Garde —dijo Nekane. Se secó las lágrimas y se enderezó, al tiempo que lanzaba un profundo suspiro.

—¿Podrías dejarnos las llaves de vuestra casa? Queremos ver qué había averiguado en esas investigaciones suyas. Quizás pinchó en hueso y asustó a alguien. Necesitamos saberlo.

—Por supuesto. Espera aquí, ahora vengo —dijo Nekane.

Entró en la casa y, tras intercambiar unas palabras con sus padres y fundirse en un sentido abrazo, Nekane salió al encuentro de Gardeazabal con un juego de llaves en la mano.

—Toma. Id todas las veces que queráis, tenéis mi permiso. Solo os pido una cosa: no descanséis hasta hallar al responsable de su muerte. Y cuando lo encontréis, porque estoy segura de que vuestro grupo lo encontrará, haced que caiga sobre él todo el peso de la justicia. Hacedlo por Iban —dijo y depositó las llaves en la mano abierta de Gardeazabal.

—Así será. —El inspector apretó con tanta fuerza el puño que notó que los dientes de las llaves mordían su palma.

Capítulo 9

Una racha de viento sacudió la hoja abierta de la ventana de la habitación de Irene Vázquez y propulsó en el interior de la estancia el fuerte olor a salitre de la brisa cantábrica. El día había amanecido nublado y fresco en la villa costera de Lekeitio. Circunstancia que aprovechó Irene para orear su pequeño apartamento estival ubicado en primera línea del puerto, desde donde creaba la mayor parte del contenido que subía a su cuenta de YouTube. Sí, Irene era una youtuber. Quizás no una demasiado conocida, pero tenía la suerte de contar con una comunidad de seguidores muy activa que compensaba la cantidad con la calidad.

En sus directos, Irene hablaba sobre las mascotas, perros y gatos principalmente, su mundo y cómo llegar a ser unos cuidadores ejemplares.

Esa mañana se encontraba frente a la cámara, tan concentrada que ni siquiera reaccionó ante el impacto de la manilla de la ventana contra la pared. Irene tenía treinta y dos años y vivía sola, las redes sociales le daban el dinero suficiente para vivir por su cuenta. Los primeros ingresos que obtuvo fueron la constatación de que todo trabajo merece su reconocimiento y de que el empeño siempre recibe su recompensa. Por fin pudo mirar a sus padres a los ojos al referirse a su profesión. Desde entonces no había vuelto a escuchar ninguna chanza de ellos, ningún comentario despectivo del tipo de «a ver si te buscas un trabajo de verdad y dejas de jugar con el ordenador». De hecho, cada vez le iba mejor y, gracias a ello, había logrado independizarse.

Se disponía a hablar sobre los cuidadores de postín, aquellos que tenían mascota durante el año para exponerla continuamente en sus redes sociales, pero que no dudaban en deshacerse de ella cuando, llegado el verano, les resultaba incómoda y les ponía trabas al modo de vida al que se habían acostumbrado antes de adquirirla, y al que no estaban dispuestos a renunciar.

Alisó su camiseta preferida, la de Ciento y un dálmatas, y se enderezó en la silla. Se pasó las manos por la cara y continuó desplazándolas por el pelo hasta tensar debidamente la coleta. Con el dedo índice apretó la montura de las gafas contra el tabique nasal y recolocó sus auriculares inalámbricos. Ya estaba preparada para el

directo.

Acercó el micrófono y encendió el kit de iluminación. Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

—¡Hola a todos! Gracias una vez más por acompañarme en esta aventura maravillosa llamada El refugio de Irene. Hoy os tengo que hablar de algo terrible, de una noticia con la que he amanecido y que me ha roto el corazón. Me ha deshecho por dentro. —Irene hizo una pausa, alargó el brazo y cogió de su mesa una fotografía en color del rostro de un perrito—. Esta belleza se llamaba Amable, un precioso cachorro de labrador que sus desalmados dueños abandonaron en el monte la semana pasada.

Dos lagrimones surcaron su pálida piel. Irene los apartó suavemente con la palma de la mano.

—Unos montañeros que avistaron al perro a lo lejos dieron el aviso a la Ertzaintza porque les pareció desorientado. Trataron de acercarse a él, pero Amable huyó asustado. Una reacción normal vista la crueldad con la que lo habían tratado sus dueños. El caso es que hoy una amiga me ha dado la peor de las noticias. —Irene se vio obligada a hacer una nueva pausa prolongada porque la congoja le impedía continuar. Tenía la imagen de Amable entre las manos y la visión de esa mirada limpia e inocente le desgarraba el corazón—.

»Perdón, amantes de los animales, pero tenéis que entender lo difícil que me resulta hacer este directo hoy. Amable fue hallado ayer en una sima oculta bajo unos zarzales. El pobre debió caer allí y no pudo salir. Murió de hambre y frío.

Irene no pudo contenerse más y empezó a llorar desconsolada. Ocultó el rostro entre las manos, aunque el dolor se transmitió de igual modo. Al cabo de un momento, logró enderezarse y recuperar la compostura. Alargó la mano a la mesa y se quedó mirando muy seria hacia allí. Volvió a mirar a la cámara y reanudó el directo.

—Estas acciones del hombre no pueden quedar impunes —dijo con expresión concentrada. Tenía el ceño fruncido y comenzaba a sudar a pesar de la brisa marina—. Visto que las autoridades no dan los pasos necesarios para aumentar el castigo impuesto a todos estos criminales que acaban con las vidas de nuestros queridos animales, me veo en la obligación de llevar a cabo un acto redentor. Que mi muerte sirva para salvar las vidas de todos ellos.

Irene cogió un botellín de agua y un bote de pastillas, y fue ingiriéndolas una a una. Después bebió del botellín hasta vaciarlo. Apenas tuvo tiempo de detener la grabación antes de caer desplomada al suelo.

Capítulo 10

El palpitar de las sienes retumbaba en sus oídos cuando Gardeazabal giró la llave que abría la puerta del domicilio de Iban Arregui. La empujó y se quedó paralizado durante unos segundos bajo el marco de madera lacada en blanco. Sentía que estaba profanando suelo sagrado, como quien entra por primera vez en la cámara mortuoria de un faraón. Por un momento, dudó de si estaban haciendo lo correcto. Quizás Arregui habría querido que las cosas se quedaran como estaban. No en vano, el sociólogo había rechazado de plano, y sin miramientos, todo intento de acercamiento por su parte. «No quiero saber nada de ti, Garde. Déjame en paz». Aún conservaba ese último mensaje de WhatsApp.

—Vamos. —La mano firme de Ander lo sacó del ensimismamiento y la imagen de Arregui se disipó de su mente como bruma matutina. Entraron en la casa.

El pequeño recibidor daba a un amplio salón con cocina americana. La estancia olía a rancio, a vivienda sin ventilar. Emulsionaban en el ambiente una combinación de olores que hubiesen arrastrado a un sumiller al paroxismo. Tabaco, alcohol, aceite refrito, sudor, vómito, todo ello inútilmente regado con colonia a granel. Pero no fue eso lo que paralizó a Gardeazabal y a Ander. Todo estaba manga por hombro, patas arriba. Nada ocupaba su lugar original: cajones en el sofá, cojines en la encimera, cubiertos en el suelo… Alguien se les había adelantado.

Gardeazabal desenfundó el arma y avanzó por el pasillo, por si ese alguien aún seguía ahí.

—No hay nadie —dijo cuando terminó la inspección. Enfundó su arma en la cartuchera—. ¿Quién registra con tanto empeño la casa de un drogadicto que acaba de morir de sobredosis?

Ander regresó a la puerta de entrada y la abrió. Enfocó el haz de la linterna en el bombín de la cerradura y achinó los ojos. Pudo apreciar dos pequeñas muescas en el metal producidas por el uso de una ganzúa. No se veían a simple vista.

—Habrá quien sostenga que pudo ser obra de un colega yonqui de Arregui, que, al tener noticia de su fallecimiento, quiso probar fortuna por si encontraba algo de droga en la casa. Pero este allanamiento no lo ha llevado a cabo una mano temblorosa, sino una que sabe muy

bien lo que hace. Lleva la firma de un profesional —dijo Ander y volvió a cerrar la puerta.

—Pero ¿qué es lo que buscaban? —Gardeazabal trataba de ordenar el desaguisado del salón.

—No toques nada, Garde. Luego avisaremos a la comisaría para que envíen a la científica a peinar el piso. Por ahora ciñámonos al plan. Tenemos que ser capaces de encontrar qué es aquello tan importante que descubrió Arregui y que provocó que alguien decidiera liquidarlo simulando una sobredosis.

—Tal vez este asunto también esté relacionado con el asesinato de Pueyo—dijo Gardeazabal.

—Es posible que así sea. —Ander asintió mientras recogía un amasijo de papeles que habían sido desprendidos de la pared—. Todo encaja. Un video sitúa a Arregui, pistola en mano, en la discoteca horas antes de la muerte de Pueyo. Pistola que aparece, convenientemente, en una alcantarilla cercana. El análisis de balística seguramente determinará que se trata del arma del crimen. Conclusión: Arregui mató a Pueyo por el motivo que fuera y luego subió a San Adrián para inyectarse una dosis letal que ahogase sus remordimientos por haber cruzado la fina línea roja que separa a un hombre de un asesino.

Gardeazabal lo miró boquiabierto.

—¿De verdad crees eso?

Ander hizo un gesto con la mano como si pretendiera ahuyentar una mosca de su cara.

—Por supuesto que no, Garde. Te estoy preparando para lo que nos puede venir encima si, como todo apunta, no somos nosotros los que llevemos el caso de Arregui.

—No serán capaces de hacerlo —dijo Gardeazabal con el puño en alto—. Como se les ocurra, ¡les parto el cráneo!

Ander negó con la cabeza y dibujó una sonrisa de tristeza en su rostro.

—No harás nada de eso, amigo. Ahorra tus energías para otra ocasión, que las vamos a necesitar todas. Ahora, haz el favor de buscar un par de bolsas de basura entre los armarios de la cocina. Nos llevamos todos estos documentos.

Llenaron las bolsas con extractos de informes policiales de desapariciones de chicas, de antiguos expedientes sin resolver de la Ertzaintza, fotos de jóvenes que nunca aparecieron, muchos recortes de artículos, mapas punteados y marcados con señales de distintos colores y apuntes hechos a mano por el propio Arregui.

—Esta es la labor de un buen inspector de homicidios —dijo Ander —. Que es lo que hubiera sido Arregui de no haber caído en esa maldita depresión.

—Tocó muchos palos, pero se centró en las chicas desaparecidas. —Gardeazabal observó la foto de una de ellas.

—Sí, en cierta forma, es como si regresáramos a la casilla de salida con Astrid y Gálvez. Está claro que nosotros pasamos página, centramos nuestra atención en otros casos y otras preocupaciones. Otros delitos, otros culpables que detener. Pero él, no. Él tenía una misión vital: detener a los responsables de la muerte de la joven del cobertizo de Gálvez.

—Y el pobre se ha muerto sin completar su misión. Ander, no dejes que nos quiten el caso —suplicó Gardeazabal—. Se lo debemos a Arregui.

Ander cargó con una bolsa al hombro y la llevó a la entrada.

—Descuida, Garde. Cumpliremos con nuestro deber. Vamos a revisar la casa.

El resto de las estancias no desentonaban con el salón. Todo estaba patas arriba, como si se hubiesen celebrado las 500 Millas de Indianápolis entre esas paredes. Cuando se disponían a abandonar la habitación de Arregui y Nekane, Gardeazabal señaló el cabecero de cerezo de la cama. Todo él estaba saturado de una misma inscripción realizada con una punta afilada.

—«Culpable» —leyó Gardeazabal.

Ander lo miró y se pasó la mano por el pelo cortado a cepillo.

—Así se veía él. Culpable sin posibilidad de apelación.

Capítulo 11

Ramón Sánchez percibió con claridad las gotas de sudor que le caían desde la nuca. Tenía la espalda empapada, pero se resistía a bajar la temperatura del aire acondicionado de su despacho. Una y otra vez se obligaba a predicar con el ejemplo. ¿De qué servirían, si no, todas esas circulares enviadas a los agentes de la comisaría con las recomendaciones de un uso responsable de la climatización, si el primero en incumplirlas fuera su subcomisario? Ni hablar, a él nadie lo encontraría con el pie cambiado en esa materia. Se pasó el pañuelo por la nuca y prosiguió con la lectura de los últimos informes que habían llegado a su escritorio.

A pesar de llevar meses en el cargo, al subcomisario Sánchez le estaba costando tomarle el pulso a la comisaría de Deusto. Siempre se había considerado un hombre de acción; un policía de calle que miraba por encima del hombro a aquellos compañeros que preferían trabajar protegidos por los muros de la comisaría. Durante años criticó en silencio a sus jefes, a los que tenía por chupatintas. Ahora él se había convertido en uno de ellos. Lo peor de todo era que no podía quejarse al respecto, ya que había sido él el que había solicitado esa plaza para garantizarse un retiro dorado a pocos años vista de su jubilación.

Dos golpes secos en la puerta anunciaron la llegada de Ander Crespo y Pedro Gardeazabal. Los había citado en su despacho.

—¡Adelante! —dijo Sánchez y se retrepó en el sillón.

Ander Crespo fue el primero en cruzar el umbral. Vestía de paisano, como siempre solía hacer. Sánchez no veía con buenos ojos esa falta de uniformidad del jefe del Grupo 4, debería de aprender de su compañero Gardeazabal, que siempre iba impecable, como un inspector de manual; sin embargo, esas quejas suyas tenían poco recorrido ante el hombre que más casos había resuelto en la historia de la Ertzaintza.

Sánchez realizó una inspiración profunda, lo que provocó un violento aleteo nasal. El subcomisario era consciente de que había sapos que se tendría que tragar.

—Subcomisario Sánchez, me han dicho que quería vernos. —Ander tomó asiento frente al escritorio de su superior.

—Así es, inspectores, acomódense, por favor —dijo mientras

sacaba del primer cajón una gruesa carpeta marrón y la dejaba caer sobre la mesa—. Antes de nada, quisiera presentarles mi pésame por la muerte del agente Arregui. No tuve la suerte de coincidir con él, pero sé que todo el mundo lo tenía en alta estima en esta comisaría.

—Así es. Gracias, subcomisario —dijo Ander cruzando las piernas.

—De hecho, ese es uno de los motivos por los que quería hablar con ustedes —dijo Sánchez, que siempre trataba a sus subordinados de usted. El tuteo lo reservaba para los compañeros situados en el mismo peldaño de la cadena trófica de la Ertzaintza.

Ander vio por el rabillo del ojo el movimiento nervioso de Gardeazabal en la silla.

—La investigación de la muerte de Arregui. —Sánchez eligió las palabras con cuidado.

Con un ligero movimiento de la mano, abrió la carpeta marrón. Dentro se apilaban un gran número de fotografías tomadas en el callejón de San Adrián. Muchas de ellas mostraban primeros planos del cadáver de Iban. Gardeazabal miró hacia la pared mientras mascullaba algo.

—Supongo que ustedes no necesitarán mirar estas fotos. —Sánchez fijó su atención en Gardeazabal—. No en vano, estuvieron allí en el mismo momento en el que se tomaron.

Ander descruzó las piernas y apoyó los antebrazos en el escritorio.

—Mire, Sánchez, si todo esto tiene algo que ver con la discusión que tuvimos con Sertucha y Mauri...

—No tiene nada que ver con eso, inspector. —Sánchez cortó en seco la frase de Ander con un ademán de la mano—. El asunto central no es a quién le corresponde hacerse cargo del caso, sino, más bien, cuál es el caso.

Hizo una pausa en la que comprobó, no sin una punzada de satisfacción, la expresión de perplejidad de Ander. Dejó que el tiempo transcurriera para regodearse un poco más en la incertidumbre de sus subordinados. Con esas victorias pírricas se tendría que conformar en ese pulso asimétrico que desde su nombramiento libraba con Ander.

—Porque el cadáver de Arregui no fue el único encontrado ayer en Bilbao. Tenemos también a Tomás Pueyo. Asesinado de un tiro en la cabeza. A sangre fría. Con toda seguridad, quien lo ejecutó le sostuvo la mirada mientras apretaba el gatillo de su Heckler & Koch de nueve milímetros.

Sánchez nunca había sido un gran policía, carecía de los atributos de inspectores de la talla de Ander. Nunca fue condecorado ni distinguido por acciones realizadas en acto de servicio; no obstante, nadie lo superaba en ambición ni en gestión de situaciones de crisis. Precisamente, los logros obtenidos capeando ese tipo de situaciones fueron los que lo habían aupado en la jerarquía y llevado a ocupar el

puesto que desempeñaba en la actualidad. También era un maestro en la dosificación de la información y en el manejo de los silencios.

Durante unos segundos, ese silencio capitalizó el ambiente del despacho.

—¿Quiere decir que la bala que mató a Pueyo provenía de una Heckler & Koch? —preguntó Ander.

Sánchez sacó otra carpeta del cajón y la abrió junto al expediente de Arregui. Contenía las fotos de la escena del crimen de la discoteca Euforia. Rebuscó entre ellas hasta dar con la elegida.

—Aquí está. —La giró para que Ander y Gardeazabal pudieran ver con todo lujo de detalle el arma de Arregui encontrada en una alcantarilla cercana a la discoteca—. Inspector Crespo, me temo que no me ha hecho la pregunta correcta. Esperaba mucho más de un interrogador de su fama. La pregunta es: ¿la bala que mató a Pueyo provenía de la pistola reglamentaria de Arregui? Y la respuesta es sí, sin duda. Esta mañana hemos recibido la confirmación de balística.

—Arregui no lo mató. —Gardeazabal se puso en pie y señaló las fotos—. Alguien ha realizado un buen montaje para confundirnos, subcomisario.

—Inspector Gardeazabal —dijo Sánchez atravesándolo con la mirada—. Tome asiento.

—Garde, obedece —insistió Ander ante las dudas de su compañero, que se mostraba muy nervioso.

El corpulento inspector dejó caer su peso sobre la silla haciendo crujir sus juntas.

—No me corresponde a mí determinar la autoría de ese asesinato ni el grado de responsabilidad de Arregui en el mismo, si lo tuviera. —Sánchez apoyó los codos en el escritorio y entrelazó los dedos—. Ni tampoco a ustedes. El Grupo 4 queda fuera de ambos casos.

—¿¡Cómo!? —Esta vez fue Ander quien se levantó cual resorte de su silla—. No, ni hablar, Sánchez. Somos el mejor grupo de investigación criminal de la Ertzaintza, nosotros resolveremos las incógnitas. Hallaremos a los culpables y se los traeremos en bandeja de plata si así lo desea, pero no nos puede apartar del caso de Arregui.

—Inspector Crespo, créame si le digo que soy consciente de su valía y, ciertamente, yo no confiaría este caso a nadie más que a ustedes —dijo Sánchez.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —dijo un Gardeazabal frustrado, que se llevaba las manos a la cabeza.

—Torres —dijo Ander y desvió la vista hacia la ventana.

—Exactamente —dijo Sánchez—. Es una orden directa de Torres. Como comprenderán, no puedo desobedecer al director de la División de Investigación Criminal.

—Pero ¿por qué, Ander? —preguntó un Gardeazabal dolido

mirando a su jefe.

—Porque Torres quiere proteger la integridad del Grupo 4. Si al resolver el caso exoneramos a Arregui, la duda sobre nuestra imparcialidad sobrevolará nuestras cabezas inevitablemente. Será una tacha que podría acabar con el propio grupo, aun habiendo seguido la investigación con estricta observancia de las normas. Y Torres, en estos momentos, solo vela por las necesidades del cuerpo, no por las de sus miembros como individuos.

—¡Maldita sea! —dijo Gardeazabal y dio un puñetazo al brazo de la silla.

—No se preocupen por los casos de Arregui y de Pueyo, quedan en manos del inspector Rosales; el mismo que encontró los cadáveres de las chicas en el chalé de ese director de Salud Bilbao.

—¿Torres ha asignado los casos a Rosales? —preguntó Ander frunciendo el ceño.

—Así es, inspector Crespo. Y a ustedes les ha asignado otro caso relevante: el de las youtubers suicidas.

El subcomisario Sánchez se refería al apelativo mediático con el que se conocían las tentativas autolíticas llevadas a cabo en directo por tres influencers vascas. La última de ellas esa misma mañana.

—Pero ¿su investigación no está en manos de otros compañeros? —preguntó Ander.

Sánchez asintió, tomó una carpeta que tenía sobre la mesa y la empujó hacia el extremo opuesto. Ander la cogió y la posó sobre su regazo.

—Esa carpeta contiene toda la información obtenida por los compañeros a los que se refiere. Consideren este acto un traspaso de poderes —dijo Sánchez y se puso en pie—. Ahora, si no les importa, caballeros. —Se acercó con energía a la puerta del despacho y la abrió de par en par—. Tengo mucha tarea atrasada. Que tengan un buen día.

Los inspectores abandonaron el despacho del subcomisario cabizbajos. Ander llevaba la carpeta del caso de las youtubers bajo el brazo, aunque no era en ellas en quienes pensaba en ese momento. La cabeza le iba a mil; trataba de abrir puertas mentales, de encontrar atajos y recovecos en los que colarse sin que sus superiores lo descubrieran. Era consciente de que al final haría lo que él considerase correcto. Pero para hacerlo bien, su mano derecha no debía saber lo que hacía la izquierda. La discreción era obligada.

Avanzaron por los pasillos de la planta noble de la comisaría, sobrenombre con el que se conocía a la última planta por el hecho de albergar los despachos de los mandamases. Gardeazabal se desplazaba a grandes zancadas, como un tigre acorralado. Sus ojos se movían con frenesí, como si en cualquier momento fuesen a abandonar las cuencas

y saltar. Se mantenía en silencio, aunque su lenguaje corporal esparcía sus sentimientos a los cuatro vientos. Estaba furioso.

Al llegar a la sala de investigaciones del Grupo 4, cerró la puerta de un golpetazo que hizo saltar de sus sillas a Alday y a Miren, y señaló con un dedo índice acusador al pecho de Ander.

—¡Me lo prometiste, Ander! Dijiste que nadie nos apartaría de este caso. —Sus ojos mostraban el destello de las hogueras que ardían en su interior.

—Lo sé —contestó Ander con toda tranquilidad y dejó caer sobre su escritorio la carpeta que llevaba bajo el brazo—. Y lo sigo manteniendo, Garde. Lo que tienes que hacer ahora, compañero, es respirar hondo y calmarte un poco. Prepárate un café mientras yo les explico las novedades a Miren y a Alday.

Ander les contó a los agentes lo encontrado por la mañana en la casa de Arregui. Material que aún estaba en el maletero de su coche y que, a la vista de los acontecimientos, había decidido trasladar a su domicilio. También les relató la reunión que habían tenido con el subcomisario Sánchez. Les había asignado un nuevo caso que investigar y quería que Miren y Alday se implicaran en él con todos los sentidos. Debían de acercarse a los perfiles de las redes sociales de las tres chicas y navegar entre sus videos y publicaciones con el objeto de encontrar alguna anomalía, algún indicio que pudiera explicar los actos que habían llevado a cabo.

—Mañana iremos a Lekeitio a ver la casa de Irene Vázquez. La joven se tomó más de treinta pastillas de todos los tipos, analgésicos, antiinflamatorios, antidepresivos, un cóctel que habría sido mortal de no ser por que una de sus seguidoras más fieles vive a dos calles de su apartamento. La chica dio la voz de alarma de inmediato y así pudieron trasladar a Irene a Cruces en helicóptero. De haber tardado más, estaría muerta —dijo Ander.

—¿Qué hay de las otras? —preguntó Miren.

—Creo que se están recuperando, aunque desconozco los detalles. Leed los informes. —Ander señaló la carpeta—. Tenéis carta blanca en esta investigación. Yo actuaré de supervisor y solo intervendré si no aprecio avances. Os evaluaré desde la distancia. Consideradlo vuestra prueba de fuego para ser reconocidos como miembros de pleno derecho del Grupo 4.

—Arregui también tuvo su prueba de fuego y la superó con creces —dijo Gardeazabal desde la máquina de café—. Confiamos en vosotros.

Miren observó que los pómulos de Alday habían perdido algo de color. Sonrió por dentro. Ese chico era como un boy scout. Se preguntó si sería tan calmado como aparentaba o si, por el contrario, tendría su lado salvaje.

—Otra cosa. Todos los días, antes de concluir vuestra jornada, uno de los dos redactará un boletín informativo con los avances del caso de las youtubers suicidas. Pero el informe no llevará vuestra firma, sino la de Garde. Será él quien se lo envíe a la bandeja de entrada de Sánchez. De este modo crearemos la ilusión de que Garde está llevando personalmente la investigación. Le proporcionaremos una coartada válida para que pueda realizar con total libertad sus propias pesquisas. Estos días, él irá por libre. Actuará por debajo del radar. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—Entonces, no hay nada más que hablar. Al tajo —dijo Ander incorporándose.

Capítulo 12

Gardeazabal serpenteó por las curvas cerradas de la carretera de Erandio Goikoa que conducía a la Comisaría Central de la Ertzaintza. Tenía las ventanas delanteras bajadas para tratar de refrescar la cabina del coche patrulla, en la que el calor se había hecho endémico. Aunque bien sabía él que no era la temperatura exterior lo que provocaba su acaloramiento. La última noche había sido muy dura. Apenas había cerrado los ojos durante un par de horas de vigilia intermitente. La imagen de su amigo Arregui tirado como un perro en el callejón de San Adrián lo perseguía como recordatorio de que aún no le correspondía descansar.

Al anochecer había acompañado a Ander a su casa. Descargaron los documentos encontrados en la casa de Arregui y los dispusieron en la pared del sótano. Vistos así tampoco es que aclarasen mucho. No eran más que pedazos de información, muchos de ellos inconexos en apariencia, aunque tanto Ander como Gardeazabal conocían el hilo conductor del que tenían que tirar: la chica de Mungia. Había un gran número de fotos de muchachas desaparecidas. No todas obtenidas de la Ertzaintza, había muchas de la Guardia Civil, incluso de la Interpol. Se imaginaron a su compañero escudriñando las imágenes, tratando de reconocer en los ojos estáticos de las fotografías indicios de la mirada suplicante que se le había quedado marcada a fuego para siempre.

—Tenemos que volver sobre el expediente de H9 —dijo Ander, sentado sobre el extremo de su mesa de bricolaje—. Arregui lo removió todo. Aprovechó sus días en activo para hacer acopio de información y así fue como creó este mural. —Abarcó con su brazo toda la pared—. Dedicó su tiempo a investigar como lo haría un auténtico policía. Sin atender a presupuestos ni horarios, a condicionantes familiares ni a superiores recordándote cada día la observancia del principio de eficiencia. Simplemente, buscó la verdad por encima de todo y de todos. Y la verdad ha sido la que lo ha llevado a la tumba.

—Nos ha dado una lección —dijo Gardeazabal—. Nuestra obligación es corresponderle y terminar el trabajo que él comenzó.

Ander se giró y apretó con firmeza el hombro de su compañero.

—Eso es lo que vamos a hacer, Garde. Pásate mañana por el

archivo de la Comisaría Central y sumérgete en el expediente. Con el paso del tiempo el polvo se asienta y el horizonte se ve más claro. La bruma de ayer, hoy quizás se convierta en un cielo raso. Abre los ojos y la mente, amigo.

Gardeazabal continuó conduciendo a lo largo de la carretera interior del recinto en el que se hallaban los edificios que formaban ese gran complejo que era la Comisaría Central. Varias estructuras modernas en un entorno bucólico, rodeadas de colinas, verdor y árboles. Bajó la rampa del aparcamiento subterráneo y aparcó junto a las escaleras de acceso. Entró en el edificio central y se dirigió hacia las dependencias del archivo. Saludó a todo aquel con el que se cruzó en el camino, muchos de ellos compañeros con los que había trabajado a lo largo de su dilatada carrera profesional. Gardeazabal se pasó los dedos por la frente para liberar la tensión. Mientras caminaba con paso decidido, sentía un nudo en el estómago. ¿Estaría a la altura de la confianza depositada en él?

El encargado del archivo era Ricardo Lemos, un viejo conocido con el que había coincidido cuando estuvo destinado en San Sebastián. La vida detrás de un mostrador había convertido en sedentario al otrora atlético compañero.

—¡Hombre, Garde, cuánto tiempo! —Abandonó su escritorio y se acercó a abrazar a su antiguo amigo.

—¡Siglos! —Gardeazabal soltó una carcajada.

—Pero qué bien te veo. Mírate, estás igual que siempre, con menos pelo, pero igual de fuerte —dijo mientras apretaba los pétreos bíceps de Gardeazabal—; sin embargo, yo he cogido algún kilito que otro. —Soltó una risa contagiosa que hizo que Gardeazabal se uniera—. En fin, ¿qué es lo que te trae aquí?

—Quiero revisar uno de nuestros expedientes. —Le pasó un papel con la referencia de este—. El de H9.

Ricardo soltó un largo silbido y compuso una expresión de asombro.

—Ese sí que fue un caso mediático. Menuda manera de resolverlo que tuvo tu jefe. Impresionante. Debes de estar aprendiendo muchísimo a su lado. ¡Qué envidia me das! En fin, supongo que cada uno se labra su destino profesional, ¿verdad? —dijo con un matiz de resentimiento—. Bueno, Garde, siéntate en la salita de consulta y ahora te lo traigo. Mientras tanto rellena tus datos en la hoja de registro y saca la autorización de tu superior.

Ricardo le pasó un cuaderno grueso en el que los ertzainas que consultaban los expedientes antiguos anotaban sus datos. Gardeazabal lo colocó bajo el brazo y se acomodó en la salita, una estancia pequeña, carente de luz natural, pero donde quien acudía a investigar hallaba la paz y el sosiego necesarios. Casi siempre estaba vacía.

Tomó asiento y sacó la autorización de Ander del bolsillo del pantalón. La espera podía llevarle un buen rato. Era un archivo grande y, a pesar de que la ubicación se obtenía con un clic en el ordenador, sabía que Ricardo se tomaría su tiempo en ir y volver. Gardeazabal pasó distraído las hojas del registro. Entre todos los solicitantes había algún nombre que le resultaba conocido. Estiró el cuello hacia el pasillo. Nada. Ricardo aún no daba señales de vida. Gardeazabal se revolvió en el asiento. La paciencia no era una de sus virtudes. Apoyó los codos sobre la mesa y comenzó a mordisquearse la uña del pulgar. Para ahuyentar la ansiedad, continuó repasando el registro. Cuando llegó a las anotaciones de la primera semana de agosto, su impaciencia desapareció de un plumazo.

El nombre de Iban Arregui ocupaba una de las líneas. Fue como entrar en un túnel. De pronto, solo existía esa anotación, el resto de la realidad pasaba por los lados, ajena a esa visión deliberadamente encorsetada de Gardeazabal. Arregui había acudido la mañana del dos de agosto y había solicitado ver el expediente de H9. En el apartado de observaciones, el encargado del registro había anotado la realización de dos copias de un par de números de referencia desconocidos para Gardeazabal. El superior autorizante de la consulta era Ander Crespo.

—¿Familiarizándote con el nuevo sistema de registro? —Ricardo apareció por la puerta con una caja de plástico de gran tamaño.

El agente, no sin esfuerzo, la posó sobre la mesa y se secó con el dorso de la mano el sudor que perlaba su frente.

—Arregui estuvo aquí —susurró Gardeazabal.

—Ah, sí, es verdad. Estuvo hace unas semanas y, por lo que veo, solicitó este mismo expediente. Pero ¿vosotros dos no trabajáis en el mismo equipo?

—Ricardo, ¿es que no te has enterado?

—¿De qué?

—Arregui ha muerto. Hace dos días encontramos su cadáver en Bilbao —dijo Gardeazabal.

—¿Qué? —Los ojos de Ricardo se abrieron tanto que parecían que iban a coger vuelo. El agente tuvo que apoyarse en la mesa para no trastabillar del susto—. No entiendo, ¿qué le ha ocurrido?

—No lo sabemos a ciencia cierta. Lo está investigando Rosales, de esta comisaría.

—¿Julio Rosales? —Ricardo arqueó las cejas y torció el morro—. Menudo estirado está hecho el andaluz. Cada vez que pasa por el pasillo parece que esté desfilando por la Pasarela Cibeles, regalando miradas de condescendencia a diestro y siniestro. Si me pilla hace veinte años, le dejo la cara como un cuadro de Kandinsky.

—Bueno, compañero, confiemos en que haga su trabajo como es

debido. Los aspectos personales me dan igual —dijo Gardeazabal—. Tengo una duda.

—Dispara.

—Estos números de aquí —señaló las referencias de las copias sacadas por Arregui—, ¿a qué corresponden?

—Esos son los códigos internos de cada expediente. Cuando un caso nos llega al archivo, procedemos a codificarlo. Todo este lugar hay que verlo como un gran bosque. Cada expediente sería un árbol de ese bosque. Los números a los que te refieres serían las ramas de esos árboles. Es la mejor manera de explicarlo. Arregui pidió copia de dos documentos.

—Eso está claro. Pero ¿cuáles? —preguntó Gardeazabal.

Ricardo se acercó a la caja de plástico y la abrió. Dentro podían verse montones de informes y carpetas, también bolsas de plástico. Encima de todo ello reposaba un listado.

—Veamos. —Ricardo lo tomó y comparó las referencias que aparecían en él con los números del registro. Al lado de cada referencia aparecía el documento que etiquetaba—. Aquí están. Un documento es el listado de llamadas del director de Salud Bilbao.

—Gálvez —dijo Gardeazabal entornando los ojos.

—Eso es. El otro es el listado de expedientes de la propia clínica Salud Bilbao.

Gardeazabal inspiró pesadamente y tamborileó la mesa con los dedos.

—Ese listado lo elaboramos entre Arregui y yo hace tres años. ¿Puedes sacarme una copia de ambos?

—Sí, claro. Ahora mismo —dijo Ricardo y se dispuso a abandonar la sala.

—Perdona, Ricardo —lo interrumpió Gardeazabal levantándose de la silla—. Una última cuestión y te dejo tranquilo.

—Dime.

—Guardáis copia de las autorizaciones, ¿verdad?

—Sí. Las escaneamos.

—¿Puedo ver la de Arregui?

El agente negó con la cabeza.

—Sabes que no puedo hacer eso. —Volvió a negar con la cabeza, aunque la incomodidad en su cara mostraba que en su interior se estaba librando una disputa—. Pero ¡qué narices! Tú me guardaste las espaldas infinidad de veces en San Sebastián. Ahora te la traigo, pero de esto ni hablar —dijo e hizo el gesto de sellarse los labios con una cremallera.

—Descuida —dijo Gardeazabal y volvió a sentarse.

Cinco minutos más tarde, el encargado del archivo dejó la autorización presentada por Arregui sobre la mesa.

—Aquí está. Firmada por vuestro jefe: Ander Crespo —dijo Ricardo —. Todo correcto, ¿verdad?

Gardeazabal asintió mientras examinaba los trazos en la firma de Ander Crespo.

—Todo perfecto. Gracias, amigo —mintió y le devolvió el documento a su compañero.

La firma de Ander no era más que una burda imitación de la real, realizada por una mano temblorosa. La mano de Iban Arregui.

Capítulo 13

Ander y Miren aparcaron junto a la basílica de Nuestra Señora de la Asunción, entre la playa de Isuntza y el puerto de Lekeitio. La villa costera resplandecía bajo el influjo del sol de levante que llenaba de color la alegre localidad vizcaína. A pesar de lo temprano, las calles mostraban un gran flujo de personas que se dirigían, perfectamente pertrechadas para la ocasión, a la cercana playita de Isuntza o a la más lejana y grande playa de Karraspio. La presencia de estas playas, unida al encanto del pueblo y a la belleza del paisaje circundante, era lo que convertía a Lekeitio en el destino estival predilecto de gran cantidad de bilbaínos, que no dudaban en adquirir allí una segunda vivienda.

Mientras se dirigían hacia la pérgola de la plaza —lugar de reunión acordado con los ertzainas que habían acudido a la casa de Irene Vázquez—, Ander no pudo más que admirar la belleza del puerto. Un imponente dique y un estilizado espigón servían de resguardo a una dársena interior que, en esa época del año, estaba a rebosar de pequeñas embarcaciones amarradas. La bocana del puerto se veía también favorecida por el parapeto que la pequeña isla de San Nicolás ofrecía contra las inclemencias meteorológicas. Ander se puso en la piel de los marineros que regresaban a casa en días de mar brava e imaginó el alivio que sentirían al echar amarras en ese refugio.

—Bonito, ¿verdad? —preguntó Miren.

Ander se giró sobresaltado. La agente había estado observándolo mientras recorría con la vista el paisaje.

—Sí, mucho. —Carraspeó—. Mira, allí están Irazabal y Larraun.

Los agentes aguardaban junto a la pérgola. Ambos estaban destinados en la comisaría de Ondarroa y habían sido los primeros en acudir a la llamada de emergencia.

—¿Fueron ellos los que echaron abajo la puerta de Irene? —preguntó Miren.

—Sí, no había tiempo que perder. Sabían que la chica se acababa de tragar un bote de pastillas y no podían aguardar a que llegaran los bomberos para entrar. Fue una decisión acertada.

—Yo habría hecho lo mismo —dijo Miren—. La vida de la chica pendía de un hilo.

—Afortunadamente para ella, una de sus seguidoras es vecina suya

y dio la voz de alarma al ver el directo. —Ander se abrió paso a través de las palomas de la plaza, que apenas se inquietaban por el tránsito de los humanos.

—¿Eso no te parece curioso?

—¿El qué?

—Pues todo este asunto de las youtubers. Chicas que intentan acabar con sus vidas, pero que lo hacen a bombo y platillo, en un directo, no en la intimidad de un baño, por ejemplo —dijo Miren—. No sé, da la sensación de que, en el fondo, no es más que una llamada de atención. Un modo de lograr mayor notoriedad en las redes sociales.

—Bueno, Miren, para eso estamos aquí. Para aclarar las dudas con la ayuda de estos caballeros —dijo Ander y les tendió la mano a Irazabal y Larraun.

Los agentes los pusieron al día de las últimas novedades de la investigación, todo aquello que no aparecía en los informes que les había entregado el subcomisario Sánchez. En el Hospital de Cruces le realizaron un lavado de estómago y la tuvieron unas horas en observación antes de darle el alta y enviarla a casa. La chica no recordaba nada de lo sucedido. Los agentes preguntaron a miembros de la familia, amigos y vecinos. Querían saber si habían notado en Irene algún tipo de conducta depresiva o si la encontraban más evasiva o retraída de lo habitual. Pero, al igual que sucedió con Maite Olano y Natalia Junquera, las otras dos youtubers suicidas, todos describieron a Irene como una chica alegre, sociable, cercana y sin ningún tipo de preocupación más allá de las propias de cualquier creador de contenido de redes sociales. Su economía estaba saneada y no se le conocía relación sentimental alguna. Aparentemente no existía un elemento disruptivo en su vida.

—La chica no está sola, lógicamente —dijo Irazabal mientras los conducía al portal de Irene—. Su madre nos ha dicho que se quedará con ella el tiempo que haga falta.

El agente se movía con desidia, arrastrando su corpachón por el adoquinado del puerto. Llevaba un pedazo de faldón de la camisa asomando por encima del pantalón y al caminar sus hombros basculaban hacia delante como si cada paso le supusiera un inmenso esfuerzo. Ander dedujo que la oficina era su hábitat. Larraun, por el contrario, se movía con gracia, con el tronco bien erguido y la cabeza alta. Su atención parecía revolotear por los alrededores con indiferencia, aunque no se relajaba en ningún momento, analizando el entorno en busca de anomalías. A diferencia de su compañero, Larraun sí tenía alma de patrullero.

Irene los esperaba reclinada en una butaca con reposapiés. A pesar del calor, una manta tapaba su regazo y se extendía hasta los pies. El

pelo moreno le caía lacio a ambos lados de una cara que mostraba evidentes signos de agotamiento. Su madre aguardaba a su lado con rictus nervioso, frotándose continuamente las manos y tratando, sin éxito, de aparentar serenidad. Irazabal y Larraun habían preferido quedarse fuera de la casa para no saturar demasiado el ambiente del pequeño apartamento. Decisión tomada con buen criterio, ya que la vivienda de la youtuber era una cajita de cerillas con orientación al mar.

—¿Quieren tomar algo? ¿Café, té, agua? —preguntó la madre.

—No, gracias, señora —contestó Ander—. No tardaremos mucho.

El inspector hizo un gesto a Miren con la cabeza para que tomara la iniciativa en la entrevista. La agente asintió y sacó su cuaderno de notas del bolsillo. Irene los observaba con ojos vidriosos. Apenas habían pasado dos días desde la intoxicación barbitúrica y su cuerpo aún no había logrado eliminar todas las toxinas. La joven tenía una expresión entre agotada y perpleja. Sin duda, estaba asustada.

—Irene, ¿podrías contarnos lo que recuerdas de tu último directo? —Miren eludió de forma consciente referirse al asunto como un intento de suicidio para que la chica se centrara más en el relato de los hechos que en las funestas consecuencias que podría haber acarreado su acción.

Irene se incorporó en la butaca hasta quedar erguida en el asiento. Cerró los ojos y trató de hacer memoria.

—Imágenes sueltas. Eso es todo lo que mi mente me devuelve de ese día; imágenes sueltas. Sé que hice un directo. Recuerdo la luz del foco iluminándome, la brisa acariciando mi pelo y hasta los graznidos de las gaviotas sobre la isla de San Nicolás. También tengo un vago destello de memoria en el que aparecen pies que se mueven alrededor de mi cabeza, una luz que me enfoca a los ojos y la sensación de elevarme hacia el cielo.

—Sería el momento en el que el personal médico te trasladó en helicóptero —dijo Miren sin parar de anotar su testimonio.

—Sí, claro. Pero no es un recuerdo nítido, tan solo retales de mi memoria.

Miren asintió.

—Dime, Irene, ¿has vuelto a ver el directo que hiciste ese día?

La joven apartó la cabeza y perdió la vista en el azul horizonte que mostraba el hueco de la ventana. Sacudió la cabeza a modo de negativa.

—No estoy preparada, agente. No creo que lo esté nunca —dijo derramando gruesas lágrimas sobre la manta—. No entiendo por qué hice lo que hice. No lo entiendo.

—Cariño, tranquila —dijo la madre y abrazó a su hija—. Ya ha pasado, ahora tienes que recuperarte.

—Irene, ¿podrías enseñarnos tu habitación? —preguntó Miren.

—Ya se la enseño yo, agente —contestó la madre y dirigió sus pasos hacia la única habitación del apartamento.

Para un piso de esas dimensiones, la habitación de Irene Vázquez era una estancia de una amplitud sorprendente. Miren calculó que su superficie no sería inferior a los veinte metros cuadrados. En su interior entraban holgadamente un gran armario ropero, una cama y un escritorio con una encimera lo bastante grande como para alojar el ordenador y demás instrumental de edición de la youtuber. Una amplia ventana de dos hojas orientada al puerto iluminaba sobradamente el cuarto.

—He procurado dejarlo todo tal cual me lo encontré. Aquí hallaron a mi hija. —La madre de Irene señaló al suelo, junto al escritorio—. No sabemos de dónde pudo sacar las pastillas, pero se tragó un bote entero. Los médicos se extrañaban de que su corazón hubiera resistido al cóctel. Dijeron que su juventud jugó a su favor. Gracias a Dios —dijo y se santiguó.

Miren y Ander caminaron despacio alrededor de la habitación observando cada detalle. Irene tenía un tablón de corcho que monopolizaba la pared del escritorio. En él aparecían, en una suerte de collage, gran cantidad de fotografías, principalmente de perros y gatos. Sobre la encimera había más fotos de mascotas.

—Irene siempre ha adorado a los animales. Son su gran pasión —dijo su madre.

—Pero ella no tiene ninguno, ¿verdad? —preguntó Miren.

—No, qué va. Una vez tuvo un perro, pero la pena que le produjo su muerte la persuadió de tener más. Irene es sensible y empática en exceso.

—Señora, ¿le importa si tomo fotografías? —preguntó Miren activando la cámara de su móvil.

—Por supuesto, agente, lo que ustedes necesiten. Me voy con mi hija. Si precisan algo, llámenme.

—De acuerdo. Muchas gracias —dijo Ander.

El inspector se colocó junto a la ventana y observó la habitación desde ese ángulo oblicuo. En apariencia, todo estaba en orden, excepto por el pequeño caos de material existente en el escritorio de Irene. Nada inusual, en todo caso, teniendo en cuenta que era el área de trabajo de una creadora de contenido de las redes sociales. Miren sacaba fotografías de esa zona desde distintos ángulos y distancias. Desde tomas generales a algunas más cercanas. Cuando llegó a la estantería situada a la derecha del escritorio, algo captó su atención.

—¿Por qué habría de molestarse en encender incienso alguien que se disponía a suicidarse? —preguntó Miren mientras se colocaba un par de guantes de vinilo.

Ander elevó las cejas sorprendido y se acercó a la estantería en la que su compañera sujetaba en alto un incensario de porcelana. Alrededor del brasero podían verse restos de la última varilla de incienso consumida. Miren salió de la habitación con el incensario en alto.

—Irene, ¿es habitual que enciendas incienso en tus directos? —preguntó la agente.

La joven la miró con cara de asombro y negó con la cabeza.

—Eso no es mío. Yo jamás quemo incienso. Su olor me resulta demasiado empalagoso. ¿De dónde ha salido eso?

—De tu habitación —dijo Miren igualmente sorprendida—. ¿Me estás diciendo que esto no es tuyo?

—No sé qué ocurrió ese día, agente, pero de lo que estoy segura es de que ese incensario no es mío —dijo Irene tajante.

—Entonces, si no es tuyo, ¿quién lo ha puesto en tu estantería? —preguntó Ander apoyado en el marco de la puerta de la habitación.

Irene se mostró desconcertada. Sus ojos buscaban respuestas, trataban de regresar al instante en el que todo se fundió en negro. Intentó recordar la presencia de ese incensario en su habitación sin éxito.

—No lo sé. —Sollozó en silencio—. No lo sé.

Miren se puso de cuclillas junto a la joven y le acarició el hombro.

—Irene, tan solo te voy a hacer una última pregunta y prometo que te dejaremos descansar. Ayer estuve visionando todos los videos que has subido a la plataforma en este último año y hubo algo que me llamó la atención.

—¿El qué? —preguntó Irene con curiosidad.

—Que en el directo de esta semana utilizaste auriculares inalámbricos por primera vez. ¿Podrías decirme por qué?

—¿Auriculares inalámbricos? —Irene se atusó el pelo—. Eso es imposible, me parece una falta de respeto hacia mis seguidores. ¿Estás segura de que los usé?

Miren asintió.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? —Irene hundió el rostro en las manos y rompió en un llanto desaforado. Su madre se acercó a ella preocupada y lanzó una mirada de reproche a Miren.

—Si han terminado, hagan el favor de marcharse. Mi hija necesita reposo.

—Por supuesto, señora. Gracias por atendernos, han sido muy amables —dijo Miren—. Irene, te deseo una pronta recuperación.

Partieron de la vivienda del puerto de Lekeitio con la sensación de haber tropezado con algo más grande cuyas dimensiones no acertaban a atisbar.

Capítulo 14

«—Garde, tienes que venir. Hay algo que te tengo que contar».

Esas palabras de Nekane activaron a Gardeazabal como la espoleta de una granada de mano. Acordaron verse al atardecer en un bar de Sondika.

El inspector había reflexionado mucho en los dos días que habían transcurrido desde la muerte de Arregui. De nada servía culparse por las cosas que no hizo o por las que pudo haber hecho de otra manera. La vida dictó sentencia y Arregui había salido malparado en ella. Tres años siendo la ola que rompe contra el acantilado, una y otra vez, sin desfallecer. Tres años tratando de llegar a su amigo herido, su compañero de alma magullada. Gardeazabal había cambiado en ese tiempo. Dejó de ser el hombre categórico y poco informado que era antes. Dedicó muchas horas a la lectura de aquellos autores que tanto mencionaba Arregui. Intentó sumergirse en ese conocimiento como un instrumento para llegar a su amigo. Para ser una compañía de su agrado. En ocasiones parecía que el objetivo estaba más cerca, ya que lograba robarle una sonrisa o, al menos, conseguía que quedaran a tomar un café. Pero el estado anímico de Arregui fluctuaba demasiado. Viraba de una honda relajación, en la que alcanzar la paz interior parecía una misión posible, a un estado de agitación en el que nada aplacaba el demonio de la angustia que atenazaba su corazón.

Aparcó junto a la entrada del bar y acudió al encuentro de Nekane. El local reunía los elementos canónicos de un buen bar de pueblo: mesas y sillas de madera maciza, una barra repleta de pinchos y un camarero que la lustraba con frenesí. Sentada a la mesa de la esquina más próxima a la ventana, aguardaba Nekane.

—Iban solía traerme aquí —dijo, y su vista se perdió en un punto indeterminado de la calle—. De novios. Mis padres son muy tradicionales y no veían con buenos ojos que saliese con un chico de la capital. Por eso, los primeros meses de noviazgo siempre quedábamos en el pueblo. En Sondika. Éramos tan jóvenes entonces… y míranos ahora —dijo y rompió en un llanto amortiguado.

Gardeazabal hizo el amago de consolarla, pero se quedó a medio camino cuando Nekane alzó la mano en señal de disculpa.

—Lo siento, Garde —dijo mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo. Forzó una sonrisa—. Estos días me invaden los recuerdos.

Afortunadamente, no todos son de la última época, del Iban hundido. Por eso he querido quedar aquí contigo en vez de en casa de mis padres. Sentarme a esta mesa me trae buenas memorias. Me sana.

La cara de Nekane era un claro reflejo del dolor que estaba padeciendo. Líneas de insomnio y tristeza se entrelazaban y surcaban su cutis por varios lugares. Principalmente, junto a los ojos y en la comisura de los labios. Nekane era una mujer de rostro alargado y tenía una constitución fuerte reforzada por años de trabajo en la huerta de sus padres, donde nunca había escatimado esfuerzos para liberarlos, en la medida de lo posible, de la dura carga del aparcero.

—Entonces haces bien en venir. Ahora mismo la prioridad eres tú. Tienes que centrarte en ti misma —dijo Gardeazabal.

La mujer asintió y una sonrisa triste se dibujó en su semblante.

—Gracias —dijo suspirando.

Un coche pasó a toda velocidad por la carretera general haciendo que ambos lo siguieran de manera inconsciente. Nekane desvió su atención hacia la taza a medio terminar de café con leche que reposaba sobre la mesa. Le dio un último sorbo.

—¿Te llegó a contar Iban cómo me pidió matrimonio? —preguntó.

—No, qué va.

—Fue hace mucho tiempo, me parece que en otra vida —dijo Nekane con un poso de amargura—. Entonces éramos jóvenes, yo más que él porque, además de ser de la capital, Iban era cinco años mayor que yo. Imagínate lo contentos que estaban mis padres. Solo les faltaba contratar un escolta para que nos vigilara en nuestras citas.

Nekane tomó la cucharilla de aluminio con delicadeza y la metió en la taza vacía.

—Iban y yo fuimos en serio desde el principio. Sin tonterías ni flirteos vacuos. Fue un flechazo instantáneo y, desde el mismo instante en el que la punta de la saeta atravesó nuestros corazones, supimos que estábamos predestinados el uno para el otro. Queríamos vivir juntos cuanto antes. Pero, como imaginarás, mis padres no me lo permitirían sin pasar antes por el altar.

—¿Qué hizo Iban? —preguntó Gardeazabal sonriendo.

—El día que empezó a trabajar de ertzaina, se puso el uniforme de gala y tomó prestado un coche patrulla de la comisaría. Lo condujo hasta nuestro caserío y entró en el camino con la sirena bramando a todo volumen y las luces estroboscópicas rasgando de azul y rojo la noche. A mi madre casi le da un ataque al corazón —recordó Nekane riendo.

—Vaya, no conocía esa faceta rebelde de Iban.

—Oh, sí. Iban tenía un temperamento tranquilo. Pero a pesar de tener una querencia a evitar las confrontaciones, también poseía su lado salvaje. Y cuando algo se le metía entre ceja y ceja, lo sacaba a

relucir. Ese día, cuando salimos del caserío, Iban me esperaba con la rodilla hincada en el suelo y una cajita con el anillo de compromiso en alto. Una pedida de mano clásica que mis padres no tuvieron más remedio que aprobar, aunque yo entonces solo tuviera diecinueve años.

—Menudo canalla estaba hecho el sociólogo. Les metió un buen gol a tus padres —dijo Gardeazabal y dio una palmada en la mesa —. Qué calladito se lo tenía el muy granuja. Siempre hablándome de este u otro autor para mejorar mis conversaciones en las citas y, mira por dónde, me ocultó que entró el día de la pedida de mano sin ningún tipo de sutilezas, como un toro en una cacharrería.

Nekane sacó un pañuelo de papel y se secó las lágrimas que afloraban por la comisura de sus ojos. Luego metió la mano en el bolso y extrajo un sobre blanco que depositó sobre la mesa.

—Cuando viniste a darme la noticia del fallecimiento de Iban, me quedé en shock. Abotargada. Fue como si mi cerebro se hubiera quedado suspendido.

Gardeazabal alargó el brazo y tomó su mano.

—Por supuesto, Nekane. Eso es lo normal. Es un momento en el que el suelo que ha estado soportando nuestro peso desaparece. Lo extraño sería lo contrario.

—Lo sé. Pero no olvides que yo abandoné a Iban, probablemente cuando más me necesitaba. Lo hice para que reaccionara. Pero la realidad es que ahora está muerto. —Apartó la mano de Gardeazabal y pegó un puñetazo en la mesa.

El camarero se giró hacia ellos, observó durante un par de segundos y, acto seguido, continuó con sus quehaceres. A esas alturas, en el pueblo todo el mundo conocía la suerte que había corrido Arregui.

—El tiempo te hará entender que hiciste lo correcto —dijo Gardeazabal bajando la voz.

Nekane negó con la cabeza mientras apretaba el puño contra la mesa hasta quedarse sin fuerzas.

—Qué más da, Garde —dijo con una expresión de profunda tristeza en los ojos—. El mal ya está hecho. De todos modos, no te he citado aquí para mostrarte mis miserias. Quería darte eso. —Señaló el sobre.

—¿Qué es?

—Iban lo llamaba su redención.

—¿Cómo? —preguntó Gardeazabal perplejo.

—Eso mismo, su redención. Cuando te comenté el tránsito de Iban de los ansiolíticos y antidepresivos hacia las drogas más duras, te expliqué que ese descenso a los infiernos fue el que yo me negué a vivir y por el que le planteé el dichoso ultimátum del que tanto me

arrepiento ahora.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Iban no atendía a razones, quería evadirse para que la imagen de la muchacha secuestrada en el cobertizo de Gálvez no lo persiguiera en sus sueños.

—Eso es. Esa fue la razón principal. Pero hubo otra. —Nekane hizo un paréntesis en la conversación para sacarse una pestaña que le había entrado en el ojo—. Con la heroína, Arregui olvidó. Pero también recordó.

—¿Qué recordó? —preguntó Gardeazabal, a pesar de que intuía la respuesta.

—Hace varias semanas me llamó bien entrada la noche. En plena madrugada. Estaba muy exaltado, nervioso. Hablaba tan deprisa que las palabras se le montaban unas sobre las otras y no había manera humana de entenderle. Le pedí que respirara, que se calmara, que empezara a contarme todo desde el principio. Así lo hizo. Iban logró recordar parte de la matrícula del coche que salió de casa de Gálvez la fatídica noche de la explosión.

Los ojos de Gardeazabal se abrieron de par en par. El inspector tragó saliva.

—Pero ¿por qué no nos lo contó a nosotros? ¿Cómo es que no me lo dijo a mí? —El inspector habló con la voz quebrada de la emoción.

Nekane lo miró con ojos de ternura. Esta vez fue ella quien lo tomó de la mano para consolarlo.

—No te tortures, Garde. Iban no volvió a ser el mismo. Como te comenté, el Arregui que conocías murió con la joven de Mungia. Él no confiaba en nadie, decía que había mucha gente implicada en los secuestros de las chicas, igual que en el caso de Carranza. Le dedicaba todo su tiempo a la investigación de esta nueva pista, vivía por y para resolver ese caso. Y quería hacerlo él solo para redimirse. Porque solo entonces, y únicamente de esa manera, hallaría la paz.

Gardeazabal tomó el sobre y se lo guardó en el bolsillo.

—Pero a pesar de eso, quiso dejarnos la pista por si le pasaba algo, ¿verdad?

Nekane asintió.

—Me dijo que apuntara los datos, guardara la información a buen recaudo y que, en caso de que él muriese, te la pasara a ti o a Ander. La verdad es que pensé que estaba totalmente paranoico.

—Aun así, le hiciste caso —dijo Gardeazabal.

—Por supuesto, Garde. —Nekane recogió el bolso y se puso en pie —. Iban y yo siempre fuimos un equipo. Y los equipos ganan y pierden juntos.

Capítulo 15

Gozar del placer proporcionado por las largas caladas al cigarrillo era uno de los pocos alicientes que encontraba José Hidalgo en días como ese, en los que el calor canicular sacudía sin piedad calles y prados por igual. Hidalgo aguardaba pensativo, reclinado en la silla de terraza blanca de la degustación de Astrabudua en la que se había citado con un viejo amigo. El lugar no tenía nada de extraordinario, más bien al contrario. No dejaba de ser una cafetería más en un pueblo repleto de ellas; sin embargo, él nunca faltaba a su cita cuando el trabajo le concedía una tregua. Un café de máquina decente y, sobre todo, ningún compañero ertzaina a menos de un kilómetro. ¿Qué más podía pedir? Ah, sí, que hiciera menos calor. Pero, por desgracia, eso no estaba en sus manos.

Se inclinó sobre la mesa para dejar en el cenicero el cigarro consumido. Mientras lo hacía, percibió un movimiento por el rabillo del ojo.

—Tan puntual como siempre. —Ander pasó a su lado y le palmeó el hombro. Se sentó a la mesa dejándose caer sobre la silla. Con un movimiento imperceptible hizo un barrido visual de los alrededores. Estaban solos en la terraza y no se veían más que viandantes siguiendo su camino—. No has envejecido, amigo. Estás igual que siempre.

—Igual de cascado, querrás decir —contestó Hidalgo, y la risa se entremezcló con una tos perruna que le nacía en el pecho.

Ander y José Hidalgo se conocían desde hacía mucho tiempo. Ambos habían entrado en el cuerpo de la policía autonómica casi a la par. Ander encaminó su carrera a la investigación criminal e Hidalgo a la policía científica, ya que él, químico de formación, sentía mayor afinidad por esa área del conocimiento policial. Su sala de interrogatorios estaba repleta de instrumental científico y allí las confesiones llegaban a través del análisis de las muestras. Durante años, sus pasos se habían cruzado en el devenir de la actividad criminal vizcaína. El respeto mutuo desembocó en una amistad sin contraprestaciones, en la que el uno ayudaba al otro de forma desinteresada, sin esperar nada a cambio. Así sucedió, por ejemplo, el día en el que H9 dejó una nota en el felpudo de la casa de Ander. El inspector llamó a Hidalgo y este se personó en Altamira avanzada la madrugada, sin importar que estuviese disfrutando de su fin de

semana de libranza.

Esa relación estrecha fue, precisamente, el motivo por el que Ander pensó en él como informante de todo lo que se estaba cociendo en el caso de Arregui una vez que los apartaron del mismo y que su investigación recayera sobre los hombros de un grupo de homicidios de la Comisaría Central de Erandio. Hidalgo pertenecía a esa misma comisaría y disponía de acceso regular a todos los informes de la policía científica e irregular a alguna información más.

Hidalgo sacó otro cigarrillo del paquete, se lo puso en los labios y, ahuecando su mano, creó un hogar improvisado en el que el fuego prendió sin contratiempos. Inhaló el humo con firmeza y lo fue soltando con suavidad. Le ofreció el paquete de tabaco a Ander.

—No, gracias. Llevo tiempo sin probarlos. —Ander rehusó con un ademán de la mano.

—Tú te lo pierdes. —Hidalgo echó la cabeza hacia atrás para lanzar una vaharada de humo al cielo. Ander no pasó por alto las múltiples arrugas que surcaban la frente de su compañero. Con toda probabilidad, producto de horas interminables de trabajo—. Tenías razón, Ander. Me refiero a tu intuición con la muerte de Arregui.

—Explícate —dijo Ander y apoyó los codos sobre la mesa.

Hidalgo sacudió el sobrante de ceniza dentro del cenicero de plástico endurecido y miró con ojos cansados a Ander. El calor y la humedad comenzaban a apretar, y la camisa se pegaba al cuerpo del policía. La rácana brisa proveniente de El Abra no mitigaba la sensación de ahogo.

—Analizamos la composición del barro que tenían los zapatos de tu chico. Es un tipo de tierra arcillosa muy rica en humus. No me mires así, Ander. Deberías de saber a qué me refiero o ¿acaso no viviste en un caserío en tu infancia? El humus es el producto de la descomposición de materia orgánica en el suelo y actúa como fertilizante. Las suelas de Arregui tenían una gran concentración de humus, algo que no encaja con el tipo de tierra que nos podemos encontrar en una ciudad como Bilbao.

—Lo cual nos indica que Arregui pisó tierra de labranza en algún momento previo a su muerte —dijo Ander.

—Eso nos dicen las pruebas, sí.

—¿Alguna otra evidencia encontrada entre sus ropas? —preguntó Ander.

—¿Aparte de la cápsula de semillas de eucalipto que me comentaste? —preguntó Hidalgo y Ander asintió—. No. De la ropa no se ha podido extraer material orgánico o dactilar ajeno.

—Y ¿qué hay de lo otro? —Ander bajó la voz y se inclinó ligeramente sobre la mesa—. ¿Has descubierto algo?

El policía científico se retrepó en la silla y carraspeó con fuerza.

—¿Sabes, Ander? A pesar de que tu chico no era un novato en el cuerpo, yo no llegué a coincidir con él en ninguno de los casos en los que estuvo involucrado; sin embargo, esta semana no se hablaba de otra cosa por los pasillos de Erandio. Y la conclusión a la que he llegado después de escuchar todos esos comentarios es que algo bueno tuvo que hacer Arregui para tener tan alta consideración por parte de sus compañeros.

—Arregui era un auténtico policía. Uno de fiar.

—Por supuesto. Pero no he hecho ese comentario para constatar algo que más o menos intuía, sino como contrapeso en la balanza de perjuicio y beneficio. Sí, Ander, no frunzas el ceño, porque el que se juega su pellejo, profesionalmente hablando, soy yo. Conoces perfectamente a Torres y lo mal que acepta las injerencias. ¿Cómo crees que reaccionaría si se enterase de que he accedido al informe forense de Arregui? Te garantizo que caramelos no me daría.

—No, te expedientaría. Aunque ¿quién sabe? Quizás en este caso haría la vista gorda. Arregui fue uno de sus chicos del Grupo 4 de homicidios. Tal vez miraría hacia otra parte por los viejos tiempos —dijo Ander sin acabar de creérselo.

—Esa remota opción desapareció en el mismo momento en el que tomó posesión de su cargo de director de la División de Investigación Criminal. De todos modos, no me malinterpretes, te aprecio y valoro muchísimo tu servicio en el Grupo 4. Eres el David Copperfield de la investigación policial, un héroe. Pero incluso los héroes se encuentran con puertas cerradas. Yo puedo compartir contigo información relativa a mi área de trabajo, porque no supone más que un intercambio de puntos de vista de dos colegas en el marco de una investigación; sin embargo, revelar el contenido del informe forense de un expediente bajo secreto de sumario es harina de otro costal.

Ander se revolvió incómodo en la silla. En el fondo sabía que Hidalgo tenía razón. Quizás había abusado de su confianza. Quizás le había pedido demasiado.

—Entiendo. De verdad que lo entiendo. No hace falta que me digas nada más. Lo que me has contado de la tierra de los zapatos de Arregui es más que suficiente.

—No sabes lo que me alivia escuchar eso. —Hidalgo se puso en pie —. Espero que lleguéis a averiguar qué le sucedió a Arregui. Por cierto, creo que hoy es un gran día para romper tu promesa de no fumar. En el fondo, ese tabaco es beneficioso. —Le guiñó un ojo y señaló el paquete de cigarrillos que había quedado sobre la mesa. Después, abandonó la terraza.

—Sí, claro, tan beneficioso como un tiro en el pie —dijo Ander y se despidió de su compañero con la mano.

Se quedó contemplando la tira de celofán rasgada del paquete. El

bueno de Hidalgo había tenido el detalle de dejarle el encendedor dentro. Ander estiró el brazo y tiró de uno de los pitillos. El tacto del filtro aceleró los latidos de su corazón anhelante. Había mantenido sus pulmones a raya durante muchos meses, pero ahora parecía que su ansiedad era más fuerte que su voluntad. Sacó el cigarrillo por completo y descubrió que era un papel hueco enrollado al filtro. Se lo acercó al regazo para esconderlo del alcance de cualquier curioso y lo desenroscó con sumo cuidado. En su interior contenía un mensaje escrito con tinta azul.

«Arregui tenía cuatro costillas rotas. Murió por sobredosis, pero antes fue molido a palos. Todo está en el pendrive».

Ander apretó la mandíbula con fuerza. Las sospechas se confirmaban. Había algo muy turbio alrededor de la muerte de su compañero. Tomó el paquete y allí, en el fondo, palpó con claridad un bulto rígido. Sacó un cigarrillo auténtico y lo prendió con el mechero de Hidalgo. Por un momento, el humo pareció producirle un efecto analgésico sobre el cuerpo. Notó que los músculos se le relajaban y que la mente se le despejaba. Volvió a mirar alrededor. Seguía sin ver a nadie sospechoso, lo cual no significaba que no hubiera nadie vigilándolo. Trazó mentalmente los siguientes pasos a seguir y apagó el cigarrillo. La temperatura seguía subiendo en el exterior, pero Ander tenía la mente fría como un témpano de hielo. Se levantó y abandonó el lugar.

Capítulo 16

Entre todos los misterios de la vida que inquietaban a Miren, había uno en particular que no conseguía comprender: por qué una persona sana, con una vida entera por vivir, tomaba la nefasta decisión de echarlo todo por la borda. Qué impulso interno era tan fuerte como para decidir pasar de ser a no ser. De vivir a morir. Miren reflexionaba sobre esa cuestión mientras realizaba el visionado del directo de YouTube en el que Natalia Junquera se bebía un vaso de lejía.

Natalia era la segunda de las chicas que había tratado de suicidarse frente a sus seguidores. La joven creaba contenido relativo al maquillaje. Cada uno de sus directos consistía en una clase magistral de este arte. Miren dedicó parte de la mañana a revisar los videos subidos a la plataforma ese último año y en todos ellos aparecía Natalia estupenda. Era una joven muy guapa, con un cutis resplandeciente al que sabía sacar buen provecho, ayudada por el juego de luces que aplicaba el anillo de luz que tenía montado en su cámara. Muy a su pesar, ya que el maquillaje y sus secretos no ocupaban ninguno de los primeros puestos en su lista de preferencias, Miren se descubrió a sí misma tomando notas de alguno de los consejos de la chica. Lo hacía a hurtadillas, comprobando disimuladamente si Alday, situado en el escritorio anexo, se percataba de algo. Pero este se mostraba ajeno a todo lo que sucediera fuera de los límites de su monitor. Tenía la vista fija en la pantalla, apenas parpadeaba. En ocasiones, a Miren le recordaba a las figuras de cera. Solo que esta no era una de esas grotescas creaciones que en poco o nada se asemejaban al modelo que pretendían representar, sino una bella figura de cera.

—¿Qué? —preguntó Alday, que se había sonrojado hasta las orejas al percatarse de que Miren lo estaba observando.

—Nada, hombre, ¿acaso no te puedo mirar? —respondió Miren con meditado tono insolente. Le encantaba turbar la tranquilidad de su compañero; siempre tan educado, siempre tan correcto.

Alday se atusó instintivamente el flequillo haciéndole ganar volumen, para acto seguido retornar su atención a la pantalla en la que escrutaba hilera tras hilera de información contable. Miren se regocijó por dentro. Ese movimiento era la exteriorización más evidente del nerviosismo de su compañero. Alday era un gran policía,

muy aplicado en las tareas que se le encomendaban y con buen olfato para desgajar las capas de legalidad bajo las que se ocultaban los delitos económicos. Miren cada vez pasaba más tiempo observándolo trabajar con ese arsenal de tics faciales que le conferían un aire ensimismado. En secreto, la agente se refería a él como su pobre tortuguita, que corría a meterse al abrigo del caparazón cada vez que alguna amenaza alteraba su paz interior.

—¿Estás con los videos de las chicas? —preguntó Alday y señaló con la cabeza el ordenador de Miren.

—Sí, ya me he visto los de Maite Olano. —Se refería a la youtuber de Durango que se había tragado un bote de pastillas parecido al de Irene Vázquez—. Y ahora estoy con los de Natalia Junquera.

—¿Y bien? —Alday posó los codos sobre la mesa y prestó plena atención a su compañera—. ¿Has encontrado algo extraño?

—¿Te refieres a algo más extraño que el hecho de que tres chicas jóvenes y exitosas quieran desaparecer de la faz de la tierra?

—Lo dices como si el éxito y la juventud funcionaran como anclas que evitan que nos arrastre la corriente. Yo no creo que sea así, porque los jóvenes que intentan suicidarse lo hacen, en gran medida, por la presión ambiental que soportan. Sea por casos de abusos, acoso escolar, estudios, trabajo y, últimamente, muchos por las dichosas redes sociales —dijo Alday.

—Entonces, si ese psicólogo que anida en ti tiene razón y no son tan raros estos intentos de suicidio, ¿qué elementos son los que tendrían que llamar mi atención? —preguntó Miren posando los auriculares sobre los hombros.

—Alteraciones de conducta. —Alday se frotó los ojos—. Elementos distintivos, aquello que haga saltar nuestras alarmas al no haberlo apreciado en grabaciones precedentes.

—¿Como, por ejemplo, el hecho de que solo llevaran auriculares inalámbricos en los videos de los intentos de suicidio? —preguntó Miren arqueando una ceja.

—Sí, claro —dijo Alday sorprendido—. ¿Es eso verdad?

—Sí. Ven, te lo mostraré.

Alday se deslizó sobre su silla hasta situarse junto a Miren.

—He visto todos los videos de las tres chicas y sí que hay algo que me inquieta. Aunque no sabría decir con precisión el qué. Me refiero a esos elementos diferentes o a esos cambios de conducta que tú mencionas. Lo de los auriculares es raro, pero no demuestra nada. Pudo ser pura casualidad. Irene no recordaba habérselos puesto, aunque tampoco recordaba nada de lo sucedido en el directo.

—Entonces, ¿qué te inquieta? —preguntó Alday.

—No lo sé. Tengo la sensación de que esas chicas desconectaron de la realidad durante unos segundos.

—¿Se quedaron en blanco? —dijo Alday.

—No, eso no. En los tres casos ellas siguieron adelante con el directo, probablemente cumpliendo punto por punto el guion preestablecido; sin embargo, hay algo en su mirada, una especie de halo, que anticipa el desenlace del video. —Miren señaló la imagen congelada de su ordenador, que mostraba a Natalia segundos antes de tragarse el bote de pastillas.

Alday se frotó la barbilla, pensativo, sus ojos fijos en la imagen del monitor.

—¿Crees que pudieron ser coaccionadas? ¿Viste algún indicio en casa de Irene Vázquez de que así fuera?

—En la habitación de Irene encontramos un incensario que, probablemente, había sido utilizado durante el directo. Lo más curioso de todo es que Irene asegura que ella no lo había comprado, que no era suyo. Pero eso no es más que un hecho circunstancial, no prueba nada en absoluto —dijo Miren—. De todos modos, aún no he terminado de revisar los expedientes policiales de Maite y Natalia. Antes de meterme con ellos quería repasar todos los directos de las chicas.

—Esos expedientes tendrán que esperar, compañera —dijo Alday y regresó a su escritorio—. Tenemos una tarea asignada por nuestro jefe que no podemos descuidar.

Miren se hundió en el sillón y puso los ojos en blanco para expresar su hartazgo. Llevaban dos días elaborando informe tras informe para que Gardeazabal los firmara al finalizar la jornada. Le daban cobertura ante una eventual investigación interna por injerencia en un caso ajeno. La redacción de esos informes era una tarea que el Grupo 4 solía postergar, generalmente, para cuando tenían horas muertas en las que completar esas obligaciones administrativas. Habitualmente, la escritura de informes de diligencias policiales solía ser la función menos grata y de la que la mayor parte de los ertzainas trataba de escaquearse.

—No pongas esa cara, Miren. Lo tuyo es fácil, plasmar tus conclusiones del visionado de los videos. Suena incluso interesante. Pero ¿qué dices de lo mío? —Alday señaló su pantalla—. Llevo horas analizando los asientos contables de los negocios de las chicas y de sus familias y allegados. Diligencia que, con gran agudeza, solicitó Gardeazabal. —Se señaló a sí mismo con los dedos índices—. Ahora solo me queda explotar los datos obtenidos y cuadrarlo todo en un informe legible y entendible para el común de los mortales. Es decir, para el subcomisario Sánchez. Así que apliquémonos a la tarea. ¿Cómo era eso que decía el maestro Miyagi en Karate Kid?

—Dar cera, pulir cera —contestó Miren lacónica.

—Eso es. Dar cera, pulir cera —dijo Alday divertido.

—Por cierto, ¿sabes por dónde andan Garde y Ander? —preguntó Miren mientras se volvía a colocar los auriculares.

Alday negó con la cabeza, hizo con los dedos el gesto de sellar los labios con una cremallera y, acto seguido, señaló hacia arriba.

—Sí, están tomando declaración a familiares y amigos de las chicas —mintió.

Capítulo 17

Cuando dicen que la experiencia es un grado no se recurre a un cliché. Es cierto. No en vano, hay verdades que pasan inadvertidas al neófito y mentiras tan intrincadas que nos las creemos por el mero hecho de que encajan en nuestro puzle mental. En ese punto es, precisamente, donde los años de experiencia juegan un papel vital, separando el grano de la paja, discerniendo la apariencia de la realidad. El problema que acechaba a Ander era el sesgo de la subjetividad; que su deseo se convirtiera en una profecía autocumplida. Quiero que el resultado de la investigación sea este, por lo tanto, este termina siendo el resultado de la investigación. Esa inquietud profesional, ese dilema entre el deseo y los hechos, fue el motivo que lo llevó a dedicarle todo el día, y algo más, al análisis concienzudo de la documentación que le había proporcionado Hidalgo.

No recordaba que se le hubieran hecho tantas fotografías al cadáver de Arregui; sin embargo, sí que se acordaba del momento en el que entró en el callejón y vio esa mirada velada de su compañero, fija en un punto elevado por encima de su hombro. Era una visión recurrente para Ander; algunos cadáveres solían trasladar esa sensación de paz, de sufrimiento finalizado.

Al ojear las instantáneas en la quietud de su salón, Ander sintió una punzada de culpa. Porque en su pasado común había existido una encrucijada, una disyuntiva que había marcado el futuro de todos. El almuerzo en el que Gardeazabal y Arregui decidieron acompañarlo en su incursión nocturna a la propiedad de Gálvez, el director de la clínica Salud Bilbao. Esa acción supuso un punto de inflexión en la investigación de los crímenes de H9. La impulsó y sirvió, en última instancia, para que Ander resolviera el entuerto tramado por Lucas Jauregui. Para Arregui, sin embargo, esa decisión había significado el principio del fin.

De su fin, tal como observaba Ander en la fotografía que aferraba entre las manos.

—Has muerto por mi culpa, amigo —pensó en alto, con Gorritxo como único testigo.

El animal se levantó de la esquina en la que retozaba y fue a tumbarse junto a su dueño, porque, aunque la empatía es un bien

escaso en el ser humano, en el caso de los perros, por el contrario, fluye a raudales por sus venas. Ander le acarició la cabeza y le masajeó el cuello. Acababan de regresar de un largo paseo por el monte y el animal estaba exhausto. Demasiado calor para él.

Estiró el brazo y cogió el paquete-caballo-de-Troya del policía científico. Apenas le quedaban dos cigarrillos. Tanto nadar para acabar ahogado en la playa. Sacudió la cabeza a modo de reprimenda y se colocó uno en los labios, barajando la opción de prenderlo o no. El mero hecho de planteárselo le concedía cierta sensación de control, de autoridad sobre sus impulsos.

Se dejó de chorradas y encendió el cigarrillo.

Antes de releer el informe del inspector Rosales por enésima vez, Ander se acercó al equipo de música para poner algo que ayudara a que su tensión descendiera al campo base. Pasó el dedo por el canto de los cedés, indeciso. Optó por sacar a la palestra el Corridors of power de Gary Moore. Siempre había tenido querencia por el Moore ochentero; el bluesman no lo convencía. Serviría para exorcizar de su mente la expresión estúpida de Rosales.

Con la guitarra de Moore obrando el sortilegio, Ander retomó la lectura. Los informes de Rosales eran planos y unidireccionales. La investigación nacía muerta. En ella no había ninguna mención al incidente en la discoteca Euforia ni al asesinato de Pueyo. Lo único que decía era que Arregui había fallecido de sobredosis. Caso resuelto.

Para sustanciar esa conclusión, Rosales había hecho uso y abuso de la pirotecnia que le ofrecía el cuerpo de la policía autónoma vasca. Precisamente, era en ese punto donde entraban en juego tanto el material gráfico obtenido en la escena de San Adrián como los minuciosos informes forenses. Porque si bien es cierto que sobre el papel todas las personas son iguales a los ojos de la ley, no lo es menos que, cuando el caído es uno de los suyos, el empeño de la policía se multiplica. Las pruebas acortan su tiempo de espera y los informes se evacúan con una celeridad nunca vista. El despacho de los expedientes sufre un vuelco para acomodar el prioritario por encima de todos ellos, y la exasperante parsimonia procesal se evapora presa de un vigor del que no se tenía constancia.

El análisis toxicológico de Arregui señalaba una concentración elevada de monoacetilmorfina en sangre, lo cual, unido al bajo nivel de ese mismo alcaloide en orina, llevaba al forense a colegir que la muerte había sido debida a un fallo cardiovascular provocado por una sobredosis de heroína.

La autopsia, por su parte, confirmaba aquello que le había adelantado Hidalgo en Astrabudua: Arregui tenía cuatro costillas rotas y el torso lleno de moratones. Le habían dado una buena paliza. En vano buscó alguna referencia a esos golpes en el informe de Rosales.

Evidentemente, no podrían reflejarse porque esos golpes abrirían una nueva hipótesis en el caso: que Arregui había sido asesinado. Hipótesis que respaldaba totalmente Ander.

Imprimió todos los documentos, los introdujo en la carpeta del caso que habían montado Gardeazabal y él, lo apoyó todo sobre la mesa y salió al balcón con una cerveza en la mano. Como estaba siendo habitual durante ese verano, la noche no refrescó el ambiente, ya que el calor residual de calles y edificios emanaba en esas horas de recogimiento. Sorbió un trago largo. Las barracas del parque Etxebarria alumbraban parte de la ladera del monte Archanda. Bilbao estaba pletórica. Era sábado veinte de agosto y hacía escasas horas que había tenido lugar en la explanada del teatro Arriaga el chupinazo que iniciaba la Aste Nagusia[5].

Día cuatro desde que apareciera el cadáver de Arregui. En el transcurso de ese tiempo, habían tratado de conectar con su muerte todo el material que Arregui había recopilado en su casa. Ahondar en las historias que subyacían bajo cada foto o artículo le dolió tanto como clavarse un cuchillo en el costado. El recuerdo de Enara era aún muy reciente; el tiempo no mitigaba el dolor, tan solo lo distorsionaba.

Ander intuía la línea seguida por su compañero. Lo imaginaba consultando a escondidas los expedientes de desaparición, hablando en conversaciones aparentemente casuales con los responsables de su investigación, recabando apuntes de prensa o menciones en radio, pódcast o redes sociales. Rastreando con la paciencia del buen cazador, buscando huellas, indicios a los que aferrarse para encontrar un cabo suelto. La labor de un auténtico policía.

Labor que parecía haber dado sus frutos. Gardeazabal lo había llamado por la mañana para advertirle que podía haber encontrado algo «muy gordo», utilizando sus propias palabras; sin embargo, su compañero no quiso adelantarle nada por teléfono. Quedaron en verse al día siguiente.

Dejó el botellín vacío en el suelo y se apoyó en la barandilla metálica. Comenzaba el espectáculo pirotécnico de los fuegos artificiales. Tras unas primeras tracas de avanzadilla, llegaron los auténticos fuegos. El cielo bilbaíno se convirtió en una pasarela estrellada de formas y colores. A pesar de que el sonido llegaba amortiguado hasta el barrio de Altamira, Gorritxo lloraba asustado desde una esquina de la cocina. Las tracas y los petardos lo ponían histérico.

Ander giró la cabeza y miró hacia el interior de la casa con ternura. Aunque ese sentimiento le duró poco. Al día siguiente lo esperaba un hueso duro de roer: el director Torres. Lo había citado en su despacho de la comisaría de Erandio. Intuía de antemano cuál sería

el tema estrella de la reunión.

Capítulo 18

Un joven gorrión se posó en el estrecho alféizar de la ventana. El polluelo cabeceaba nervioso en busca de la presencia protectora de sus progenitores. Mediante pequeños saltos laterales fue avanzando hasta el extremo opuesto del saliente. El último salto fue tan largo que la pequeña ave chocó con el marco de la ventana y se desequilibró. Parecía que acabaría por caer al vacío; sin embargo, en ese momento apareció un gorrión adulto que, con firme aleteo, logró recolocar a la cría en su lugar. Esta estiró el cuello hacia el cielo y abrió el pico de par en par. Momento que aprovechó el gorrión adulto para introducir en su boca la comida que acarreaba en la punta de su pico.

Torres lo observaba inmóvil desde el interior de su oficina, apoyado en su repisa sin atreverse siquiera a respirar. Era un momento mágico que se repetía a diario. Él quería ver a la madre en ese gorrión adulto, aunque en realidad fuera incapaz de discernir un gorrión macho de uno hembra. Sin embargo, esa imagen tan tierna lo retrotraía a la arcadia de su infancia, al lugar en el que las responsabilidades se limitaban a mantener unas normas básicas de aseo y en saludar con educación a los conocidos de sus padres.

Todo eso había quedado en el olvido; ahora las responsabilidades lo acuciaban. Desde que aceptara sustituir a Moncho Lopategui en el puesto de director de la División de Investigación Criminal, su vida se había complicado bastante. Se había arrepentido muchas veces de haber dejado su puesto en la comisaría de Deusto. Pero si lo hizo no fue por ambición ni por ansia por ascender. Lo había hecho por lealtad a Moncho Lopategui. Su antiguo superior fue quien había recomendado a Torres para ocupar su lugar una vez abandonara el cuerpo. Torres anteponía su deber de lealtad a la pérdida de confort.

Mas en ningún momento llegó a pensar que acabaría lidiando con un asunto tan turbio y doloroso como el de la muerte de Iban Arregui.

Durante muchos años había compartido comisaría con ese chaval. Era un agente despierto, muy observador y siempre respetuoso con sus superiores, que era lo máximo que Torres le podía pedir. Le gustaba leer sus informes porque siempre estaban redactados con corrección y gusto. Su muerte le afectó en lo personal. En el momento en el que recibió la noticia, se le revolvieron las entrañas. Sabía que el chico no atravesaba el mejor de sus momentos. El incidente de Mungia lo había dejado muy tocado emocionalmente. Nunca llegó a recuperarse.

Torres había intentado reubicarlo media docena de veces. En un

principio, los cambios parecían ir bien, daba la sensación de haber encontrado el lugar ideal, el trabajo adecuado para que Arregui recobrase el equilibrio perdido. Pero al cabo de pocas semanas, todo saltaba por los aires. Una mala contestación, una mala mirada, un expediente al que no se le daba la prioridad que él solicitaba. Cualquier excusa era buena para prender la mecha.

A esas explosiones le seguían bajas, evaluaciones psiquiátricas y, tras varios meses, la reasignación a un nuevo destino dentro del cuerpo. Era agotador. Su muerte por sobredosis había cogido a Torres desprevenido. No daba crédito. Pero por más que fuera difícil de asumir, las pruebas eran lapidarias.

Ahora solo le quedaba explicárselo al que había sido su subordinado durante tantos años en Deusto. Al mejor inspector de homicidios de la policía vasca.

Alguien golpeó dos veces a la puerta con energía. La perturbación de la tranquilidad de la sala traspasó los cristales de la ventana y ahuyentó a los gorriones. Torres los vio alejarse con pesar. La paz había finalizado. Ander Crespo acababa de llegar.

—¿Se puede? —La cabeza de Ander asomó por la puerta medio abierta.

—Adelante. Pasa, Ander.

Torres avanzó hacia su inspector y lo saludó con un intenso apretón de manos. Al retirar el brazo, Ander sintió los dedos ligeramente entumecidos. Estaba claro que la vida de director no había convertido a Torres en un hombre sedentario. Seguía conservando la corpulencia musculosa de antaño. Un poderoso tren superior que servía de advertencia a cualquiera que quisiera mofarse de su corta estatura. Corría el rumor —aunque Ander no llegó a confirmarlo— que Torres había sido en su día uno de los mejores púgiles aficionados de España. Su pétrea mandíbula y sus nudillos de acero dotaban de veracidad a ese rumor.

—Buenos días, jefe. —Ander tomó asiento en una de las dos sillas dispuestas frente al escritorio de Torres.

—Buenos días. ¿Quieres un café? —El director se desplazó hasta una esquina del despacho en la que descansaba una máquina de café de cápsula—. Te puedo preparar lo que quieras. Este chisme es el único capricho que he exigido. Soy incapaz de comenzar la jornada sin antes meterme entre pecho y espalda uno de estos cafés.

Ander negó con la mano.

—Gracias, jefe. Pero ya vengo cargadito de cafeína.

Torres se encogió de hombros e introdujo una cápsula marrón oscura en la máquina.

—Tú te lo pierdes.

Terminó de preparase el café y tomó asiento, inmerso en sus

pensamientos. Ander se imaginaba qué era lo que le estaría rondando la cabeza en ese instante. Torres tenía que pararle los pies en un tema de suma importancia para él y para el resto del Grupo 4. Sabía que los movimientos de tanteo no eran su fuerte, carecía de las habilidades cortesanas que otros que ocupaban posiciones afines dominaban. El director era un hombre de acción, y el hecho de escalar en la jerarquía piramidal del cuerpo no lo iba a cambiar.

—En fin, tampoco te he hecho venir aquí para hablar de café. —Se cuadró en la silla y asió con fuerza sus brazos. Ander guardó silencio y esperó a que su superior tomara la iniciativa en la reunión. No quería dar ni un paso en falso—. Quiero que sepas que sentí muchísimo la muerte de Arregui. Fue un palo; yo lo vi crecer en el cuerpo y, ahora, mira. Era demasiado joven. Demasiado joven para morir.

—Gracias, jefe.

—Precisamente, Arregui es el motivo por el que te he hecho llamar. He tenido conocimiento del encontronazo que tuvisteis con Mauri y Sertucha el día que lo encontraron en el callejón de San Adrián. —Frunció los labios y se frotó las manos en un acto reflejo—. No te recrimino por ello, Ander, pero tenían razón. El caso lo lleva su grupo.

El inspector respiró hondo. Amusgó los ojos tratando de escrutar la mente de su superior.

—¿Por qué, Torres? Arregui era uno de los nuestros. Resolver el caso no solo es nuestro deber, sino nuestra obligación. Sabes perfectamente que se lo debemos.

El director cabeceó levemente con la mirada puesta en el borde de la mesa. Pasó la mano varias veces por el canto pulido tratando de calibrar cuál, de entre todas las respuestas que podría darle a Ander, le haría menos daño.

—Ese es el problema. Tanto tú como Gardeazabal estáis demasiado implicados emocionalmente. En esas circunstancias, dejáis de ser útiles. No me malinterpretes, sois los mejores, de eso no me cabe la menor duda. Pero al haber tenido esa relación tan estrecha con la víctima, incumplís una de las esencias de la investigación criminal: la objetividad.

—Eso es mentira. Nunca hemos perdido esa objetividad.

—¿De verdad crees eso?

—Totalmente.

Torres le sonrió con indulgencia.

—Ander, me recuerdas mucho a mí cuando era más joven. Yo también creía que podía con todo, que ningún reto era imposible. Que siempre lograría mantener el equilibrio en todos los casos. Hasta que llegó el Proyecto Itzala[6], ¿has oído hablar de él?

—Sí, Lopategui me lo contó hace años, cuando tratábamos de

atrapar a H9.

—¿Lopategui? Qué curioso. —Torres pasó los dedos por su ceja derecha con suavidad. Estaba mostrando todo su catálogo de tics—. ¿Y qué fue lo que te dijo exactamente?

Ander hizo memoria y recordó la mañana en la que el entonces director de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza se había colado en su casa mientras él dormía la mona en el sofá.

—Me contó que fue una iniciativa que surgió cuando la lucha contra el terrorismo de ETA copaba nuestros recursos. Entonces también se sucedían otro tipo de crímenes que había que resolver. Para no descuidar su investigación, se tomó la decisión de asignar inspectores veteranos para que tutorizaran la actuación de los nuevos inspectores del departamento.

Torres lo escuchó con atención, dejó de acariciarse la ceja y calló durante un largo instante.

—Eso fue la génesis del proyecto. ¿Sabes cómo terminó?

Ander negó con la cabeza.

—No me lo contó.

—No me extraña; el proyecto tuvo un final muy desagradable.

Con un fuerte impulso, se puso en pie y se acercó a la ventana. Los gorriones no estaban. Se reclinó sobre el cristal para ver si estaban apoyados en la ventana del piso superior. Nada. Los pájaros se habían esfumado.

—¿Qué sucedió? —preguntó Ander.

Esta vez fue Torres el que emitió un profundo suspiro. Seguía mirando a través del cristal, hacia la explanada verde que mediaba entre los edificios del gran complejo policial.

—Se cruzaron una serie de acusaciones muy graves entre varios ertzainas implicados en el proyecto. Hubo quien aseguraba tener pruebas de la participación de varios de los tutores veteranos en actos delictivos. Afirmaban que se valían de su ascendencia sobre los policías más jóvenes para manipularlos con total impunidad: modificaban informes, alteraban pruebas e ideaban coartadas para favorecer a algunos de los narcotraficantes más importantes del país.

—Dios, ¿y cómo es que nunca he sabido de este escándalo? —Ander se mostró muy sorprendido.

—Porque la investigación se llevó a cabo en la más absoluta confidencialidad, mediante un procedimiento interno que evaluó pruebas y contrapruebas, alegaciones y contralegaciones. Finalmente, se decidió no dar validez a las acusaciones presentadas y, paradójicamente, estos acusadores se convirtieron en acusados, y fueron imputados por asociación con banda criminal. Como consecuencia de todo ello, tres de los mejores ertzainas fueron expulsados del cuerpo.

—¿Lo sucedido en el Proyecto Itzala te salpicó de alguna manera?

Torres asintió, se giró y se sentó sobre el borde de la mesa, cerca de Ander.

—Yo fui el tutor de uno de los tres ertzainas expulsados: Andoni González. Probablemente, contigo, el mejor policía que ha tenido este cuerpo. Me preguntarás si no lo vi venir, si, como su supervisor, no percibí ninguno de los actos delictivos que le imputaron. La respuesta es sencilla: no, porque no los cometió. Alguien dentro del cuerpo manipuló las pruebas para implicar a Andoni y a los otros dos infelices que cayeron con él.

—¿Y no sabes quién fue ese alguien? —preguntó Ander.

—No, lo intenté averiguar por todos los medios. Durante estos años he tocado todas las puertas, incluso la del mismo Moncho Lopategui, a sabiendas de que ese tema le llevaba los demonios. Todo sin resultado. Las pruebas desaparecieron poco después de la expulsión de los tres ertzainas.

—Eso es muy sospechoso.

—Lo sé, pero tampoco se pudo probar que el incendio que las devoró fuera voluntario. Los documentos ardieron junto a otros expedientes almacenados en el antiguo archivo del cuerpo. Curiosamente, solo se quemó el ala en la que estaban esas pruebas. Pero como te he dicho antes, no se pudo probar la implicación de terceros en el incendio.

—¿Y qué fue de los expulsados?

—Dos se suicidaron poco después. González lo intentó sin éxito. Saltó desde un sexto piso y se rompió la columna vertebral. Desde entonces está ingresado en la residencia Etxe Zuri de Txurdinaga. Es muy triste. Lo he visitado varias veces, pero está totalmente ensimismado. Según los sanitarios, se pasa todo el día mirando al cielo a través de la ventana de su habitación.

—Supongo que sería muy duro para ti. —Ander comenzaba a entender el motivo por el que Torres sacaba a colación el destino del Proyecto Itzala.

—Lo fue. Mucho. González era como un hijo para mí. Me involucré, salí en su defensa hasta el punto de partirme la cara con compañeros y superiores. Todo fue en vano y, al final, me acabó quemando. Hoy ni siquiera tengo claro si eran inocentes como aseguraban o si, por el contrario, manejaban los hilos de una entente productiva con los narcos.

Torres apoyó las manos encima de la rodilla y miró a Ander con firmeza.

—Tú no puedes cometer los mismos errores en los que incurrí yo. Tenéis que dar un paso atrás y dejar que otros compañeros se ocupen de investigar lo que le sucedió a Arregui. Te garantizo que el inspector

Rosales es un hombre íntegro e implacable. Nada ni nadie lo detendrá en su búsqueda de la verdad. Recuerda que fue él quien resolvió el caso Gálvez.

«El caso Gálvez, curioso el nombre que eligieron para una investigación que nació casi resuelta gracias al Grupo 4», pensó Ander. Rosales fue el inspector asignado por la central de Vitoria-Gasteiz para aclarar los hechos acaecidos la noche en la que Ander, Gardeazabal y Arregui entraron en los dominios del director de Salud Bilbao y que acabaron con las muertes de Gálvez y de la muchacha que este mantenía secuestrada en un cobertizo de su propiedad.

Ander no pudo reprimir la risa al mencionar los méritos de Rosales, porque fue él quien sugirió que cavasen alrededor de los pinares del secuestrador en busca de cadáveres de más chicas que podrían haber sido ejecutadas del mismo modo que las de Carranza. Así fue. Encontraron diecinueve cadáveres en diversos estados de descomposición. Únicamente lograron identificar a ocho de ellas. Gálvez había continuado en Euskadi la tradición de Astrid cuando esta partió a Suecia.

La investigación de Rosales se limitó a la identificación de las víctimas. Se le imputó la autoría de todos los crímenes a Gálvez y se dio el caso por cerrado. Pero Ander y el resto de su grupo, Arregui incluido, sabían que Gálvez no era el único implicado. Al menos había tres personas más metidas en el ajo: los dos que vieron salir de la propiedad en un Mercedes negro y Akerbeltz, el siniestro personaje que, oculto tras la máscara del macho cabrío, había ejecutado a las chicas de Carranza.

—No te rías y prométeme que no os entrometeréis en su investigación. —Torres apretó un puño tan grande como una bola de cañón y, probablemente, del mismo efecto destructivo, y lo hizo caer con fuerza contra la palma de su otra mano.

Ander asintió, se retrepó en el asiento y encogió los hombros.

—Jamás me entrometería en la investigación de un compañero, menos aún en la de uno tan eficaz como Rosales. Estate tranquilo por nosotros, estamos centrados en el caso de las youtubers suicidas.

—Me alegra oírte decir eso, Ander. Estupendo. —Le dio una palmada a su rodilla y regresó a su silla—. El caso de las youtubers me tiene muy preocupado. Irene Vázquez y las otras dos, ¿cómo se llamaban?

—Maite Olano y Natalia Junquera. —Ander sorteó la carga de profundidad con holgura. Por el momento la reunión marchaba por los cauces previstos.

—Eso es, Maite, Natalia e Irene. La retrasmisión en directo de sus intentos de suicidio ha alarmado a gran parte de la población. Sobre todo, a los padres de los seguidores de las chicas, que temen la

influencia que puede ejercer sobre sus hijos y que estos traten de emular a sus ídolos mediáticos. Me preocupa que esta moda se asiente en Euskadi.

»Tenemos que investigar qué hay detrás de esos intentos de suicidio, si fueron casualidad o si, por el contrario, guardan relación entre sí. Para resolver este entuerto cuento con tu grupo, porque sois los mejores, Ander. No ha sido una mera maniobra para apartarte del caso de Arregui. Esa decisión ya estaba tomada independientemente de la existencia de las youtubers suicidas.

—De acuerdo, jefe. Te garantizo que pondremos todo de nuestra parte para intentar comprender los motivos que han llevado a esas chicas a intentar suicidarse.

—Perfecto, eso es lo que quería oír. —Descolgó el auricular del teléfono y marcó un número—. Sandra, dile a Rosales que suba a mi despacho. —Cogió el café ya frío y lo apuró de un largo sorbo—. Pregúntale lo que quieras, aunque te advierto que él no está obligado a responderte a todo, ¿entendido?

Ander asintió.

—Entendido.

—Bien. Actuemos como personas educadas, que es lo que somos.

Sonaron dos golpes suaves en la puerta y Rosales entró con sonrisa triunfal. Ander tuvo que echar mano de todas sus reservas de autocontrol para no abalanzarse sobre su gaznate. La hoja de roble roja de su galón de inspector brillaba como si acabaran de darle cera. El uniforme lucía impoluto y perfectamente planchado. Una hilera de pelos haciendo la conga formaban un bigote ralo que le produjo a Ander la misma sensación de repulsión que sintió en Mungia aquella noche en la que se encontraron por primera vez. No había una parte de él que le desagradara sobre el resto, era la totalidad de su persona la que no soportaba.

Rosales pasó a su lado y lo embriagó con el medio litro de Brummel en el que se había macerado. Lo saludó con la cabeza y tomó asiento en la silla que quedaba libre. Cruzó las piernas y quedó frente a él, observándolo con ojos risueños y la misma sonrisa estúpida con la que había entrado estampada en su rostro.

—Bueno, inspectores, no haré las presentaciones porque sé que os conocéis del caso Gálvez. Rosales, haz el favor de informar al inspector Crespo de los últimos avances en el caso Arregui.

El recién llegado estiró los dedos de la mano derecha sobre la palma izquierda y, por un momento, pareció admirar la labor de manicura. El carraspeo de Torres lo sacó del ensimismamiento afectado.

—Por supuesto, director. Me satisface informarles que el caso avanza a buen ritmo. Me atrevería a decir que está casi resuelto, a

falta de unos flecos.

—Explícate. —Ander se sentó sobre el borde de la silla.

—Arregui murió de sobredosis de heroína. Pero antes asesinó a Tomás Pueyo, empresario de la noche bilbaína. Tenemos pruebas que sitúan a Arregui en la discoteca Euforia de Bolueta, propiedad de Pueyo, horas antes del momento en el que, según la forense, fue asesinado.

—¡Eso es imposible! —Ander fulminó con la mirada a Rosales. Luego clavó sus ojos en Torres, que se revolvía incómodo en su sillón.

—Entiendo que sea difícil de asumir, pero las pruebas son irrefutables. La bala con la que fue asesinado Pueyo provenía del arma reglamentaria de Arregui, encontrada dentro de una alcantarilla cercana al local. Por si eso fuera poco, tenemos la cinta de video en la que enarbola el arma dentro del local y profiere amenazas hacia el director.

»Hemos reconstruido esa última noche de Arregui. El agente acudió a la discoteca, causó la conmoción de la que tenemos constancia gracias a las cámaras del local, fue expulsado y esperó. Cuando todos se hubieron marchado, entró sin ser detectado y subió al despacho de Pueyo, donde acabó con él de un tiro certero en la frente. Después de eso, arrepentido o víctima de la ansiedad, acudió a un callejón solitario del cercano barrio de San Adrián y se inyectó una dosis altísima de heroína que le causó la muerte.

El silencio pendía del techo y atrapaba toda la sala en su seno. Los ojos de Ander se movían sin cesar, revelando su intensa actividad cerebral. Las conclusiones de Rosales no lo cogían por sorpresa en lo relativo a la sobredosis de Arregui. Pero no hubiese esperado que le imputaran tan rápido el asesinato de Pueyo, aunque las pruebas pudiesen jugar en su contra.

—¿No crees que os estáis acomodando a la explicación evidente? —preguntó Ander.

—Esa explicación nos suena muy real. —Rosales se pasó el dedo índice con parsimonia por el bigotito.

—Ese es el problema, suena demasiado real. —Ander alzó el tono.

—Porque en ocasiones, la verdad suena así. —La sonrisa de satisfacción de Rosales no podía ser más plena.

Ander enmudeció. Recordaba el momento en el que él mismo había utilizado esas palabras ante un Rosales que acababa de llegar a Mungia para investigar los incidentes en la casa de Gálvez. Entonces Ander ideó una historia alternativa para no confesarle los acaecido realmente aquella noche. Ante el escepticismo de este, Ander le plantó esa misma frase con la que acababa de atizarle ahora.

—Rosales, quiero un informe completo que fundamente vuestras conclusiones. Te exijo la mayor discreción; como entenderás, la

acusación es demasiado grave como para ir aireándola por ahí. No quiero ningún tipo de filtración, de lo contrario, te haré a ti responsable de ella.

—Por supuesto, director. Discreción absoluta. Ahora, si me permiten, he de marcharme.

Rosales se alzó a la espera del permiso de Torres.

—Ander, ¿tienes alguna pregunta?

—No, ninguna. —Las lágrimas le escocían en los ojos, pero las contuvo, no quería darle a Rosales un motivo extra de satisfacción personal.

—Puedes irte entonces. Gracias por tu colaboración.

—Como siempre, un placer. Inspector Crespo. —Hizo otra ligera inclinación de la cabeza, se despidió y abandonó la reunión.

Capítulo 19

Una hora después, en la sala de investigaciones del Grupo 4, Ander aún le daba vueltas al alcance de las acusaciones vertidas por Rosales. Estaba claro que le querían colgar el muerto a Arregui.

—Ese Rosales es un necio. —Gardeazabal se desplazaba a lo largo y ancho de la sala, incapaz de mantenerse sentado desde que Ander le contara lo dicho en el despacho de Torres—. Cualquiera que conociera a Arregui sabría que era incapaz de matar a una mosca. Pero ¿qué le ocurre a este señorito andaluz mononeuronal?

—Respeto, compañero, respeto. Rosales hace lo que puede o sabe. Tiene dos asuntos en bandeja de plata y no piensa desaprovechar la ocasión para aumentar su ratio de casos resueltos. —Ander trataba de tranquilizar a un Garde que, por momentos, parecía que iba a subirse por las paredes—. Nosotros tenemos que seguir a lo nuestro, ¿de acuerdo? —Gardeazabal se detuvo junto a la mesa de Alday y gruñó una afirmación—. Muy bien. Muéstranos lo que has descubierto.

Gardeazabal sacó del bolsillo el sobre que le había entregado Nekane en Sondika.

—«Mercedes negro 58GT». Arregui logró recordar los números de la matrícula del coche que salió de casa de Gálvez.

Miren, Alday y Ander se miraron sorprendidos.

—¿Cómo lo has conseguido? —Ander se acercó a ver la nota.

—Me la dio Nekane. Se acordó de una conversación que mantuvo con Arregui en la que este le pedía que guardara el dato por si le pasaba algo.

Ander miró fijamente el escrito asombrado por el logro de Arregui. Durante tres años habían intentado recordar esa sucesión de cifras y letras, ese dato que todos sabían que tenía que estar perdido en algún rincón recóndito de la memoria del agente, pues él fue el único lo bastante rápido para poder atisbar parte de la placa del coche.

—Al final el sociólogo lo logró —dijo Ander.

—Pero pagó un peaje terrible para ello. El recuerdo le llegó cuando comenzaba a engancharse a la heroína. —Gardeazabal alzó la cabeza —. Ese fue el motivo por el que lo abandonó Nekane. Quería que reaccionara. Ahora no sabemos si no lo quiso hacer o si alguien no le permitió hacerlo.

—Lo descubriremos, Garde. —La voz firme de Miren sonó desde la

esquina de la sala. La agente se había acercado a la pared en la que tenían desplegada la documentación del caso de las youtubers suicidas a colocar una foto actual de Irene Vázquez—. Haremos que la mierda salga a flote y, cuando así sea, quien esté detrás no hallará lugar donde esconderse de nosotros.

—Sin duda —añadió Alday.

Gardeazabal se situó junto a Alday, tras el escritorio del agente.

—He querido esperar a que todos estuviéramos presentes para proceder con la búsqueda en la base de datos de tráfico. Estos días he estado investigando por mi cuenta, como un lobo solitario, en un asunto que, en realidad, nos implica a todo el grupo. Por ahora, me he limitado a preguntar aquí y allá sin llamar demasiado la atención. Acudí al portal en el que vivía Arregui para interrogar discretamente a los vecinos. Nadie vio nada ni notó nada extraño. Todo el mundo apreciaba mucho a Iban, como no podía ser de otro modo.

»En las comisarías en las que estuvo estos tres últimos años ni se me ha ocurrido preguntar, por supuesto. En conclusión, lo que sabemos de los últimos días de nuestro compañero es que acudió al archivo de la comisaría de Erandio en busca de unos documentos antiguos del caso de H9; que tenía en su casa infinidad de documentación sobre chicas desaparecidas y casos no resueltos, y que tuvo un altercado en la discoteca Euforia la noche de su muerte.

—Gran parte de esa documentación de las chicas se la proporcioné yo. —La voz de Alday sonó tan casual e inocente que nadie reaccionó en un primer momento a sus palabras.

—¿Cómo dices? —preguntó Ander.

—Durante estos meses, Arregui me pidió que lo ayudara a obtener una serie de expedientes, información relativa a chicas desaparecidas. No quise decirle que no porque, de lo contrario, se rompería ese vínculo precario que aún me unía a él. Creo que me pidió ayuda por ser el único del grupo que no había acudido a Mungia esa noche.

—¿Por qué no me informaste de eso? —Ander frunció el ceño enfadado.

Alday se removió en su silla, incómodo. Sabía que había obrado mal, pero tenía sus motivos.

—Porque creía en la curación de Arregui a través de la redención. Pensaba que si finalmente lograba descubrir la identidad de la persona que perseguía, volvería a ser el mismo; recuperaría a mi amigo. Por encima de todo, él quería desvelar a Akerbeltz; quitarle la máscara.

»Iban estaba convencido de que esa rencarnación del macho cabrío, ese avatar del diablo, era el responsable de la muerte de las chicas que aparecieron enterradas en el jardín de Gálvez, del mismo modo que lo fue de las que desenterramos en Carranza.

—Pretendía hacer el mismo trabajo asociativo que hicimos

nosotros con las chicas cuyos expedientes nos indicaba H9 en cada crimen. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? —Ander cerró los ojos y se masajeó las sienes—. Arregui quiso llegar a Akerbeltz hallando un punto de conexión entre las víctimas. Lógicamente, para eso antes tenía que conocer la identidad de las jóvenes. Eso explica la presencia de toda esa información de chicas desaparecidas en su piso.

»Si preguntásemos a las familias de las desaparecidas, seguro que nos confirmarían que Arregui habló con todas ellas. Empezó la investigación de cero. Garde, en el sótano de mi casa está todo lo que trajimos del domicilio de Iban. Quiero que a partir de mañana te pases por allí y realices el mismo trabajo que hizo nuestro compañero. Veamos adónde nos lleva.

»Alday, no me hace ninguna gracia que me ocultaras este tejemaneje que te traías con Arregui. Tenías la obligación de hacérmelo saber. Tú optaste por no hacerlo y ahora quizás pagues las consecuencias. Me lo tengo que pensar. —Alday tragó saliva y palideció ligeramente—. Pero ahora centrémonos en la prueba que nos ha traído Garde. Veamos de quién es el Mercedes negro de Mungia.

—Eso es, teclas. A ver qué encuentras. —Gardeazabal deslizó el papel sobre la mesa hacia su compañero.

Dejando a un lado el disgusto por la reprimenda de su jefe, Alday centró toda su atención en los parámetros de búsqueda que tenía que incluir en el buscador de la Dirección General de Tráfico: «marca Mercedes, color negro, matrícula que contenga las cifras cinco y ocho y las letras G y T». Cuando el programa le devolvió el resultado de su consulta, seleccionó los archivos y los imprimió.

Ander se abalanzó hacia la impresora y cogió los papeles. La búsqueda había encontrado dos vehículos que se ajustaban a los parámetros introducidos por Alday. Entre la documentación imprimida se encontraban los carnés de conducir de los propietarios de ambos. Pero Ander fijó la vista, únicamente, en uno de ellos, y bajó el brazo que sostenía el resto de los papeles.

—¿Qué sucede? —Miren se acercó intrigada.

—Mirad. —Ander giró el documento y se lo mostró a su grupo. En medio de la hoja podía observarse a un individuo con mirada arrogante. Todos ellos lo reconocieron al instante. Tomás Pueyo—. Garde, no estaría de más que te pasaras por la discoteca Euforia esta noche. Puede que el otro día se nos pasara algo por alto.

Capítulo 20

Dejó el coche mal aparcado sobre la acera en un callejón del barrio de Santutxu. En ese primer fin de semana de fiestas, la ciudad estaba abarrotada de visitantes y la búsqueda de un hueco libre donde estacionar el coche se convertía en una quimera. Porque Bilbao recuperaba a gran parte de su población, que retornaba de sus vacaciones para disfrutar de las fiestas, y absorbía también a muchas personas de localidades cercanas que se acercaban a la capital vizcaína.

La ciudad estaba engalanada para la ocasión. Las administraciones públicas y los empresarios locales habían puesto toda la carne en el asador en esas primeras fiestas pospandémicas en las que se recuperaba aquella vida anterior a la que se etiquetó como «normalidad». La gente tenía ansias de fiesta, de vivir, de dejar las restricciones y los límites a un lado, y de disfrutar de lo que la noche les brindara.

En su camino hacia la discoteca Euforia, Gardeazabal se cruzó con varios grupos de chicos cargados con bolsas llenas de bebidas que auguraban un buen botellón. Todos ellos lo miraban con extrañeza y se reían al pasar de largo. Evidentemente, el inspector no parecía un muchacho en busca de juerga, por mucho que llevara unos pantalones vaqueros ceñidos y su camiseta negra de la suerte, aquella con la que casi conquistó a una de sus citas a ciegas. De hechura hosca, planta inclinada y hombros cargados, Gardeazabal encajaba a la perfección con el estereotipo de matón de discoteca, más que con el perfil tipo de un cliente de esta. El hecho de haberse afeitado contribuía a amplificar ese efecto, porque, unido a su calvicie, acentuaba aún más las líneas marcadas de su mandíbula y su mirada inquisitiva. Pretendiendo pasar desapercibido, llamaba la atención como un faro en la noche.

La discoteca estaba a rebosar. Los cañones de luz y la música amortiguada anticipaban su frenesí varias manzanas antes de llegar al lugar. Gardeazabal pagó su entrada y se sumergió en un universo de humo, ritmos hipnóticos y brazos al viento que lo transportaron a otro tiempo en el que él solía frecuentar ese tipo de locales. Aunque la diversión no era el motivo por el que se había desplazado hasta allí. Quería encontrar a una persona. La camarera con la que habían

conversado el día que hallaron el cadáver de Pueyo.

Se abrió paso entre la gente a empellones, ganándose malas caras e insultos a cada paso. Chorreando sudor debido al esfuerzo, finalmente alcanzó la barra. Detrás de ella, tres chicas y dos chicos servían bebidas a una velocidad de infarto. Gardeazabal la reconoció al instante. Una coleta larga de pelo azul se bamboleaba al ritmo de la música. Fue hacia ella.

—Hola, ¿qué tal? —No se le ocurrió otra fórmula más apropiada que esa maniobra de aproximación adolescente. Ella ni lo miró a la cara y continuó preparando combinados—. Perdona, nos conocimos el otro día. —Colocó su identificación de la Ertzaintza sobre el mostrador, a la vista de la chica.

Ella miró el documento y luego fijó su atención en el rostro de Gardeazabal. Asintió, pero continuó preparando la bebida sin abrir la boca.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas sobre Tomás Pueyo.

Giró el cuerpo con tanta energía que la coleta salió despedida y pasó rozando la cara de Gardeazabal. La camarera llevó tres vasos al otro extremo de la barra. Cobró a los clientes y regresó.

—¿Te acuerdas del callejón? —Señaló la puerta negra camuflada junto al escenario. Gardeazabal asintió—. Te espero allí en media hora. Sal del local y da la vuelta a la manzana. Nos vemos fuera.

El callejón suponía un oasis de calma y silencio al que tan solo llegaban el retumbar de los bafles y los sonidos apagados de la gente que, al otro lado del edificio, aguardaba a entrar en el local. Gardeazabal recordó que fue en ese mismo lugar donde sacaron a rastras a Arregui la noche en la que murió. A lo lejos, en la boca de la callejuela, identificó la alcantarilla en la que hallaron la pistola de su amigo.

La puerta negra se abrió y vertió la algarabía del local en la calle. La camarera salió y cerró la puerta tras de sí.

—Me llamo Isabel. —Bajó los escalones con pasos felinos y estrechó la mano de Gardeazabal. Apretaba fuerte, notó los tendones asiendo con firmeza su mano.

—Pedro.

—¿Fumas? —Isabel sacó un paquete de tabaco rubio del bolsillo trasero de sus pantalones. Cogió dos cigarrillos y, al ver que Gardeazabal aceptaba la oferta, los prendió en su boca y le pasó uno de ellos—. Tengo cinco minutos de descanso. ¿Qué es lo que querías saber de Pueyo, poli?

Gardeazabal dio una honda calada al cigarrillo y expulsó el humo hacia el cielo estrellado.

—El hombre que montó el escándalo la semana pasada era mi compañero. Murió poco después del altercado.

—¡No fastidies! No lo sabía. Lo siento. —La chica parecía sincera.

—Gracias. —El inspector tiró el pitillo al suelo y lo apagó con la punta del zapato—. He venido por si estos días has recordado algo más de ese incidente y también me interesa saber si Pueyo tenía más locales nocturnos.

Isabel amusgó los ojos y analizó durante un instante al hombre que tenía enfrente. Quería calibrar el grado de confianza que le merecía.

—No era a Pueyo a quien amenazaba tu amigo. —Miró hacia el suelo, meciendo inconscientemente el cigarrillo entre los dedos índice y corazón—. Quería lanzar una advertencia al jefe de Pueyo, o eso decía él.

—¿Mencionó el nombre? —Las mandíbulas de Gardeazabal se tensaron y mostraron dos fuertes maxilares.

—Sí. Akerbeltz. No sabía que fuese un nombre, creía que era un personaje mitológico. Pero ¿quién sabe?, hoy en día se escuchan por la calle los nombres más variopintos.

—¿Cómo reaccionó Pueyo al oír ese nombre? —Gardeazabal obvió el comentario de la chica, su mente se había trasladado al instante de la trifulca.

—Llamó a seguridad y ordenó que lo expulsaran. Luego subió a su despacho y cerró la puerta con llave. Lo sé porque su llavero terminaba en un cascabel.

—Entiendo. ¿Y los locales?

Isabel se encogió de hombros.

—Que yo sepa, este es el único que tenía.

—De acuerdo, Isabel. Sé que tienes que volver, pero me gustaría hacerte una última pregunta.

—La última. —La chica le enseñó el cigarrillo a punto de consumirse—. En cuanto me lo acabe, regreso dentro.

—Por supuesto. En el tiempo que llevas trabajando aquí, ¿alguna vez han denunciado la desaparición de alguna persona que hubiera pasado por la discoteca?

Isabel abrió aún más sus ojos negros. Le dio una pequeña calada al cigarrillo y expulsó el humo hacia un lado.

—Por la noche desaparecen muchas chicas que luego acaban apareciendo en la casa de algún amigo o de alguien con quien se han enrollado. Sí, muchos padres suelen pasarse por aquí a última hora preguntando por sus hijos e hijas. Es una plaga, vienen más de dos por semana.

—De esa plaga de padres que preguntan, ¿sabes el caso de alguna chica que no haya llegado a aparecer?

—No. —Isabel perdió la mirada en la oscuridad del callejón—. Bueno, al menos entre los clientes. Sí que hubo un caso de desaparición que me afectó muy de cerca: el de mi compañera

Tatiana.

Gardeazabal sacó un pequeño bloc de notas negro del bolsillo trasero de su pantalón. No era su mítico cuaderno, pero pasaba desapercibido en situaciones como esa en las que la discreción era una virtud.

—Háblame de Tatiana.

—No sé cómo se apellidaba. Tan solo sé que era bielorrusa, que tenía veinte años y carecía de papeles. Le alquilé una habitación de mi piso y nos hicimos amigas. Era una gran chica. Gran parte de lo que ganaba trabajando se lo enviaba a su familia a Bielorrusia.

—¿Cuándo desapareció?

—Hace un año, tras la fiesta de Halloween que hicimos aquí. Todo el mundo vino disfrazado, tenían ganas de desconectar del covid y pasárselo bien. Esa noche le tocaba cerrar la sala, yo me fui antes. No la volví a ver.

—¿Denunciaste su desaparición?

—Sí, claro. Al día siguiente, cuando comprobé que no había regresado a casa. Tus compañeros no hicieron demasiado por encontrarla, se limitaron a cubrir el expediente. Ya sabes, chica indocumentada que desaparece. Concluyeron que se había marchado a otro lugar de España. Pero no lo hizo, Tatiana se dejó todas sus pertenencias en mi casa. Iba con lo puesto. Al menos es lo que pensé en un principio.

Isabel subió los escalones e introdujo la llave en la cerradura de la puerta negra.

—Un mes más tarde me llegó una postal suya desde Tenerife. En pocas palabras me decía que se había marchado en busca del sol y que estaba bien.

—Pero tú no te creíste la postal.

La chica abrió la puerta y miró fijamente a Gardeazabal enmarcada en el humo y la música de Euforia.

—No, poli, no me la creí. Pero, por si fuera verdad, aún conservo sus pertenencias tal cual las dejó, a la espera de que regrese de Canarias. Adiós, guapetón.

Cerró la puerta y la quietud volvió a reinar en la calle.

Capítulo 21

—Oiga, joven, ¿se puede saber qué es lo que está haciendo? —La voz de Miren le provocó un respingo al hombre que estaba orinando contra una de las paredes de los soportales de la plaza Nueva.

—¡Uou, cuidado! —Se apresuró a guardar aquello que había sacado en el lugar equivocado—. Pensaba que estaba solo. Disculpe, agente.

Las palabras del muchacho salían con deficiente articulación y evidente retardo. Hacía todo lo posible por ocultarlo, pero el chico llevaba una melopea importante. Se recolocó el pañuelo de fiestas y el vaso reutilizable de plástico que colgaba de su cadera. Bajó la cabeza y se deslizó junto a la ertzaina caminando a marcha forzada hacia la salida de la plaza.

—Eso, mejor vuelve a casa. —Miren le vio alejarse con una sonrisa en la boca.

Por el mismo acceso por el que había desaparecido el meón, entraron Ander, Gardeazabal y Alday. Doblaron la esquina y se dirigieron hacia su compañera. El Grupo 4 había recibido a primera hora de la mañana un aviso de la policía municipal. El cuerpo sin vida de una mujer había sido hallado. La encontraron en su casa, colgada de una viga.

La víctima se llamaba Laura Pons. Originaria de Barcelona, llevaba cinco años viviendo en un piso de la plaza Nueva de Bilbao. Su profesión: divulgadora literaria. Tenía un canal en YouTube en el que compartía reseñas y comentarios relativos a las novedades del mercado editorial español.

Los vecinos se habían quejado ante la policía del mal olor que provenía de la vivienda de Laura. En vista de que ella no contestaba al timbre, optaron por denunciarlo. Cuando los bomberos forzaron la puerta del apartamento, comprobaron de dónde venía ese hedor. El cadáver de Laura estaba en avanzado estado de descomposición, acelerada por el calor extremo experimentado los últimos días.

—Parece que esta youtuber lo ha conseguido. —Gardeazabal se tapó la nariz con la mano ante la presencia del cadáver ahorcado.

La cara de la chica estaba azulada. El cuerpo aparecía hinchado debido a la liberación de los gases corporales. Multitud de insectos pululaban a su alrededor, como rapiñadores en procesión. El ambiente

era irrespirable.

Laura vivía en la última planta del inmueble, en un apartamento reformado orientado hacia la plaza. Los tabiques que separaban las estancias antiguas se habían derribado y había quedado una gran superficie diáfana a modo de loft, en la que se ubicaban la cocina y una amplia zona de estar en donde la chica había montado su set de grabación. Unas escaleras metálicas llevaban al altillo que, sobre la cocina, ocupaba la mitad de la superficie de la planta principal. En ese añadido se encontraba la habitación de Laura.

El cadáver colgaba de una soga previamente asegurada alrededor de una de las vigas vistas del tejado. La horca improvisada estaba perfectamente alineada frente a la cámara que Laura utilizaba para grabar sus contenidos. Al pie de la chica, tirada hacia un lado, se encontraba la silla utilizada para auparse hasta el patíbulo casero.

Miren comenzó a sacar fotos con el móvil alrededor de la escena.

—Mirad aquí. —La agente señaló un pequeño auricular inalámbrico que yacía en el suelo, a los pies de Laura. Mientras continuaba sacando instantáneas, también señaló el otro par, que seguía firme en el oído de la chica—. Muy parecidos a los de las otras youtubers. Me atrevería a aventurar que del mismo modelo.

—Parece que este caso es igual que el de las otras chicas, pero hay una diferencia a tener en cuenta. —Alday hablaba mientras consultaba el móvil—. En los casos de Irene, Maite y Natalia, el contenido se compartía mediante directos; sin embargo, Laura lo grababa y luego lo subía a la plataforma.

—Por eso ninguno de sus suscriptores lo denunció.

—Exacto, Garde. Subió el último video hace una semana. —Alday dio la vuelta a su móvil para que sus compañeros pudieran comprobar el dato.

—Quizás estuviera hablando por teléfono en el momento previo al suicidio o en el mismo momento en que se produjo este. —Se aventuró Gardeazabal.

—En ese caso tendríamos el aviso del interlocutor de la llamada, ¿no crees? Alguien probablemente cercano, lo suficiente como para preocuparse por ella. —Ander sostenía un libro de la estantería del fondo del set mientras le apostillaba a su compañero—. Alguien que, sin duda, habría llamado a la policía.

—La verdad es que dicho así tiene su lógica. —Las mejillas de Gardeazabal se encendieron ligeramente.

Ander terminó de revisar la estantería y pasó al escritorio. A un lado de este, una cámara de última generación montada sobre un trípode apuntaba hacia el cuerpo de Laura. La encendió y visionó el último contenido grabado.

—Venid, chicos. —Ander se hizo a un lado para que el resto del

grupo tuviera una buena visual de la imagen. Rebobinó y le dio al botón de reproducción.

El video mostraba a Laura sentada en el sillón anejo a su estantería hablando sobre un libro que sostenía entre las manos. Al igual que en el caso de las otras tres youtubers, la chica llevaba los dos auriculares inalámbricos puestos. En un momento de la grabación, Laura se levantó, se acercó a la cámara y la giró ligeramente hacia un lado, enmarcando la esquina en la que se encontraba la horca. Con paso firme, se desplazó hacia allá, se subió a la silla y, con absoluta frialdad, se colocó la soga alrededor del cuello.

Laura movía los labios, pero no se la oía. El video se había grabado sin volumen. Durante unos segundos no pasó nada. Laura se mantenía firme sobre la silla y parecía calibrar sus opciones. El grupo contuvo la respiración. Conocedores del final de la chica, anticipaban el momento de su decisión fatal.

Ese momento llegó. Laura saltó de la silla hacia un lado y comenzó a balancearse colgada de la soga. El impacto de retroceso propulsó uno de sus auriculares inalámbricos fuera de su oreja.

—Se está arrepintiendo. —Miren pronunció esas palabras en un hilo de voz.

Efectivamente, Laura trató de alcanzar la silla con los dedos del pie, pero esta había caído de lado. Intentó aferrar la soga del cuello con las manos, pero ese movimiento no logró aliviar su situación. Desesperada, con los ojos desorbitados, movía las manos hacia la cámara. Todo fue inútil.

Pasaron varios minutos hasta que su cuerpo dejó de convulsionar y retorcerse de forma espasmódica. Luego la pantalla se fundió en negro.

—Alday, ¿sabes si esta cámara tiene apagado automático? —preguntó Ander mientras tomaba apuntes en su bloc de notas.

—Déjame ver. —Alday entró en el menú de la cámara y analizó sus opciones—. Sí, existe esa opción. En la comisaría podríamos analizarla más a fondo.

—La fecha de la grabación marca el 19 de agosto de 2022, es decir, hace tres días. —Miren se pasó la mano enguantada por la coleta y observó el cadáver colgante de Laura Pons—. ¿Por qué habría de grabar su suicidio sin volumen? No tiene sentido. Como tampoco lo tiene el paripé del libro en alguien que está a punto de quitarse la vida. ¿Quién haría tal cosa?

—Quizás alguien que esté realmente desesperada —dijo Gardeazabal.

—Puede ser. De todos modos, vamos a encarar esta investigación igual que la de las otras tres youtubers: como un suicidio. Antes de que se lleven el cadáver quiero que reviséis la casa de cabo a rabo.

Sacad fotos de cualquier elemento mínimamente sospechoso.

Todos asintieron ante las palabras de Ander. Alday abrió el ordenador de la chica y comenzó a navegar entre sus archivos. Gardeazabal subió al altillo para registrar la habitación y Miren rebuscó en el escritorio e inmediaciones. Poco a poco, fueron peinando todo el loft. Mientras lo hacían, apareció la policía científica y el equipo forense.

En las inmediaciones del cadáver descolgado de Laura se desarrollaba una actividad frenética. Ajenos a este ir y venir de gente, el grupo se reunió alrededor de la pequeña mesa de comedor de la chica y pusieron en común lo hallado.

—Esto pinta muy mal. —Ander dejó una bolsa de pruebas sobre la encimera para dar énfasis a sus palabras. Dentro había un incensario idéntico al encontrado en la casa de Irene Vázquez.

—¿Dónde estaba? —preguntó Miren girando el cuello hacia la estantería.

—En la última balda. Un libró cayó encima y lo ocultó. Supongo que los movimientos desesperados de Laura desplazaron el mueble. ¿Vosotros habéis encontrado algo?

—Arriba no hay nada. Todo está muy ordenado —dijo Gardeazabal.

—He conseguido acceder al escritorio del portátil de Laura, pero todas sus carpetas personales están configuradas con contraseña de acceso. Nos lo tendremos que llevar a Deusto —dijo Alday.

Miren posó sobre la encimera una foto y una tarjeta de visita. La foto era la clásica foto de novios, en la que aparecía Laura haciéndose un selfi mientras besaba a un chico.

—Parece que Laura tenía pareja. —La agente sostuvo la tarjeta a la altura de su cara—. Y también parece ser que acudía a un gabinete psicológico. Esta es la tarjeta de visita de Julia Romero, una psicóloga de Bilbao. ¿Sabéis cuál es su especialidad?

—Sea cual sea, no ha funcionado. —Gardeazabal sonaba molesto. Llevaban casi todo el día metidos en ese apartamento y él solo pensaba en retomar la investigación de Arregui en el punto que le había indicado Ander: los expedientes de desaparición de las chicas.

—Hipnosis terapéutica. —Miren obvió el comentario de su compañero y señaló el pie de la tarjeta—. Tenemos su dirección.

Ander asentía y apuntaba en silencio la nueva información en su bloc de notas. Cuando hubo terminado, lo dejó sobre la mesa y entrelazó los dedos. Estaba reflexionando. Los nervios de las sienes se le marcaban con claridad, tres líneas arrugaban su frente y tenía el ceño fruncido.

En ningún momento había llegado a pensar que el asunto de las youtubers suicidas fuese a ir a más. Sinceramente, creía que no era

más que un modo de llamar la atención de sus seguidores o de atraer a otros nuevos. Una publicidad gratuita absurda y muy arriesgada. Pero la muerte de Laura lo cambiaba todo. A primera vista, los hechos apuntaban a que se trataba de un suicidio. Pero Ander había vivido suficientes situaciones similares como para saber identificar la presencia de la sombra del homicidio. Una sombra tenue en algunos casos, pero que a él nunca se le pasaba por alto.

—Disponemos de dos o tres horas más antes de que trasladen el cadáver a la morgue. Miren y Garde, quiero que vayáis puerta por puerta a preguntar a los vecinos por la chica. Conocer la identidad del novio es prioritario, no lo olvidéis. Alday, tú sigue intentando acceder a los archivos del portátil.

Quiso la casualidad que la forense asignada fuera la misma que había certificado la muerte de Pueyo. Ander preguntó por Javier Gamboa, el veterano forense con el que había compartido tantos casos. Le confirmaron que Gamboa estaba de vacaciones; siempre se las cogía en agosto para estar lo más lejos posible de Bilbao cuando llegaban sus fiestas.

Fiestas que a esas horas de la tarde comenzaban a despertar y a dar señales de vida. El jolgorio y la verbena tomaron fuerza en la plaza Nueva. Afortunadamente, el juez de guardia llegó pronto y pudieron abandonar el apartamento antes de lo previsto.

Alday y Ander se encontraron con Gardeazabal y Miren en la primera planta del inmueble. El veterano inspector abrió su cuaderno de notas y lo golpeó con la capucha del bolígrafo.

—Peru Arriola. Varios vecinos lo han identificado como la pareja de Laura. Según cuentan, llevaban bastante tiempo juntos, aunque no compartían domicilio. Por lo visto, se estaban dando un tiempo antes de dar el paso hacia la convivencia.

—Eso es. Y por lo que nos han dicho, hacían una pareja estupenda y se les veía muy enamorados —dijo Miren—. Se han quedado consternados al conocer la muerte de Laura. La tenían en gran estima.

—Julia Romero y Peru Arriola. —Ander se rascó la nuca antes de dirigirse hacia la salida del portal—. Veremos lo que nos cuentan mañana.

Capítulo 22

Los peldaños de la escalera mostraban su desgaste en sus frontales torneados. Era un edificio antiguo, de los años sesenta del siglo pasado, de esos que se construían en serie, creando barrios colmena en los que resultaba difícil discernir un portal del otro. A mí me costaba, al menos. A pesar de que el inmueble tuviera ascensor y de que el chico viviera en la quinta planta, decidí subir por las escaleras. ¿Por qué? Sencillo. Ese ataúd metálico encajado en el hueco de la escalera en fechas recientes me daba pavor. No habría entrado allí ni a punta de pistola.

El calor estaba instalado en el hueco de la escalera. La falta de ventilación propiciaba un ambiente irrespirable, sensación acrecentada por las cantidades industriales de lejía vertidas sobre el embaldosado para, presuntamente, limpiarlo. Al menos esa debió de ser la intención original de la chica de la limpieza, antes de olvidar que las esquinas también forman parte del suelo. Aproveché la mugre acumulada para dar agarre a las suelas de mis zapatillas y no caer de bruces en los deslizantes rellanos.

Mi polo azul mostraba ronchas de sudor por todo el torso cuando llegué a la puerta de Peru Arriola. Era la primera de las tres viviendas que ocupaban la planta. Me puse en cuclillas frente a la cerradura de la puerta para observarla con detenimiento. El bombín mostraba las marcas habituales del uso diario. No aprecié signos de haber sido forzado y el marco tampoco presentaba abolladuras ni roces extraños. Me incorporé y eché un vistazo alrededor del rellano de la quinta planta. Todo parecía estar en orden. Saqué la copia de la llave que me había dado la madre del chico y entré en el domicilio.

Los padres de Peru habían aparecido en mi despacho la tarde anterior. El chico llevaba cuarenta y ocho horas desaparecido y estaban muy nerviosos porque ese comportamiento no era habitual en él.

—Señor Lago, ha de entender que si acudimos a usted es porque estamos desesperados. No habíamos contemplado la contratación de un detective privado, porque esa figura la asociamos a las películas norteamericanas, pero, a la vista de la inoperancia de la Ertzaintza, no nos ha quedado otra alternativa. —La mujer soltó el discurso sin despeinarse, indiferente ante mi reacción por su desprecio velado

hacia mi oficio.

—La entiendo perfectamente, señora. El oficio de investigador privado tiene muy mala prensa. Generalmente se nos asocia con la búsqueda de evidencias que tengan peso en casos de divorcio, y se nos pinta como paparazi escondidos tras una ventana, a la caza de cónyuges infieles.

»No niego que esa sea una de nuestras funciones, pero, evidentemente, hacemos muchas otras cosas. Estamos habilitados para realizar tareas de investigación análogas a las policiales. Aunque sin pisarles el callo a los polis, por supuesto. ¿Cuánto tiempo hace que no tienen noticias de su hijo?

—Dos días. —Se apresuró a responder el padre del chico. Era un hombre elegante, de unos sesenta años, de piel morena y ropa cara. La viva imagen de un ganador—. Peru acude a cenar a nuestra casa todas las noches. Cuando no puede, nos avisa. Así ha sido desde que se independizara hace un año. Es un chico muy responsable.

Saqué una hoja en blanco de mi escritorio y la dejé sobre la encimera.

—Supongo que lo habrán llamado al móvil, ¿no es así?

—Sí, lo tiene apagado. También acudimos a su piso, del que tenemos copia de la llave. Pero no estaba allí. —La madre hacía un esfuerzo enorme por no romper a llorar.

—¿Han hablado con su pareja, amigos, compañeros de trabajo?

—Laura, su novia, no coge el teléfono, y sus amigos están tan extrañados como nosotros. Ninguno sabe dónde puede estar. —La mujer cogió el pañuelo que le tendió su marido y se secó las lágrimas —. Señor Lago, tengo un presentimiento muy malo.

En ese momento rompió a llorar desconsolada y así estuvo, durante mucho tiempo, abrazada a su marido.

El piso de Peru olía a cerrado. Las persianas estaban a medio bajar y el ambiente pesado hacía juego con el del resto del inmueble. Me saqué el polo por fuera y soplé dentro del cuello desabrochado, tratando de refrigerar el cuerpo. Encendí las luces y pasé a inspeccionarlo todo estancia por estancia.

Los padres de Peru tenían en baja estima a los detectives privados, pero lo que no sabían, en parte porque tampoco se lo comenté, es que yo había sido ertzaina en otra época. Y no lo dije por un motivo simple: porque no estaba orgulloso de mi paso por el cuerpo. La cagué bien cagada. Por eso di con mis huesos en la calle. Sentía como si esos hechos correspondiesen a otra vida, aunque en realidad apenas habían pasado un puñado de años. La renuncia a formar parte del cuerpo fue un precio muy bajo en comparación con el dolor que había causado.

Peru vivía en un apartamento pequeño, de apenas cincuenta metros cuadrados. Una cajita de cerillas totalmente desordenada. El

chico se había independizado, aunque aún no había adquirido los hábitos de higiene y orden de una persona realmente independiente. El fregadero de la cocina estaba a rebosar de menaje; la encimera llena de grasa y suciedad; la mesa del comedor conservaba los restos del último desayuno, y el tapizado del sofá apenas se lograba entrever entre tanto proyecto de ingeniería que el chaval se había traído de la oficina.

Estaba claro que Peru quería impresionar en su primer gran trabajo, una importante multinacional, ni más ni menos. Me pregunté si no le habrían apretado demasiado las tuercas. Quizás esta desaparición no fuera más que un intento de evasión del muchacho, un anhelo de evaporarse de su entorno para coger aire en cualquier lugar apartado del mundanal ruido.

En el poco tiempo que llevaba ejerciendo mi profesión, había dado con varios casos de ese tipo. El último de ellos lo resolví en julio. Un hombre de setenta años que se marchó al Mediterráneo sin avisar a sus hijos. La hija apareció en mi despacho hecha un mar de lágrimas, convencida de que habían secuestrado a su padre. Cuando finalmente resolví el misterio y regresé con noticias del viejo, la mujer tardó varios días en digerir el hecho de que su padre había desaparecido porque estaba harto de ser el cuidador de sus nietos. Quería vivir lo que le quedaba de vida con total libertad, sin rendir cuentas ante nadie y, como es entendible, sin cambiarles los pañales a hijos ajenos. Tal vez Peru buscaba una paz similar.

La habitación era continuista en el desorden: sábanas tiradas en el suelo, cojines colgando, una gaveta a medio cerrar. Miré en los cajones y armarios. No había huecos que me indicaran que Peru hubiera arramplado con ropa y mudas. En el altillo encontré dos maletas, una grande y otra de cabina. Junto a la ventana había una silla de la que colgaba un pequeño bolso cruzado de hombre. Abrí la cremallera y, para mi sorpresa, extraje una cartera de dentro. Era la cartera de Peru Arriola. En su interior encontré el DNI y más documentación del chico. Comenzaba a inquietarme.

En el mismo instante en el que sostenía abierta entre mis manos la cartera de Peru, sentí erizarse los pelos de la nuca, señal que mi cuerpo ejecutaba cada vez que percibía la presencia de alguien a mis espaldas. Alcé la vista lo suficiente para ver, a través del reflejo del cristal de la ventana, dos figuras apuntándome con sus pistolas. Me giré despacio con los brazos en alto, asiendo la cartera entre los dedos índice y pulgar. Sonreí. Frente a mí, me presentaban sus respetos las bocas negras de dos Heckler & Koch USP que tan bien había llegado a conocer.

Capítulo 23

—¡Alto, policía! —La voz de Miren reverberó en los techos bajos de la habitación de Peru Arriola.

Miren y Ander habían acudido al domicilio del novio de Laura tras descubrir en la comisaría que el chico llevaba varios días desaparecido. Al cruzar sus datos en el sistema en busca de posibles antecedentes, se toparon con la denuncia de desaparición presentada por los padres del chaval. Tomaron nota de la dirección y decidieron pasarse a investigar. En ocasiones, las respuestas en un caso complejo estaban a simple vista. Porque el Grupo 4 estaba convencido de que la muerte de Laura escondía mucho más de lo que las evidencias pudieran mostrar.

—Alguien ha tenido que apagar la cámara. —Alday comprobó el historial sin hallar ninguna tarea programada que implicara el apagado automático del dispositivo. El apagado había sido manual.

Lo cual los llevaba a Peru. Inocente o culpable, el chico tenía mucho que decir.

—Eso es, tranquilito. Las manos a la vista. De rodillas, vamos. —Miren se le acercó sin dejar de apuntarle con la mano derecha. Cogió la cartera que sostenía en alto y se la pasó a Ander.

—¿Se puede saber qué están haciendo? —La pregunta de Felipe Lago cogió por sorpresa a los ertzainas.

—El que tendrá que dar explicaciones eres tú. Por lo pronto, has allanado una propiedad privada. —Ander guardó el arma en la cartuchera, revisó la cartera de Peru y la sostuvo frente a la cara de Felipe—. Este es el domicilio de Peru Arriola. ¿Tú quién eres?

—Inspector Crespo, si me permite sacar la cartera que tengo en el bolsillo trasero del pantalón, les podré explicar todo.

Ander lo miró con desconfianza.

—¿Nos conocemos de algo?

—¿Quién no conoce en Bilbao al hombre que detuvo a H9? Se ha convertido en toda una celebridad.

—Sí, claro. —No era la primera vez que un desconocido lo agasajaba en esos términos. En realidad, esa mención le resultaba muy molesta por la carga emocional que arrastraba desde la resolución del caso y porque, a decir verdad, él no hizo más que perseguir a Lucas Jauregui siempre un paso por detrás. No evitó ninguno de sus

crímenes—. Saca la cartera sin movimientos bruscos y ofrécenos esa explicación.

Felipe sacó una pequeña cartera de cuero negro de la que extrajo dos documentos.

—Mi DNI y la tarjeta de identificación profesional. Soy detective privado. Investigo la desaparición de Peru por encargo de sus padres. Si lo desean, tengo a su disposición el contrato en mi oficina. Y si alguien ha allanado la vivienda del chico esos son ustedes, que han entrado sin orden judicial, mientras que yo he accedido con la copia de la llave que me proporcionaron mis clientes. —Felipe sacó de la cartera una llave dorada.

Miren enfundó la pistola y levantó las cejas. Tosió por pura incomodidad y aguardó a que su superior tomara la iniciativa para salir del atolladero en el que se habían metido sin quererlo. Ander se pasó la mano por el maxilar, reflexivo.

—Discúlpanos, precisamente estábamos investigando la desaparición del chico. Decidimos acercarnos a su domicilio y, al ver que la puerta estaba abierta, pensamos que se estaba cometiendo un delito en el interior. —El inspector ayudó a incorporarse a Felipe y le dio una palmadita en el hombro a modo de disculpa.

—¿Y envían al inspector jefe del Grupo 4 de homicidios a preguntar por un desaparecido? —Felipe se mostraba divertido ante la incomodidad de los policías—. Es una gran noticia que seguro que complacerá a la familia del chico. Un caso de desaparición ignorado que, por arte de birlibirloque, pasa a acaparar toda la atención.

A pesar del tono irónico, Felipe estaba muy preocupado. La situación de Peru Arriola se había agravado de golpe. No le cabía duda de que había un cadáver de por medio. Y si no era el del joven, eso implicaba que podía estar involucrado en un asesinato, lo cual, de ser así, proporcionaba un motivo más que razonable para una huida precipitada.

—No estamos autorizados a dar detalles de un caso abierto; sin embargo, tú sí que estás obligado a colaborar con la autoridad. ¿Tienes alguna noticia de Peru?

—Ninguna. Sus padres no saben dónde está, sus amigos no saben dónde está, sus vecinos no saben dónde está, yo no sé dónde está. Creo que les he hecho un resumen muy preciso del estado actual de mi investigación.

—¿No contesta al móvil? —Ander pasó los dedos por el gotelé de la pared de la habitación solo para recordar el tacto de esa técnica en desuso.

—Está apagado. —Felipe volvió a guardar su documentación en la cartera—. ¿Saben si el hijo de mis clientes se ha metido en algún problema?

—Tú nos dirás, ¿lo ha hecho? —Miren observaba la parsimonia del detective con cierto desagrado. El hombre se movía con desparpajo en esa situación tan tensa, evidenciando que a través de la amenaza y la coacción no lograrían sonsacarle la información.

Felipe recorrió con la mirada el cuerpo de Miren. Sonrió y se encogió de hombros.

—Lo desconozco, agente. Esperaba que ustedes me aportasen algo de luz en ese sentido. En fin, creo que es hora de que abandonen el domicilio de Peru. Si no les importa. —Señaló con el brazo hacia la puerta de salida.

Miren pasó a su lado con el rubor aún prendido en sus mejillas debido al escrutinio del que había sido objeto por parte del detective. Felipe era un hombre atractivo. Rondaría la treintena, tenía un torso y unos brazos fibrosos que exudaban fuerza; sus ojos negros penetraban como cuchillos y parecían llegar hasta el pensamiento más oculto; su tez morena y una sonrisa cínica le conferían un toque interesante, y la espesa cabellera castaña peinada con un descuido muy estudiado lo convertían, en su conjunto, en la imagen del actor que toda adolescente llevaría pegada en su carpeta.

—De acuerdo, nos marchamos. En caso de que tuviésemos alguna pregunta, ¿cómo podría ponerme en contacto contigo?

Felipe volvió a echar mano de su cartera y sacó una pequeña tarjeta negra con letras escritas en tinta dorada. Se la tendió a Ander.

—Este es mi teléfono. No duden en contactarme si logran localizar al chico. Toda ayuda es bienvenida. Mis clientes y yo se lo agradecemos.

—Por supuesto, adiós. —Fue todo lo que Ander tuvo ocasión de contestar antes de que les cerrara la puerta en las narices.

Capítulo 24

—¿Quién había pedido la ensalada? —Gardeazabal sostenía en alto un envase de plástico en el que, sobre todos los ingredientes, prevalecía el verdor de la lechuga.

—Aquí. —Alday alargó el brazo para hacerse con su almuerzo.

—Cómo te cuidas, teclas. ¿Te has hecho vegetariano? —El inspector continuó sacando el pedido del McDonald's y fue pasando al resto del grupo el menú elegido.

—No, pero la ensalada es lo único que sé con seguridad que no ha sido procesada con carne de perro muerto.

—Oh, venga, compañero, que vamos a comer. —Gardeazabal detuvo su hamburguesa a medio camino de la boca. Levantó la tapa del pan y escrutó la fina loncha de carne prensada—. No son más que un puñado de leyendas urbanas ideadas para asustar a niños miedosos como tú. ¡Serás panoli! —Hincó una generosa dentellada en la hamburguesa y la engulló mientras reía entre dientes.

Para evitar que los porosos muros de la comisaría de Deusto permitieran que llegaran a oídos del subcomisario Sánchez o del director Torres los avances en sus investigaciones particulares, Ander tomó la decisión de que el Grupo 4 mantuviera una reunión de trabajo extraoficial en algún lugar lo bastante apartado como para evitar filtraciones. El lugar elegido fue el pequeño parking del polígono cercano al McDonald's de Bolueta. Estacionaron los coches uno junto al otro y así, apoyados contra las puertas, se aprestaron a dar cuenta de la comida mientras pasaban revista a los avances en los casos de Arregui y de las youtubers suicidas.

—Oye, Garde, ¿cómo te fue la noche del sábado? ¿Pudiste hablar con alguno de los empleados? —Miren hablaba con la boca llena, comiendo a dos carrillos, tratando de deglutir los alimentos con la máxima celeridad.

Gardeazabal asintió y perdió la vista en la distancia, en el punto aproximado donde se encontraba la discoteca Euforia.

—Hablé con Isabel. ¿Os acordáis de la camarera de coleta azul que interrogamos cuando acudimos a la escena del crimen de Pueyo? Pues esa chica.

—¿Y bien? —Ander enderezó la espalda y estiró el cuello hacia la carretera adyacente. En el rato que llevaban allí, habían pasado dos

patrullas de la Ertzaintza, pero no reconoció ninguna de las matrículas ni le resultaban familiares las caras de sus ocupantes.

—Lo que me contó la chica me aclaró muchas cuestiones, pero me suscitó otras nuevas.

—En eso consiste la investigación policial. —Ander arrugó el paquete de patatas fritas recién terminado y lo introdujo en la gran bolsa marrón del pedido—. Háblanos de las dos cosas, las certezas y las incertidumbres.

—Me quedó claro que Arregui no fue a la discoteca a matar a Pueyo. Tan solo quería presionarlo para que le confesara la identidad de Akerbeltz.

La mención de ese nombre cayó en medio de los congregados como una bomba de hidrógeno. La estela sonora dejada por el gran flujo de automóviles que transitaban la carretera amortiguaba convenientemente los sonidos de la conversación. Aun así, Ander bajó el tono de voz al tomar la palabra.

—Arregui entendió la prioridad de la investigación a la perfección. Akerbeltz era el rastro a seguir. De todos los implicados en los asesinatos de las chicas de Carranza, solo él había logrado escapar. Pero se ocultaba detrás de esa máscara grotesca. Su identidad era opaca, indescifrable. No teníamos ningún hilo del que tirar.

»Hasta que nuestro compañero recordó la matrícula. Entonces halló ese hilo y comenzó a tirar de él. Lástima que no nos informara de todo ello. Quizás ahora siguiera vivo.

—Me temo que no, jefe. —La voz de Miren rasgó como una cuña el silencio que se había formado tras las palabras de Ander—. Arregui nunca superó la muerte de aquella chica.

—Quizás sea así, Miren. Quizás su destino ya estuviera escrito y tan solo quisiera morir matando, enviar al infierno a Akerbeltz antes de exhalar el último aliento. O quizás no. Tal vez la detención del asesino de todas esas chicas le hubiera redimido de sus males. —Ander se ajustó el pantalón a la cadera, sin dejar de observar lo que sucedía alrededor—. Aunque es cierto que trazar esa clase de hipótesis sobre qué hubiera pasado de haber hecho esto o lo otro no nos lleva a ningún lugar. Lo único cierto es que Arregui está muerto.

»Garde, nos has dicho lo que te quedó claro tras tu conversación con Isabel. Pero también has comentado que te surgieron nuevas dudas. ¿Cuáles?

—La pregunté si Pueyo poseía algún otro garito aparte del Euforia. Me dijo que no. Entonces quise saber si había oído de algún caso de desaparición tras acudir a la discoteca, y lo que me contestó me dejó muy mal cuerpo.

Una radio a todo volumen interrumpió a Gardeazabal. El sonido provenía de un coche que pasaba despacio a su lado por la carretera

general. En su interior, tres chicos reían a mandíbula batiente mientras, por sus ventanas bajadas, rugían los bafles al son de Eskorbuto y su conocido estribillo de mucha policía, poca diversión, un error, un error.

—Qué graciosos los chavales. —Miren siguió la trayectoria del vehículo hasta que le perdió la pista en una curva.

—Déjalos, aprenderán a base de hostias. —Gardeazabal hizo un gesto de desdén con la mano y continuó con su relato—. Isabel me dijo que el año pasado desapareció una compañera suya, Tatiana, con la que compartía piso. Tenemos que buscar la denuncia que ella presentó el Día de Todos los Santos. Me temo que sea la última víctima de una ceremonia que tan bien conocemos.

—¿En qué te basas para decir eso? ¿Acaso no acabamos con los ritos al encontrar el altar de Gálvez?

Alday se apartó de los ojos un grueso mechón de pelo. Su mirada mostraba el nerviosismo típico de aquel que cree que la vida transcurre sobre un par de vías seguras que garantizan la estabilidad de los vagones que la circulan. Le costaba asimilar el hecho de que el mal no desaparece, sino que tan solo descansa.

—El primer altar estaba en Carranza, luego pasó a Mungia. ¿Qué te hace pensar que no haya más? No podremos estar seguros de haber acabado con este culto delirante hasta que no demos con Akerbeltz —le contestó Gardeazabal a su compañero—. Arregui lo entendió a la perfección.

—Alday, investiga todo lo que puedas sobre esa chica, Tatiana. Busca su expediente de desaparición y utiliza tus conocimientos para navegar entre los datos. —La orden de Ander sonó tajante, como solían serlo cuando estaba a punto de entrar en acción—. Garde, tú sigue sumergiéndote en los archivos de Arregui, a ver si encontramos conexiones entre esas chicas desaparecidas.

»Por cierto, ya que has establecido contacto con la compañera de Tatiana, no estaría de más que le preguntaras si conserva algún elemento que contenga ADN de la chica. Quizás pueda sernos de utilidad en el futuro.

—De acuerdo, jefe.

—Muy bien. En lo que respecta a la otra investigación, la de las youtubers suicidas, las noticias son abundantes. Miren, ponnos en contexto.

La agente se aclaró la garganta y se pasó la servilleta por la comisura de los labios.

—Hasta ayer, ese caso de creadoras de contenido de las redes sociales tratando de quitarse la vida nos tenía perplejos. ¿Por qué motivo tres chicas sin problemas personales o económicos aparentes intentan suicidarse frente a sus seguidores? Las tonterías que aducían

en sus directos para llevar a cabo esas acciones no tenían ningún sentido. Lo curioso es que ellas no recuerdan nada de lo ocurrido. Por lo tanto, o bien están guardando alguna clase de pacto de silencio entre ellas o existe una mano negra detrás de estos intentos autolíticos.

»Esa era nuestra hipótesis de trabajo hasta ayer, cuando encontramos el cadáver ahorcado de Laura. No nos engañemos, las evidencias apuntaban a un suicidio, otro más. Parece que sufrimos una plaga.

—Lo de Arregui no fue un suicidio, Miren, y lo sabes. —Gardeazabal frunció el ceño hasta formar un surco de piel entre ceja y ceja.

—De poco nos sirve que yo lo sepa, si no tenemos manera de probarlo. Mucho me temo que le van a emplumar la muerte de Pueyo y lo suyo lo van a enterrar como un suicidio por arrepentimiento. De sobra conoces la facilidad que tiene Rosales para cerrar los casos que se le ponen a huevo —sentenció Ander.

—Dicho de otra manera, Garde, Arregui se suicidó hasta que demostremos lo contrario.

La frase le brotó fluida y firme a Miren, como la sentencia de un juez de silla que indica a un tenista que su revés ha salido; sin embargo, Gardeazabal era su superior y eso en la policía tenía su importancia. El inspector resopló con fuerza, pero se guardó para sus adentros la furiosa respuesta que asomaba a su paladar.

—La inspección del apartamento de Laura nos dejó clara una cosa: la chica fue asesinada —continuó Miren—. Alguien tuvo que accionar el botón de parada de la cámara que grabó su muerte. Ella no pudo ser, y tampoco parece un suicidio asistido, por lo que la única opción que nos queda es la del asesinato.

»Pero no un asesinato cualquiera, sino uno muy sutil. Elaborado con paciencia y refinamiento. El trabajo de un artista, que realizó tres esbozos previos antes de emprender su obra maestra.

Los compañeros de Miren la miraron asombrados. Era la primera ocasión en la que ponía en común las conclusiones de su investigación. La última semana había pasado horas visionando innumerables sesiones de las youtubers sobrevivientes, realizando llamadas o pasándose por los domicilios de amigos y familiares de estas, tomando testimonio a las chicas, memorizando informes, analíticas, fotografías, todo. Su cerebro era una olla que cocía toda la información a fuego lento, aderezada por sus inferencias, su capacidad de captar lo anómalo, de hallar la aguja en el pajar. Había elegido ese parking de Bolueta, alejado del bullicio de la comisaría, para compartir sus reflexiones con el resto del grupo.

—Aún no lo he puesto negro sobre blanco en un informe, pero

tengo la firme convicción de que las cuatro chicas fueron forzadas, de algún modo, a realizar los actos mediante los cuales se habrían quitado la vida.

—¿Por qué crees que los intentos de suicidio de Maite, Natalia e Irene fueron esbozos? —Ander se acariciaba la barbilla, pensativo.

En el tiempo que llevaba en el grupo, Miren había demostrado de sobra su talento natural a la hora de afrontar los casos de homicidio. Por ello, Ander no quería convertirse en un elemento disruptivo en el flujo del pensamiento de su subordinada. En casos como ese, se limitaba a mostrarle las fronteras, a enseñarle los márgenes en los que habría de moverse si pretendía trasladar su buen instinto a un buen expediente de investigación que, eventualmente, facilitase la labor judicial.

—Porque eligió youtubers que emitían en directo. Eso permitió que sus seguidores dieran la voz de alarma o ellos mismos acudieran en su auxilio. En realidad, no pretendía matarlas. El caso de Laura es bien distinto. Para empezar, el contenido era grabado, por lo que nadie se percataría de su ausencia hasta que, por ejemplo, los vecinos dieran aviso por los olores de descomposición, como fue el caso.

—Está bien, eso tiene sentido. Pero ¿cómo fueron sometidas? —La pregunta de Ander quedó suspendida en el aire. Miren sacó su teléfono móvil y navegó entre su galería de imágenes hasta dar con las que estaba buscando.

—Mediante auriculares inalámbricos e incensarios. —Miren acompañó sus palabras con las imágenes de los elementos a los que se refería, encontrados en las casas de las youtubers—. Alguien se valió de ellos para inducirlas al suicidio. Mi hipótesis es que lo hicieron a través de la hipnosis.

—¿Hipnotizadas? —La expresión desencajada de Alday mostraba su total incredulidad—. Eso suena más bien a hechicería. ¿Y qué hay del novio de Laura, de Peru Arriola?

—Peru está en paradero desconocido. Lleva desaparecido desde la fecha de la muerte de su novia, lo cual resulta muy sospechoso.

—Peru es un cabo suelto. Estoy convencida de que, si lográramos dar con él, tendríamos resuelto medio caso

—Miren tan categórica como siempre. —Alday se pasó la mano por el flequillo y sonrió a su temperamental compañera. Había algo salvaje dentro de ella que lo volvía loco; sentía hacia ella la atracción irrefrenable de los polos opuestos. Lo suyo era pura física—. ¿No sería más fácil pensar que Peru obligó a suicidarse a Laura y que luego huyó para que no lo detuviéramos? ¿Y que los intentos de suicidio de las otras tres youtubers, que evidentemente tienen elementos coincidentes, no guardan ningún tipo de relación con su muerte?

—Yo estoy con teclas —añadió Gardeazabal.

—Entonces pensaréis que la presencia de esta tarjeta en el apartamento de Laura también es fruto del azar.

Miren les mostró la imagen de la tarjeta de la psicóloga Julia Romero, especializada en hipnosis terapéutica.

Alday y Gardeazabal se encogieron de hombros.

—Creo que la mejor manera de saberlo es haciéndole una visita en su consulta. Chicos, vosotros haced lo que os he dicho, yo iré con Miren a visitar a la psicóloga. —Ander se dio una palmada en el muslo y el grupo se puso en marcha.

Capítulo 25

El gabinete psicológico de Julia Romero estaba situado en la calle Hurtado Amezaga, en un edificio de oficinas enfrente de la estación central de Abando. Pese a ser mediados de agosto y estar inmersos en plenas fiestas de Bilbao, algo le decía a Ander que esa tarde la psicóloga se encontraría atendiendo pacientes. Llamaron a la consulta para confirmarlo. Sus sospechas fueron fundadas; la salud mental no se tomaba un respiro ni en los meses estivales.

—Pasen, por favor.

Julia los recibió en el vestíbulo de la consulta y los condujo a una salita de espera decorada con motivos pintados en diversas tonalidades de azul. En medio de la sala, una mesa lacada en blanco servía de soporte a un centro floral impresionante, rebosante de flores desecadas y tintadas de distintas sombras de azul. La música tenue y monocorde dotaba al total del conjunto de un espíritu de paz y relajo absoluto.

—Hagan el favor de aguardar aquí mientras termino mi sesión con una paciente. —La psicóloga no dejó de analizar a ambos ertzainas mientras los acompañaba.

Aunque no solo ella tenía esa capacidad de desgajar las capas de personalidad de sus interlocutores, Ander también era muy diestro en esas lides. Julia sostenía la puerta de la sala permitiendo que la luz del recibidor perfilara su esculpida figura contra el vano de la puerta, como si de una aparición mariana se tratara. Llevaba su frondosa melena negra recogida en un moño improvisado con un lapicero de madera, lo cual no hacía más que resaltar su largo cuello de cisne. Su cuerpo torneado evidenciaba un cuidado del físico que no estaba reñido con la edad. Porque Julia no era una niña ni pretendía ocultarlo. Más bien al contrario, lucía orgullosa arrugas faciales y mechones canos.

Lo que más impactó a Ander de esa mujer fue la fuerza interior que transmitía. Una mirada suya tenía el peso de mil palabras.

—Por supuesto, la esperamos. —Ander tomó asiento e indicó a Miren con la cabeza que hiciera lo propio. La agente no mostró señales de encontrarse ante el mismo influjo que él.

Desde la entrada de la sala podía verse el resto de la consulta. Se trataba de un par de puertas que, con toda probabilidad, conducirían a

sendos despachos. De uno de ellos les llegaban voces amortiguadas. Una firme y regular, que Ander dedujo sería la de Julia, y otra más esporádica y frágil.

Miren chisteó a su jefe y señaló la nariz. Ander asintió. También él había percibido el olor a incienso en el ambiente.

—No te va a hacer falta eso, Miren. —Ander detuvo con un gesto a la agente, que se disponía a desenfundar su arma—. Recuerda su especialidad; estará en plena sesión de hipnosis.

Minutos más tarde, una muchacha alta, vestida totalmente de negro y con una larga melena que le ocultaba parte del rostro, salía del gabinete seguida de Julia.

—Recuerda, Tamara, la respiración es la arteria de la mente. Si la obstruimos, si la entrecortamos con nuestras angustias y temores, entonces, la mente colapsará. Así que utiliza los ejercicios que te he enseñado para no llegar a ese punto. Respiraciones largas para una vida larga. No lo olvides, cariño.

—Gracias, Julia. —La chica agachó la cabeza y la movió repetidamente en señal de asentimiento. Abrió la puerta y se marchó cerrándola suavemente tras de sí.

Julia se cogió las manos por detrás de la espalda y estiró los brazos, arqueando ligeramente la columna para desentumecerse mientras emitía un gemido de alivio. Cuando hubo finalizado el estiramiento, los invitó a entrar en su gabinete, un espacio minimalista compuesto por una librería, un escritorio y un par de sillas enfrentadas a este. Tres amplios ventanales garantizaban el acceso de la luz, que en los días invernales sería un maná caído del cielo, pero que en pleno agosto de uno de los veranos más calurosos de la historia, obligaba a encender el aire acondicionado para no morir asfixiados.

—Bien, ya estamos solos. —Se sentó reposando manos y antebrazos en la mesa, postura que, unida al cuello estirado, le recordó a Miren a la esfinge de Giza—. ¿Qué es eso tan importante que querían hablar conmigo?

—¿Tiene una paciente que se llama Laura Pons? —preguntó Ander.

—Conozco a una Laura Pons, que no tiene por qué ser la misma Laura Pons por la que me está preguntando. —Julia entrelazó las manos y arrugó levemente la piel de la comisura de los ojos en señal de sonrisa interna.

—Entonces estamos hablando de la misma persona. —Ander se masajeó el párpado de su ojo derecho, ese que le solía temblequear cuando la ira rompía el frente de su calma. Iba a ser una conversación difícil.

—¿Cómo está usted tan seguro?

—Porque hallamos una de sus tarjetas de visita en la casa de la

chica —intervino Miren.

Julia la observó en silencio durante un breve instante. Trataba de calibrar el alcance de las palabras de la agente.

—¿Qué le ha pasado a Laura?

La psicóloga se desprendió, por primera vez, de su imagen de suficiencia y control y mostró verdadera preocupación en su semblante. Los coletazos del aroma del incienso que impregnaba la estancia, unido al flujo continuo de aire refrigerado que lanzaba desde el techo el aparato de aire acondicionado, ayudaban a calmar el biorritmo de los presentes, pero no sus miedos ni sus sospechas.

—Ha muerto.

Ander soltó la bomba sin ambages; quería ver el efecto que producía en Julia. Esta se llevó la mano a la boca tratando de ahogar un grito de sorpresa y pavor. Abrió los ojos de par en par y de ellos comenzaron a fluir las lágrimas; su pálida tez adquirió una tonalidad aún más blanquecina. Hincó los codos en la mesa y sepultó su cara entre las manos hasta que logró recomponerse.

—¿Cómo ha sido?

—Laura se suicidó —dijo Ander y aflojó al observar el grado de afección de Julia—. Estamos intentando comprender las circunstancias que rodean su muerte. Como entenderá, la investigación está sujeta al secreto de sumario.

—Por supuesto —asintió Julia.

—Háblenos de Laura. ¿Por qué acudió a usted? ¿Era una mujer depresiva? ¿La consideraba capaz de quitarse la vida? —Miren lanzó la ráfaga de preguntas sin solución de continuidad.

Cuando la polvareda provocada por la batería de cuestiones se asentó, Julia contestó con un hilo de voz.

—Al igual que ustedes tienen su secreto de sumario, yo también tengo un secreto profesional al que me debo. De todos modos, sí les puedo confirmar que Laura era una mujer fuerte que necesitó de mis servicios por circunstancias coyunturales y que estas se resolvieron de manera satisfactoria en su momento. La Laura actual era una persona mentalmente sana, cosa que no se puede decir de todas las personas con las que nos cruzamos en la vida. —Los ojos de Julia se entornaron hacia Miren al proferir esa última sentencia, lo que revolvió ligeramente las entrañas de la agente.

—¿Cuándo la vio por última vez? —preguntó Ander.

La psicóloga inspiró profundo y su vista recorrió la mesa hasta posarse en el rostro del inspector.

—A finales de junio.

—¿Vino a pasar consulta? —preguntó Miren.

Julia no apartó la mirada de Ander mientras procesaba la pregunta lanzada por la agente. Había algo en él que la impelía a seguir

analizándolo; una mezcla de severidad y fortaleza, determinación y tesón marcados en unas líneas faciales y un lenguaje corporal poderosos; pero, al mismo tiempo, su mirada escondía un dolor soterrado, una pena encerrada bajo llave. Se preguntaba qué sería aquello tan importante como para sepultarlo bajo losas de granito.

—No. Fue un problema personal lo que la trajo. Una menudencia. Había discutido con su madre y sentía ansiedad. Necesitaba reafirmarse en las cosas que le había dicho a su progenitora; quería mi aquiescencia.

—Y usted le dio ese empujoncito. —Julia se giró con brusquedad hacia Miren ante la insinuación de la agente—. Perdone. No me malinterprete, me refiero a que necesitaba una palmadita en el hombro para volver tranquila a casa, y usted se la proporcionó.

La mujer hizo una mueca de desagrado y negó con la cabeza.

—Ese día no actué como psicóloga, sino como amiga. Escuché y, cuando ella sacó todas sus inseguridades y las sustituyó por certezas, le di mi opinión. En realidad, ese día fue ella misma la que se sanó de su ansiedad. Laura era una mujer muy fuerte, y muy inteligente, ya se lo he dicho. Era una lectora voraz que absorbía todo conocimiento como una esponja. No tenía el perfil de ser manipulable, si es lo que ha querido insinuar, señorita.

Miren apretó los puños detrás de la mesa y agachó levemente la cabeza, una señal de derrota que no pasó desapercibida a la psicóloga, que la celebró alzando el cuello y mostrando sus brillantes dientes blancos en una sonrisa burlona.

—Háblenos de la hipnosis —intervino Ander, que trataba de romper el momento de tensión—. Tengo entendido que usted es una auténtica especialista en ese campo.

Julia giró su silla para señalarles la estantería repleta de libros que tenía a su espalda.

—La hipnosis terapéutica es mi especialidad, en efecto; sin embargo, el psicoanálisis es mi campo. Utilizo la hipnoterapia como herramienta complementaria para atacar aquellos problemas que permite tratar de un modo efectivo y permanente.

—¿Por ejemplo? —preguntó Miren.

—Pues el tabaquismo, el alcoholismo, el consumo de drogas y otras adicciones. Ante esos problemas, la hipnosis terapéutica se ha mostrado muy eficaz. ¿Por qué lo preguntan?

—Trabajamos en otro caso en el que sospechamos que las víctimas han podido ser influidas de algún modo para llevar a cabo ciertas acciones perjudiciales para ellas —dijo Miren—. Queríamos saber si mediante la hipnosis se las podría inducir a ello.

Julia se tomó un tiempo para pensar. Abrió un cajón y sacó una hoja en blanco que posó sobre la mesa. Cogió un bolígrafo y comenzó

a trazar un esquema en el papel.

—Antes de que responda a esa pregunta, han de entender en qué consiste realmente la hipnosis. La auténtica hipnosis, no aquella que venden las películas.

»Lo primero que hay que tener en cuenta es que, en hipnosis, dos no bailan si uno no quiere. ¿Entienden? Estamos hablando de un estado mental al que se llega a través de unos preliminares donde ambos, hipnotizador e hipnotizado, llegan de la mano, sugestionando uno y aceptando la sugestión el otro.

»Esa entente cordial ha de perdurar en los dos estados de la hipnosis: el trance y la sugestión. Para llegar al estado de trance, se tiene que establecer un proceso de inducción hipnótica, consistente en instrucciones y sugestiones dadas por el hipnotizador y aceptadas por el hipnotizado.

La psicóloga dibujaba un diagrama de cajas y flechas que vinculaban al cajetín del hipnotizado, en un extremo de la hoja, con el del hipnotizador en el otro. Miren y Ander seguían la explicación de la especialista con suma atención.

—Una vez alcanzado el estado de trance, podremos avanzar al de sugestión, estado vehicular para que los profesionales podamos alcanzar los objetivos terapéuticos fijados con anterioridad. Es decir, es en ese estado cuando el hipnotizador toma el control de la voluntad del hipnotizado. Así llegamos a su pregunta, que me tomo la libertad de reformular: ¿podría inducirse el suicidio mediante la hipnosis?

—Yo no he hablado de suicidio —dijo Miren.

—Querida, fíjate en mí; peino canas. No soy una joven en la flor de la vida como tú. La edad te trae achaques, pero también agudiza tu capacidad de leer entre líneas. Sé que me estabas hablando de las youtubers suicidas. ¿No es así como las llaman?

Miren asintió ruborizada.

—La respuesta es... tal vez. Dependiendo del ambiente en el que se desarrolle la hipnosis —más eficaz en entornos familiares— y, sobre todo, del grado de habilidad y empatía del hipnotizador. Hace falta un auténtico camaleón para poder acercarse a todas esas víctimas, atraparlas en su red y obligarlas a hacer algo que choca frontalmente contra uno de nuestros instintos más poderosos: el instinto de conservación.

Dos golpecitos tímidos en la puerta rompieron el hechizo del momento creado por la explicación de Julia. La media melena castaña de una joven asomó por el hueco de la puerta.

—Julia, ya he llegado. —La chica se quedó mirando a los invitados de la psicóloga. Su expresión mudó a sorpresa al ver el uniforme de Miren—. ¿Va todo bien?

—Perfectamente, Olga. La policía quería preguntarme sobre unas

cuestiones relacionadas con nuestro ámbito de estudio. Enseguida se marchan. —Se recostó en su silla y señaló a la pared de la derecha con su esbelto dedo índice—. Querida, empieza con la sala de terapias grupales, el baño y la sala de espera. Para cuando hayas terminado con todo, nosotros ya nos habremos ido.

—De acuerdo. Gracias. —Olga cerró la puerta con el mismo sigilo con el que había entrado.

—Es una gran chica. —Julia sonrió hacia la puerta—. Olga es la mejor amiga de mi hija Iraia, son íntimas. Ambas son estudiantes brillantes de Psicología, pero Olga es huérfana, no tiene recursos económicos. Por eso la ayudo permitiéndole que limpie el gabinete. Le pago mucho más de lo que me costaría una empresa de limpieza, pero sé que lo que gane lo empleará en una buena causa. Quiere realizar un máster en el extranjero, al igual que mi hija.

—Muy generoso de su parte. —Ander se levantó y le tendió una tarjeta de visita—. Ahí tiene mis datos de contacto por si recuerda alguna información que nos pudiera ayudar en la investigación de la muerte de Laura.

»Por hoy no la molestamos más, Julia. De todos modos, me gustaría tenerla localizada en caso de que necesitásemos volver a contactar con usted. ¿Tiene previsto hacer algún viaje próximamente?

La psicóloga tomó la tarjeta y la leyó por ambos lados.

—¿Soy sospechosa, inspector Crespo? —Apoyó las manos sobre la mesa y atravesó a Ander con una mirada desafiante.

Ander negó con la cabeza. A su derecha, Miren también se levantó y se alisaba las perneras del pantalón mientras miraba a la psicóloga con rostro serio.

—No, por supuesto que no. Muchas gracias por su ayuda.

—Un placer, inspector. Si me necesitan ya saben dónde encontrarme —dijo relajando su postura—. Siempre dispuesta a ayudar a la policía.

Capítulo 26

Las ráfagas de aire provenientes del ventilador de pie levantaban los extremos de las carpetas apiladas por doquier sobre la mesa de Alday. El agente resoplaba sin parar y retiraba con un papel absorbente el sudor que perlaba su frente. El sistema de aire acondicionado de la sala de investigaciones del Grupo 4 llevaba toda la semana estropeado y, como las ventanas eran fijas y no permitían su apertura, el efecto invernadero creado en su interior era insoportable. Las camisas se pegaban al cuerpo hasta quedar totalmente empapadas, la respiración se hacía pesada y lenta, y la cabeza llegaba a abotagarse. En ese ecosistema malayo, el único alivio lo proporcionaba el movimiento constante del ventilador.

Se echó hacia atrás el pelo empapado en sudor del flequillo y observó la disposición de los expedientes que reposaban sobre su mesa. Ander le había encomendado una labor titánica en Bolueta. Ni más ni menos que recopilar todos los expedientes de desaparición de chicas jóvenes desde el año 2000 a la actualidad. Como solía sucederle cuando su venerado superior le confiaba una tarea, Alday asintió sin calibrar el alcance de esta. No fue hasta que se sumergió en la intranet de la Ertzaintza cuando tomó conciencia de su magnitud real. Cientos, literalmente, cientos de chicas habían desaparecido en esa horquilla temporal.

Sin embargo, la ola que le vino encima no lo arrastró. Decidió organizarse, trazar un plan y seguirlo a rajatabla. Primero imprimió todos los expedientes; luego los leyó con detenimiento, anotando todos los datos relevantes del mismo: identidad del denunciante, fecha y lugar de la desaparición, domicilio de las chicas, profesiones, aficiones, estudios, actividades que llevaban a cabo, etc. Tras volcar toda esa información a una base de datos compartida con el resto del grupo, Alday decidió poner en práctica lo aprendido en un curso al que asistió que trataba del perfil psicogeográfico en la investigación de asesinos en serie. De este modo, trasladó las variables lugar de domicilio y lugar de desaparición estimada de la víctima a un mapa de calor. Trazó el itinerario de cada chica con una línea naranja. El objetivo final de esa representación geográfica era localizar las zonas más calientes del mapa, las más transitadas por las chicas.

—Te está quedando bonito. —Miren apoyó el antebrazo en la mesa

y se reclinó junto a él para admirar el trabajo de su compañero.

Una vaharada embriagadora, mezcla de perfume y del olor corporal de la agente saturó las fosas nasales de Alday. A la sensación de ahogo provocado por el calor se le unió el torrente de deseo que aupó todas las partes de su cuerpo. Estaba colado por ella. Hacía todo lo posible por que ninguno de sus compañeros lo notara. Y ella más que nadie. Cada vez que le soltaba un improperio o trataba de chincharle con una de sus burlas, él bajaba la cabeza y se concentraba en la tarea que tenía entre manos, tratando de ocultar el rubor emergente. Pero en ese momento no tenía escapatoria. El torso atezado de Miren era visible a través de la abertura dejada por los botones desabrochados de su camisa, y su hombro estaba tan pegado al suyo que notaba el calor emanado por cada palpitación de su corazón. Alday creía que iba a colapsar en cualquier momento, sudaba tanto que temió acabar con todas las reservas de agua de su cuerpo.

—Gracias —articuló, finalmente, con voz pastosa.

Miren se giró hacia él y lo miró extrañada.

—Alday, ¿estás bien?

—Sí, es este maldito calor que va a acabar conmigo. No estoy hecho para este clima tropical.

El agente continuó trasladando los registros de los expedientes a su mapa de calor y Miren regresó sonriente a su escritorio. Durante las últimas horas había visualizado todos los videos subidos por Laura Pons a YouTube. La chica se lo curraba mucho; realizaba reseñas extensas y muy completas de las últimas novedades literarias. Su verbo claro e incisivo era muy apropiado para esa red social. Evidentemente, la chica tenía mucho gancho. Una chica guapa que era capaz de hablar como un crítico literario veterano sería capaz de atraer a su canal a jóvenes y adultos por igual.

Mientras pasaban los videos, Miren apuntaba todas aquellas ideas que le pasaban por la cabeza, por muy descabelladas que pareciesen. Uno de esos apuntes estaba marcado con un doble subrayado: «¿La habrá asesinado un fan obsesionado con ella?».

O, a lo mejor, no hubo tal asesinato. Estaba tan cansada que, en ocasiones, le daban ganas de arrojar la toalla y quedarse con la explicación más sencilla y plausible, la del suicidio. Pero, entonces, su conciencia la despertaba de un cachetazo. No, no se podía dejar arrastrar por la moda social de buscar respuestas sencillas a problemas complejos. En la muerte de Laura había alguien más implicado, y ella encontraría a esa persona a cualquier precio.

Dejó a un lado YouTube y decidió probar suerte con otras redes sociales como Instagram y Facebook. Laura no era muy activa en ninguna de las dos. Lo último que había publicado eran unas fotos sacadas en Mallorca en julio. En una de ellas aparecía sentada sobre

una roca en un malecón, sujetando una pamela de ala ancha con una mano y con la mirada perdida en el horizonte de un atardecer mediterráneo; en otras aparecía sonriente o bromeando junto a un chico, Peru Arriola, su novio desaparecido.

—Estaban hechos unos tortolitos.

—¿Quiénes? —Alday se giró hacia su compañera intrigado.

—Laura y Peru. —Miren giró la pantalla para que su compañero pudiera apreciar las fotos.

—Ya veo. —El agente devolvió su atención a la titánica tarea que se traía entre manos.

Miren continuó ahondando en las redes sociales de Laura. Pronto se percató de que Peru no aparecía en aquellas publicaciones de más de un año de antigüedad, por lo que dedujo que ese sería el tiempo que llevaban juntos. Siguió echando el reloj social de Laura hacia atrás hasta que llegó al mensaje que indicaba la fecha en la que se había unido a la red social en cuestión.

Resopló y se pasó la mano por la frente empapada. Laura parecía una mujer feliz, no había ningún mensaje o imagen pública que pudiera indicar una personalidad depresiva o la existencia de alguna situación personal insostenible. Su vida parecía moverse en parámetros de felicidad, paz y armonía. Aunque era bien cierto que esa era la imagen que la mayoría de los usuarios de las redes sociales pretendían vender. Imagen que, en muchos casos, poco o nada tenía que ver con la realidad.

Pero, a los ojos de Miren, la felicidad que irradiaba Laura cuando miraba hacia la cámara era genuina.

Después le llegó el turno a Peru. El chico solo tenía cuenta en Facebook. Había un gran número de publicaciones sin restricciones de privacidad. Peru era un chaval alto, fuerte, atractivo, sin duda le gustaba gustar, de ahí que prefiriera compartir todas sus publicaciones con el público en general en vez de con sus amigos de Facebook, que era lo habitual en esa red social.

Las fotografías eran muy similares a las de Laura. De hecho, ella aparecía en muchas de ellas sonriente y abrazada a Peru. Como hiciera con Laura, Miren comenzó a tirar del hilo del tiempo social. En el caso del chico, también hubo un momento en el que su novia desapareció de las fotos, pero, a diferencia de esta, Peru sí que había publicado mucho con anterioridad a comenzar su relación. Y en una de esas fotos aparecía besando a una chica pelirroja, alta y preciosa que venía etiquetada como Iraia Gaztelueta. Miren apuntó el dato y continuó sumergiéndose en el perfil de Peru.

—¡Cuidado, cuidado! Aquí he encontrado algo interesante. Parece que Peru tenía otra novia antes de Laura.

Alday se levantó de su silla y se situó detrás de su compañera.

—¿Crees que ha podido ser ella por celos?

Miren se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero lo que está claro es que esta chica sí que tendría un móvil para hacerlo. Uno muy poderoso: los celos.

—¿Quién es esa? —Alday apuntó el dedo índice a una foto que Miren había dejado atrás en su frenético descenso por el muro de Peru.

La agente pinchó en la publicación que le había señalado su compañero y se quedó boquiabierta. Sin palabras. La instantánea se había tomado en sanfermines de 2019. En ella aparecían Peru e Iraia vestidos de blanco y con faja roja, como manda la tradición en las fiestas pamplonicas. En medio de los dos, la figura esbelta y poderosa de Julia Romero sonreía a la cámara con suficiencia mientras se dejaba abrazar por ambos. En el comentario se podía leer: «Haciéndole el sándwich a mi suegra».

—Julia Romero.

Alday se la quedó mirando sorprendido. Se acercó al monitor y observó la imagen más de cerca.

—¿Me estás diciendo que esta mujer de aquí es la psicóloga especialista en hipnosis terapéutica que visitasteis ayer?

—La misma.

—¡Joder! —exclamó Alday.

El joven agente se pasó las manos por el cabello y luego se estiró la cara como si ese gesto fuera a otorgarle mayor clarividencia. Miren trataba de asimilar la nueva información para componer un relato coherente al que amarrar la investigación.

—Tenemos que llamar a Ander —dijo Alday. Cogió el auricular del teléfono de Miren y comenzó a pulsar varios botones. Pero la llamada no llegó a su destino; Miren tenía pulsado el botón de colgar—. ¿Qué haces?

—Pararte los pies, porque eres como un coche sin frenos. El jefe no quiere que se le moleste hasta mañana. Tiene algo importante que hacer, aunque no me comentó el qué. En todo caso, tú y yo nos podemos ocupar de este asunto sin la supervisión de ningún inspector.

»Sé que piensas que hemos dado con una pista muy importante en el caso de Laura. Yo también lo creo. Pero hemos de actuar con suma frialdad y cautela en estos momentos. Tenemos un cadáver y un chico desaparecido. Si los celos son el móvil, entonces su vida también estaría en peligro. Cualquier paso en falso puede acarrear un desenlace fatal.

—Precisamente por eso tenemos que llamar a Ander. —Se quejó Alday.

Miren se levantó del asiento, cogió la cara de Alday con ambas manos y lo miró con firmeza.

—Tú y yo podemos hacerlo, Mikel. Confía.

El agente pareció calmarse. Asintió despacio mientras sostenía la mirada de los ojos castaños de Miren. Ella lo soltó y se dirigió hacia el mural en el que tenían toda la información de las youtubers suicidas, incluida la de Laura.

—Si algo me quedó claro en la reunión que tuvimos con Julia es su deseo por controlar las situaciones. Es inteligente, mentalmente fuerte, muy analítica. Salí de su despacho con la sensación de que no nos lo había contado todo. No sé cómo explicarlo, pero me pareció que sus ojos ardían con un fuego interno al hablar de Laura.

—Quizás por la pena por su muerte. No olvides que Laura era su paciente.

—No, esa llama no la alimentaba la pena. —Miren recorrió con la vista las fotos de todas las chicas que habían intentado suicidarse hasta llegar a la de Laura—. Su combustible era el odio.

—Entonces, ¿opinas que Julia es la sospechosa principal del posible asesinato de Laura?

—¿Posible? ¿Aún dudas?

En esta ocasión, Alday se ruborizó, incapaz de sostener la mirada severa de su compañera.

—No lo dudo, Miren. Pero necesito ver más pruebas para convencerme totalmente. Por desgracia, yo no tengo esa capacidad que tú posees de ver lo soterrado. Tengo que ver todo el clavo fuera para ser consciente de su longitud. La mera visión de su cabeza clavada en la madera no me da mayor pista.

Miren soltó una carcajada que distendió el ambiente y reverberó por toda la sala de investigaciones.

—Está bien, tortuguita. Si lo que quieres es ver todo el clavo fuera, entonces tendremos que disponer de la herramienta adecuada para hacerlo. Búscame el teléfono de Iraia Gaztelueta. Veamos qué tiene que decirnos la muchacha.

—¿Tortuguita yo? —La cara de Alday era todo un poema.

Miren volvió a soltar otra carcajada.

—Déjalo, ya te lo explicaré el día que me invites a tomar una cerveza. —Le guiñó un ojo mientras se esforzaba en no ahogarse con la risa.

Capítulo 27

Finalmente, lograron hablar con Iraia. La chica estaba enclaustrada en el aula de estudios de la Mediateka de la Alhóndiga. Llevaba todo el verano acudiendo a ese lugar con el objetivo de adelantar materia de estudio. Cursaba cuarto de Psicología en la Universidad de Deusto. Era el último año de carrera y quería graduarse por todo lo alto. Miren no supo decir si ese entusiasmo era propio o influencia del carácter exigente de su madre. Quería conocerla para salir de dudas.

Sabía perfectamente de lo que hablaba, no en vano sus padres también habían tratado de dirigir, con artes de titiritero, su futuro profesional. No dejaba de ser curioso, y un tanto sospechoso, que Iraia encauzara su horizonte profesional hacia el campo en el que su madre despuntaba: la psicología.

Acordaron reunirse en la entrada principal del edificio de la Alhóndiga a las siete de la tarde.

—Esto está mucho mejor, al menos respiramos aire puro.

Alday observaba las calles de la ciudad sentado cómodamente en el asiento de copiloto del coche patrulla; su antebrazo derecho reposaba sobre el reborde de la ventanilla. Disfrutaba del aire que entraba en el habitáculo de la cabina. El aire, a pesar de ser cálido, representaba un cambio diametral, un soplo de frescor, en comparación al altar a la canícula en el que se había convertido ese verano la sala de investigaciones del grupo.

—Aprovecha esta ilusión de frescor. En cuanto nos detengamos, la cortina de bochorno volverá a caer sobre nuestras cabezas.

Miren se abría paso con paciencia a través del denso tráfico de la capital vizcaína. Los cortes de calles y desvíos provocados por las fiestas de la ciudad y todos sus festejos convertían la conducción en un viacrucis. La gente se había echado a la calle dispuesta a enarbolar la bandera de la alegría tras tantos meses en los que el miedo y la incertidumbre habían nublado su horizonte vital. Por primera vez en mucho tiempo, se veían las sonrisas, los abrazos incondicionales; gestos que parecían abocados al olvido. Una carcajada que inundaba la arteria palpitante de la Gran Vía, que penetraba en la masa deambulante de peatones como un cuchillo en la mantequilla. Las ganas de vivir habían regresado.

—Aparca allí. —Alday señaló un hueco libre cercano al punto de

encuentro con Iraia.

Miren activó el intermitente y se dispuso a estacionar el coche patrulla.

—¿Has pensado cómo vas a encarar el interrogatorio? ¿Las preguntas que le vas a hacer? —dijo Alday.

Miren negó con la cabeza. Finalizó la maniobra y sacó la llave del contacto.

—Dejaré que la entrevista fluya. No la conocemos, así que tampoco tiene sentido ir con una idea preconcebida. Veremos cómo es Iraia; en ese momento decidiremos qué línea seguir con ella, la dura o la blanda.

—¿Has traído su foto?

Miren negó con dos chasquidos de boca.

—Entonces, ¿cómo la vamos a reconocer? —Alday se detuvo en seco, puso los brazos en jarras y lanzó una mirada de reproche hacia su compañera.

—Fácil, Iraia es un auténtico bellezón pelirrojo. No te pasará desapercibida.

Y así fue. Reconocieron a la hija de Julia Romero a la primera. La chica esperaba sentada en uno de los bancos de piedra que había frente a la entrada del edificio. Incluso en esa posición, se le intuía el físico de modelo. Vestía una sencilla falda corta azul turquesa y una camiseta de tirantes blancos. Su melena rojiza caía en largas mechas onduladas por hombros y espalda. La tez pálida y llena de pecas mostraba lo intenso que había sido el estudio en esos meses. Estaba claro que Iraia no había catado playa ni piscina en todo el verano. Unos ojos marrones claros ocultos tras unas gafas de montura azul turquesa, a juego con la falda, saltaban nerviosos de los apuntes que reposaban sobre su regazo a la cara de la chica que la acompañaba en el banco.

Miren también la reconoció al instante; era la muchacha con la que se habían cruzado en el despacho de Julia. Aquella estudiante de Psicología huérfana, amiga de Iraia, con quien la madre de esta ejercía de buena samaritana y se encargaba de airearlo a los cuatro vientos ante los primeros desconocidos con quienes se cruzaba. Su nombre era Olga, si no recordaba mal.

La chica los vio primero. Se delató al dar un respingo y hacerle a Iraia un gesto con la cabeza para que se girara. Miren apretó el paso y extendió la mano hacia ellas.

—Buenas tardes, chicas. Somos los agentes Zarandona y Alday. Antes he quedado contigo, Iraia.

Las muchachas se pusieron en pie y saludaron a los ertzainas.

—Encantada —dijo Iraia con un fino hilo de voz que denotaba cansancio—. La verdad es que estoy un tanto inquieta desde que he

hablado con vosotros. ¿He hecho algo malo?

Miren sonrió y negó con la cabeza para tranquilizar a la chica.

—No, qué va. Tan solo queríamos hacerte unas preguntas que podrían sernos de utilidad en un caso que estamos investigando.

En ese momento, Olga abrió los ojos como platos y señaló a Miren con el dedo índice.

—Yo a ti te conozco. Tú estuviste ayer por la tarde en el despacho de Julia.

—Así es, Olga.

—¿Cómo? ¿Conoces mi nombre? —dijo la chica. Su expresión de sorpresa inicial mudó a otra de temor incipiente.

—Julia nos habló de ti. De cómo te ayuda para que continúes con tus estudios en el extranjero. Es un gesto muy generoso por su parte. También dice mucho de ti el hecho de que compagines los estudios con el trabajo.

—Gracias. —La chica bajó la cabeza.

—Si mi madre fuese tan generosa como dices, habría pagado la matrícula de Olga en el máster del University College de Londres. Pero no, ella siempre tiene que dejar bien claro quién sujeta la correa. Así ha sido toda la vida, y así será siempre.

Parecía increíble que esas palabras tan descarnadas pudiesen provenir de un rostro tan angelical como el de Iraia. Dos arrugas profundas surcaron la tersa frente de la chica y afearon levemente su rostro. Al percatarse de lo incómodo de la situación, Olga trató de rebajar el tono de su amiga.

—Sabes que no tienes razón, Iraia. Julia ha sido como una madre para mí estos últimos cuatro años. No le puedo estar más agradecida. De no haber sido por su ayuda, jamás habría podido terminar la carrera. Estás siendo muy injusta.

Sus palabras parecieron tener efecto inmediato en el ánimo de Iraia, que suavizó su expresión y le sonrió.

A Miren le resultaba difícil pensar en una pareja tan dispar como aquella. Iraia era una mujer por la que cualquier hombre perdería la cabeza y Olga, por su parte, era una chica bajita, con un rostro asimétrico que le quitaba todo encanto y unas piernas muy cortas en proporción al conjunto del cuerpo. Pero, aunque su físico no fuera destacable, su voz era otra cuestión bien diferente. De una modulación peculiar, casi radiofónica, esa voz parecía gozar del atributo de los domadores de fieras salvajes; ayudaba a tranquilizar el alma, a bajar el biorritmo.

—De acuerdo, Olga. Dejémoslo correr —dijo Iraia—. Entonces, agente, ¿cuáles son esas preguntas tan importantes por las que están hoy aquí?

—Nos gustaría saber si conoces a Peru Arriola —dijo Alday, que

llevaba rato tratando de meter baza.

Iraia lo miró como si hubiera visto al mismísimo diablo. Echó la espalda hacia atrás y hundió tanto los hombros que parecía que la cabeza se le quedaría encajada allí para siempre.

—Agente, supongo que no habrás ido haciendo esa pregunta a todas las chicas de Bilbao, ¿verdad? —dijo Olga—. Doy por hecho que conocéis que Iraia estuvo saliendo con Peru varios años. Hasta que él la dejó por otra el año pasado.

Iraia empezó a llorar en silencio mientras su amiga la tomaba de la mano para tranquilizarla.

—Me imagino que es un recuerdo dolorosísimo para ti, Iraia. Siento reabrir esa herida. Pero te aseguro que tu colaboración en estos momentos es de vital importancia —dijo Miren.

—¿Para qué? —chilló Iraia con los ojos llenos de lágrimas mientras secaba con un papel el líquido que le caía por las fosas nasales—. De vital importancia, ¿para qué?

Miren observó a Alday y suspiró profundamente antes de hablar.

—Para esclarecer un asesinato.

Las palabras de la agente cayeron como un martillo entre las dos chicas. Por un momento, el tiempo pareció detenerse, todo el mundo quedó congelado en su posición previa, el aleteo de los pájaros cesó a medio camino. El carillón del tiempo no tañó su melodía durante esa milésima de segundo que pareció ser una vida entera.

—¿Peru ha sido asesinado? —Iraia lanzó la pregunta tras asirse la cara con ambas manos. Sus lágrimas desbordaban los dorsos de estas y el llanto le provocó un hipo incontrolable.

—No, tranquila. —Miren le acarició el hombro tratando de calmarla—. Lo estamos buscando. Ha desaparecido. ¿Has tenido noticias de él esta última semana?

Iraia sacó un pañuelo del bolso, se lo pasó por el rostro y arrastró lágrimas y sudor por igual. Luego respiró hondo varias veces y sacudió la cabeza a ambos lados en señal de rotunda negativa.

—Cuando decidió dejarme, abandonó mi vida para siempre. Mi puerta está cerrada para él. No quiero saber nada de él. Si supieseis todo lo que he sufrido por culpa de ese miserable.

La chica buscó con la mirada a Olga y ambas se fundieron en un fuerte abrazo. Cuando lo deshicieron, se dirigieron sonrisas de reconocimiento y afecto.

—Iraia sufrió un cuadro depresivo agudo tras la separación —dijo Olga—. Incluido un intento de suicidio. Afortunadamente, ese día estábamos estudiando juntas en su casa.

—Olga es mi ángel de la guarda. —Iraia pasó el brazo por el hombro de su amiga y la apretó contra su cuerpo—. Me escabullí al baño y traté de abrirme las venas. Olga intuyó que algo no iba bien y

echó abajo la puerta. Le debo la vida.

—No seas tonta, tú habrías hecho lo mismo por mí —dijo Olga y se zafó del apretón de Iraia—. En todo caso, agentes, si Peru no ha sido asesinado, ¿quién ha muerto?

—Laura Pons, su novia. —Alday analizó la reacción de las chicas.

Las amigas intercambiaron miradas de incredulidad. A Alday le pareció que su expresión era de genuina sinceridad. De todos modos, no apreció en Iraia ni una traza de la angustia y el miedo que había manifestado cuando pensó que Peru estaba muerto.

—Creéis que Peru la ha podido asesinar y que luego se ha dado a la fuga —afirmó Iraia, componiendo un gesto de disgusto en su boca —. No tiene sentido, él sería incapaz de matar a una mosca.

—¿Tú qué piensas, Olga? ¿Le crees capaz de hacer algo así? —preguntó Miren.

La chica miró a su alrededor. La gente observaba a los cuatro con curiosidad, probablemente se estarían preguntando qué habrían hecho esas dos chicas para que dos policías las hubieran parado en medio de la calle. Olga se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo conozco tanto como Iraia. Solo puedo decir una cosa: la mente humana es compleja. En ocasiones, incluso las personas más dóciles en apariencia pueden desencadenar su ira en un momento de pérdida de control. No pondría la mano en el fuego por nadie.

—Pero ¿qué dices? —protestó Iraia—. No le hagáis caso, mi amiga siempre ha sido una escéptica. A todo le ve la parte oscura, turbia. Entiéndanlo, tuvo una infancia complicada que endureció su corazón.

Olga se mordió el labio inferior y bajó la cabeza. Cogió los libros del banco y se dispuso a marcharse.

—¿Hay alguna otra pregunta? —dijo dirigiéndose a Miren.

—No. Pero nos gustaría que pensaseis un poco en esta conversación y trataseis de recordar algún detalle que se os haya podido escapar. Cualquier información acerca de Peru será bienvenida. Si recordáis algo, no dudéis en llamarnos.

Miren les entregó su tarjeta.

—Así lo haremos —dijo Iraia con su bella sonrisa recompuesta—. Espero que tengan suerte buscando al asesino de Laura.

—Lo encontraremos, Iraia. Siempre lo hacemos. —Miren sonrió y se despidió de las chicas con un gesto de la mano.

Capítulo 28

La residencia Etxe Zuri de Txurdinaga encerraba en su nombre una broma de mal gusto. Porque, aunque en euskera significase «casa blanca», los únicos elementos de la fachada que se mantenían impolutos y blancos eran los marcos de las ventanas de PVC. Por lo demás, el edificio era una muestra palpable de lo mal que envejecen los inmuebles cuando se construyen con desidia y racanería: paredes desconchadas, amplias manchas de humedad, pintadas sin tapar, ladrillos de cara vista desprendidos sin sustituir y un largo etcétera que abochornaría hasta al arquitecto más sinvergüenza.

Ander cruzó los dedos para que el interior no fuera fiel reflejo del exterior.

Las nubes cubrían el alto de Santo Domingo, en cuyas faldas se desplegaban los barrios de Otxarkoaga y Txurdinaga. Un corredor pasó trotando junto al inspector, dejando tras él una estela de sudor y respiraciones entrecortadas. Saltaba a la vista que ni el tiempo ni su cuerpo eran los adecuados para hacer carrera continua a las ocho de la tarde. Menos aún, en un barrio con la orografía de Txurdinaga.

Ander observó la carrera del hombre por miedo a que colapsara en cualquier momento y tuviera que llamar a emergencias; sin embargo, el hombre continuó con su avance como un loco que acelera al aproximarse al borde del precipicio. En cuanto torció la esquina del bloque de viviendas, desapareció de su campo visual y también de su conciencia.

Ander subió tres peldaños de piedra agrietada y entró en la residencia.

Nada más atravesar el umbral se percató de la diferencia. Un amplio recibidor perfectamente iluminado daba la bienvenida al recién llegado. A su derecha, un guardia de seguridad preguntaba a los visitantes sobre el motivo de su presencia. Luego les pedía la documentación y apuntaba sus datos en una hoja de registro. Una vez realizada esa tarea, el guardia llamaba al personal sanitario para que acudiese en busca de la visita y la acompañase a la habitación en la que se alojaban los que, por norma común, eran sus familiares o amigos.

Fue así como Ander llegó a la habitación de Andoni González, antiguo colega, y presunto ertzaina corrupto, de quien el director

Torres fue su sombra en el Proyecto Itzala.

La estancia era sorprendentemente amplia y luminosa. Ander se asomó a la ventana y comprobó que estaba bloqueada. Desde allí se veía la calle en la que había aparcado el coche. Le resultaba increíble pensar que se pudiera tratar de la misma fachada que había visto desde fuera. De pronto cayó en la cuenta de que a él le venía pasando lo mismo que le sucedía al propio edificio: que se veía mucho mejor por dentro que lo que mostraba al mundo por fuera. Ocupado en esa reflexión, captó de reojo, en el reflejo del cristal, la mirada fija de González.

—Perdona, González, no quería asustarte. —Ander acercó una silla al lado de la cama en la que reposaba el hombre.

González estaba hecho un auténtico trapo. Tenía media cara hundida como si su cráneo fuera una montaña rusa; el labio torcido parecía una línea trazada con un rotulador, incapaz de separarse para emitir ni un suspiro; el pelo le crecía a racimos por un cráneo bacheado; el ojo izquierdo estaba totalmente cerrado y el derecho estaba tan abierto que no hacía más que derramar pequeñas lágrimas que se precipitaban por la hondonada craneal.

Ander se acercó más a él para comprobar que estuviera vivo. González continuaba mirando hacia el exterior sin inmutarse por la presencia del inspector, tratando de atravesar la ventana con su mirada.

La enfermera que había acompañado a Ander a la habitación lo había puesto sobre aviso:

—¿Un excompañero dice? ¿Y no había venido a visitarlo antes? —Meneó la cabeza en un gesto intermedio entre el reproche y la pena—. Pues no se espere gran cosa de él. Lleva años sin salir de la habitación. Apenas lo hemos escuchado pronunciar cinco palabras seguidas. Está totalmente ensimismado. Se pasa las horas mirando a la ventana.

»Supongo que lo sabrá, inspector, pero los daños neuronales y físicos sufridos tras el intento de suicidio fueron irreversibles. Los médicos no se explican cómo sigue con vida. Más de uno me ha confesado que González tiene el cuadro clínico de un cadáver. Está en el filo de la navaja; cualquier día nos abandona. Aunque, para ser sincera, lleva bailando en ese filo durante años, así que quién sabe. —Se encogió de hombros.

La enfermera no exageraba. Enganchado a un gotero para calmar los dolores y con las constantes monitorizadas, González parecía más un hombre en las últimas que un paciente de larga estancia.

—Ya veo que no eres muy parlanchín, compañero. No te culpo. La vida no ha sido justa contigo, ¿verdad? —Ander se reclinó en la silla y cruzó las piernas—. Te preguntarás quién soy yo y qué hago aquí. La primera pregunta es fácil, para responder a la segunda pensaba contar

con tu ayuda.

»Yo soy tú sin corrupción de por medio. Un inspector de homicidios de la Ertzaintza que intenta hacer su trabajo de la mejor manera posible. Siempre alineándome junto al indefenso, el desfavorecido, en esta sociedad en la que triunfan el abuso y el delito. No, no soy un héroe, ni tampoco un idealista quijotesco. Soy el sabueso al que ha de temer el delincuente, el desvelo del asesino, la pesadilla del violador. Ese soy yo. Ander Crespo.

Un gruñido chocó con la mandíbula cerrada de González. El hombre giró su cuerpo despacio hasta encarar a Ander. El ojo vigilante pareció escanear al inspector. Después emitió un profundo suspiro y se secó el lacrimal con un pañuelo de tela.

—Continúe, inspector Crespo. —Las palabras crujieron acartonadas, como si hubiesen sido bombeadas de un pozo yermo.

—He venido a verte en busca de respuestas, González. Hace poco murió un compañero mío en extrañas circunstancias. Ahora todo el mundo parece estar dispuesto a colgarle un asesinato que yo me niego a pensar que cometió. Lo cierto es que he venido a hablar contigo por puro instinto policial.

»El director Torres fue tu Itzala cuando comenzaste a trabajar en su grupo de homicidios. Me habló de lo que os sucedió a ti y a otros dos compañeros tuyos. Que tratasteis de jugar a dos aguas y acabasteis ahogados.

—Continúe.

—También me contó que denunciasteis a otros agentes del cuerpo acusándolos de los delitos que vosotros estabais cometiendo. Pero que al final se probó que los corruptos erais vosotros.

González se secó otra lágrima que se deslizaba por la barbilla. Respiró hondo y negó con la cabeza.

—Todo mentira. Éramos inocentes.

Las constantes vitales comenzaron a subir de una forma alarmante. Ander las vio de reojo, pero no era el momento de aflojar.

—Las pruebas no decían lo mismo. Los que las vieron aseguraban que eran irrefutables.

—Eliminaron nuestras pruebas. Las suyas eran falsas. Todas falsas. Preparadas. —La respiración sonaba cada vez más agitada y evidenciaba lo costoso que le resultaba mantener una conversación.

—¿Preparadas por quién, González?

—Iluntasunean itzalik ez[7].

Ander aguzó el oído ante el hilo de voz cada vez más tenue del exinspector.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Su santo y seña.

—¿De quién? —Ander apoyó las manos en el marco del somier

para acercarse más a su cara.

—Yo no intenté suicidarme. Escapaba de ellos. —González jadeó durante varios segundos antes de continuar—. Salté cuando entraron en mi casa. Venían a matarme. Igual que lo hicieron con Paco y Rober.

El monitor empezó a emitir señales acústicas. Ander se giró asustado. La frecuencia cardiaca no hacía más que aumentar.

—¿Insinúas que alguien asesinó a tus dos compañeros, simuló sus suicidios y que luego quiso hacer lo mismo contigo?

González asintió. Su rostro estaba empapado en sudor y la respiración agitada movía las sábanas con fuerza.

—¿Quién lo hizo? —Ander escuchó los pasos apresurados del personal sanitario aproximándose a la habitación.

—Itzalak. Las sombras. —Su ojo emitía destellos de odio, de rabia contenida durante años de convalecencia.

El cuerpo de González comenzó a convulsionar en el instante en el que dos auxiliares sanitarias y una enfermera entraban en la habitación. Ander sabía que no le quedaba más que una pregunta antes de que lo echaran.

—¿Quién los dirigía?

Una auxiliar lo cogió del brazo y lo empujó hacia atrás, la otra se apresuró a atender a González, mientras la enfermera pinchaba una jeringuilla en el interior de un vial. Se trataba de la misma mujer que lo había acompañado hasta la habitación. Solo que en ese momento lo atravesaba con una mirada de reproche.

—¡Márchese de aquí! ¡Ahora mismo!

El monitor se tiñó de rojo, con todas las constantes fuera de su rango.

—¡Traed el desfibrilador! —Volvió a gritar la enfermera, esta vez a una de sus compañeras, mientras empujaba a Ander hacia la puerta.

Cuando se disponía a atravesar el umbral, el grito de González se abrió paso, claro y poderoso, a través del caos circundante.

—¡Moncho Lopategui!

Los empujones continuaron llevándolo en volandas hasta el pasillo, pero la mente de Ander operaba desconectada de su cuerpo. Grabado en su memoria aparecía el rostro severo pero justo del que había sido, durante tantos años, su director de división. Un hombre al que admiraba y respetaba. Un hombre que se había retirado recientemente del cuerpo con honores.

Entró en el coche y aferró con ambas manos el volante con fuerza. La cabeza le daba vueltas, sentía esa sensación de perder pie, de caída al vacío tan propia de quien comprueba que uno de sus personajes más idolatrados puede no ser el modelo de perfección que pensaba. Dio un manotazo al salpicadero, arrancó el coche y se fue a casa a ordenar sus pensamientos.

Los Itzalak eran reales. Un grupo de agentes de la Ertzaintza que pasaban información sensible a los cárteles criminales más peligrosos de la zona. Ander recordaba con claridad la vehemencia con la que Torres había defendido a González, a pesar de que este había sido sancionado en firme por los delitos cometidos. El director estaba convencido de su inocencia. Pero, entonces, ¿en qué lugar dejaba eso a Lopategui? El dedo acusador de González lo señalaba directamente a él, y Ander no se atrevía a negar la veracidad de sus palabras. En el estado en el que se encontraba, podría haberse hecho el mudo e ignorar su presencia en la habitación. No, González decía la verdad.

Una verdad aterradora, que sacudía los mismos cimientos del cuerpo policial. Una cosa estaba clara: si Lopategui era el cabecilla de la organización, habría otros en el cuerpo que ejecutasen sus órdenes. Ander no sabía cómo, pero tenía que encontrar todas las manzanas podridas para sacarlas del cesto antes de que contaminaran al resto. Esa tarea la tendría que acometer solo, no podía confiar en nadie. Ni siquiera en su propio equipo, por doloroso que le resultara admitirlo. A fin de cuentas, él era la única persona de quien podía asegurar, sin ningún lugar a dudas, que no estaba implicado en la trama de corrupción.

Entró en su domicilio y abrazó a un efusivo Gorritxo que le llenó la cara de lametazos. Abrió un par de cervezas y se las llevó al sótano. Allí, sobre la mesa escritorio y pegados a las paredes, se extendían los documentos traídos de la casa de Arregui.

—¿Tú sabías esto, sociólogo? ¿Tenías conocimiento de lo que se cocía en las cloacas de la Ertzaintza?

Bebió medio botellín de un trago y se secó los labios con el dorso de la mano. Luego sacó un paquete de Winston que tenía escondido para casos de extrema necesidad. Su paracaídas. Rompió el celofán, sacó un cigarrillo y lo prendió entornando los ojos. Tenía una larga noche por delante.

Capítulo 29

Estacionó junto a un ultramarinos de barrio, de esos que no dan para hacer la compra mensual, pero sí para salir de un atolladero. Sentía la necesidad de oler bien. Levantó ambos brazos y se olisqueó las axilas. El calor hacía su trabajo inclemente. La primera pasada de desodorante de la mañana había sido absorbida por el sudor, que se había abierto paso desde los poros hasta la camisa negra y formado un gran ronchón que el bendito color camuflaba.

Gardeazabal torció la nariz en un gesto de desagrado y entró en el establecimiento para hacerse con algo que ocultase el olor a rancio; el olor a soledad, como solía decirle Miren cuando quería burlarse de él. «Tú también vives sola», le reprochaba él. A lo que ella siempre le contestaba que él notaba más la soledad al haber convivido tantos años con su exmujer.

La novata tampoco se equivocaba en eso, la muy listilla.

Lucía y él habían compartido veinte años de sus vidas. Unos años duros al coincidir con el apogeo de ETA. La convivencia con el miedo a ser objeto de un atentado atenazó su relación; lejos de unirlos más, la convirtió en tóxica. Ella venía de una familia de clase media alta. Hija única como era, estaba acostumbrada a las comodidades y a la complacencia. Por desgracia para ella, la vida de pareja con el inspector en nada se parecía a la imagen bucólica e idealizada del matrimonio que había proyectado en su mente. La realidad los golpeó con la fuerza de un bate de béisbol.

Las broncas comenzaron pronto. Las discusiones eran constantes, al principio por temas trascendentes, más tarde por asuntos baladíes. Gardeazabal supo que lo suyo había terminado cuando empezaron a faltarse al respeto, a insultarse. Decidió ser él quien diera el paso de tomar la difícil decisión. Prefirió quedar como el malo a presenciar el hundimiento total del rescoldo de cariño que aún alumbraba en un rincón de sus corazones. El hecho de no tener hijos ayudó mucho. Se divorciaron y, a partir de ahí, cada uno hizo su vida. Lucía volvió a encontrar el amor y él se centró en los amigos y el trabajo.

Buscó en citas por aplicaciones el amor perdido, pensando que este aparecería en cualquier momento, que sustituirlo sería tan sencillo como cambiarle las ruedas al coche. Pero no fue así. Y no lo fue porque en el fondo aún la amaba. El incidente de Mungia lo ayudó a

entenderlo. Le dio perspectiva. De pronto su compañero Arregui dejó de ser el mismo, y fue, precisamente, esa pérdida la que propició el discernimiento.

Entonces entendió que el trabajo lo había ayudado a paliar la ausencia de Lucía. Pero al ser testigo del edificio en ruinas en el que se había convertido su compañero, Gardeazabal entendió que ya no había lugar donde resguardarse del dolor. No le quedaba otra alternativa que enfrentarse a él con la cabeza alta y mirándolo a los ojos.

Comenzó a leer todos aquellos libros que le mencionaba el sociólogo y alguno más. Comprendió que la vida es un viaje complejo, en ocasiones de ida, en otras de ida y vuelta, en el que siempre hay que llevar a buen recaudo el billete de la honestidad, por si aparece el interventor a validarlo. Con ese nuevo conocimiento adquirido de aliado, Gardeazabal examinó por primera vez su interior dejando a un lado excusas y culpas ajenas. Reflexionó y logró perdonarse por los errores cometidos en su vida.

Enfrascado en esas reflexiones y con medio bote de desodorante encima, aparcó en la esquina oriental de la manzana en la que se encontraba el piso de Isabel. La noche anterior había llamado a la discoteca preguntando por ella. Se había cogido la semana de vacaciones; sin embargo, tras varios exabruptos y amenazas telefónicas, el nuevo encargado tuvo a bien facilitarle su teléfono. A primera hora de la mañana había hablado con ella y quedaron en que se pasaría por su piso a recoger una muestra de ADN de Tatiana.

Obviamente, era imposible que Tatiana fuera una de las chicas que habían desenterrado en el jardín de Gálvez, cuyas muestras de ADN custodiaba la Ertzaintza. Todas ellas habían sido asesinadas antes de 2019. Así y todo, Ander quería guardar esa muestra en particular a buen recaudo, ya que tenía la intuición de que les sería de gran utilidad en el futuro. Y cuando el pastor silbaba, las ovejas lo seguían.

Tocó el botón del portero automático y esperó. Una risita divertida le previno de la presencia de Isabel, que lo observaba a través del videoportero.

—Buenos días, hombretón. Pensé que no vendrías.

La puerta se abrió con un chasquido y Gardeazabal entró en el portal. Un pasadizo umbrío lo conectaba con el ascensor y el hueco de la escalera. El inspector se adentró en él agradeciendo en silencio el frescor adherido a las sombras.

Isabel aguardaba con una sonrisa apoyada contra el marco de la puerta de su casa. Gardeazabal recordó el mantra que había estado recitando en el camino desde la comisaría: «Actúa de modo profesional; reprime tus instintos». Su voluntad quebró al verla allí y oler su fragancia de lavanda embriagando el rellano. Lo primero que

llamó su atención fue el pijama de seda de verano que vestía. Un conjunto color crema con motivos florales que acentuaba sus curvas y enardeció la libido de Gardeazabal. No fue hasta encontrarse a pocos centímetros de ella que se percató de que no llevaba la melena atada en una coleta, sino suelta sobre sus hombros.

—Has tardado, ¿no?

Gardeazabal trató de ignorar el tono sensual con el que le había formulado la pregunta.

—Sí, disculpa. He tenido que hacer un recado antes.

—No hay problema, hombre. Solo bromeaba.

Pasaron hasta una amplia estancia, en la que convivían sala y cocina al más puro estilo americano.

—Yo aún no he desayunado, si quieres te preparo algo. —Isabel se remangó la camisa del pijama y se dirigió hacia la cocina, pero Gardeazabal se lo impidió cogiéndola delicadamente del brazo.

—¡Ni hablar! Los desayunos son mi especialidad —dijo el inspector abriéndose paso en la cocina, tratando de encajar su cuerpo en los escasos metros cuadrados que quedaban libres entre la vitrocerámica y el mostrador que hacía las funciones de mesa—. Tan solo me hace falta familiarizarme con tu nevera y tu despensa. Veamos qué es lo que guardas por aquí.

Abrió el frigorífico y sacó huevos, beicon y salchichas. Del frutero que ocupaba buena parte de la encimera cogió tomate, aguacate y lechuga. Luego se remangó hasta el codo y se sumergió en los muebles bajos de la cocina. Al poco emergió triunfante con una sartén grande en la mano.

—Ponte cómoda, como si estuvieses en tu propia casa. —El rostro duro de Gardeazabal mostró una sonrisa infantil que contrastaba mucho con la actitud que solía adoptar habitualmente. Estaba relajado e Isabel lo notó—. En cinco minutos tendrás sobre la mesa un plato para chuparte los dedos.

La mujer echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que casi la hizo caer del taburete alto.

—¡Pero si es una bomba calórica!

—¡Qué más da! Tú estás delgada. —La señaló con la espumadera —. Te vendrá bien un poco de energía para empezar el día con fuerza.

—Sí, papá.

Isabel apoyó los codos sobre la encimera y observó al inspector afanarse en la elaboración del plato. No es que requiriera una gran habilidad, a fin de cuentas, no eran más que unos huevos revueltos con salchichas y beicon, acompañados con una ensalada de guarnición; sin embargo, le gustó verlo afanado en su cocina con ese uniforme negro de ertzaina.

Instantes después, ambos desayunaban codo con codo en la barra

de la cocina.

—¿Has pensado qué objeto de Tatiana me vas a dar? —preguntó Gardeazabal.

Isabel asintió. Tenía el carrillo derecho repleto de comida e hizo un gesto con la mano pidiendo paciencia. El inspector se percató de que a ella le gustaba masticar repetidamente cada bocado. Quizás sería esa la razón por la que su plato estaba a medio comer, mientras que Gardeazabal había apurado el suyo hasta la última gota de aceite.

—El cepillo de pelo —dijo finalmente—. Creo que allí tenéis ADN de sobra. Tiene pelo en abundancia.

—Estupendo.

Era una buena elección; una reserva de ADN mejor que el cepillo de dientes, que quizás no estuviera tan usado.

—Escucha, Pedro, hay algo que he de contarte. —La expresión de Isabel se ensombreció—. Tiene que ver con Tatiana y eso que me comentaste el otro día sobre las chicas desaparecidas.

Gardeazabal tragó saliva. De pronto parecía que todos los alimentos ingeridos se le habían hecho bola en el esófago.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si conocía algún caso de chicas desaparecidas y yo te dije que no, salvo el de Tatiana? Era cierto. Pero luego estuve pensando mucho sobre esas palabras. Sobre las chicas, sobre las cosas que sucedían en la discoteca. Situaciones a las que yo jamás había dado importancia hasta que hablé contigo.

—¿A qué situaciones te refieres? —Gardeazabal apartó el plato y apoyó el codo en su lugar para observar mejor la cara de Isabel.

La mujer tenía los ojos acuosos. Trataba de comer una hoja de lechuga, pero estaba claro que había algo que la inquietaba muchísimo. Al final, dejó el tenedor encima del plato y se giró hacia el inspector.

—Yo he trabajado en la noche los últimos veinticinco años y he de decirte una cosa: jamás he sentido miedo o peligro. Han sido años de trabajo duro, pero también de satisfacciones personales. Tenías que haberme conocido con veinte años; era espectacular. Todos los hombres y muchas mujeres me echaban los tejos. Acudían a mí a pedir sus consumiciones con la esperanza de obtener una sonrisa mía a cambio.

»Fueron los años grandes. Coleccionaba novios, a cada cual más guapo. Pero la edad es como una tormenta en la que el trueno siempre sucede al relámpago. Al principio brillas con fuerza e intensidad, pero luego el brillo desaparece y su lugar lo ocupa un lamento ensordecedor que va abriéndose paso desde el abismo de la noche. Los años caen y pesan. Y en mi mundo más que en ningún otro lugar.

»El otro día recordé que Tatiana no se quedó sola esa noche a cerrar la discoteca. También estaba Cosmin. Solo que él lo negó en

todo momento. Acudí a él en busca de una explicación, porque él y yo habíamos sido novios durante un tiempo antes de la pandemia y aún nos queríamos. Él negó la mayor. Me dijo que no había estado esa noche con Tatiana. Pero yo lo conocía bien y sé que me mintió. Después llegó la postal de Tatiana y lo dejé correr.

—¿Por qué dices que también te has acordado de las otras chicas desaparecidas?

—Porque Cosmin suele coquetear con chicas jóvenes. Sobre todo, con aquellas que estaban solas. Él es guapísimo. Todas esas niñas quedan automáticamente prendadas de él. Alguna vez lo he visto desaparecer con alguna de ellas por la puerta del callejón.

—De acuerdo, Isabel, esto que me estás contando es muy importante. —Gardeazabal cogió las manos temblorosas de la mujer y trató de reconfortarla y calmar su respiración agitada—. Cosmin también es una de las últimas personas que vio con vida a mi compañero Arregui. Necesito saber dónde está.

Isabel apretó las manos del inspector y se acercó a escasos centímetros de su cara. Las lágrimas comenzaron a brotarle.

—No sabemos nada de él desde que murió Pueyo. Llamó diciendo que tenía covid, pero de eso hace ya más de una semana y no hemos vuelto a tener noticias suyas.

—¿Sabes dónde vive?

Ella asintió. Se levantó de la silla y fue a la cocina. De un cajón sacó un cuaderno en el que anotó la dirección del portero. Arrancó la hoja y se la extendió a Gardeazabal.

—Vive en Gordexola.

—Perfecto. Muchas gracias, Isabel. No sabes lo que agradezco tu ayuda. —El policía se puso en pie y se dispuso a marcharse.

—Espera un momento. El peine de Tatiana.

Isabel desapareció en el pasillo y regresó al cabo de un momento con un peine metido en una bolsa de plástico.

—¿No es así como guardáis las pruebas? —Le guiñó un ojo y le entregó la bolsa.

—Así es. Estás hecha toda una policía —dijo Gardeazabal y le devolvió la sonrisa.

Enfilaron hacia la puerta de salida, pero, cuando el inspector se disponía a abandonar la casa, Isabel lo cogió del brazo, lo atrajo hacia ella y lo besó en los labios.

—¿Sabes? Me está pasando una cosa muy curiosa contigo.

—¿El qué? —dijo un Gardeazabal aturdido.

—Que de tanto verte, me estoy acostumbrando a ti. Y es una sensación que me agrada. Suerte con Cosmin, guapetón.

La puerta se cerró, pero Gardeazabal sintió que en su corazón se abría paso la esperanza.

Capítulo 30

Mientras salvaba las curvas del Corredor del Cadagua, Gardeazabal no podía dejar de pensar en las vueltas y revueltas del contorno de Isabel. Bajó la ventanilla para que el aire entrara con fuerza en la cabina y alejara el recuerdo de esa mujer de su cabeza. La carretera era una herida honda de asfalto que atravesaba varios valles de las Encartaciones. Se trataba de un recorrido bucólico entre macizos rocosos salpicados de bosques dispersos, que les conferían un verdor y un aura fantástica en aquellas horas del día en las que la niebla brotaba desde las honduras del valle y trepaba pertinaz hasta las cimas vigilantes.

El inspector se centró en la tarea para no regresar a las honduras y rincones ocultos que se intuían bajo el pijama de Isabel. Pensó en Arregui y todo lo demás dejó de tener sentido para él. La visceralidad y el enamoramiento adolescente se evaporaron como bruma matinal.

Llevaba una semana investigando la muerte de su compañero. Una semana en la que había tocado puertas, llamado a personas que él pensaba que podrían aportarle algo de luz en el camino para esclarecer la verdad, sin ningún resultado palpable. Hasta el momento, su única certeza consistía en saber que no tenía ninguna certeza.

Pero un resquicio de luz se abría camino entre tanta oscuridad. Cosmin, el portero de la discoteca Euforia, tenía el don de la ubicuidad cuando se trataba de la comisión de hechos potencialmente delictivos. Él fue quien le quitó el arma a Arregui y lo sacó hacia el callejón, fuera de las cámaras. Según lo dicho por Isabel, él también podría ser el posible gancho para atraer a víctimas propicias para realizar el ritual del solsticio de invierno que, desgraciadamente, tan bien conocían. Tal vez su compañero había tocado las teclas precisas y eso había provocado su muerte. En todo caso, si existía una persona que podría aclarar sus dudas en ese momento, ese era Cosmin.

Gardeazabal aparcó cien metros después del pequeño bloque de tres alturas en el que vivía el rumano. Antes de bajar del coche comprobó su arma reglamentaria. Todo estaba en orden. La volvió a colocar en la funda y salió del automóvil. La altitud no había sacudido la opresión del bochorno ambiental. El sudor volvió a abrirse paso por los poros del inspector a medida que se acercaba a la dirección que le había indicado Isabel. Por un instante, una punzada de duda le

sacudió el costado. ¿No lo habría dirigido la camarera hacia una trampa? Meneó la cabeza para arrojar físicamente ese pensamiento fuera de su mente; sin embargo, Gardeazabal sabía que la simple duda ya representaba un problema. Quizás se trataba de su instinto actuando desde su torre de marfil, despojado de los sentimientos y pasiones que lo embriagaban.

El bloque de viviendas estaba aislado en un solar rodeado de vegetación en las estribaciones de una colina por la que serpenteaba la carretera. Los sonidos de la naturaleza ayudaban a calmar el intenso calor. Gardeazabal era un urbanita de primera categoría, de los que se jactaban de haber crecido entre monóxido de carbono y olor a asfalto recalentado, un niño de la calle que se había hecho mayor partiéndose la cara con chavales de más edad por las callejuelas de su barrio. Por eso le llamaba tanto la atención el silencio y la paz del campo, un sentimiento extraño, aunque no carente de atractivo. Al alcanzar el portal, el trinar de un pájaro que se desgañitaba desde el extremo de una rama del árbol más cercano, y cuya especie no supo identificar, llamó su atención.

Era un sonido agudo y penetrante que el ave dirigía hacia el vacío. Gardeazabal supuso que se trataba de algún tipo de ceremonia de cortejo, aunque, de ser así, el pobre animal tenía tanta suerte como él a la hora de buscar pareja.

La puerta del portal estaba abierta de par en par. Entró y ojeó los nombres de los buzones. Encontró el de Cosmin pintado a bolígrafo azul en la dirección que le había indicado Isabel. Al menos no mentía.

El silencio parecía el vecino más célebre de ese lugar, ya que no hacía más que encontrarse ante su presencia. No se había cruzado con un alma desde que aparcó el coche. Se preguntaba si el vecindario en bloque había embarcado en un crucero por el Mediterráneo, cuando el sonido de un golpe seco amortiguado le hizo girar la cabeza hacia el hueco de la escalera.

Instintivamente echó la mano a la culata de la pistola. Con cautela se acercó al lugar y miró hacia arriba. Era un tramo corto de tres rellanos y parecía que el sonido provenía del último. Precisamente, de aquel en el que se hallaba la vivienda de Cosmin. Gardeazabal comenzó a subir los peldaños en una secuencia que le recordó demasiado a otra que había vivido tres años atrás en un chalé de Mungia. Se pasó ambas manos por la cabeza pelada y se las secó en la parte trasera de su camisa. Desenfundó la pistola y la sostuvo en alto cuando llegó al último rellano.

A cada lado del descansillo había una puerta. Le resultó sencillo identificar la de Cosmin, era la única que tenía la cerradura reventada y el montante astillado a su altura. Gardeazabal notaba su respiración más pesada a medida que se acercaba al vano de la puerta del

rumano. Los golpes secos seguían produciéndose con asombrosa regularidad. Ya no eran tan amortiguados e, indudablemente, provenían del interior de la casa. Pasó por encima del suelo cubierto de fragmentos de jamba de cerezo y se dirigió con cautela y con pisadas suaves hacia el origen del sonido, que creyó localizar al fondo del pasillo que cruzaba la planta de la vivienda de lado a lado.

Dejó la sala a mano izquierda y continuó avanzando. Estuvo tentado de anunciar su presencia a viva voz, pero entonces fue cuando vislumbró, en el reflejo de una fotografía enmarcada frente al baño, la abultada figura de un hombre enfundado en un mono blanco del tipo que utilizaban sus compañeros de la policía científica. Mono que de blanco no conservaba más que su recuerdo, pues estaba cubierto de salpicaduras de sangre. Gardeazabal se plantó horrorizado en la puerta del baño con el arma apuntando al hombre, incapaz de articular palabra.

Él continuaba con su tarea con aparente normalidad. Su mano derecha sostenía una afilada hacha, que era la que provocaba el sonido seco que había atraído la atención del inspector. Subía y bajaba con precisión suiza sajando los miembros del cadáver sanguinolento que yacía en el fondo de la bañera. Gardeazabal prefirió no fijarse en él porque la bilis comenzaba a abrirse paso por su esófago. Tomó aire y le quitó el seguro al arma.

—¡Arriba las manos, cabronazo!

El hombre se detuvo en seco, aunque no se giró. Parecía que alguien hubiera pulsado el botón de pausa, solo que, por extraño que pareciera, el sudor de Gardeazabal le seguía cayendo a chorros por las sienes. Fue entonces, en ese remanso de paz previo a la tormenta, cuando el inspector cayó en la cuenta del enjambre de moscas que revoloteaban alrededor de la bañera. Por lo visto, habían desaparecido mientras el carnicero realizaba su tarea, pero ahora que este se había tomado su momento de respiro, los insectos aprovecharon la ocasión para hacer acopio de provisiones.

—Inspector —la voz del hombre parecía proceder de las entrañas de un pozo. Se giró y miró a Gardeazabal desde detrás de unas gafas de laboratorio empañadas—, ¿ha venido a hablar con Cosmin?

—Suelta el hacha y déjate de gilipolleces —insistió Gardeazabal. Las gotas de sudor comenzaban a entrarle en los ojos y lo obligaban a parpadear.

—Si es así, está de enhorabuena. El chico habla por los codos. —Para enfatizar el comentario alzó su mano izquierda, con la que aferraba el brazo cercenado del portero rumano.

Gardeazabal tuvo que taparse la boca para detener la arcada. Fue un descuido que su adversario no dudó en aprovechar. Con una velocidad que no hubiera imaginado en alguien de su estatura, alzó el

brazo que esgrimía el hacha y se la lanzó. Gardeazabal se giró con rapidez, pero no pudo impedir que el arma impactara entre el cuello y el hombro.

El dolor que sintió fue tan terrible que le hizo perder pie y caer hacia el pasillo. Su pistola salió despedida hacia el extremo contrario y quedó oculta bajo el sofá. No notaba el filo del hacha, sino un entumecimiento que le atenazaba todo el pecho y el brazo izquierdo. La sangre le fluía en abundancia y comenzaba a crear un charco en el entarimado. En ese momento de aturdimiento comenzó a sentir miedo. Miró hacia el baño. El hombre seguía dentro.

—Inspector Gardeazabal, permítame que me despoje de toda esta parafernalia de equipo. —La voz sonaba mucho más nítida. Se había quitado la mascarilla—. Ahora estoy con usted.

El ertzaina se arrastró con rapidez hacia la sala. El hacha seguía clavada en la clavícula, cada respiración era un sufrimiento sin fin. Pero tenía que olvidarse de todo ello. Su vida estaba en juego.

—La verdad es que tenía ganas de conocerlo. Tarde o temprano nuestros caminos tenían que volver a cruzarse, ¿no cree?

Un hombre tan ancho como el vano de la puerta accedió al pasillo, a escasos cinco metros del inspector. Hubo dos cosas de él que le impactaron como un martillo de demolición: su mirada de hombre muerto, inexpresiva y carente de todo atisbo de clemencia, y el hecho de que lo conociera. Lo había visto fugazmente tres años atrás, arrebujado en el asiento de Ander. Se trataba del gigantón que acompañaba a Pueyo la noche de la incursión en la casa de Gálvez. El hombre sostenía en su brazo derecho un cuchillo de grandes dimensiones cuyo filo brillaba lustroso.

—Pero qué desconsideración por mi parte. No me he presentado. —Se llevó la mano libre a la frente en un gesto de afectada pesadumbre—. Soy Guillermo Mazo, inspector, y espero disfrutar con usted tanto como gocé las últimas horas de vida de su compañero Iban Arregui.

La ira que prendió en el interior de Gardeazabal actuó cual analgésico. En ese momento fue consciente de que la ecuación a resolver era bien sencilla: o moría él o mataba a Mazo. Decidió que la segunda opción sería la más ventajosa. Recordó que en la caña de su bota derecha guardaba la navaja mariposa, una reliquia que conservaba de su época de rebeldía juvenil. En una décima de segundo entendió que su posición era totalmente desfavorable, por lo que se impulsó con el brazo derecho y de un salto entró en la habitación que había a su espalda.

Era una estancia sencilla, con una cama ocupando la mayor parte del espacio, un armario empotrado junto a esta y un gran ventanal que se extendía por media pared frente a la puerta de entrada.

Gardeazabal decidió dar su última batalla de espaldas a la ventana. A pesar de temer a la muerte, estaba dispuesto a mirarla a los ojos. Porque si algo tenía claro era que no pensaba dejar impune el asesinato de Arregui.

Mazo llegó al vano de la puerta a grandes zancadas. Sus ojos desprendían un brillo de goce animal, de absoluta perversión propia de aquellos que disfrutan matando y haciendo sufrir a sus víctimas.

—¿Tampoco usted me lo piensa poner fácil?

Gardeazabal tenía medio cuerpo entumecido y empapado en sangre y sudor; sin embargo, el odio y el ansia de retribución le proporcionaron una energía renovada. Se agachó y sacó la navaja de la bota. Con un movimiento miles de veces repetido, los dos mangos giraron y mostraron una hoja acerada tan lustrosa como el cuchillo de su adversario.

—Ven aquí, cabrón. Lucha como un hombre.

El gigantón sonrió y soltó una carcajada socarrona.

—Como usted quiera, inspector.

Gritó y se lanzó hacia adelante con el cuchillo en alto y un brillo de vida febril en sus ojos que, de pronto, había sustituido a la inexpresividad anterior.

Gardeazabal esperó el momento del impacto con las rodillas flexionadas. Aguardó a que la hoja del cuchillo bajara y, entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, alzó su antebrazo izquierdo para bloquear el impacto. El acero atravesó tejido y huesos y quedó encajado entre estos. El inspector aprovechó el impulso de Mazo y, utilizando su brazo maltrecho a modo de palanca, se dejó caer hacia atrás. Giró su cadera derecha para propulsar el brazo sano hacia el cuello de Mazo. Le clavó la hoja de su navaja mariposa hasta el mango y, ayudándose de la sinergia, impulsó con ambas piernas el pesado cuerpo del hombre.

Guillermo Mazo atravesó la ventana y se precipitó al vacío entre un amasijo de cristales y madera.

El ertzaina parpadeó repetidamente. Notaba que la consciencia lo abandonaba. Pero aún no podía dejarse ir. Con sus últimas fuerzas, se puso en pie y bajó a la calle.

Mazo yacía descoyuntado sobre el césped. La sangre le manaba a borbotones de la herida del cuello. Se acercó a él. Estaba vivo. Un hilillo de sangre le salía por la comisura del labio y caía sobre el césped seco. Parecía que quería hablar.

Gardeazabal se acercó hasta tener la oreja pegada a sus labios. Las palabras sonaron líquidas y distorsionadas, pero, cuando el hombre expiró, al inspector no le quedó la menor duda de su contenido:

—Elguezabal os pondrá en vuestro sitio.

Capítulo 31

La camarera no hacía más que sacar platos exóticos, cada cual con un nombre más sugerente que el precedente. Platos servidos en una vajilla de porcelana exquisita, con colores, brillos y formas evocadores que transportaban al comensal a puertos lejanos, donde idioma, olores y actividad atrapan al extranjero como una red de arrastre.

Confuso en ese ambiente del restaurante japonés Kuma, Ander hacía lo posible por retener los nombres de aquello que se llevaba a la boca, por seguirle la conversación a Julia Romero, por ocultar su desconcierto por la invitación de la psicóloga y, por encima de todo, por no mostrar su enfado consigo mismo por haber aceptado su ofrecimiento.

—Inspector Crespo, no me puedo creer que no hayas comido aquí antes. —Julia vertió en su copa una cantidad generosa de vino tinto.

—Llámame Ander. —Negó con la cabeza ante el intento de la psicóloga por llenarle el vaso—. No bebo cuando estoy de servicio.

—Por supuesto, perdona. —Posó la botella junto a su plato y llenó el tenedor con un pedazo de tartar rojo coloreado con el contenido de una yema de huevo. Entornó los ojos al llevarse a la boca el manjar—. Fabuloso, ¿no te parece?

Ander asintió mientras se pasaba de un moflete a otro el trozo de pescado. Se sentía incómodo. Mucho. Sabía que no debería de estar comiendo con una sospechosa, pero de nuevo esa voz interna, esa alarma instintiva, lo amarraba a la silla, le urgía a aceptar la invitación primero y a quedarse después. Por algún motivo que aún desconocía, él tenía que permanecer allí.

—Perdona, Julia, no quiero parecerte maleducado, pero ¿qué hacemos aquí?

La psicóloga se apartó con dos largos dedos un grueso mechón negro de la frente, abrió los ojos exageradamente y señaló la mesa con expresión de asombro.

—Pues ¿qué vamos a hacer? Comer, Ander. Comer. Eso es lo que hacemos. —Volvió a llevarse a la boca otra porción de su tartar. Un destello de inteligencia alumbró el iris de su ojo felino.

Ander rio hacia adentro expulsando aire por la nariz, bajó la cabeza y prefirió centrarse en el plato para no dar más pistas a Julia del estado anímico que atravesaba. Esa mujer era como un radar

andante, no se le escapaba ni un detalle.

—Bueno, en realidad, he de admitir que hay algo más. —La mujer dejó el cubierto junto al plato y se pasó la servilleta por los labios con lentitud. Entrelazó las manos y ladeó la cabeza hacia la izquierda, provocando que varios de sus largos mechones cayeran sobre el hombro. Miró al inspector directamente a los ojos y sonrió—. Siempre hay algo más, ¿verdad?

Ander tomó su vaso y le dio un buen sorbo, logrando tragar el bocado al fin.

—No tiene por qué, Julia. Pero en tu caso, lo lógico es que subyazca algún interés. ¿O es casualidad que me hayas invitado el día después de que mi grupo interrogara informalmente a tu hija?

El marmóreo cuello de la psicóloga recuperó su posición inicial. La expresión de su rostro mudó ante la mera referencia a su hija.

Los clientes de las mesas contiguas continuaban con sus animadas charlas, los camareros seguían deslizándose alrededor y surtían a los comensales con sus exquisitos platos de alta cocina japonesa; sin embargo, en su mesa daba la sensación de que el tiempo se hubiera parado, creando un vacuo espacio atemporal en el que inspector y psicóloga se analizaban el uno a la otra como dos pistoleros que estuvieran a punto de desenfundar sus revólveres en un duelo a primera sangre.

Julia fue la primera en hacerlo.

—¿Es Iraia sospechosa de la muerte de Laura Pons? —Las palabras brotaron de su boca con el peso del miedo.

Ander negó con la cabeza y frunció los labios, mostrando su descontento.

—Sabes que no puedo hablar de eso contigo. Estoy empezando a pensar que no ha sido una buena idea venir aquí. —Ander dejó la servilleta sobre la mesa e hizo el ademán de levantarse.

En ese momento, Julia se incorporó y aferró su mano con suavidad.

—No, por favor, Ander. Discúlpame, no volveré a mencionar nada sobre el caso. Has de entenderme, Iraia es lo que más quiero en la vida. Me he pasado estos últimos años cuidando de ella como si se tratara de un jarrón chino quebradizo e irremplazable. Ese es el único tipo de maternidad que una psicóloga reputada como yo es capaz de ejercer con su hija. Paradójico, ¿verdad?

—En casa del herrero, cuchillo de palo. Eso es lo que dicen. —Ander volvió a tomar asiento. Suavizó su rostro y se permitió una fina sonrisa.

—¡Y cuánta razón tienen! —Julia soltó una carcajada que provocó que los clientes de la mesa contigua giraran la cabeza y la miraran como si hubiesen visto un gato de cinco patas—. Ander, hay otra cosa

que te quería comentar. Algo que tiene que ver contigo.

—¿Qué? —El inspector se irguió en su asiento, expectante.

—Anteayer, cuando os pasasteis la agente y tú por mi despacho, hubo algo en ti que llamó mi atención. Veo que te envuelve un aura de tristeza, una neblina de sufrimiento.

Ander parpadeó con fuerza y abrió los ojos como platos en señal de asombro.

—¿Viste el aura y la neblina en el poco rato que coincidimos en tu oficina? Sorprendente.

—No te rías de mí, inspector. He tratado a muchos pacientes que compartían contigo esa mirada y esos rasgos característicos del lenguaje corporal.

—¿Qué rasgos son esos?

—Hay uno al que denomino los hombros del condenado a muerte. Caracteriza a aquellas personas que están acostumbradas a recibir malas noticias y, por ello, adoptan una postura de hombros cargados hacia adelante, como quien está dispuesto a soportar sobre su espalda la cruz que le ponga encima el destino o la fatalidad.

»Tú has perdido a alguien muy cercano en algún momento de tu vida y esa pérdida ha moldeado tu carácter y la forma en la que tu cuerpo afronta la realidad.

Las contundentes palabras de Julia no admitían réplica. Ander notó que el corazón le daba un vuelco. No por el escote generoso que lucía ella, sino porque hubiera ahondado tanto en su alma sin haber cruzado entre ellos más que cuatro frases.

Se disponía a quebrar el silencio creado por la pausa que había hecho la psicóloga, cuando apareció una camarera a retirarles los platos.

—¿Les ha gustado? —preguntó.

—Exquisito, como siempre —dijo Julia y alumbró la estancia con una sonrisa nacárea que ensombrecía la luz solar.

—¿Van a querer postre?

—Sí, sácanos el especial de la casa, por favor.

—Por supuesto.

Cogió la vajilla y se retiró de la mesa, sobre la que pendía una tensión no resuelta. Ander inspiró hondo, hinchando pulmones y diafragma. Se miró la mano mientras trataba de decidir si contarle o no sus intimidades a la psicóloga.

—No hace falta ser demasiado perspicaz para sacar esa conclusión, Julia. Basta con leer los periódicos de la época en la que H9 decoró Bilbao de cadáveres para descubrir que una de las chicas cuyos restos fueron desenterrados en Carranza era mi hermana. ¿No serás tú como una de esas videntes de perra gorda que se pasean por las madrugadas televisivas?

Julia volvió a soltar una carcajada. Acto seguido, llenó su vaso y apuró el contenido de un largo trago. Después centró su atención en Ander.

—No sabía lo de tu hermana. Te lo juro. Pero no es eso lo que te atormenta, porque, de ser su pérdida la que emponzoña tu alma, la herida habría comenzado a sanar a partir del día en que resolviste el caso. No, el dolor que acarreas es otro.

La mirada inquisitiva de la mujer traspasó a Ander y penetró en la muralla exterior de su alma. Tenía que llamar a todas sus neuronas a las almenas para que no entrara en el recinto interior.

—Tú no eres la única que conoce ese juego, ¿sabes? —dijo Ander.

—¿A qué te refieres?

—A que yo también puedo deducir cosas de ti, de tu personalidad, con solo observarte.

—¿En serio, Sherlock? Adelante, asómbrame con tus aptitudes. —Julia abrió los brazos a modo de invitación.

—Te has casado dos veces, una de joven, otra en época reciente. En ambas ocasiones te fue mal el matrimonio.

Los labios de Julia descendieron desde la concavidad de la sonrisa a la rectitud de la seriedad.

—¿Has estado cotilleando en el Registro Civil?

—No, en absoluto. Es más fácil que eso, me lo han dicho tus manos.

—¿Mis manos? —La psicóloga las sostuvo frente a su rostro y les dio la vuelta—. ¿Cómo es eso?

—El primer anillo dejó una huella profunda en tu dedo anular derecho, incluso alteró la pigmentación de la piel. Probablemente se debe a que cuando te lo pusiste por primera vez eras muy joven y estabas más delgada. El paso de los años, el embarazo o cualquier otro hecho provocó que el anillo se te hundiera bastante.

»El segundo anillo es más reciente, porque su huella es imperceptible a un ojo poco entrenado. Pero no para el mío. En esta ocasión cambiaste de mano, quizás con la esperanza de que esa decisión te diera más suerte en el amor. Parece que no fue así.

Julia torció el gesto y mostró su desagrado, aunque comenzó a aplaudir.

—Bravo, Ander. Dos de dos. ¿Qué más has descubierto?

—¿Realmente quieres saberlo?

—Estoy ansiosa.

—Está bien. Tú lo has querido. Tienes la costumbre de pensarte la respuesta cuando dices la verdad y de responder con rapidez cuando mientes. Lo cual me lleva a la conclusión de que eres celosa de tu intimidad y que mientes con suma facilidad.

Los ojos de Julia volvieron a centellear con ese brillo tan peculiar

que Ander había percibido con anterioridad. Por un momento pensó que saltaría sobre su cuello, tal era la rabia que transmitían. Afortunadamente, ese fue el momento elegido por la camarera para llegar con los postres.

—Trufas ochiai de chocolate y té verde y un delicioso Mochi. Os lo dejo para que compartáis, parejita. —La mujer posó los platos y se fue sonriendo a ambos.

Por lo visto, la imagen que daban Ander y Julia era la de dos enamorados compartiendo una comida romántica. Nada más lejos de la realidad.

—Ahora soy yo quien se da cuenta de que mi invitación no ha sido una buena idea —dijo Julia tomando un pedazo de trufa.

Ander iba a contestarle cuando su teléfono comenzó a sonar a todo volumen. Miró a la pantalla; era el número de Miren.

—Dime —contestó—. ¿¡Cómo!? —Ander se levantó de golpe de la silla, lo que provocó que todo el mundo lo mirara y que el silencio se adueñara del restaurante—. ¿Dónde está? —asintió—. Ahora mismo voy. —Colgó.

—Ander, ¿qué ha pasado? Me estás asustando. —Julia se levantó y se acercó al inspector.

—Han herido a un compañero —dijo Ander y sacó la cartera.

—Deja eso, pago yo.

La mano de Julia era como ella, suave y dura a la vez. Una mano que no admitía negativas le aferraba los dedos que sujetaban la cartera. El calor que desprendían y su sedosidad encendieron en el interior de Ander un fuego que creía sofocado.

—Gracias. —Se limitó a decir—. Tengo que irme.

—Por supuesto, espero que no sea nada lo de tu compañero —dijo ella sin soltarle la mano—. Pero, recuerda, tenemos una conversación pendiente. Estoy decidida a arrancarte esa espina que te impide ser feliz.

Ander estaba agitado, le acababan de notificar que Gardeazabal se encontraba ingresado en Cruces tras haber sido atacado. Su cabeza era una olla a presión. La gente alrededor moría o resultaba herido y él aún no sabía exactamente por qué. Arregui, Pueyo, Laura Pons, Andoni González... ¿qué estaba sucediendo?

No tenía el cuerpo para ademanes diplomáticos.

—Déjate de espinas y de cruces, Julia. Has de comprender que no podemos vernos más. Espero que lo hayas entendido.

Se marchó sin esperar la respuesta de ella y sin mirarla siquiera a la cara. Lo único que ocupaba su mente en ese momento era la salud de Gardeazabal.

Capítulo 32

Cúmulos dispersos de nubes moteaban el horizonte rosáceo del crepúsculo bilbaíno. Una brisa templada que ascendía desde el estuario de la ría trataba de abrirse paso, de agrietar con su tímida acometida la espesura del bochorno estancado. A pesar de resultar una batalla perdida, Ander agradecía esa refrescante sensación de olores oceánicos, esa momentánea caricia del mar en la mejilla.

Desde la punta de la isla de Zorrozaurre, respiraba relajado por primera vez en todo el día. Había pasado la tarde entera junto a la cama de hospital de Gardeazabal. Su compañero estaba bien o, al menos, todo lo bien que se puede estar cuando te han clavado un hacha de mano en la clavícula y un cuchillo de cocina en el antebrazo. Al llegar al hospital lo encontró sedado. Lo habían operado de urgencia para extraerle las armas y recomponerle el hombro izquierdo, que lo tenía muy maltrecho. La herida en el antebrazo era menos grave; la hoja había atravesado la piel limpiamente y había quedado encajada entre radio y cúbito.

Los médicos estaban asombrados de que aún siguiera con vida. Cuando llegaron a Gordexola, alertados por un vecino que lo vio tirado en el jardín junto al cadáver de Guillermo Mazo, los sanitarios pensaron que se habría desangrado; sin embargo, consiguieron reanimarlo y trasladarlo hasta el hospital.

Su fortaleza física salvó a Gardeazabal.

Ander trataba de entender qué hacía exactamente su compañero en Gordexola. Con toda seguridad estaría siguiendo una pista en el caso Arregui, pero como le había dado total libertad, Gardeazabal no había informado a ningún miembro del grupo de sus intenciones. Tendría que esperar a que se despertase para hallar la respuesta a esa cuestión.

Durante esas horas de guardia junto a su compañero, Ander había repasado mentalmente los hechos acaecidos en la última semana y media. El asunto de las youtubers suicidas había adquirido un giro dramático con la muerte de Laura Pons. El caso seguía más en el aire que nunca. Todo apuntaba al suicidio, pero Miren insistía en otra posibilidad y Ander confiaba plenamente en sus capacidades, por lo que la dejaría llegar hasta el final con su investigación sin interponerse.

La muerte de Arregui era harina de otro costal. Cuanto más

indagaban en ella, más basura salía de debajo de la alfombra. Los Itzalak, las palabras de Andoni González, las muertes en torno a esa organización corrupta de ertzainas, el asesinato de Pueyo… Ander tenía la impresión de que no eran hechos aislados, sino que seguían alguna clase de lógica interna y que, de algún modo que aún desconocía, estaban interconectados.

Y ahí estaba él, entre dos lenguas de ría que confluían en ese puntal de la isla para continuar desde allí su camino hacia el mar Cantábrico. Atendiendo la llamada que anunciaba la aparición de un nuevo cadáver. El de un chaval al que llevaban buscando los últimos días, Peru Arriola. Apuñalado por la espalda y dejado a su suerte sobre el mugriento suelo de un pabellón abandonado.

Ander había realizado la inspección ocular preliminar. Después abandonó la escena del crimen y había dejado que Miren y Alday la inspeccionaran por su cuenta. Quería saber a qué conclusiones llegaban ellos sin su presencia.

Eso y que se sentía en la obligación de realizar una llamada telefónica.

—¿Sí? —La voz de su interlocutor sonaba amortiguada entre el intenso ruido de fondo; estaba en el interior de un bar.

—¿Estoy hablando con Felipe Lago? —preguntó Ander.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Ander Crespo, inspector de la Ertzaintza. Coincidimos en el piso de Peru Arriola.

—Ah, sí. Aguarde un momento, por favor, que aquí tengo mala cobertura.

Una amalgama de voces, ruidos y sonidos entrecortados inundaron el auricular de Ander. Finalmente, el ruido dio paso a un silencio más apropiado para entablar una conversación telefónica.

—Discúlpeme, inspector. ¿Cuál es el motivo de la llamada?

Por la voz que puso, Ander supo que el detective había intuido lo que le iba a anunciar.

—Hemos encontrado al hijo de tus clientes.

Hubo un silencio prolongado en la línea.

—¿A Peru?

—Sí.

—Entiendo que, si recibo su llamada notificándomelo antes que la de mis clientes, eso significa que está muerto. ¿Dónde está?

—En Zorrozaurre, en un pabellón abandonado. Lleva varios días muerto.

El silencio se entremezcló con un par de respiraciones profundas de Lago.

—Estos días ha hecho muchísimo calor y esos pabellones están infestados de ratas. ¿Cómo lo han identificado?

Ander dibujó una sonrisa triste en su rostro. Lago era listo.

—Llevaba el carné de conducir encima. Se conoce que no le gustaba tenerlo en la cartera, junto al resto de documentación.

—Entonces, eso descarta el robo como el móvil del asesinato, ¿no? La tarjeta de crédito y el dinero en metálico los dejó en casa, en su cartera.

—¿Cómo sabes qué ha sido un asesinato? —preguntó Ander.

—Por la misma razón por la que supe que había una muerte revoloteando sobre la cabeza de Peru el día que nos encontramos en su apartamento. Su grupo investiga homicidios.

Ander recibió el revés con elegancia. Lo había superado en perspicacia. En adelante tendría que estar más atento con él, no era un aficionado, sino un buen profesional. Le surgió una duda que quiso aclarar.

—Tú has sido policía, ¿verdad?

—Sí. Fue hace tiempo, parece que hubiera pasado una vida —contestó Lago tras otro de sus acostumbrados silencios prolongados.

—No pudo ser hace tanto tiempo; eres muy joven. ¿Fuiste ertzaina? —insistió Ander.

—Sí, pero no quiero hablar del tema. Supongo que no le resultará muy complicado indagar dentro de la casa —dijo Lago, refiriéndose a la Ertzaintza—. De todos modos, gracias por la llamada. Ahora mismo iré a avisar a mis clientes.

—Va a ser un trago difícil.

—Lo sé. La vida no siempre es de color de rosa. Creemos que las desgracias y los crímenes son cosas que les suceden a los demás, que nosotros estamos inmunizados a todas ellas; sin embargo, la realidad es una mula terca que se empeña en caminar por donde ella quiere.

Ander escuchó pasos que se acercaban a su espalda. Giró el cuello y vio a Miren y a Alday sorteando los coches patrulla aparcados junto a la fábrica abandonada. Se dirigían hacia él.

—Necesitaré que lo identifiquen.

—Los prepararé para ello. Gracias, inspector Crespo.

—No hay de qué. —Colgó y se encaminó al encuentro de sus compañeros.

Las luces de los coches patrulla iluminaban la fachada mellada de perfiles metálicos de la antigua fábrica. Una de tantas empresas auxiliares nacidas al abrigo de la gran industria siderúrgica vasca y que, en la reconversión industrial de los años ochenta, sufrieron una caída aún mayor que las grandes empresas de cuya mano comían.

La fachada parecía ser un homenaje a la teoría de las ventanas rotas de Wilson y Kelling. Parecía increíble que unas paredes llenas de ventanas pudieran tener tan poco cristal. Evidentemente, el vandalismo había campado a sus anchas en esos confines remotos de

la isla que estaba destinada a convertirse en el nuevo Manhattan de Bilbao. Aunque a Ander, en ese momento, le pareciera más el nuevo Bronx. Por lo demás, el resto, tanto interior como exterior, era un monumento a la decadencia y al abandono. Un cuerpo inerte de hormigón y metal que, paradójicamente, albergaba en su interior el cadáver de carne y hueso de un muchacho.

—La forense ha terminado, jefe —dijo Miren y se pasó el dorso de la mano por la frente empapada de sudor—. Han tenido el decoro de colocarle una manta térmica por encima. El chaval ha muerto como un perro, apuñalado por la espalda y rodeado de inmundicia.

La agente torció los labios en un gesto de asco y alejó la vista hacia la orilla izquierda de la ría, tratando de ocultarle a Ander su estado de agitación. No era la primera vez que Miren acudía al escenario de un crimen, ni este era el asesinato más atroz que había investigado, pero, en el fondo, estaba disgustada porque en su fuero interno había albergado la idea de que fuera el propio Peru quien había obligado a suicidarse a Laura Pons. La aparición de su cadáver dificultaba la defensa de esa tesis.

—¿Ha determinado la fecha de su muerte? —preguntó Ander.

—Estima que pudo producirse hace unos cinco días. El proceso de descomposición del cadáver está muy avanzado. —La lividez en el rostro de Alday lo confirmaba.

El agente tuvo que abandonar la escena del crimen nada más llegar. El hedor era absolutamente insoportable y la visión del rostro hinchado de Peru ponía a prueba incluso el estómago de los inspectores más veteranos.

—¿Algún indicio a tener en cuenta?

—Únicamente el cuchillo que tiene clavado hasta el mango entre omoplato y omoplato —dijo Miren secándose las manos en los pantalones.

»El resto es un supermercado de ADN: botellas vacías, colillas por todas partes, condones usados, vomitonas resecas, gotas de sangre de algún grupo de yonquis. Todas pruebas circunstanciales que cualquier picapleitos de tres al cuarto tumbaría en un juicio.

—Pero estarán procesándolas todas, ¿verdad?

Miren sonrió y se pasó los dedos entre las raíces de su flequillo.

—Por supuesto, los técnicos de la científica han montado una buena fiesta química y de luces ahí dentro —contestó la agente.

—¿Quién dio el aviso? —Ander continuó preguntándoles a Alday y Miren con tono sereno pero serio. Parecía como si estuviesen ante el tribunal en una defensa de tesis doctoral.

Alday tomó la palabra en esta ocasión.

—Fueron unos chicos que vinieron aquí a hacer botellón antes de sumarse a la fiesta en el Arenal. Tenemos sus datos en la comisaría,

pero no tenían más de dieciséis años.

—Está bien. De todos modos, no los descartemos por la edad, sino por la coartada que tengan. —Los agentes asintieron—. Lo que tenemos ahora es el cadáver de lo que tú denominaste el cabo suelto que resolvería el caso —concluyó dirigiéndose a Miren—. ¿En qué posición nos deja el asesinato de Peru Arriola con respecto a la investigación de la muerte de Laura Pons?

Ander giró y se encaminó hacia el saliente de la isla en la que golpeaban acompasadamente las suaves ondas de la ría. Alday y Miren se situaron a ambos lados del inspector y observaron, igual que él, las luces que se extendían a ambas orillas del brazo de agua.

—Laura no se suicidó. —La voz de Miren sonó obstinada en la oscuridad.

—Ah, ¿no? ¿Y qué piensas hacer para probarlo, Miren? —La agente recibió esa pregunta con un vuelco al corazón ante la imponente y poderosa figura de su jefe. Sus ojos verdes la atravesaban incluso en plena oscuridad. Nada se escapaba a su escrutinio.

—Tenemos que descubrir al asesino de Peru Arriola —dijo tras meditar un instante su respuesta—. Estoy convencida de que quien mató a Peru también mató a Laura. Esperaremos a los resultados del análisis del arma del crimen para ver si nos pueden dar algún indicio que seguir.

»Por otra parte, tampoco estaría de más hacer un barrido de las torres de telefonía de los alrededores para ver qué móviles estuvieron en esta localización el día en el que murió Perú.

—Alday —el inspector miró de reojo al agente y este asintió, tomando nota mental—, ¿algo más?

—Por ahora, no. Creo que tenemos con qué empezar —dijo Miren incapaz de apartar la vista de las irregulares crestas de agua que se formaban en los puntos en los que confluían las corrientes de la ría—. Bueno, sí, una cosa que nos preocupa mucho. ¿Cómo está Garde?

Ander posó los brazos sobre los hombros de sus agentes, como si de un padre protector se tratara.

—Está vivo de milagro. Esa es la verdad. No sé qué fue a buscar a Gordexola, pero casi acaba con él. Me contaron que tuvo una pelea con un hombre que se saldó con dos muertes. Por desgracia, el caso se lo han asignado de nuevo al grupo de Rosales y ya sabes cómo es ese tipejo.

—¿Dos muertes? —preguntó Alday extrañado—. Seguro que tienen alguna conexión con la de Arregui.

—Yo también lo pienso —dijo Ander. Se metió las manos en los bolsillos y estiró la espalda—. Creo que hemos estado en una situación de calma previa a una ciclogénesis explosiva. Pero el viento empieza a arreciar. Me temo que esto se va a poner muy feo en las próximas

horas.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Miren.

Una gaviota soltó un graznido al volar sobre sus cabezas. Su aleteo resultaba imperceptible, oculto por el abrigo de la noche.

—Vosotros investigad el asesinato de Peru. Sigue las pistas que has dicho, Miren. Yo voy junto a Gardeazabal. No quiero que esté solo ni un segundo. Tengo la intuición de que alguien lo quiere muerto, igual que quisieron muerto a Arregui.

Capítulo 33

Cuando las ideas no llegan y las fuerzas flaquean, lo mejor es echar mano de un revulsivo. Al menos eso es lo que pensaba Miren. De pie junto a la máquina de café de la sala de investigaciones del Grupo 4, la agente se frotaba los ojos enrojecidos por las escasas dos horas de sueño con las que había recompensado a su cuerpo después de un arduo día de trabajo. Estuvo tentada de ir a la comisaría de empalmada, pero el recuerdo de sus deambulares de muerta viviente las ocasiones en las que lo había hecho, la disuadió. Una cabezada, por muy somera que fuera, siempre sería mejor que una noche en vela.

Al ser la primera en llegar a la sala, también fue la primera en ver la nota que les habían dejado sobre la mesa. Tenían que llamar a Irene Vázquez. «Urgente», rezaba el aviso. Miren se hundió en su silla y resopló. Se conocía lo bastante bien como para saber que su nivel de irritabilidad se disparaba en ausencia de horas de sueño, por lo que no podría evitar un exabrupto hacia Irene en el caso de que su llamada no fuera tan urgente como la chica aseguraba.

Aunque sí que lo fue, y mucho.

Todos sus activos habían sido transferidos a la cuenta de otro particular. Existían tres elementos relevantes en ese hecho: primero, la transferencia la había validado la propia Irene desde su ordenador; segundo, la operativa elegida fue una transferencia programada, que quedó grabada media hora antes del inicio de la emisión fatídica en la que Irene se metió entre pecho y espalda una colección de pastillas, y tercero, y más importante, la cuenta corriente a la que se transfirieron los activos era la de Iraia Gaztelueta.

Miren le dio un buen sorbo al café caliente. Encogió el labio en señal de desagrado; estaba demasiado fuerte para su gusto. Desde luego no era lo que ella quería, pero sí lo que necesitaba.

Las horas posteriores a la marcha de Ander de la escena del crimen de Peru habían sido muy duras. El juez de guardia se hizo de rogar y no apareció por el pabellón de Zorrozaurre hasta bien avanzada la madrugada. Hasta entonces no pudieron proceder al levantamiento del cadáver ni desmontar el operativo.

En los dos años que llevaba en el grupo, Miren había sentido la presión de distintas maneras. La más común surgía cuando tenía que

realizar la inspección ocular en un crimen. A nadie le agradaba estar en las proximidades de un cuerpo cuyo corazón había dejado de palpitar, con todas las consecuencias que ello implicaba. Era una presión dura, pero llevadera. Tampoco la sufría por parte de su jefe, Ander, puesto que no era de los que se te echan a la yugular cada vez que cometes un error. La peor de todas las presiones era la autoimpuesta. Sin duda. El nivel de autoexigencia de Miren era máximo. Cobraba sus peajes y tensaba las costuras de la salud mental al extremo.

Sentía que el mundo que la circundaba se descomponía a su alrededor. Arregui muerto, Gardeazabal atacado. Esos eran sus compañeros, porque, aunque con el primero no hubiera llegado a coincidir, sí que lo sentía como una parte integrante del grupo.

Eran sus compañeros, habían sido atacados y la siguiente podía ser ella.

Alday llegó una hora más tarde, con su pelo recién lavado oliendo a champú de melocotón y una sonrisa cínica plantada en la cara. Como siempre, lucía un uniforme impecable. Podían llover cien litros de agua por metro cuadrado en una hora o hacer un calor sahariano, daba igual, él siempre llegaba con las prendas perfectamente planchadas y oliendo a limpio.

—¡Qué madrugadora! —dijo tras apoyar sobre su escritorio un ejemplar de El Correo.

Miren se levantó de la silla y se caló la gorra negra de la Ertzaintza. Acomodó el pelo a través del coletero y alisó las perneras del pantalón con las palmas de las manos. No quería desentonar con su compañero.

—Olvídate de leer el periódico. Nos vamos.

—¿Adónde? ¡Pero si acabo de llegar!

—Vamos, te lo cuento de camino. —Miren lo cogió del brazo y lo arrastró hacia la puerta.

En el trayecto hasta la casa de Julia Romero, Miren le contó a Alday las novedades con respecto al caso de las youtubers suicidas. El agente enmudeció al recibir la noticia de la transferencia programada a la cuenta de Iraia. Le costaba creer que una criatura tan angelical pudiera estar implicada en esa clase de delitos.

—A ti lo que te pasa es que te quedaste hipnotizado por su belleza. Obnubilado. ¡Hombres! —sentenció con un mohín despectivo.

Alday se sonrojó hasta las puntas de las orejas, mientras trataba de negar la acusación de su compañera.

—No, por ahí no paso. Reconozco que la chica es espectacular. Pero no te admito que pongas en entredicho mi profesionalidad.

El tono utilizado por el agente no daba pie a la discusión. Miren jamás lo había visto tan alterado. Apartó un instante la vista de la

carretera y lo obsequió con una sonrisa conciliadora.

—No te pongas así, hombre. Solo estaba bromeando. —Alday emitió un gruñido por respuesta, sin dejar de mirar a través de la luna del coche—. Antes de llegar tú he estado hablando con Ander. Él lo ve claro. Hay que interrogar a la chica y, de paso, le tomaremos las huellas dactilares para que las cotejen con las halladas en el arma homicida de Peru.

—¿Piensas que ella es la responsable de lo que les ha sucedido a las youtubers? ¿Del asesinato de Laura? ¿Del de Peru? ¿De verdad lo crees?

Miren no le contestó. Aparcaron el coche patrulla junto al portal en el que vivían Julia Romero y su hija.

—Mira, Alday, una cosa es lo que yo piense y otra lo que las pruebas digan. No tendré una teoría sólida hasta que no coincidan ambos extremos.

Aprovecharon la ocasión que el azar les brindó, en forma de vecino paseante de perro, para colarse en el portal. A Miren siempre le había parecido mucho más eficaz, a la hora de desvelar a un asesino, acudir a un domicilio sin previo aviso. De este modo, el sujeto no podría colocarse la máscara con la que, habitualmente, los culpables agasajaban a la policía.

No fue el caso de Iraia. La chica abrió la puerta recién levantada de la cama, con la belleza natural de una Afrodita recién salida de entre las olas del Mediterráneo. Vestía un pijama corto rosa satén, que mostraba sus largas piernas blancas, y una sugerente camiseta de tirantes, con uno de ellos caído a la altura del codo, que Iraia recolocó con rapidez cuando fue consciente de quiénes estaban frente a ella.

—Agentes, ¿qué hacen aquí? —La voz de la chica sonaba quebrada por la ronquera. De su pelo emanaba olor a tabaco concentrado. Miren dedujo que había salido por la noche a celebrar las fiestas.

—Iraia, necesitamos que nos acompañes a la comisaría. Tenemos varias preguntas que hacerte. —La voz de Miren sonó tajante y de su expresión no se podía deducir nada bueno.

La joven estudiante de Psicología abrió los ojos asustada y se llevó la mano a la boca.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada malo.

—¿Está tu madre en casa? —preguntó Alday.

Iraia negó con brusquedad y algunas de las lágrimas que comenzaban a aparecer por la comisura de sus ojos salieron disparadas.

—En ese caso, te acompaño a la habitación para que te vistas —dijo Miren. Entró en la casa y se detuvo junto a la muchacha, que seguía inmóvil a un lado de la puerta en estado de shock—. Iraia, cuanto antes lo hagas, mejor para todos.

La chica la miró con expresión ausente; ida. Su piel de mármol blanco aparecía más pálida aún de lo habitual. La agente temía que en cualquier momento se desmayara. Pero no fue así. Finalmente, asintió con languidez y enfiló el camino hacia su habitación seguida de cerca por Miren.

La trasladaron a Deusto en calidad de sospechosa y la introdujeron en la comisaría por el garaje para evitar la indiscreción de los curiosos que pudieran merodear por el lugar. Iraia no habló durante el trayecto. Su atención parecía descansar en la cadena de colinas que rodeaba Bilbao. Miren ojeaba de tanto en cuanto el espejo retrovisor para ver sus reacciones. Desconocía si la chica estaba ida o maquinando. Fuera cual fuera la respuesta correcta, Iraia estaba metida en un buen lío.

La sala de interrogatorios en la que instalaron a Iraia era un habitáculo pequeño y sin ventilación, con paredes grises lisas, una mesa y dos sillas blancas en medio, y un suelo de linóleo gris oscuro que mostraba rayones a la altura de las patas de la mesa. El aire acondicionado llevaba semanas sin funcionar en la planta en la que se ubicaba la sala, por lo que el calor acumulado dentro convertía la mera acción de respirar en un lujo oriental. Miren pidió un ventilador de pie para que a la chica no le diera un golpe de calor.

Un agente le tomó las huellas y se marchó. Miren e Iraia se sentaron una frente a la otra.

—Está bien, Iraia. Supongo que te preguntarás por qué estás aquí, ¿verdad?

—Yo aquí no pinto nada. —La firmeza en su respuesta pilló a Miren a contrapié.

—Te equivocas. Hay indicios que te señalan como la autora de varios hechos delictivos.

Iraia se recostó en el respaldo de la silla y cruzó las piernas. Su cara mostraba una expresión de sincera perplejidad.

—¿De qué estás hablando?

Miren abrió la carpeta marrón que tenía sobre la mesa y sacó una foto antigua de Peru Arriola.

—Antes que nada, quiero que quede claro que tú has venido voluntariamente, con el fin de dar testimonio en la investigación que tenemos abierta. —Miren activó la grabadora de su móvil, que reposaba sobre la mesa—. Y que no te opones a que la conversación sea grabada. ¿Estás de acuerdo con lo que acabo de decir, Iraia?

—Sí.

—Está bien. Ayer encontramos el cadáver de tu exnovio, Peru. Ha sido asesinado.

Las palabras de Miren cayeron como un alud de peñascos afilados sobre la estancia. Iraia emitió un chillido agudo y se cubrió la cara con

las manos. Los mechones pelirrojos se le agitaban sobre ambos dorsos y el cuerpo se sacudía en pequeños espasmos provocados por el fuerte llanto de la chica.

Miren no se inmutó y esperó a que Iraia se calmara.

—Necesito saber dónde estuviste hace cuatro días.

Iraia reguló su respiración mediante una sucesión de varias inspiraciones profundas. Cuando logró serenarse, se echó el pelo hacia atrás y recompuso su postura en la silla.

—En el aula de estudio del Azkuna Zentroa, como todos los malditos días de este verano. Siempre hago lo mismo, estudio por la mañana, almuerzo en casa, vuelvo a estudiar por la tarde y luego ceno algo de camino. Ese día creo que cené en el Burger King de la calle Egaña.

La puerta de la sala se abrió y entró Alday, que entregó una hoja escrita a su compañera. Miren apartó con delicadeza un largo pelo castaño de Alday de la hoja y leyó el contenido de la nota. Arrugó la boca y volvió sobre las líneas por si le decían algo diferente. Por desgracia para Iraia, no fue así.

—¿Qué sucede? —preguntó la joven con el rostro surcado de lágrimas y la cara desencajada por el sufrimiento.

—No son buenas noticias, Iraia. —Miren endureció su expresión mientras se erguía en su silla—. Son los resultados de la triangulación de tu móvil.

La chica parpadeó con rapidez repetidamente, pero no abrió la boca. Tenía la expresión del reo condenado a muerte que ve el hacha del verdugo avanzando hacia su cabeza.

—La señal de tu móvil, captada por cinco antenas, te sitúa en la escena del crimen el día en el que asesinaron a Peru.

Iraia se levantó de la silla agarrando con fuerza el borde de la mesa con ambas manos. Parecía que se le fuesen a salir los ojos de las órbitas. Hizo el ademán de abrir la boca, pero en ese momento los ojos se le entornaron y cayó de costado hacia el suelo gris. Un golpe seco retumbó en todo el edificio.

Capítulo 34

—Era él, el grandullón de la casa de Gálvez. Se llamaba Guillermo Mazo. Él mismo me lo dijo.

Las palabras salieron débiles, pero nítidas, de la garganta de Gardeazabal. Una garganta que acaba de ser desentubada y que sentía el aire exterior rozar sus paredes por primera vez en veinticuatro horas.

Ander miró a izquierda y derecha, no había nadie. Los acababan de trasladar de la UCI a una habitación en planta. Una estancia con dos camas, una de las cuales estaba vacía y, por lo bien metidas que estaban sus sábanas, daba la sensación de que llevaba tiempo así. Estaban, por tanto, solos. Aun así, Ander no conseguía bajar la guardia ni relajarse. No lograba exorcizar esa sensación de peligro inminente, de calma previa a la tormenta. Una sensación que ni el traslado de su compañero a planta había logrado mitigar.

—¿Estás seguro de eso? —Ander formuló la pregunta a escasos centímetros del oído de Gardeazabal.

Este asintió enérgicamente, gesto que le provocó un intenso dolor en la zona de la clavícula herida. Las operaciones habían sido un éxito. Habían conseguido reconstruirle la clavícula y el hombro dañado por el hachazo. Pero lo que había estado a punto de acabar con su vida fue la gran pérdida de sangre sufrida. Llegó al hospital con el depósito de sangre en rojo, pidiendo un repostaje de plasma urgente.

—No te esfuerces, Garde. —Ander se apresuró a acomodarle la almohada en la espalda—. Esta mañana he hablado con el capullo de Rosales, porque es a su grupo al que le han asignado el caso del asesinato de Cosmin Munteanu, y no ha soltado ni prenda. Podía sentir su sonrisa de imbécil mientras hablaba con él. Cómo lo ha tenido que gozar al darme con la puerta en las narices. Ni siquiera aludiendo a un favor entre compañeros he logrado sacarle una palabra. Pero, tranquilo, que esta se la guardo.

Gardeazabal inspiró aire en profundidad y lo soltó suavemente mientras basculaba el peso de su cuerpo de un glúteo al otro. Vestía una bata de Osakidetza ajada y con manchas en la zona próxima al hombro operado. Su cabeza rapada mostraba magulladuras y moratones en varios sitios, y una profunda herida de arma blanca le

recorría una de las mejillas. Estaba pálido como un folio y le costaba respirar. En esos momentos de recogimiento, de lamerse las heridas tras una pelea a vida o muerte, es cuando la debilidad del ser humano se muestra con mayor nitidez, la irrefutable fragilidad de la vida en su revelación más descarnada.

La fría hoja de acero podía segar, incluso, el alma del hombre más fuerte. Esa misma sensación tuvo que experimentar Guillermo Mazo en el momento en el que su último hálito escapaba de su cuerpo para no regresar.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Ander.

Abrió la puerta y se asomó al pasillo. No había nadie alrededor, ni sanitarios, ni pacientes, ni familiares. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. ¿Y si Akerbeltz estuviera vengándose uno a uno de los miembros del Grupo 4 por haberle desenmascarado el tinglado homicida que tenía montado con Gálvez? ¿Y si los Itzalak estuvieran involucrados de algún modo y movieran ficha para acabar con Gardeazabal mientras convalecía, indefenso, en el hospital? ¿Y si Moncho Lopategui estuviera detrás de todo ello, como había señalado Andoni González en su lecho de muerte?

En un recodo alejado del pasillo vio lo que estaba buscando: una silla de ruedas. La cogió y la metió en la habitación.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Ander.

—Si me ayudas, sí. Pero sin movimientos bruscos, por favor.

Le llevó cinco minutos acomodarlo en la silla de ruedas y coger la bolsa con sus pertenencias. Después, tomaron el ascensor y bajaron hasta las urgencias hospitalarias. Ander quería aprovechar la presencia de alguna ambulancia recién llegada para realizar el traslado de Gardeazabal a su casa de Altamira.

Se colocó la cartuchera del cinturón bien a la vista sobre sus vaqueros azules. Se caló la gorra negra del cuerpo policial que llevaba su compañero entre sus pertenencias y, de este modo, logró disuadir a los sanitarios con los que se cruzaban en su camino hacia el exterior.

—¿Adónde me llevas, Ander? —preguntó un Gardeazabal a quien cada movimiento le ocasionaba un dolor indescriptible en todo el torso.

—A Altamira. Temo por tu vida.

—De acuerdo, compañero. Confío en ti. —Sus palabras expedían un cheque en blanco a Ander, que este no dudó en tomar. Lo habría hecho de igual manera aún sin contar con su aprobación. Cuando actuaba con el respaldo de su convicción, no había nada ni nadie que se interpusiera en su camino.

Salieron al aparcamiento de ambulancias en el mismo momento en que una de ellas hacía acto de presencia. Una enfermera sacó a un señor de avanzada edad en camilla y lo llevó hacia la zona de

recepción de urgencias. El chófer salió a estirar las piernas, momento que aprovechó Ander para acercarse a él.

—Buenas tardes, joven. Necesito que traslades a este paciente a otro lugar.

El conductor de la ambulancia apenas tendría veinticinco años. Se quedó con la boca abierta y el cigarrillo recién prendido entre el dedo anular y el corazón.

—¿Cómo dice?

Ander sacó su enseña y se la plantó a cinco centímetros del rostro.

—Es una emergencia policial. Si te opones estarás cometiendo obstrucción a la justicia y desacato a la autoridad.

El chico silbó prolongadamente y se echó a reír. Luego dio una larga calada a su cigarrillo. Expulsó el humo hacia la cara de Ander con una sonrisa dibujada en las arrugas de sus ojillos vivarachos.

—Por mí no hay problema, poli. Pero tendrás que hablarlo con la jefa. —Señaló a la mujer que había visto salir con la camilla. Se aproximaba hacia ellos resoplando—. Es la enfermera. Lo siento, le tengo más miedo a ella que a usted.

Dicho lo cual, lanzó la colilla al suelo y volvió a montar en la ambulancia.

La enfermera llegó bufando como un toro de lidia recién salido del chiquero; cabeceando, haciendo aspavientos y mascullando lo que a Ander le parecieron improperios, aunque fue incapaz de discernir el contenido exacto de la plegaria.

—¿Se puede saber qué coño hacen junto a mi ambulancia? Lárguense de aquí ahora mismo.

Pasó de largo junto a los inspectores y se dirigió hacia la puerta trasera del vehículo. Ander la siguió.

—Deténgase, señora.

La mujer lo miró de reojo y volvió a resoplar. Ni el calor ni el sobrepeso ayudaban a refrigerarla.

—Necesito que trasladen urgentemente a mi compañero a un lugar. Es un asunto de vida o muerte. De no ser así, no se lo pediría.

La enfermera alcanzó una tablilla de madera con pinza metálica que sujetaba un taco de formularios.

—Tiene que rellenarme este formulario. El hecho de ser ertzaina no lo habilita para disponer del transporte hospitalario a su antojo. Hay unas normas que nos obligan a todos, sin excepción.

Ander tomó la tablilla y cumplimentó el impreso a toda velocidad. Puso su nombre, firmó y se lo pasó a la enfermera.

—¿Ander Crespo? ¿El policía que capturó al descuartizador de Olabeaga? ¿Por qué no lo ha dicho antes? Yo soy una fan incondicional del true crime y seguí ese caso muy de cerca. Su actuación me pareció simplemente magistral. Qué clarividencia, qué

valentía, qué sangre fría. Lo pienso y se me encoge el alma. Y pensar que su hermana era una de las pobres chicas que cayeron en las garras de esa familia de psicópatas.

Ander asentía a todo lo que le decía la mujer con tal de que ella no dejara de acomodar a Gardeazabal en la ambulancia.

En el fondo no la culpaba. Tan solo era otra víctima de la moda extendida del true crime o análisis de los crímenes reales. Una moda que a Ander no le gustaba en absoluto, porque implicaba dar foco a personajes que nada tenían que ver con las investigaciones llevadas a cabo. Sí que era cierto que, en ocasiones, contaban con la colaboración en el programa de asesores policiales, muchos de los cuales habían participado en la investigación de crímenes parecidos; sin embargo, consideraba excesivo el peso que se otorgaba a las opiniones de los contertulios, periodistas de investigación o, incluso, escritores de misterio.

Ander siempre lanzaba la misma frase lapidaria cuando lo cuestionaban al respecto: «un true crime se convierte en una true chapuza si, en vez de un true detective, lo investiga un true writer». O, dicho de otra manera, zapatero a tus zapatos.

Llegaron a la calle de Altamira cuando el sol comenzaba a alejarse tras las montañas. La mujer ayudó a bajar la silla de Gardeazabal y la acercó a la puerta de la casa de Ander. Se despidió efusivamente, no sin antes sacarse un selfi con él.

El inspector le agradeció su ayuda y se alegró más aún cuando vio partir a la ambulancia de vuelta a la ciudad. Esa noche sería muy movida para los sanitarios; era el día grande de la Aste Nagusia. El día en el que la gente sacaba las pocas fuerzas que conservaban para darlo todo sumida en una fiesta irrefrenable.

Ander se aproximaba a los mangos de empuje de la silla de ruedas cuando sintió la poderosa mano incólume de Gardeazabal aferrarse a su antebrazo, sin fuerza, pero con decisión.

—Creo que me merezco una explicación, Ander.

El sol, reflejado en las ventanas del bloque de pisos contiguo, iluminó el rostro magullado del veterano inspector. Había sufrido un ataque salvaje por parte de un adversario muy poderoso, un rival que hubiese acabado con la vida de cualquier oponente con suma facilidad, del mismo modo que lo había hecho con un hombre joven y fuerte como lo era Cosmin; sin embargo, Gardeazabal había prevalecido, impulsado por su espíritu de supervivencia y su maestría en la pelea callejera adquirida en sus años jóvenes, sus años oscuros. Incrustados en esa cara pálida, sus ojos castaños semejaban dos supernovas que irradiaban dolor y sed de venganza.

—Tienes razón. —Miró hacia las ventanas del bloque de tres pisos. Nadie se asomó—. Espera a que estemos en casa.

Entraron y se acomodaron en la sala sorteando los saltos, vueltas y revueltas de un Gorritxo loco de alegría. Ander sirvió dos vasos de agua fría y le pasó uno a su compañero, que se lo agradeció con un gesto de la cabeza. Bebió el agua a sorbos cortos y, cuando apuró el vaso, su pecho emitió un hondo suspiro de satisfacción.

—Garde, nos conocemos desde hace muchos años. Sabes que no soy de los que se andan por las ramas. La diplomacia no está hecha para mí.

Su compañero emitió un gruñido en señal de asentimiento.

—Dispara.

Ander se frotó las manos y después se las pasó por el maxilar. Fijó sus ojos verde esmeralda en su compañero y trazó una media sonrisa en sus labios. Gardeazabal entendió la situación. Habían trabajado juntos durante tanto tiempo que no necesitaban hablar para comunicarse. Asintió y también sonrió.

—Me vas a utilizar de cebo. —No era una pregunta, era una afirmación y, como tal, no requería ser corroborada—. Me parece bien. ¿A quién vamos a pescar?

El inspector jefe dio una palmada en el muslo de su compañero herido. Se levantó y miró por el ventanal con vistas al jardín trasero y a las faldas del monte Cobetas.

—A los Itzalak.

Se giró y vio la cara de extrañeza de Gardeazabal.

—No es una historia corta, pero te la resumiré mientras preparo algo para cenar. La noche va a ser muy larga.

Mientras cocinaba dos gallos a la plancha, le contó su conversación con el director Torres, donde tuvo noticias, por primera vez, de la existencia de los Itzalak, el grupúsculo secreto y corrupto que operaba desde las cloacas de la Ertzaintza. Después, ya sentados a la mesa, y acompañando el pescado con una buena ensalada de lechuga, tomate y cebolleta del país, Ander pasó a relatarle su fatídica entrevista con Andoni González, supuesto Itzala que en su día tuvo la osadía de acusar a otros compañeros de los delitos que él y otros colegas, presuntamente, habían cometido.

La acusación vertida contra Moncho Lopategui, estando el ertzaina a caballo entre el mundo de los vivos y el de los muertos, fue lo que más impresionó a Gardeazabal, que se reclinó contra el respaldo de la silla de ruedas tratando de digerir mejor la cena y la información recibida.

—¿Y por qué crees que los Itzalak acudirán hoy aquí?

Ander terminó de guardar los platos en el lavavajillas y se apoyó en la barra que comunicaba la cocina con el salón comedor.

—Es una probabilidad. Basada en el supuesto de que Lopategui sea el cabecilla de las sombras, de los Itzalak. De ser cierta esa hipótesis,

antes de jubilarse habría colocado a su gente en los puestos más influyentes, aquellos desde los cuales pudiera controlar el flujo de información, de confidentes y de futuras operaciones de nuestro cuerpo policial. Así tendrían dominada la sala de máquinas de la Ertzaintza.

»En ese caso, Torres podría estar implicado, ya que es el sustituto de Lopategui a petición expresa de este. También lo estaría Rosales, quien de la nada ha pasado a comandar el grupo de investigación más importante y el que más recursos tiene asignados. Por eso antes, al hablar con él y ver que no soltaba prenda, le he adelantado la noticia de que te traería a mi casa a pasar la convalecencia.

—Todo un detalle por tu parte.

—Nada, hombre. Para eso estamos los amigos. Por cierto, ¿quieres algo más? ¿Un café, un trago, un cigarrillo?

Gardeazabal negó con la cabeza. Comenzaba a notar un fuerte dolor en el brazo, sentía la necesidad de descansar. Pero la adrenalina seguía fluyendo a chorros por su cuerpo.

—¿Por qué crees que los Itzalak vendrán a por mí?

Ander salió de la cocina y se situó tras la silla de su compañero. De un tirón la giró y la empujó en dirección a la puertaventana que comunicaba el salón comedor con el jardín. La habían dejado abierta para que hiciera corriente con la ventana de la fachada principal y así se llevara los malos olores del pescado frito. También venía bien para refrigerar la casa. Cuando se ocultaba el sol, la temperatura templaba en el monte Cobetas.

—Porque no saben lo que Mazo y tú hablasteis antes de que le sacaras el billete al infierno. Quizás supiera demasiado. En ese caso, no se pueden arriesgar. Tú serías un cabo suelto demasiado peligroso.

—Y tú también, amigo. Al traerme a tu casa has puesto el foco de los Itzalak sobre tu cabeza.

—Lo sé.

Salieron al jardín. No hacía falta ser muy observador para llegar a la conclusión de que estaba desatendido. Las malas hierbas se apilaban junto a la puerta, arracimadas por toda la extensión del otrora verde, ahora amarillo, césped. La sequía y el intenso calor que sufrían desde finales de primavera habían dejado el jardín completamente desangelado, sus flores marchitas; tan solo resistían los cactus. Lo atravesaron y salieron al camino vecinal que comunicaba las partes traseras de las viviendas con las escaleras que bajaban a Castrejana.

—Vas a pasar la noche en la casa de un amigo de confianza.

—¡No, ni hablar! Yo quiero quedarme aquí. Dame un arma y los esperaré sentado en algún rincón oscuro. Quizás acaben conmigo, pero no antes de que me haya llevado a alguno por delante. —Gardeazabal hizo el ademán de levantarse, pero Ander lo impidió

presionando con firmeza su hombro sano hacia abajo.

—La mejor forma de ayudarme es marchándote de aquí.

Ander acomodó a su compañero en la casa de Hermenegildo, su octogenario vecino de salud de acero. No le puso ninguna pega y fue lo bastante discreto como para no cuestionarle acerca del porqué de esa urgencia. Acostaron a Gardeazabal y Ander regresó a su domicilio con la silla de ruedas.

Los últimos fuegos artificiales del concurso de la Aste Nagusia se habían lanzado hacía tiempo. Ander miró el reloj. Las doce y media. Volvió a pasar revista a la disposición de la casa. Todo estaba en orden. Había dejado la silla de ruedas, con una almohada enfundada en un pijama suyo, encarada a la ventana de la habitación. Por lo tanto, cualquiera que entrara por la puerta, de espaldas, con esa luz y los nervios a flor de piel no podría descubrir la trampa. También había puesto una gran almohada bajo la colcha de la cama, simulando a un hombre durmiendo. Después encerró a Gorritxo en el sótano bajo llave. Ahí estaría seguro y sus ladridos serían audibles en caso de que detectara alguna presencia en las inmediaciones de la casa.

Ander se colocó el chaleco antibalas y se pintó la cara con el betún negro de las botas reglamentarias. Así, vestido de un negro absoluto, se escondió en el gran armario empotrado que había junto a su cama y dejó la puerta abierta tres centímetros. Sacó su arma reglamentaria, la comprobó y esperó en estado de meditación.

El canto del grillo acudía puntual a su cita veraniega con la noche canicular. En el exterior no se escuchaba ningún otro ruido. En la zona de Altamira en donde estaba situada la casa de Ander, de madrugada tan solo se oían los ladridos de algún perro alterado o los acelerones de los coches que subían al monte para ver la noche bilbaína desplegada a sus pies.

Acompasó la respiración para sacudirse los nervios. El calor era insoportable dentro del armario con el chaleco puesto. Centró su atención en los pasos a seguir si irrumpían en su casa. No vendrían solos. Al menos serían dos, quizás tres, como habían hecho ellos en casa de Gálvez años atrás. Uno accedería por delante y otro por detrás de la casa. Les resultaría fácil abrir las cerraduras. Lo que no podrían desactivar de ningún modo sería la alarma Gorritxo. Los ladridos del perro lo alertarían.

El tiempo pasaba y la noche continuaba su marcha inalterada. Comenzaba a entumecerse y el sudor lo obligaba a pasarse el dorso por la frente cada poco tiempo, llenándolo de betún. Estaba empapado. Empezó a pensar que quizás estuviera equivocado, que tal vez todo había sido una paranoia suya. Miró el reloj. Las cuatro de la madrugada. Decidió hacer caso omiso a su voz interna y salir del armario.

Entonces, Gorritxo ladró.

Al principio no fue más que un ladrido prolongado entre dientes, como un redoble de atabal; sin embargo, esa génesis de ladrido derivó en otros claros y audibles. Alguien había entrado en la casa.

La acción se desencadenó con suma velocidad. Los intrusos, visto que los ladridos del perro los habían delatado, subieron al piso de arriba a toda velocidad y entraron en la habitación de un portazo. Ander vio, desde la rendija, que dos hombres con pasamontañas y armados con pistolas se situaban al pie de la cama. Luego abrieron fuego, aunque a cada disparo solo le sucedía un pequeño clic. Tenían silenciador. La habitación se llenó de plumas, las almohadas de la silla de ruedas y de la cama se habían volatilizado por completo.

Ander aprovechó ese momento de confusión para deslizar la puerta con suavidad. Cuando los asaltantes se percataron de su presencia, ya era demasiado tarde. Vació el cargador en pecho, cuello y cabeza de ambos. No podía fallar.

Cayeron hacia atrás uno junto al otro. Un gran charco de sangre comenzó a formarse bajo sus cuerpos con asombrosa rapidez.

Ander sacó un cargador nuevo de la cintura y lo sustituyó por el vacío. Se aproximó a la pareja sin dejar de apuntar. Dio un par de patadas a cada pie y se acercó a sus cabezas. Ambos tenían un orificio de bala en medio de sus pasamontañas. Guardó el arma en la cartuchera y se inclinó sobre el cadáver más cercano. Tiró del pasamontañas con suavidad hasta quitárselo por completo. Después hizo lo mismo con el otro hombre. Les registró los bolsillos. Sacó sus carteras y las lanzó sobre la cama. Con sus credenciales hizo lo propio. Ambos llevaban pistolas tobilleras de pequeño calibre. Las cogió. No tenían número de serie. Las dejó junto a sus pertenencias sobre la cama. Luego se puso de pie.

Sumido en la oscuridad y con el dulce olor a sangre y el intenso olor a pólvora impregnando la habitación, Ander parecía él mismo una sombra surgida de lo más recóndito de la oscuridad. Tan solo sus ojos animaban la figura que contemplaba severo a los dos hombres que yacían muertos sobre el suelo del dormitorio.

—Así que fuisteis vosotros, ¿eh, cabrones?

Ni el rostro contrahecho de Sertucha ni la sonrisa cínica de Mauri, que perduraba incluso en su muerte, tuvieron a bien responderle.

Capítulo 35

Las horas previas al alba fueron muy ajetreadas en Altamira. La calle particular donde se emplazaba la vivienda de Ander amaneció teñida con los colores de las luces estroboscópicas de los coches patrulla y las ambulancias que habían acudido a la llamada de alerta de los vecinos. El rugir de los disparos de la pistola de Ander los había sobresaltado y arrancado del abrigo del sueño.

Los primeros agentes en llegar a la escena no pudieron ocultar su asombro. Sobre el suelo yacían muertos dos hombres con los que habían compartido casos y conversaciones. Ambos equipados cual sicarios. Ignorantes de las implicaciones reales del caso, los ertzainas no lograban entender qué había sucedido aquella madrugada en la casa de Ander. El inspector tampoco estaba dispuesto a dar más datos de los necesarios y, ante cualquier pregunta, se limitaba a asegurar que el motivo que lo había llevado a trasladar a su compañero herido a Altamira no era otro que el de preservar su seguridad. Temía que fuera víctima de un ataque. Temores que se habían demostrado fundados.

«Pero ¿quién querría atacar a Gardeazabal?» le preguntaban. A lo que Ander se limitaba a contestar con un lacónico «Alguien relacionado con las muertes de Gordexola». Con lo cual, la pelota quedaba en el tejado de Rosales, inspector al cargo de ese caso.

La primera patrulla no había tardado más de un cuarto de hora en contestar al aviso y llegar a su domicilio. En ese tiempo, Ander pudo lavarse y vestirse con una ropa más informal. También lo aprovechó para guardar en el sótano las pistolas que llevaban Sertucha y Mauri ocultas en los tobillos.

Varios inspectores de Erandio llegaron y le tomaron declaración. Fue un interrogatorio rutinario, tras lo cual aguardaron a que la policía científica y el equipo forense realizaran su tarea. Después de decretarse el levantamiento de los cadáveres, regresaron a su comisaría sin mediar palabra con un Ander que observaba la coreografía sentado en una silla de plástico del jardín trasero.

Al otro lado de la casa se oía el cerrar de puertas y los motores puestos en marcha. Todo el mundo abandonaba Altamira. Cuando pensaba que estaba solo, Ander percibió que la figura de un hombre enfundado en un mono blanco aparecía por un lateral del jardín. Era

Hidalgo, que se acercaba con dos cigarrillos humeantes entre sus dedos.

El policía científico mostraba unas ojeras pronunciadas. Probablemente habría estado procesando también el escenario del crimen de Gordexola. En cuyo caso, apenas habría tenido tiempo de echarse una cabezada entre un escenario y el otro. Cabezada que habría acabado en anhelo si sus superiores le hubieran exigido, además, informes urgentes.

—Me estoy empezando a acostumbrar a venir a tu casa —dijo y le ofreció uno de los cigarrillos—. Creo que lo voy a grabar en la memoria de mi navegador, en el apartado «rincones favoritos».

Ander aceptó el cigarrillo. Inspiró el humo. Notó cómo se abría paso a través de sus pulmones. En una apnea prolongada, que disfrutó entornando los ojos, lo mantuvo antes de soltarlo con parsimonia hacia la oscuridad quebrada del alba bilbaína.

—¿Qué tenéis?

Hidalgo se encogió de hombros. Se sentó en otra silla igual a la que estaba utilizando Ander. Se repanchingó con el cigarrillo pendiendo precariamente de sus labios.

—Dos compañeros muertos por tu arma reglamentaria. Eso, y muchas preguntas a las que yo, afortunadamente, no tengo que dar respuesta.

Ander se masajeó las arrugas de la frente con su mano libre. Se pasó los dedos por la ceja como solía hacer cuando rumiaba una idea. Algún vecino del bloque contiguo aún seguía apoyado en el marco de la ventana a la espera de una segunda parte del espectáculo. El inspector dirigió su siguiente bocanada de humo hacia ellos con la esperanza de que se esfumaran junto con él.

—Ander, ya sé que no es de mi incumbencia, pero ¿estas muertes tienen algo que ver con el pendrive que te pasé en Astrabudua? ¿Están conectadas con la muerte de Arregui?

Los ojos del inspector distrajeron su atención, durante un instante, en el césped que crecía reseco a sus pies. Luego los alzó hasta afrontar directamente los de su compañero.

—Guarda tu espalda, Hidalgo. Vienen tiempos difíciles para nuestro cuerpo. Tal vez la muerte de Arregui y la intrusión de Sertucha y Mauri en mi casa no sean más que la punta del iceberg.

—¿Iceberg? No creo que tengamos que temerlo; no estamos en el Titanic —dijo el policía científico mientras apagaba la colilla con sus dedos.

—Hazme caso, amigo. Ten cuidado, navegamos en aguas revueltas.

Hidalgo asintió y se puso en pie. Ander hizo lo propio y le estrechó la mano.

—Seguiré tu consejo. Ahora me voy a descansar, estoy molido.

Lo acompañó hasta su coche, esperó hasta que desapareció en la distancia y bajó hasta la vivienda de Hermenegildo.

—¿¡Mauri y Sertucha!? —La exclamación de Gardeazabal se tuvo que oír en la cima del monte Ganekogorta, a mil metros de altitud.

Ambos inspectores se encontraban en el salón comedor de Ander. Sobre la mesa reposaban un gran número de carpetas. Algunas del caso de H9; otras las había montado Gardeazabal con la información que había logrado recopilar a partir del material encontrado en el domicilio de Arregui.

—Sí, ambos del grupo de Rosales.

—¡Joder! Entonces se confirma su implicación en la organización de los Itzalak. Solo él sabía que yo estaba aquí.

Ander asintió. Se alegraba de ver la mejoría que había experimentado su compañero en las últimas horas. Su cara volvía a tener la tonalidad de antaño, el gesto continuo de dolor había desaparecido de su expresión y movía el tren superior con mayor soltura.

—Tampoco olvidemos otro detalle —dijo Ander—. Sertucha y Mauri fueron los primeros en acudir al callejón en el que Arregui apareció muerto. Ellos aseguraban que pasaban por ese lugar en el marco de una investigación de narcotráfico, pero ese extremo no lo pudimos corroborar porque nos apartaron prematuramente de la investigación.

»A la luz de los nuevos indicios de los que disponemos, es innegable la implicación de Rosales y de su grupo en la muerte de Iban, así como su condición de Itzalak. Sertucha y Mauri no eran más que sombras que se extendían por los límites de la noche para cumplir los designios del señor de la oscuridad.

—¿Lopategui? —preguntó Gardeazabal. Frunció los labios ante la perspectiva de la labor titánica a la que se enfrentarían en caso de entrar en confrontación con el antiguo director de la División de Investigación Criminal.

—El mismo —afirmó Ander—. He de hablar con él en persona para saber si estamos en lo cierto o no. Pero hay otro tema que me preocupa aún más, si eso es posible. Akerbeltz.

—¡Dios! Casi lo olvido. —Gardeazabal cerró los ojos y se dio una palmada en la frente.

—¿Qué pasa?

—Mazo era una mala bestia, un asesino sin escrúpulos. Uno de esos que quiere ver sufrir a sus víctimas y que nunca se siente perdedor. Ni siquiera cuando sabe que va a morir.

Ander asintió y se guardó las preguntas sabedor de que, debido a las heridas sufridas, a su compañero le costaba más de lo habitual articular palabra.

—Antes de que la palmara le dio tiempo a lanzarme una frase a la cara: «Elguezabal os pondrá en vuestro sitio». Esas fueron sus últimas palabras.

—¿Elguezabal? —preguntó Ander extrañado—. ¿Estás seguro de que no dijo Lopategui?

Gardeazabal negó meneando con fuerza la cabeza.

—Dijo Elguezabal, estoy seguro porque tenía mi oído pegado a su boca.

Ander apoyó los codos sobre la mesa. Su atención vagó por los expedientes dispersos que se amontonaban desordenados sobre la encimera. Cogió una carpeta fina y miró directamente a los ojos de su compañero.

—Ya sabes lo que significa eso, ¿verdad?

Gardeazabal asintió.

—Que el tal Elguezabal es Akerbeltz.

—No hay otra explicación. Si coincidimos en que Lopategui es el líder de los Itzalak y que ellos son los que acabaron con la vida de Arregui cuando nuestro compañero comenzó a preguntar por Akerbeltz en la discoteca Euforia, entonces, ¿por qué iba a invocar Guillermo Mazo a Elguezabal como vengador de su causa, cuando lo lógico habría sido hacerlo con Lopategui?

—Porque Elguezabal es Akerbeltz.

—Porque Elguezabal es Akerbeltz —asintió Ander mientras abría la fina carpeta y sacaba de su interior un taco de folios grapados.

—Este listado lo conoces bien, Garde. Es el que elaborasteis Arregui y tú los días en los que estuvisteis comprobando todos los expedientes de los pacientes de la clínica Salud Bilbao desde 1994 hasta 1999.

—Lo recuerdo, fue un trabajo concienzudo.

—Soy consciente de ello, y, tres años después, nos puede ayudar a resolver definitivamente el caso de H9.

—Pero ese caso ya lo resolvimos —se quejó Gardeazabal.

El inspector jefe dejó de pasar las hojas y miró con severidad a su compañero.

—Arregui no opinaba lo mismo. Estaba en lo cierto. Nosotros respiramos tranquilos porque logramos dar carpetazo a los casos de Carranza y Mungia de un modo limpio. La mayoría de los responsables habían sido identificados y estaban muertos. Nadie nos podía reprochar nada, la investigación había sido impecable. A partir de ahí, caímos en la autocomplacencia y eso fue, precisamente, lo que apartó a Iban de nuestro lado.

»Él clamaba justicia para la chica que murió volatilizada en el cobertizo de Gálvez. No se conformaba con las felicitaciones y las palmaditas en la espalda de los superiores, ni tampoco con el

encumbramiento mediático. Detestaba todo eso y nos detestaba a nosotros por haber sucumbido a su influjo.

Gardeazabal no abrió la boca. Bajó la cabeza y se quedó absorto mirando a sus pies, mientras dos lagrimones se precipitaban de sus mejillas hasta estallar en el suelo.

—Sabía que el mal aún andaba suelto por nuestras tierras y que otras chicas, en otro lugar, estaban corriendo la misma suerte que todas las que desenterramos, Enara incluida. Y fue él, que no había desenterrado a ninguna hermana, y no yo —dijo con vehemencia golpeando su pecho con fuerza con el dedo índice—, quien resolvió cazar a Akerbeltz. El brazo ejecutor de Astrid, el insaciable asesino que decidió continuar con la charada de cada solsticio de invierno tan solo para cobrarse una víctima más, para añadir una nueva muesca a su culata.

»Mi hipótesis es la siguiente: Arregui identificó la matrícula del Mercedes negro de Pueyo y fue a la discoteca que regentaba no a cobrarse su vida, sino a exigirle que desvelara la identidad de Akerbeltz.

Gardeazabal asintió.

—Sí. Entonces Cosmin lo desarmó y lo sacó a patadas del local.

—Correcto. Pero no podían dejarlo vivo. Se había acercado demasiado a la verdad. Pueyo llamó a Akerbeltz nervioso y le exigió contundencia. Seguramente se sentiría amenazado. No en vano, Arregui era un ertzaina. Akerbeltz lo tranquilizaría, asegurándole que él se encargaría de todo. Y así fue. Llamó a Lopategui para que realizara la limpieza de un modo quirúrgico. Quizás también contactara con Mazo.

»Sertucha y Mauri acudieron a la discoteca a la hora del cierre. Desactivaron las cámaras y acabaron con Pueyo utilizando la pistola de Iban. Luego acudieron al lugar en el que Cosmin retenía a nuestro compañero y se lo llevaron con ellos a algún emplazamiento en el que crecen los eucaliptos y con tierras de labranza. Allí le dieron una paliza hasta descubrir cuánto sabía sobre la trama criminal y sobre sus actores. Cuando estuvieron satisfechos, le inyectaron una dosis fatal de heroína y lo dejaron tirado en el callejón de San Adrián.

—Lo que no esperaban es que una patrulla de municipales los viera y decidiera acudir a su encuentro. Sin embargo, Lopategui actuó con celeridad. Movió los hilos e hizo varias llamadas para que la investigación de las muertes de Arregui y Pueyo fueran asignadas al grupo de Rosales —dijo Gardeazabal enderezándose en la silla—. Pero dime, Ander, ¿qué esperas encontrar en esos listados? En su día los barrimos de arriba abajo.

—Garde, entre estos papeles se encuentra la identidad de Akerbeltz. Estoy convencido de ello.

—¿Elguezabal?

Ander asintió. Arrancó la grapa y le pasó a su compañero la mitad de los folios y un bolígrafo.

—Redondea todos los Elguezabal de primero o segundo apellido que encuentres.

—De acuerdo —dijo Gardeazabal, contento por sentirse útil. Las últimas horas se había visto como un fardo, un lastre que arrastraba a su compañero al fondo del abismo—. Pero antes he de contarte lo que he descubierto estos días.

Ander se detuvo para atender a su compañero. Cayó en la cuenta de que las últimas horas habían transcurrido de un modo tan frenético que no había sacado un momento para que su compañero le explicara qué era lo que hacía en Gordexola, en casa de Cosmin.

—He pasado horas en tu sótano buscándole el sentido a la amalgama de fotografías de chicas desaparecidas y a los expedientes de sus desapariciones. El primer elemento común que saltaba a la vista era su juventud. Ninguna de las chicas tenía más de veintitrés años en el momento de su desaparición. Pero, aparte de esto, no encontré ninguna otra conexión. Hasta que Isabel me abrió los ojos.

—¿La camarera?

—Sí, la camarera del Euforia —dijo Gardeazabal bajando ligeramente la vista para no confrontarla con la de su jefe.

—La recuerdo. Una mujer muy guapa. ¿Y cómo fue que te abrió los ojos?

—El día que me acerqué a su casa a recoger una muestra de ADN de Tatiana —la compañera suya que desapareció misteriosamente el invierno pasado—, Isabel me habló de Cosmin. El portero era un guaperas que echaba la caña a todas las chicas lo bastante insensatas para acercarse a él. Entonces tuve esa sensación que alguna vez nos has contado, ¿sabes? La de la pieza de puzle perdida que de pronto encuentra su lugar.

—La pieza de puzle azul —afirmó Ander y extendió sus labios en una fina sonrisa.

—Perfectamente, esa misma. La pieza encajó y una parte del puzle se me apareció de un modo nítido. Cosmin era el facilitador que necesitaba Akerbeltz para conseguir a sus víctimas. Las tanteaba y se ganaba su confianza para, llegado el momento adecuado, secuestrarlas. Me temo que eso es lo que le sucedió a Tatiana.

—Tiene sentido. Sabíamos que Pueyo estaba involucrado en los crímenes de Gálvez, aunque ignorábamos en qué medida. Ahora la conocemos. Él lo proveía de chicas para sus sacrificios del solsticio de invierno.

Gardeazabal dejó su taco de folios, cogió varias carpetas y las amontonó hasta que desapareció de la vista de su jefe. Se hizo a un

lado y palmeó los lomos de las carpetas apiladas.

—Estas son las chicas desaparecidas entre 2019 y 2021, los tres años en los cuales no hemos hallado víctimas del sacrificio del solsticio de invierno. Recuerda, Astrid lo inició en 1994 y Gálvez tomó el testigo en el año 2000, hasta que irrumpimos en su casa en 2019. Ese año la víctima fue inmolada, pero hubo víctima. En total, veintiséis chicas asesinadas entre esos dos monstruos.

—Más todas las que asesinó Astrid en Kiruna —dijo Ander.

Gardeazabal se puso en pie apoyando la mano derecha sobre la encimera de la mesa, utilizándola a modo de pilar de apoyo.

—Una locura, Ander. Algo difícil de digerir. Pero está sucediendo, no hemos acabado con ello. Entre estas carpetas se encuentran las dos víctimas restantes, las que han sido asesinadas los últimos dos años. Fui a casa del portero rumano con la intención de que me lo aclarara.

»Pretendía que lo confesara todo y que me diera los detalles: nombres, edades, lugar en el que fueron enterradas, asistentes al rito. Todo. Pero Mazo se me adelantó. Le cerró la boca a Cosmin y trató de convertirlo en abono para el campo.

—Pueyo y él actuaban a las órdenes de Akerbeltz. Se está quedando sin sus esbirros. Me lo imagino ahora mismo mirando a través de alguna ventana remota, muerto de la rabia, clamando venganza. Tenemos que llegar a él antes de que él llegue a nosotros. Vamos a barrer estas listas.

No les llevó demasiado tiempo reducir su búsqueda a un puñado de pacientes. Ocho personas cumplían con la particularidad de apellidarse Elguezabal. Al buscar en el listado filtrado por médicos especialistas, el nombre de uno resaltó como si estuviese propulsado por un muelle, como esas cajas sorpresa que tanto gustaban a los niños del siglo XX.

—Agustín Elguezabal, paciente de Astrid Nilsson desde 1994. —Gardeazabal aplastó con su grueso dedo la línea en la que se indicaba el nombre del aludido—. Este es nuestro hombre. Este es Akerbeltz. ¡Maldición! Lo tuvimos delante de nuestras narices todo el tiempo.

—Espera un poco, Garde —dijo Ander mientras leía con atención el resto de la hoja—. Aquí indica que dejó de ser paciente de Astrid en 1997.

—Bueno, quizás se curase. —Las tres arrugas que se le marcaban en la frente manifestaban la extrañeza que sentía el veterano inspector.

—Tal vez, pero es raro.

Ander se reclinó en su silla y perdió la mirada en un punto más allá del ventanal del salón. Luego se puso de pie de un brinco y desapareció escaleras abajo. Desde el sótano venían sonidos de cajas en movimiento. Subió al fin con una carpeta bajo el brazo.

—Suelo guardar copia de los casos más relevantes. Esta está completa. Todo el expediente de H9.

—¿Qué buscas?

—El teléfono de una persona que nos aclarará la duda de por qué Agustín Elguezabal dejó de ser paciente de Astrid en 1997. Porque recuerda, Garde, Akerbeltz aparecía en todos y cada uno de los videos de las ejecuciones de Carranza. También en el 98 y el año siguiente.

Gardeazabal guardó silencio, consciente de que su jefe no había querido nombrar el año en el que habían asesinado a su hermana Enara. La herida por su pérdida aún supuraba. El dolor persistía y, al tocar el tema, el brillo de rabia seguía apareciendo en los ojos de Ander.

—¿Y quién es esa persona?

—Nora Beaskoetxea. —Ander señaló una hoja de la carpeta abierta.

Tomó su móvil y marcó el teléfono de Nora, a la que habían acudido a interrogar, hacía tres años, en el curso de la investigación.

Puso el móvil en manos libres y lo situó sobre la mesa, a medio camino entre su compañero y él. Al cabo de cuatro tonos, Nora contestó.

—¿Quién es? —La voz de Nora conservaba ese rasgo jovial, aunque quebradizo, que tanto había llamado la atención de Ander en su día.

—Buenos días, Nora. No sé si nos recuerda, somos Ander Crespo y Pedro Gardeazabal. Hace tres años acudimos a su domicilio a realizarle una serie de preguntas sobre Astrid Nilsson.

—Ah, sí, claro que los recuerdo. Fueron muy amables conmigo. Yo, tonta de mí, me temía que hubiera hecho algo malo y estuve muy nerviosa las horas antes a su llegada. Después ustedes me calmaron. ¿Qué es lo que necesitan?

—Tan solo una aclaración acerca de un paciente de Astrid Nilsson.

—Pero ¿aún siguen investigando ese caso? Creía que todo eso se había resuelto. Al menos eso decían los periódicos. Fue algo muy duro para mí. —La mujer hizo una pausa sostenida que los policías no quisieron interrumpir. Entendían lo que trataba de decirles, porque, a pesar de que ellos la vieran como el monstruo que fue, Astrid fue una buena compañera para Nora. La quería y quería a su familia—. Eran unos niños estupendos.

—No se preocupe, Nora, no es ese caso el que investigamos ahora. Necesitamos que nos hable de Agustín Elguezabal.

—¿El bueno de Agustín? ¿Qué necesitan saber?

—¿Por qué dejó de ser paciente de Astrid en 1997?

—La respuesta es fácil, inspector. Falleció ese año.

Ambos inspectores se miraron sorprendidos. Como si de una pareja

de natación sincronizada se tratara, acercaron sus cabezas al centro de la mesa en un alarde de coordinación.

—¿Murió por causa de la enfermedad? —preguntó Ander.

—Sí. Agustín llevaba desde que acudió a nuestra consulta en un estadio avanzado de la enfermedad. Los tratamientos a los que fue sometido eran muy agresivos, pero él era un toro, un hombre de raza, como nos gusta decir por aquí.

—Nora, ¿sabe si Agustín fue alguna vez a las terapias grupales que supuestamente hacía Astrid en Carranza?

—¡No, por Dios! Agustín estaba impedido, iba en silla de ruedas.

Ander se encogió de hombros al ver la cara de decepción de su compañero herido.

—De acuerdo, Nora. Muchísimas gracias por su colaboración. Su testimonio, de nuevo, ha resultado de gran ayuda —dijo Ander.

—El que sí solía ir era su hijo —continuó Nora, ignorando lo que le acababa de decir el inspector.

—¿Perdone? —preguntó Ander a la vez que notaba que un nudo se le formaba en la boca del estómago.

—Sí, ese muchacho era una bendición. Siempre acompañaba a su padre a las consultas, incluso acudía a las sesiones de quimioterapia. Astrid lo quería muchísimo. Creo que ese era el motivo por el que se lo llevaba con ella a Carranza. Apreciaba en él ese afán por ayudar al prójimo, ese gran corazón que, incluso en un muchacho tan joven, apuntaba. Como con el paso del tiempo ha demostrado.

—¿Qué es lo que ha demostrado? —preguntó Gardeazabal perplejo.

—¡Ah! Pero ¿no saben de quién estoy hablando?

—No tenemos ni idea, Nora —admitió Ander.

—¿Pues de quién va a ser? ¡De Aingeru Elguezabal, nuestro lendakari!

Capítulo 36

La comisaría de Deusto vivió un inicio de jornada inusualmente movido. La noticia de la incursión en la casa de Ander, que se había saldado con dos muertos, se propagó como una plaga. Reinaba una gran confusión, nadie tenía información precisa sobre lo que había acaecido en Altamira. Pendía una atmósfera de pesimismo, como si todo el mundo anticipara que el inspector jefe del Grupo 4 fuera el siguiente miembro caído del equipo.

Miren había perdido la cuenta de las llamadas realizadas al móvil de Ander. En vano. Lo tenía apagado. Aparcó esa preocupación en un lugar del cerebro al que acudir con rapidez si fuera necesario, pero, al mismo tiempo, que no obstruyera su pensamiento ni alterara su concentración. Necesitaba tener ambos elementos a pleno rendimiento.

La detención de Iraia se prolongaba desde el día anterior y comenzaba a representar serios quebraderos de cabeza. Después de pensárselo mucho, Iraia pidió que llamaran a su madre para ponerla sobre aviso. Podía hacerlo, como detenida tenía derecho a que la policía llamara a quien ella quisiera. Miren vivió esos momentos de incertidumbre de Iraia y mantuvo en los interrogatorios un tono neutro, desapasionado, carente de empatía.

Finalmente llamó a Julia Romero y se desató la madre de todas las tormentas. La psicóloga amenazó con denunciar a la Ertzaintza por secuestro y abuso de autoridad. Movilizó al mejor bufete de abogados de la capital vizcaína y acudió con una legión de picapleitos a la comisaría de Deusto. El subcomisario Sánchez tuvo que intervenir personalmente para serenar a la mujer y asegurarles a los abogados que estaban tratando a Iraia con plena observancia de las garantías jurídicas.

Lo que nadie se esperaba es que la chica fuese a renunciar a la presencia de sus abogados. Ella defendía su inocencia y estaba resuelta a probarlo ante los investigadores. Tan solo pidió avisar a su madre para que esta no se preocupara. Las últimas noticias que había recibido Miren no favorecieron a la detenida.

—Iraia, espero que hayas podido descansar algo esta noche —dijo Miren tomando asiento frente a la chica. En su mano derecha sostenía una taza de café humeante y bajo su axila izquierda llevaba una

carpeta de color verde claro que dejó sobre la mesa.

—¿Cómo voy a dormir algo con las acusaciones que penden sobre mi persona? —Se quejó Iraia.

La joven mostraba un rostro surcado por las lágrimas, que, si bien resecas, habían labrado su cutis con zanjas de dolor. Tenía la melena rojiza revuelta como si hubiera librado una batalla a vida o muerte con la almohada. Por lo demás, su belleza clásica conservaba su carácter arrebatador.

—La verdad es que tienes motivos para estar preocupada.

Miren soltó esa frase que cayó cual bomba entre las manos de una Iraia a la que le volvieron a brotar las lágrimas. La agente abrió la carpeta verde y sacó dos hojas escritas por ambas caras.

La detenida miraba absorta esos pedazos de papel con un ligero tembleque en la barbilla y un par de lagrimones deslizándose por sus mejillas como única muestra de reacción. Aguardó a que su interrogadora se pronunciara.

—Aquí tengo dos de los últimos informes que solicité. Ambos de suma importancia para entender los hechos que rodean al asesinato de Peru. Muy relevantes también para conocer el alcance de tu implicación en el mismo.

—Yo no maté a Peru. Lo repetiré las veces que sean precisas. Lo amaba, esa es la verdad.

—No dudo que lo amaras, Iraia. Pero acabamos de comprobar que tu cuenta ha recibido, entre ayer y hoy, la transferencia de todos los fondos de las youtubers que trataron de suicidarse. También los de Laura Pons.

—¿¡Cómo!? Eso es imposible. Dime que se trata de una broma. —La chica se puso de pie y comenzó a deambular a lo ancho de la sala de interrogatorios. Se mesaba la melena y se tapaba la cara alternativamente, como si estuviese ejecutando una coreografía esquizoide—. No, no puede ser. Tiene que haber un error.

—Me temo que no, Iraia. Lo ha confirmado nuestro equipo especializado en delitos informáticos.

—Pero ¿cómo iba a hacer yo eso? ¡Si no tengo ni idea de informática!

Miren se reclinó en la silla y esperó a que la chica se calmara. Cuando lo hizo y volvió a sentarse, continuó:

—Quizás no hace falta ser un genio de la informática para someter la voluntad de tres chicas vulnerables. El dato relevante de estas transferencias, aparte de quién es su destinatario, lo representa el hecho de que fueron programadas media hora antes de los directos fatídicos. En el caso de Laura, media hora antes de la hora en la que, según la cámara, se ahorcó.

—¡Oh, Dios! —Laura se echó las manos a la cara y comenzó a

sollozar.

Miren había abierto las esclusas de la información confidencial para comprobar la reacción de la chica. A simple vista, aparentaba desconocer el modo en el que había muerto Laura Pons.

—Son demasiadas coincidencias, ¿no te parece? El teléfono te sitúa en la escena del crimen de Peru en el momento en el que se produjo, y las cuentas bancarias nos proveen de un móvil económico, aparte del sentimental, como es el acabar con tu exnovio y con la mujer por la cual te dejó. Una venganza redonda.

La agente cerró la carpeta y aguardó sentada con los antebrazos apoyados sobre la mesa. Iraia trataba de hablar, pero la llantina se lo impedía. Cada vez que parecía que arrancaría a hablar, un ataque de hipo la detenía. Finalmente, logró rehacerse.

—Perdí el teléfono móvil.

—¿Cómo dices? —preguntó Miren.

—Eso mismo. El lunes no encontré el teléfono. Lo estuve buscando por todos los lados, pero nada, no aparecía.

—Sin embargo, apareció —dijo Miren sin poder ocultar su expresión de incredulidad.

—Al día siguiente. Estaba entre los apuntes que llevo a la sala de estudios. Curiosamente, porque yo juraría que había buscado en ese mismo lugar y no lo vi. En fin, tampoco es raro en mí, porque mi vida está marcada por estos episodios de escapadas mentales.

—¿A qué te refieres?

Iraia la miró con sus ojos de ninfa. Parecía mentira que alguien tan angelical pudiera ser responsable de crímenes tan macabros. Se frotó los ojos con las palmas de las manos y luego refregó una contra la otra para que la piel absorbiera la humedad. Emitió un suspiro pronunciado y perdió la mirada en el techo de escayola.

—¿Has oído hablar alguna vez de Egaeus?

—No —confesó Miren.

—Es un personaje de un relato de Edgar Allan Poe. Un hombre perseguido por una obsesión y acosado por una extraña afección que lo sume en largos periodos de ensimismamiento en los que pierde el control absoluto sobre sus actos.

—Entiendo.

—Mi vida tiene muchos paralelismos con la del pobre Egaeus. Yo sufro esos ensimismamientos desde que tenía diez años. Períodos de tiempo en los que me desconecto de la realidad, por así decirlo. Cuando vuelvo a ella, no soy consciente de lo que ha sucedido a mi alrededor.

—Tu madre es una gran especialista en hipnosis terapéutica, supongo que te habrá ayudado a superar esos momentos, ¿no?

—Sin duda, mi madre es mi ángel de la guarda. Puedo afirmar que

gracias a ella estoy aquí, entre los vivos.

—¿Te trató con hipnosis?

—No únicamente, pero sí. Fue una terapia mixta, en la que la regresión desempeñaba un papel central. En ese sentido la hipnosis mostró su utilidad para llegar a la raíz del problema.

—¿Cuál era esa raíz?

Iraia se mordió el labio inferior hasta dejarlo lívido.

—Sufrí abusos sexuales por parte de mi padre.

Un silencio plúmbeo descendió sobre la mesa y abarcó toda la estancia. A pesar de lo temprano, el calor se podía mascar en su espesor más asfixiante. La sala, sin ventilación ni aire acondicionado, se convertía con el paso de las horas en una sauna finlandesa.

—¿Qué hizo tu madre cuando lo supo?

—Se enfrentó a mi padre y lo echó de casa. Pensaba denunciarlo. Pero no llegó a hacerlo. Esa misma noche, mi padre se suicidó.

—¿Cómo ocurrió?

Iraia miró hacia un lado. No dejaba de mordisquearse el labio inferior.

—Se ahorcó en el hueco de la escalera de nuestra casa de vacaciones de Cascáis. Anudó la soga a la balaustrada del rellano, se la ató al cuello y se lanzó al vacío. Mi madre no pudo hacer nada por ayudarlo. Cuando llegaron los vecinos, mi padre había fallecido.

—De verdad que lo siento mucho, Iraia. —Miren cambió a un tono más conciliador. La infancia de la chica había sido horrible. No se podía ni imaginar el dolor que tuvo que padecer—. ¿Has sufrido últimamente alguno de esos episodios de ensimismamiento?

—No. Los tengo controlados gracias a que reorganicé mi vida. Ahora gira en torno a la psicología. Mi misión en la vida es convertirme en la mejor psicóloga posible para ayudar a la gente a superar los traumas que nos atormentan, aquellos que nos impiden avanzar.

Miren enlazó los dedos y los elevó hasta tocar con ellos los labios.

—Esa reorganización de la vida de la que hablas, ¿en qué consistió?

—Básicamente, en romper con mis viejas amigas; seres superficiales cegados por lo material y lo tangible. Alcohol, drogas, fiestas, eso era lo único que les interesaba. Eso y llevar un listado actualizado de sus rollos, cuantos más tíos pasaran por la cama, mejor.

»Al comenzar la carrera conocí a Olga. Esa chica no tenía nada que ver con mis superfluas amigas. Ella era real, como también lo eran sus problemas. Olga se crio en centros de menores de la Diputación Foral de Bizkaia. A pesar de todas las trabas que la vida le había puesto en su camino, ella logró sortearlas y convertir lo que muchos percibirían como una debilidad en la más poderosa de las fortalezas. Su ejemplo

fue un modelo para mí. La considero una hermana.

—Quizás Olga pueda confirmar tu coartada para el día en el que murió Peru. ¿Estuvo estudiando contigo?

—No, Olga y yo no estudiamos juntas siempre. Ella tiene que limpiar el gabinete de mi madre. Además, tiene sus propias aficiones. Acostumbra a estudiar en soledad.

—¿Calificarías la amistad que tenéis como sana?

—¿Qué insinúas? Por supuesto que sí. Olga daría mi vida por mí y yo haría lo propio por ella. Somos las dos caras de la misma moneda. No vea fantasmas donde no los hay, agente Zarandona.

A Miren se le erizaron los vellos de la nuca al percibir la sutil inflexión en el tono de Iraia al pronunciar su apellido.

Llamaron a la puerta. Era Alday. Entró y le entregó otra carpeta a Miren. Su mirada seria no auguraba nada bueno. Miren la abrió, era el informe de la policía científica que cotejaba las huellas de Iraia con la hallada en la empuñadura del arma homicida. El resultado arrojaba una coincidencia próxima al cien por cien. Había sido la mano de Iraia la que empuñó el cuchillo que segó la vida del muchacho.

—¿Qué pasa ahora?

—Iraia, el interrogatorio ha terminado. Este informe corrobora que la huella que apareció en el arma homicida de Peru es la tuya.

Para sorpresa de Miren, la joven no reaccionó, se limitó a escuchar impasible. Parecía que hubiese abandonado la sala y se aventurara en una suerte de viaje astral.

—Ahora volverás a tu celda —continuó Miren—. Mañana a primera hora te pondremos a disposición judicial.

La agente se levantó y acompañó a la detenida a los calabozos. Después se dirigió hacia la sala de investigaciones del Grupo 4. En el largo corredor que comunicaba el ascensor con la sala fue abordada por Julia Romero. La psicóloga tenía el rostro deformado por la rabia. Sus frases eran gritos y sus gritos, proclamas.

—Agente Zarandona, haga el favor de darme una explicación razonable de por qué mi hija sigue detenida.

Miren pasó de largo, pero Julia no lo iba a permitir. La agarró del antebrazo para que se detuviera.

—Usted no puede estar aquí. —La agente se zafó de la presa de un brusco tirón—. Iraia será puesta mañana a disposición judicial. Allí tendrán noticias de lo que se le imputa. Ahora, Julia, haga el favor de abandonar esta planta. De lo contrario, me veré obligada a detenerla a usted también. Las visitas han de quedarse en la planta baja.

El rostro de la psicóloga enrojeció, parecía un volcán a punto de entrar en erupción; sin embargo, logró calmarse y atenerse a razones. Se disculpó ante Miren, le agradeció la información proporcionada y tomó el ascensor hacia la planta baja.

Miren se quedó parada en medio del pasillo observando la marcha de Julia. Sin ser una profesional, ella también conocía la naturaleza humana. Tenía la certeza de que se encontraban en un compás de espera, en el ojo del huracán, y de que pronto la gran tormenta los envolvería a todos ellos.

Capítulo 37

—Con cuidado, Garde. Déjame pasarte la manga por el brazo malo. Sin prisas.

Ander había escogido de su armario aquellas prendas que pensó que le quedarían bien a su compañero. Un pantalón vaquero amplio y una camiseta azul clara con el logo de los Kansas City Royals, obsequio enviado, años atrás, por un agente especial del FBI con el que había coincido en su estancia en Quántico y con el que entabló amistad. Como le sucedía a la mayoría de la mercadería norteamericana, las mangas eran muy anchas. Inconveniente que, en esta ocasión, se presentaba como una característica ventajosa.

El corpulento ertzaina no pudo evitar emitir un quejido. Tenía la parte izquierda del cuerpo hecha un auténtico cromo. Cada vez que inspiraba, un pinchazo le nacía en la clavícula y le moría en la cadera tras atravesarle toda la espalda como la hoja de un florete. Necesitaron diez minutos y mucha paciencia para completar la tarea.

Tarea que, aunque penosa, tenía un punto positivo. Durante un rato, al menos, servía para distraer su atención de la revelación que habían recibido de boca de Nora Beaskoetxea. El presidente del País Vasco era Akerbeltz.

En un principio, se quedaron mudos. Ambos agentes se observaron incapaces de verbalizar el flujo de pensamientos que atravesaba sus mentes. Sencillamente, no estaban preparados para asumir tal posibilidad. El lendakari era la máxima autoridad política del País Vasco, la cabeza del Gobierno, el primero de los vascos. ¿Quién iba a creerse que una persona así fuera un despiadado asesino en serie?

Sumidos en ese estado de shock, Ander tuvo la idea de adecentar a su compañero con algo apropiado de lo que pudiera echar mano de su escaso fondo de armario.

—¿Qué tal te sientes? —preguntó tras atarle los cordones de unas zapatillas que usaba para correr por el monte. Afortunadamente, ambos tenían el mismo número de pie.

Gardeazabal se irguió y dio varios pasos con precaución. Después se acercó al espejo que tenía una de las puertas del mueble de la televisión y soltó una carcajada interrumpida a medio camino por la intensidad del dolor provocado por las docenas de puntos que atravesaban su hombro y su brazo izquierdos.

—No te rías, compañero, o se te saltarán todos los puntos. Es todo lo que he podido rescatar de mi armario, siento que el traje de Armani no estuviera disponible, lo llevé ayer a la tintorería. —Ander rio con ganas y se apresuró a llevarle a su amigo un vaso de agua.

—Gracias —dijo Gardeazabal tras beberse el vaso de un largo trago. Lo posó sobre la mesa y señaló las carpetas con la cabeza—. Ahora dime, Ander, ¿qué vamos a hacer con lo que sabemos?

—Actuar.

—¿Actuar? ¿Te refieres a fingir que no sabemos nada como si fuésemos actores?

Ander entornó los ojos y los dejó en blanco. Negó con la cabeza.

—Obviamente, no. Tenemos que tomar la iniciativa, movernos rápido, porque el mal se oculta en la oscuridad, ajeno a la luz de la justicia. Nuestra obligación es girar esa luz hasta descubrir dónde se esconde. Caiga quien caiga. Para mí tiene el mismo valor la vida de un presidente que la de un mendigo, la de un alto cargo de una multinacional que la de una prostituta.

»Cuando entramos en el cuerpo nos marcaron a fuego el deber de servir a la sociedad, de proteger al débil y erradicar el crimen de las calles de nuestro país. No recuerdo que en ningún momento se excluyera al lendakari en ese juramento.

—Sin embargo, tiene inmunidad.

—Salvo en caso de flagrante delito.

—Pero no tenemos pruebas del delito, Ander, solo suposiciones. —Se quejó Gardeazabal.

Ander se encogió de hombros y se acercó a la alacena de cerezo que descansaba entre el sofá y la mesa de comedor. Abrió una de las puertas y dejó a la vista una pequeña caja de seguridad negra. Introdujo la clave en el teclado y sacó de ella una pletina con varios DVD.

—Te equivocas. Tenemos las grabaciones de Carlos Bonaparte. Las de Enara y el resto de las chicas de Carranza.

—¿No me dirás que las vamos a ver?

Ander asintió.

—A nadie le va a resultar más doloroso que a mí hacerlo, compañero. Pero a la luz de las nuevas revelaciones, es nuestro deber revisar las pruebas.

Cerró la puertaventana de acceso al jardín, abrió el reproductor de DVD de la televisión e introdujo el primer disco.

—Voy a poner el volumen a tope. Tenemos que escuchar, aunque nos sangren los oídos. Estoy seguro de que hace tres años se nos escapó algo. Tengo ese pálpito.

No se quisieron sentar. Eso no era una película, sino la grabación de los crímenes más inhumanos que jamás hubieran conocido.

Una imagen fugaz recorrió la mente de Ander cuando se disponía a accionar el botón de reproducción; era la de su hermana Enara corriendo tras él por los pasillos del caserío de Atxondo. Lo perseguía enarbolando una escoba de paja en alto. Sus risas revoloteaban por las esquinas, se extendían por el silencio y convertían los límites de las cuatro paredes de piedra gruesa en un refugio de alegría. Ander siempre terminaba rindiéndose e implorando clemencia. Enara llegaba a él sin resuello y con las mejillas enrojecidas por el jolgorio. «Ya es demasiado tarde para rendirte, hermanito», le decía con su lengua de trapo, a lo que le seguía una lluvia de suaves escobazos, que terminaba con ambos tumbados en el suelo muertos de la risa.

Las primeras imágenes de la televisión disiparon ese recuerdo como el alba hacía con la negrura de la noche. Se sucedieron las mismas tomas que años atrás habían presenciado en la sala multimedia de la comisaría de Deusto. Precisamente, acompañados por Moncho Lopategui, un hombre que calló mucho entonces y que ahora tendría que explicárselo todo con pelos y señales. Al menos ese era el objetivo de Ander. Y cuando se fijaba uno, siempre actuaba como un perro de pelea cuya mandíbula se cierra alrededor del cuello de la presa sin que esta pueda hacer nada para liberarse.

La atmósfera en la sala se espesó hasta convertirse en casi irrespirable. El calor y la angustia de las reproducciones empaparon de sudor los cuerpos de los inspectores. Escucharon los mismos cánticos delirantes, las mismas proclamas a una deidad sintética a la que esos desalmados se empeñaban en llamar Dama, las mismas torsiones y contorsiones que en este caso se amplificaban aún más por el volumen al que había reproducido Ander los DVD. Oían todo: los pasos sobre la nieve, el murmullo de las ramas cuando las movía una ráfaga de viento del norte, el crujido de las sotanas, los sollozos de las muchachas que se mostraban con la voluntad totalmente anulada, abandonadas a su suerte hasta su cruel final.

Esa labranza de pruebas, esa búsqueda de cabos a los que amarrarse, obtuvo su fruto. Como si de una broma macabra del destino se tratara, fue, precisamente, en la ejecución de Enara donde hallaron la grieta en el mármol. Y como dice Leonard Cohen, «hay una grieta en todo, así entra la luz».

Y la luz, entró.

—¿Has escuchado eso? —preguntó Ander respirando con pesadez al ver caer a su hermana al agujero inmundo que le habían reservado como última morada.

—Sí. ¿Me ha parecido oír una frase? La ha dicho Astrid, ¿verdad?

Ander echó hacia atrás el video y volvió a reproducirlo.

La secuencia mostraba el momento posterior a la ejecución de Enara. La figura de Akerbeltz se recortaba contra el ancho tronco del

roble centenario. La nieve que cubría todo emponzoñaba con su aura cruel un escenario de ensueño. Su cabeza ligeramente inclinada para mirar al interior de la tumba de Enara. Ander se lo imaginaba sonriendo sin pudor detrás de su terrorífica máscara. Entonces, Astrid pasó a su lado y le susurró una frase que hacía tres años nadie había escuchado, pero que ahora sonaba con suficiente nitidez como para que el oído humano lo pudiera discernir: «Bien hecho, Aingeru».

Ander pausó el disco y se dejó caer sobre el sofá. Inclinó la cabeza hacia atrás y se masajeó las sienes. Sentía los ojos de Gardeazabal encima, probablemente estaría esperando un estallido de rabia por parte de su jefe. Pero no, Ander decidió que no era el momento de la locura, sino de la cordura. Tenía que estar más sereno y frío que nunca ante el reto que se le presentaba por delante.

—Es el puto lendakari. Akerbeltz es el puto lendakari —dijo Ander.

—Joder, no sé qué decir. Estoy impactado. Me resulta inasumible que haya sido responsable de las muertes de todas esas chicas de Carranza y de Mungia.

—Él fue el responsable último, el verdugo, la mano ejecutora de Astrid, y, como buen verdugo, ocultaba su rostro.

Gardeazabal acomodó el brazo en el cabestrillo y abrió la puertaventana con la mano buena. Necesitaba respirar aire puro.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

En esta ocasión, Ander no supo si la pregunta iba dirigida a él o al horizonte, si se trataba de una pregunta abierta o de una súplica a algún dios todopoderoso.

—Garde, toda nuestra investigación sobre la muerte de Arregui ha sido extraoficial, completamente confidencial. No tiene sentido que acudamos a nuestros superiores con la historia. Al menos, no hasta que recabemos pruebas más sólidas. Cualquier abogado desecharía la prueba de la cinta por ser circunstancial. Necesitamos más. Tenemos que investigar a Elguezabal.

Gardeazabal se giró. Sus ojos radiaban un brillo de inteligencia.

—Pero, Ander, ¿no nos contaste que Lucas Jauregui te dijo que Akerbeltz era un tal «Anu»?

—Así es. Creo que Lucas se confundió, seguramente entendió mal a Carlos Bonaparte cuando lo obligó a confesar todo. Anu era una deidad del panteón sumerio. No olvides que el gemelo estaba muy familiarizado con la cultura sumeria y la Historia Antigua, como nos demostró sobradamente. Es probable que la información se distorsionara y el «Aingeru» que pudo decir Bonaparte llegara a los oídos de Lucas como «Anu».

—Entonces, ¿todo fue una equivocación? —Gardeazabal entrecerró los ojos.

—Eso creo. Tenemos que encender los móviles y ponernos en

contacto con Miren y Alday. Seguramente nos habrán estado llamando.

—Por no hablar de Sánchez. Me parece que nos espera una bonita investigación interna en cuanto pongamos el pie en la comisaría. Pero antes me tienes que hacer un favor, Ander.

—Dime.

—El coche patrulla que llevé a Gordexola estará en nuestro aparcamiento, ¿verdad?

—Sí, lo llevaron de vuelta —contestó Ander.

—En ese caso, tenemos que recoger la prueba de ADN de Tatiana. La cogí antes del ataque. Está guardada en la guantera.

—¿Bien embolsada?

—Por supuesto —dijo Gardeazabal.

—Genial, entonces pasaremos primero por el aparcamiento.

Capítulo 38

Todo el mundo estaba sobre aviso de su llegada a la comisaría de Deusto. Cuando conectaron los móviles en Altamira, comenzaron a entrarles en cascada cientos de llamadas y mensajes de WhatsApp. La gente estaba preocupada, como cabía esperar. Ander comprobó que uno de los números que más se repetía era el del despacho del subcomisario Sánchez. Sabía de antemano lo que ello implicaba. Una investigación interna. Con toda probabilidad habría una comitiva de la Central de Erandio dispuesta a tomarles declaración a Gardeazabal y a él acerca de los incidentes en los que se habían visto involucrados y que se habían saldado con cuatro muertes.

Nunca había sentido gran aprecio por los compañeros que se dedicaban a evaluar la actuación del resto de los ertzainas. Era cierto que algunos estaban allí de paso, que ese era el destino que les había tocado y que no podrían moverse hasta el siguiente traslado. Pero no era menos cierto que había otros agentes que disfrutaban metiendo el dedo en el ojo de los compañeros, entre otras cosas porque eso los libraba de estar patrullando las calles o investigando crímenes reales. El perfil de esa clase de policías encajaba más con la de un político a los ojos de Ander. Harían lo que fuera para mejorar sus opciones de ascenso, sin remordimientos por los cadáveres que dejaran en el camino.

Montaron en el ascensor de la planta de los garajes después de recuperar la prueba del caso de la desaparición de Tatiana. Ambos subieron en silencio las plantas que les separaban de su sala de investigaciones, conscientes de lo que afrontaban y con la incertidumbre de no saber si uno de los compañeros que tendrían enfrente sería un Itzala.

Llegaron a su planta, Ander le dio una palmadita a Gardeazabal en el hombro bueno y empujó la silla de ruedas. No pudieron reprimir una sonrisa de regocijo al ver que todos sus compañeros de la comisaría los esperaban formando un pasillo humano. Empezaron a atravesarlo y los ertzainas prorrumpieron en un fuerte aplauso continuado que no cesó hasta que ambos inspectores entraron en la sala de investigaciones del Grupo 4.

Dentro los esperaban Miren, Alday y el subcomisario Sánchez.

—Caballeros, cierren la puerta, por favor —dijo este utilizando un

tono más neutro que el navegador del automóvil.

Miren se acercó a Ander y le dio un fuerte abrazo que casi lo deja sin respiración. Cuando se liberó de él, lo miró con ojos llorosos y un conjunto compacto de arrugas dibujado en la comisura de los ojos.

—No vuelvas a hacer eso, ¿quieres? —le susurró—. Hemos estado muy preocupados.

—Supuse que os pondrían al corriente los compañeros que estuvieron procesando mi casa. —Se disculpó Ander encogiéndose de hombros y levantando las palmas de las manos a modo de disculpa.

—Pero no es lo mismo oír que estáis bien por boca de otros que por la vuestra.

—Entiendo, lo siento. —Ander posó la mirada en los ojos del subcomisario, que aguardaba sentado a que llegara su turno de reproches.

—No espere un abrazo mío, Crespo —dijo tensando los labios en un mohín de desagrado—. Si hubiese hecho lo que desde instancias mayores me han pedido esta mañana, ahora mismo estaría detenido en una de las celdas de la Comisaría Central de Erandio.

Las palabras de Sánchez cayeron en la sala como un jarro de agua fría. Los miembros del grupo se lo quedaron mirando a la expectativa, sabedores de que el subcomisario aún no había dicho su última palabra.

—Pero ¿saben qué? —Señaló con su dedo índice a todos los presentes en un movimiento circular—. Yo defiendo a mi gente. He logrado posponer el interrogatorio veinticuatro horas. Pasado ese tiempo, les tendrá ladrando tras su persona como perros de caza.

—Gracias.

El agradecimiento de Ander sonó apagado, pero le salió del fondo del corazón. No se esperaba que Sánchez se interpusiera entre sus superiores y él. Lo había juzgado mal. Injustamente mal.

—Carezco de información fiable sobre los movimientos de este maravilloso grupo las dos últimas semanas. —Levantó la mano para evitar que Miren lo interrumpiera—. Sí, agente Zarandona, sé que me han enviado cada jornada, religiosamente, los informes de sus avances en el caso de las youtubers suicidas. Unos informes impecables, con un estilo cuasi literario y de una profundidad inusual. Todos ellos venían firmados por Gardeazabal.

»Por pura curiosidad procedí a buscar en mis archivos otros informes evacuados por nuestro valiente inspector. No me malinterprete, Gardeazabal, no es que dudara de usted, solo que estaba planteándome presentarle al Premio Planeta en caso de confirmarse la calidad de su prosa; sin embargo, no fue así. Sus informes anteriores eran toscos, hoscos y desoladoramente prosaicos.

El inspector se ajustó el cabestrillo al brazo y carraspeó antes de

hablar.

—He mejorado con el tiempo, como el buen vino. ¿No es eso lo que dicen?

Sánchez sonrió.

—Sí, claro. Eso dicen. Aunque también comentan que algunos se acaban avinagrando. Y no me refiero a los vinos. —El subcomisario se puso en pie y avanzó hacia Ander—. Me da igual lo que hayan hecho, no necesito saberlo. Pero quiero resultados encima de mi mesa pronto. Me estoy jugando mucho apostando por este equipo.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Ander.

Sánchez se estiró alzando los talones en el aire como si fuera a saltar de un trampolín. Inspiró con fuerza y dejó que el aire saliera lentamente de su boca, al estilo de los indios cuando fumaban la pipa de la paz. Solo que en la sala no había ni indios ni pipas.

—Setenta y dos horas. Es lo máximo que puedo ofrecer. Al cabo de ese plazo ya habrán formado el comité de investigación que evaluará su actuación en los últimos incidentes.

—Los dos que vinieron a por nosotros eran ertzainas —dijo Gardeazabal.

Sánchez asintió y posó la mano sobre el hombro intacto del inspector.

—Soy consciente de ello. El revuelo que se ha montado dentro del cuerpo es de dimensiones cósmicas. Ahora mismo, lo único cierto es que la cabeza de cualquier alto cargo corre peligro. Se acerca marejada. Pero esas no son las batallas que les toca librar a ustedes. Céntrense en la investigación y recuerden: setenta y dos horas. Ni una más.

Saludó con la cabeza y abandonó la sala.

Alday chisteó a sus compañeros y señaló la mesa de reuniones que se encontraba en la esquina opuesta. No se fiaba de los oídos indiscretos de la comisaría, menos aún en ese momento de zozobra interna en el cuerpo, donde cualquier pedazo de información podría cotizarse como un valioso bien intangible. Tomaron asiento a la mesa todos salvo Gardeazabal, que continuaba sentado en su silla de ruedas.

Los puntos cada vez más secos martirizaban al veterano inspector, aunque este se cuidaba muy mucho de no mostrar el menor signo de dolor. Era duro como el acero y si algo odiaba con todas sus fuerzas eran las miradas compasivas. Ander lo había estado observando detenidamente las últimas horas, detectando dos de esos ataques de dolor intenso padecidos por su compañero. En esos momentos, Gardeazabal palidecía y perlas de sudor se deslizaban por sus sienes. Los ojos se le agrandaban y el resuello se volvía más controlado, señal inequívoca de que trataba de regular el dolor mediante respiraciones profundas.

—Garde, ¿quieres un vaso de agua? —preguntó Ander.

—No, estoy bien —contestó tajante con una honda arruga cruzándole el entrecejo.

—De acuerdo —concedió el inspector jefe y dirigió su atención hacia sus otros dos compañeros—. Alday, Miren, gracias por vuestra paciencia. Habéis sabido leer la situación a la perfección. Este no es el momento ni el lugar para hablar de lo que nos ha sucedido a Garde y a mí. Solo tenéis que saber una cosa: el asunto es más gordo de lo que pensábamos. Quedaos con eso por el momento.

Ambos agentes asintieron con gravedad.

—Hemos traído un cepillo con muestras del ADN de Tatiana, la camarera de la discoteca Euforia desaparecida a finales del año pasado. —Gardeazabal tenía la bolsa con la prueba en su regazo. Alargó el brazo y se la pasó a Alday—. Necesitamos que se procese con urgencia.

—¿A qué caso lo asigno? No va a colar una petición de urgencia si no está dentro de ningún asunto en curso —dijo Alday.

—Al de las youtubers suicidas. Diles que lo encontramos en casa de Laura Pons y que necesitamos cotejar la muestra de ADN con la de la víctima.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que haga con el resultado cuando nos llegue?

—Archívalo en la carpeta de Akerbeltz —contestó Ander.

—No tenemos ninguna carpeta con ese nombre —dijo Alday extrañado.

—Claro que sí, dentro de una hora habrá una, la que tú montes.

—Oído cocina. —Alday ladeó la cabeza y sonrió ante la encerrona que le había preparado su jefe.

—Miren, detuvisteis a Iraia Gaztelueta. Esta mañana mi buzón casi revienta con los mensajes y llamadas de Julia Romero. Ponme al día de lo que tenemos.

La agente se levantó y avanzó hacia el mural en el que tenían colocados todos los datos de la investigación. La foto de Iraia aparecía entre las de Peru Arriola y Laura Pons.

—Lo que tenemos aquí es un caso resuelto. O eso es, al menos, lo que las pruebas nos indican. Iraia tenía un móvil sentimental muy fuerte para asesinar a Laura Pons. Ella era la causante de su ruptura con Peru. Apareció en la vida de su exnovio y lo dejó prendado, aunque cueste creer que alguien quiera separarse de una mujer tan bella como Iraia, ¿verdad, Alday?

El agente se sonrojó hasta las orejas.

—El problema para Iraia es que no solo tenemos ese móvil, que podría ser refutado por un buen abogado, sino que tenemos su huella en el arma del crimen de Peru, el teléfono móvil localizado en el lugar

del asesinato en el momento estimado del mismo y la totalidad de los activos de las cuentas de Laura Pons y de las otras tres youtubers transferidos a su cuenta corriente.

Ander emitió un prolongado silbido de asombro.

—Entonces, solo me queda darte la enhorabuena, Miren. Has resuelto tu primer caso como investigadora principal —dijo Ander.

—¿Y por qué no comparto yo esa sensación de haber resuelto el caso? —Miren se apoyó en la mesa con ambas manos.

Ander se reclinó en el respaldo de la silla ergonómica y cruzó los brazos. Los ojos brillantes de la agente irradiaban una inteligencia especial, de esas señaladas para lograr hitos relevantes. Era una policía de raza a la que Ander pretendía tutelar en su ruta de aprendizaje. Llevándola de la mano con firmeza, pero, al mismo tiempo, proporcionándole el espacio suficiente para que fuese ella la que tomase las decisiones, la que se sintiese la responsable final de sus éxitos y de sus fracasos.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Miren se llevó las manos al pelo y se lo echó hacia atrás.

—Que me la he creído en el interrogatorio. Lo cual puede implicar dos cosas: o bien que no tengo olfato policial o bien que de verdad es inocente. Esta última posibilidad nos llevaría a otra pregunta.

—¿Quién ha preparado todas las pruebas para incriminar a Iraia? —Se anticipó Ander.

—Exacto.

Guardaron silencio hasta que Ander volvió a tomar la palabra.

—¿Cuál es tu hipótesis sobre las youtubers y la muerte de Laura Pons?

Miren tomó asiento de nuevo. Extendió los brazos sobre la mesa y miró a Ander a los ojos. En ese momento necesitaba un vínculo de complicidad con su jefe. Él era el investigador más sobresaliente que jamás hubiera conocido, le urgía sentir su aliento y apoyo.

—Creo que fueron hipnotizadas.

Alday se removió incómodo en su silla. Miren y él habían hablado largo y tendido sobre esa idea suya y al especialista en delitos económicos no acababa de convencerle, la veía demasiado rocambolesca.

—Desarrolla esa idea —dijo Ander.

—¿Recuerdas lo que nos explicó Julia en su gabinete? Con la hipnosis dos no bailan si uno no quiere. Nuestro sujeto se ganó la confianza de sus víctimas hasta el punto de acercarse mucho a ellas. Después captó la atención de estas en algún objeto o imagen y, poco a poco, comenzó a retirar las capas de la voluntad de las chicas hasta hacerse con su control total.

»A partir de ahí todo fue coser y cantar. Logró que hicieran lo que

les ordenaba. Creían que sus actos nacían en su cerebro, pero, en realidad, este solo replicaba los mandatos de la persona que tenía el control de sus vidas.

—¿Crees que Iraia no sería capaz de hacer eso? —preguntó Gardeazabal.

—Julia tiene los conocimientos necesarios para hipnotizar a una persona, supongo que Iraia también los ha podido aprender de ella; sin embargo, la chica tiene una personalidad muy quebradiza. De pequeña sufrió abusos por parte de su padre y, como secuela, le ha quedado un ensimismamiento, como lo define ella, periodos en blanco en los que olvida por completo lo que ha estado haciendo o, incluso, adónde ha ido.

—Ese trastorno de la personalidad tampoco la ayuda a la hora de declararla inocente. ¿No cabría la posibilidad de que hubiera cometido los crímenes en esas fases de ensimismamiento y que ni siquiera ella sea consciente de lo que ha hecho? —preguntó Ander.

—Eso es lo que quiero aclarar. Tenemos que analizar las coartadas que nos ha dado para el día del crimen de Peru. Si realmente ella no estuvo en Zorrozaurre, si todo es como Iraia dice, entonces hay alguien escondido entre las sombras que quiere acabar con ella.

Ander asintió.

—Está bien, Miren. Sigue investigando. ¿Qué sucederá ahora con Iraia?

—La llevaremos ante el juez instructor. Seguramente decrete su ingreso en prisión provisional. Como os he dicho, las pruebas son irrefutables.

—De acuerdo. Mantenedme informado. Tengo que continuar investigando la línea que seguimos Gardeazabal y yo. Por cierto, Alday, ¿recuerdas el análisis que hicimos de los bienes de los Jauregui Nilsson en el caso de H9?

—Sí, claro.

—Quiero que hagas lo mismo con estas dos personas. Una de ellas está fallecida. —Le pasó al ras de la mesa un folio doblado en dos.

Alday lo desdobló y leyó. Poco a poco, subió la cabeza hasta enfrentarse con la mirada de su jefe. Tenía la boca abierta de par en par.

—No hagas preguntas, teclas. Limítate a buscar, que en eso eres el mejor. —Gardeazabal le clavó la mirada y asintió.

Capítulo 39

La niebla trepaba desde los valles hacia las laderas de los montes en esa mañana dominical de agosto. Ander aparcó el coche al abrigo proporcionado por un grupo de árboles cercano al camino vecinal de tierra que conducía hasta el caserío de Moncho Lopategui. La ausencia de estrellas en el firmamento acrecentaba la sensación de opresión nebulosa. La claridad avanzaba de este a oeste, extendía su brillo blanquecino y teñía de luz la noche cerrada. Estaba amaneciendo.

Había dejado atrás la carretera comarcal en Markina-Xemein para adentrarse en una pista que serpenteaba entre los caseríos que moteaban las faldas del monte Akarregi en el barrio de Larruskain. Apagó las luces del coche en cuanto dejó atrás la última curva que ocultaba su presencia. Ander había memorizado la ruta que llevaba a la extensa propiedad del antiguo director de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza. La sequedad de la tierra facilitó el agarre de los neumáticos en los repechos más pronunciados. Era consciente de que, de haber llovido, el último tramo lo habría tenido que hacer a pie.

Bajó del coche y abrió el maletero. Se sentó en el borde y, mientras comenzaba a prepararse, recordó la conversación que había mantenido la noche anterior con Lopategui.

—¿Sí?

—Lopategui, soy Ander Crespo. Tenemos que hablar.

El silencio cautivó la línea durante unos larguísimos segundos.

—¿Hablar de qué, Crespo? —Articulaba las palabras con tiento, como si caminara descalzo por un pasillo infestado de alacranes.

—Iluntasunean itzalik ez. —Ander pronunció con toda claridad el santo y seña de los Itzalak.

De nuevo, silencio. Ander aguardó en tensión. Sabía que el exdirector estaba trazando planes sobre la marcha a toda velocidad. No quería interferir en ese flujo mental.

—¿Sabes dónde vivo? —preguntó al fin.

—No.

—Te envío la ubicación. Mañana a las nueve de la mañana.

—De acuerdo, allí estaré.

—Por cierto, Crespo.

—¿Sí?

—Acude solo.

Después, colgó.

Se ajustó el chaleco antibalas bajo la sudadera negra. Cubrió las suelas de las botas reglamentarias con sendos patucos negros de papel que se mimetizaban a la perfección con las botas. Se enfundó dos guantes de cuero negro que le había regalado Amaia el Día del Padre y se caló una gorra negra sin distintivos. Cerró el maletero con suavidad y miró alrededor. No se percibía ninguna presencia. Los pájaros trinaban sobre las copas de los árboles y algunos de ellos caían en picado al suelo en busca de sustento para sus crías. A su oído llegó el ladrido lejano del perro de un caserío situado en el fondo de un angosto valle.

Abrió la puerta del copiloto y estiró el brazo para acceder a la guantera. Sacó, una a una, las pistolas de pequeño calibre que llevaban Sertucha y Mauri camufladas en sus tobillos. Las ciñó a la espalda, acomodándolas entre la cadera y el pantalón, y las escondió bajo el faldón de la sudadera. Echó un vistazo al navegador de su móvil. Tenía una larga caminata hasta llegar al caserío de Lopategui. Bloqueó las puertas, comprobó que el coche no fuera visible desde la pista forestal y se adentró en la espesura del bosque.

Caminó monte arriba siguiendo la senda apenas visible de los cazadores, un rastro de huellas tapado por zarzas invasoras. Ander trataba de evitar anticiparse a los hechos y prefería, en su lugar, que las cosas fluyeran de un modo natural; sin embargo, no podía olvidar que Lopategui fue conocedor de la suerte que había corrido su hermana desde el principio. En el transcurso de la investigación de los asesinatos de las chicas de Carranza jamás dejó caer un comentario o dio alguna pista que pudiera indicar cómo había muerto.

Ander recordaba el día del visionado de las ejecuciones en la comisaría de Deusto. En esa sala estuvo presente Lopategui. Interpretó un papel merecedor de un óscar. Nunca hubiese sospechado de él. Pero las evidencias eran irrefutables, él era el cabecilla de los Itzalak, como lo habían denunciado Andoni González y sus dos compañeros. Esos agentes habían pagado tal osadía con sus vidas. Lopategui, sin embargo, había salido indemne del choque.

Consultó la hora. Las ocho y media. Tenía treinta minutos para llegar a su destino. El calor empezaba a hacer acto de presencia bajo el tapiz de las copas de los árboles. El desnivel castigaba sus piernas y ya le quemaban los muslos por el ascenso continuado. Ander apretó lo dientes y siguió su camino apoyándose en los troncos de los árboles para impulsarse. Un animal salvaje salió corriendo a su derecha. No pudo distinguirlo, pues tan solo se apreciaba la estela de movimiento que dejaba entre los matorrales que cruzaba a toda velocidad. Ander echó mano instintivamente a una de las pistolas que llevaba en la

cintura. El tacto de la culata le infundió ánimos. Volvió a tomar aire y prosiguió la ascensión.

Veinte minutos más tarde llegó al punto indicado, un pequeño cerro que dominaba desde lo alto un prado despejado, en cuyo extremo se erguía un caserío tradicional vasco de dos plantas y amplio tejado a dos aguas. Junto al caserío había una huerta de grandes dimensiones y un invernadero enorme. A los pies del cerro, camuflado entre un grupo de árboles, Ander divisó un cobertizo. Por su tamaño, bien podría ser una casa de invitados, aunque el inspector supuso que ahí guardaría Lopategui todos los aperos de labranza.

Se secó el sudor de la cara con los guantes. Se agachó y los frotó con la tierra seca para que no perdieran agarre. Se irguió de nuevo y contempló el bosquecillo que tenía a sus pies. Los árboles eran eucaliptos. Respiró profundamente tres veces e inició el descenso.

El terreno sobre el que se asentaba la propiedad de Lopategui se estrechaba a medida que descendía hacia una angosta quebrada flanqueada por una espesura forestal. Ander bendijo al viento que le venía de cara. De ese modo, al perro de Lopategui le resultaría más difícil oler su presencia a esa distancia.

Caminaba con tiento, pisando fuera del camino para no dejar huellas visibles. Llegó al grupúsculo de eucaliptos que se arracimaban alrededor del amplio cobertizo. Ander se agachó junto a uno de los árboles y tomó del suelo una de las cápsulas de semillas que tan buen olor desprendían. La apretó con fuerza dentro de la palma de la mano, frunció el ceño y lanzó una mirada asesina hacia el caserío que se alzaba, sobre un leve terraplén, a escasos doscientos metros.

El cobertizo era una construcción demasiado sólida para la función que cumplía. Las paredes estaban cubiertas con láminas de piedra y el tejado era a dos aguas y de materiales de gran calidad. Intentó otear a través de las ventanas, pero todas estaban cegadas con contraventas interiores. La puerta era de acero y, aparte de la cerradura, estaba asegurada con un candado de grandes dimensiones. Estaba claro que ahí no guardaban solo la desbrozadora.

Ander decidió que ya era hora de anunciar su presencia. Bordeó el bosquecillo hasta llegar a la pista forestal que conducía al caserío de Lopategui y comenzó a caminar despacio hacia él. A medio camino, un gran perro negro apareció en el porche de la vivienda y comenzó a ladrar con un volumen que inundó el silencio y retumbó por todos los rincones del pequeño valle.

Fue entonces cuando apareció el antiguo director. Había estado sentado en un sillón junto a su perro. Se incorporó y su figura se recortó contra la entrada del caserío. Vestía una bata de franela negra que cubría un pijama a cuadros verdes y amarillos. Observaba la llegada de Ander con una sonrisa mientras sujetaba al inquieto perro

con una correa de cuero. Ander temió que en cualquier momento la soltara y el animal se abalanzara sobre su yugular.

—¡Ander Crespo! Bienvenido a mi humilde hogar —dijo mientras abarcaba con su brazo libre toda la extensión de su propiedad—. Un retiro de paz bien merecido, después de haber lidiado durante tantos años con la escoria de nuestra sociedad.

Ander sonrió.

—¿Te refieres a los políticos?

Lopategui emitió una carcajada seca que retumbó en el techo del porche y asintió lentamente.

—Sí, también me refiero a ellos. Veo que no has perdido tu sentido del humor a pesar de todas las desgracias vividas, compañero. Eso es bueno. Me alegro de verte, Crespo.

Le extendió el brazo a Ander cuando este subió las escaleras. El inspector dudó, pero optó por seguirle la corriente durante un rato al menos.

—¿Guantes? ¿Tienes frío? —Lopategui le giró la mano para verlos mejor.

—Tengo unas manos muy delicadas, enseguida me salen sarpullidos al contacto con la naturaleza. Supongo que me habré vuelto demasiado urbanita.

—¿En serio? ¿Un chico de Atxondo como tú? —preguntó Lopategui sorprendido—. Bueno, cosas más raras se han visto, ¿verdad?

Ander se acercó al perro y le acarició la cabeza. Las reticencias iniciales fueron cediendo y, al final, el perro calmó sus músculos y disfrutó del masaje.

—Es un perro precioso.

—¿Argi? Sí, lo es. Fue un regalo de mi mujer por mi jubilación. Me dijo que así tenía alguien con quien hablar y dar paseos. Así de romántica es ella.

—¿Está aquí? —preguntó Ander, aunque conocía la respuesta de antemano—. Me gustaría saludarla.

—Está en la casa de Noja. Yo me quedo aquí porque tengo asuntos que atender, si no también estaría disfrutando del mar Cantábrico con ella. Dicen que la temperatura del agua es estupenda.

—Entiendo.

—Pero no perdamos más tiempo, Crespo. Pasemos a la cocina y hablamos de aquello que querías comentarme alrededor de un café con pastas —dijo y estampó una sonrisa en su rostro pétreo. Liberó al perro de la correa y lo dejó suelto en el porche. Entraron en la casa.

Lopategui avanzó por un largo pasillo oscuro al final del cual se distinguía un umbral de luz natural. Era la cocina de la casa. Entraron en la estancia, un habitáculo rectangular perpendicular al corredor. Enfrente estaban los muebles y electrodomésticos de la cocina, a la

derecha una mesa cuadrada con capacidad para cuatro personas y rodeada de igual número de sillas. Más a la derecha aún se extendía una pared desnuda que acababa en un vano sin puerta en el que solo se veía oscuridad. Ander supuso que se trataría de la despensa. Se apresuró a sentarse a la mesa dejando la pared a su espalda. Desde allí tenía una visual perfecta de todos los accesos a la cocina, así como del propio Lopategui, que comenzó a preparar café en una cafetera italiana.

Llenó el depósito de agua, colocó el cuenco con el café molido y luego enroscó el resto de la cafetera. La puso al fuego y se giró apoyando su cadera contra la encimera de granito. Tenía una actitud relajada, las manos en los bolsillos de la bata, los hombros bajos y una mirada cansada que analizaba a su antiguo subordinado.

Ander apoyó el peso en la silla e hizo que esta se balanceara hacia atrás hasta tocar la pared.

—¿Cómo pudiste matar a Arregui? —La pregunta sonó tan natural que nadie hubiera intuido la carga emocional que albergaba.

Lopategui negó con la cabeza.

—Yo no maté a Arregui. ¿De qué estás hablando?

—¿Sabes? Es curioso que siempre busquemos la perfección, la excelencia en el trabajo; cometer el menor número de errores posible, detener siempre al culpable, librar de toda culpa al inocente, rendir respeto a la víctima mediante una investigación minuciosa. Sin embargo, nada de eso importa cuando las cartas están marcadas.

Lopategui acomodó el cuerpo y emitió un gruñido, pero Ander no supo interpretar si era de afirmación o de negación.

—Arregui era un auténtico policía, un investigador de raza, de los que no se arredran ante las dificultades y que solo buscan hallar la verdad. El mejor entre nosotros. Solo él supo ver que el trabajo que iniciamos hace más de tres años no había concluido. Realizó toda esa tarea solo y, por nuestra culpa, también murió solo, como un perro, en un callejón infestado de ratas.

Dentro de la cocina la tensión comenzaba a palparse. Lopategui fruncía los labios y calibraba sus opciones. Ander calló durante un instante, permitiendo que el antiguo director añadiese algún comentario a su soliloquio. No fue así.

—Lo que no sabía Arregui era que detrás de Akerbeltz había un grupo organizado de ertzainas corruptos llamados Itzalak. Comandados por ti.

Ander se impulsó hacia adelante, volcó la mesa y la colocó de parapeto. Simultáneamente, sacó ambas pistolas de detrás de la espalda y encañonó con una de ellas a Lopategui y con la otra a la oscuridad proveniente del pasillo situado en el extremo derecho de la cocina; a la supuesta despensa.

Lopategui lo miró sorprendido. Lo observaba con ojos de depredador. Tensó sus labios y formó una sonrisa cruel.

—¿El mejor de los vuestros? Arregui no era más que un policía desnortado, una bala perdida que acabó del único modo posible, quemado y muerto. Ahora, ¿me puedes explicar a qué viene todo este desorden? Le tenía mucho cariño a esa mesa, es de los pocos recuerdos que conservo de la casa de mi difunta madre. Y otra cosa, ¿por qué me apuntas a mí y a la nada?

—¡Rosales, sal! —gritó Ander a pleno pulmón. Argi apareció por el flanco izquierdo y observó a su dueño y a Ander con curiosidad. Después se acercó a Lopategui y se sentó a su lado, dejando que lo acariciara.

—Aquí solo estamos nosotros dos, Ander. Estás paranoico.

Ander negó con la cabeza y amartilló ambas pistolas.

—De paranoico nada. Esa colonia de macho alfa que lleva resalta tanto en este caserío como un cuervo en una pradera nevada. Es tan inútil que no sabe que uno no se puede echar colonia cuando pretende asesinar a alguien. Al menos esa lección sí la llevaban bien aprendida Sertucha y Mauri.

Lopategui chasqueó la lengua en señal de desagrado. Miró por encima del hombro hacia el vano y habló con su voz ronca pero poderosa.

—¡Obedécelo, andaluz!

Poco a poco la oscuridad comenzó a moverse y a tomar forma. De la negrura salió una figura camuflada de negro empuñando una pistola con ambas manos. Tenía el corazón de Ander en su punto de mira. De sus sienes descendían chorretones de sudor que le empapaban la camisa.

—Así me gusta, Rosales —dijo Ander—. Ahora que estamos todos, cuéntame la verdad sobre los Itzalak —continuó dirigiéndose a Lopategui.

—No le haga caso, jefe —advirtió Rosales.

—¡Cállate, Rosales! Crespo tiene más huevos de los que tú tendrás en veinte vidas. Se merece conocer la verdad, luego él decidirá qué hacer con ella.

La cafetera comenzó a soltar vapor por la boquilla. Lopategui no hizo el mínimo amago para girarse a apagar el fuego. Rosales miraba a izquierda y derecha ansioso. Los pies tampoco podía tenerlos quietos y cambiaba continuamente el peso de uno al otro. A Ander no le pasaron desapercibidos esos detalles, pero su atención plena estaba puesta en Lopategui. Este comenzó a hablar:

—Los Itzalak surgieron a raíz del Proyecto Itzala, el plan de acompañamiento a los inspectores nuevos del que te hablé en su día. Nos dimos cuenta de que Euskadi era una puerta de entrada de drogas

demasiado importante como para combatirlo con medios convencionales. Teníamos que hacer algo que los narcotraficantes no se esperaran. Necesitábamos ganarnos su confianza y hacerles creer que trabajábamos para ellos, cuando en realidad realizábamos tareas de contraespionaje.

»Inicialmente nos costó atenuar las reticencias de los capos, pero, tras realizar alguna prueba de nuestra lealtad, conseguimos entrar en su círculo de confianza.

—Iluntasunean itzalik ez —dijo Ander.

—Así es. No hay sombras en la oscuridad. Siempre nos cuentan esa patraña de que no todo es blanco ni negro, sino que hay grandes extensiones de gris que dominan nuestras vidas. Mentiras, cuentos chinos. La única verdad es que el mundo está sumido en la más absoluta oscuridad, una oscuridad sin sombras, y que nosotros solo podemos aplicar una luz tenue en ella. Por eso quisimos convertirnos en las sombras que penetraran en la oscuridad.

—No lo adornes con palabras bonitas, Lopategui. Vosotros no intentabais cambiar nada, tan solo pretendíais beneficiaros de vuestra posición de poder, del control de la información, para enriqueceros. A mí no me engañas.

—Pero no siempre fue así, Ander. Te juro que al principio nuestro propósito fue el que te he contado. Por desgracia, la oscuridad con la que nos encontramos era más grande de lo que jamás habríamos esperado. Nos absorbió y, desde entonces, controla nuestras vidas. No podemos hacer nada para escapar de ella.

—Eliminasteis a todos los compañeros que os acusaron, protegisteis a criminales, me ocultaste la información que tenías de mi hermana. —Los ojos de Ander refulgían con un fuego verde que podría salir despedido en cualquier momento—. Dime, ¿por qué no acabaste conmigo aquella mañana en Altamira? Esa era tu idea inicial, ¿verdad?

—Sí, lo era. Te mataría y de ese modo evitaría que siguieras arañando la superficie de la verdad. No nos interesaba que avanzaras en esa línea; sin embargo, esa mañana me di cuenta de que, en realidad, estabas muy desorientado, que no sabías nada de la existencia de nuestra organización ni de nuestros patronos. Por eso te permití vivir. Fue un error.

—Quiero que sepas una cosa. Sé quién es Akerbeltz.

—No me esperaba menos de ti —dijo Lopategui sonriendo—. ¿Qué hacemos ahora, Crespo? ¿Qué tienes pensado? Somos dos contra uno.

—Lo sé. El caso es que tu empuñas un pequeño revólver de dos balas en tu bolsillo derecho. Pero tu movilidad está tan reducida que tendrás que dispararlo desde la cadera. Rosales, por su parte, jamás ha disparado a nadie. Se le nota porque no hace más que sudar y, sobre

todo, porque no le ha quitado el seguro al arma.

Rosales abrió los ojos de par en par al percatarse del error.

—¡Imbécil! —dijo Lopategui.

—No os preocupéis. Quítale el seguro, hombre, no pretendo partir con ventaja. —El inspector andaluz se apresuró a hacerle caso—. En cuanto a lo que tengo pensado hacer, está claro. Vengarme de Enara, de las otras chicas y de Arregui. He venido a mataros.

El silencio se asentó en la cocina, interrumpido únicamente por la respiración pesada de Rosales y la más acompasada del perro.

—Argi, a la calle —ordenó Lopategui y le regaló a su perro una última caricia. Luego asintió a Ander y apretó los dientes—. Está bien. Hoy es tan buen día para morir como otro cualquiera. Que así sea.

Los tres se enfrentaron, expectantes, observando quién de ellos apretaba primero el gatillo. Argi salió a paso ligero de la cocina y cruzó el porche. Dio un brinco y se dirigió hacia la caseta que tenía a la sombra de un gran abeto. Se disponía a sentarse cuando cuatro disparos simultáneos quebrantaron la quietud de la mañana.

Los pájaros abandonaron el refugio de las copas de los árboles y se lanzaron hacia el cielo en un vuelo preñado de temor y de alerta. El perro dio un respingo, emitió un gemido y se escondió en la caseta.

Al estruendo causado por las deflagraciones le sucedió una calma únicamente rota por el esporádico piar de varias aves distantes. De la casa no salía ningún otro ruido, no se apreciaba movimiento alguno, tan solo se extendía hacia el exterior un intenso olor a pólvora. Al fin, Ander salió tambaleante de entre la oscuridad del pasillo.

Alcanzó el porche, abrió la boca de par en par tratando de introducir la mayor cantidad posible de oxígeno en sus pulmones y cayó de rodillas. Se llevó ambas manos al pecho e inclinó la cabeza. Pensaba que el cerebro le iba a estallar, era incapaz de respirar, los pulmones le ardían y la garganta batallaba por no dejar escapar el último hálito de vida. Mediante un esfuerzo supremo, se sacó la sudadera por la cabeza y desabrochó el chaleco antibalas Kevlar. Lo lanzó a un lado y se tumbó bocarriba adoptando la posición del hombre de Vitruvio.

Poco a poco la tensión abdominal fue desapareciendo, permitiendo relajar los pulmones y facilitando la respiración. Ander empezó a recobrar el color. Apoyó las manos en el suelo y empujó hacia arriba con fuerza. Sabía lo que tenía que hacer a continuación. Lo había planificado hasta el último detalle. Ahora tan solo quedaba llevarlo a la práctica.

Se miró el pecho. Tenía dos puntos rojos que le escocían a rabiar. Marcaban los lugares por los que las balas disparadas por Lopategui y Rosales habrían penetrado en su cuerpo de no haber llevado puesto el chaleco. Una de ellas había impactado cerca del ombligo y la otra

junto al corazón.

Ander extrajo una pinza larga de uno de los amplios bolsillos del pantalón, se reclinó para coger el chaleco y lo tendió abierto sobre la mesita de bambú que decoraba la esquina más lejana del porche. Con sumo cuidado, desincrustó las balas de las fibras Kevlar en las que habían anidado, las alzó para mirarlas al trasluz y, posteriormente, las introdujo en su bolsillo. Volvió a ponerse la sudadera y regresó a la cocina de Lopategui.

La escena que se encontró era dantesca. Rosales yacía a su derecha con la cabeza hundida en un charco de sangre que se espesaba por momentos; piernas y brazos extendidos en la postura grotesca que le había deparado el destino en la caída. La de Lopategui, sin embargo, había sido atenuada por los muebles de cocina que tenía a su espalda, lo que permitió que cayera de culo. Así se lo encontró Ander, con la mano aún sujeta al revólver que escondía en el bolsillo de su bata de casa. La pequeña bala había hecho un buen boquete en la franela. La cabeza gacha ocultaba el orificio de entrada. Ander había apuntado al cráneo de ambos y tuvo la fortuna de acertar. Y, lo que era más importante para sus intereses, las balas tenían orificio de salida.

Ander avanzó de puntillas evitando pisar la sangre. Apagó el fuego para que la cafetera no siguiera aullando y volvió a sacar la pinza larga. Encontró el fragmento de bala que había atravesado la cabeza de Lopategui incrustado en un mueble alto de cocina. Estiró los brazos hasta introducir en la oquedad las pinzas y hurgó con sumo cuidado para dejar el hueco intacto. Cuando hubo sacado la bala, la depositó sobre la encimera y tomó de su bolsillo el fragmento del proyectil de mayor calibre de los dos que habían impactado contra su chaleco antibalas. La bala de Rosales. Empujó con las pinzas hasta encajarla en el agujero.

Después repitió el mismo procedimiento en la pared embaldosada que quedaba a la espalda de Rosales, lugar en el que acabó la bala que había segado la vida del inspector andaluz. En el orificio que había quebrado el azulejo colocó la bala de pequeño calibre que había disparado Lopategui. A continuación, sacó la mano del exdirector del bolsillo de la bata y la extendió sobre el suelo; aún aferraba una pistolita que parecía de juguete, pero cuya potencia letal Ander conocía a la perfección. Registró los bolsillos del pijama hasta encontrar lo que buscaba, su teléfono móvil. Extrajo la tarjeta de memoria del dispositivo y se la guardó en el bolsillo. Devolvió el teléfono a su lugar original y continuó arreglando la escena del crimen.

Se apresuró a adecentar la cocina colocando mesa y sillas en su sitio. Barrió sus huellas de la casa y, cuando se disponía a partir, se acordó del perro. En una esquina de la estancia había un recipiente

con pienso y otro con agua para Argi. Llenó ambos generosamente y los dejó colocados en el porche del caserío. El perro tendría bebida y comida de sobra hasta que descubriesen los cadáveres.

Dejó la puerta abierta, cogió el chaleco de la mesa del porche y se encaminó hacia el cobertizo. En ese punto remoto, en las estribaciones del monte Akarregi, el tiempo parecía haber perdido su objetivo. El sol avanzaba en el firmamento, pero la quietud y la calma del paisaje se mantenían inamovibles, como si de una constante matemática se tratara. Dos personas acababan de pasar a mejor vida sin que el desarrollo de la hierba o el crecimiento de los pájaros se vieran alterados por ello. Así era la vida, la trayectoria de una bala determina la diferencia entre ser y no ser. Pero cuando dejamos de ser, el mundo no para de girar, sino que continúa su devenir ignorante de nuestra ausencia, del mismo modo que antes desconocía nuestra presencia.

Ander se arrodilló ante la puerta de la imponente casa de aperos. Posó en el suelo el estuche de cuero en el que llevaba su juego de ganzúas. Las nubes que cubrían el cielo no prestaban ningún consuelo y el calor se abría paso en forma de un bochorno pegajoso. Combinó movimientos y herramientas durante cinco minutos hasta que escuchó el chasquido que señalaba la apertura del candado. Después, hizo lo propio con la puerta, aunque le costó abrirla el doble de tiempo. Al final, logró acceder al cobertizo sin reventar la cerradura.

Una caricia de frescor lo saludó al entrar. Para su sorpresa, dentro de la construcción el ambiente era templado. Ander pulsó el interruptor de la luz y una gran estancia rectangular quedó iluminada por potentes focos led. El cobertizo estaba semivacío, salvo una esquina en la que se apilaban varias cajas de madera de gran tamaño. Ander avanzó hasta ellas. El suelo era de cemento pulido de tonalidad gris clara. Las grandes cajas estaban cerradas y formadas por anchos listones claveteados. En medio de ellas había un jergón y junto a este, taladradas a la pared, colgaban un par de argollas estrechas enganchadas a sendas cadenas.

Apretó las mandíbulas con fuerza. Quizás ese fuera el lugar en el que Akerbeltz y sus colaboradores encerraban a las chicas antes del sacrificio del solsticio de invierno y tal vez allí fue donde Arregui había pasado sus últimas horas. Encendió la linterna de bolsillo y enfocó las esquinas próximas al jergón. Cuando se disponía a darse la vuelta, un pequeño objeto, situado al fondo del hueco formado entre dos cajas, llamó su atención. Alargó el brazo a través de la abertura y lo tomó entre los dedos. El corazón le dio un vuelco. Era otra cápsula de semillas de eucalipto. Rápidamente comenzó a mover una de las cajas. Tenía que llegar al fondo de esa cavidad. Tensó tanto los músculos del antebrazo que creyó que se le partirían en dos; sin embargo, aguantó el tirón. Se estiró completamente en la abertura

ampliada hasta que sus dedos tocaron un objeto suave al tacto. Siguió alargando el brazo hasta pinzarlo entre el índice y el pulgar.

Era la cartera de Arregui. Ander volvió a caer de rodillas, esta vez desolado por la pena. Había resuelto el caso del asesinato de su compañero y, en ese momento, toda la tensión acumulada, toda la rabia contenida, toda la pena sofocada, lo desbordó. Ander lloró. En silencio primero, como el niño que acaba de ser reprendido en medio de la clase por el profesor; desconsolado al fin, como aquel que cae en la cuenta de que lo que muere no regresa y que la existencia no es un ciclo circular.

Durante ese momento catártico, Ander perdió la noción del tiempo. Cuando finalmente volvió en sí, se secó las lágrimas con el dorso de los guantes de cuero, colocó la cartera y la cápsula de semillas en el lugar en el que las había encontrado y dejó las cajas en su posición original.

Abandonó el cobertizo y la propiedad de Lopategui. Desanduvo el camino de ida tratando de borrar las huellas de su presencia y regresó al coche. La mañana transcurría con parsimonia por los alrededores. No había nadie en varios kilómetros a la redonda. Abrió el maletero y miró en su interior. A un lado, ocupando la mayor parte, había metido un pequeño bidón metálico. Dentro de este, un bote de combustible y, al otro lado del maletero, una bolsa de deporte. Ander abrió la mochila y sacó de ella ropa para cambiarse. Una camisa de flores de manga corta, un pantalón vaquero y unas zapatillas New Balance verdes. Metió la que llevaba puesta y las pistolas en la bolsa de deporte y se vistió con las prendas nuevas.

Un cuarto de hora más tarde conducía por la carretera comarcal que bordeaba el litoral cantábrico. Tras desmontar las pistolas de Sertucha y Mauri, realizó varias paradas en las que fue lanzando por los acantilados grupos de piezas inconexas, incluyendo los proyectiles que habían acabado con la vida de Lopategui y Rosales. Luego condujo hasta una serrería abandonada junto a Urdaibai, sacó el bidón e introdujo en él la ropa utilizada en la incursión a la casa de Lopategui, le prendió fuego y esperó hasta que este lo consumiera todo. Cuando comprobó que los restos eran irreconocibles, abandonó la fábrica y dejó el bidón allí.

Condujo con suavidad su Audi A3 durante el camino de vuelta mientras se fumaba un cigarrillo tras otro. Tenía los nervios a flor de piel.

No eran las muertes de Lopategui y Rosales las que lo ponían nervioso, sino el hecho de que sabía que el trabajo aún no había concluido. En el horizonte aparecía una figura ominosa y abyecta que tenía que pagar por sus crímenes. Un hombre cruel que había vivido tras una máscara toda su vida.

Ander aferró el volante con fuerza. En esta ocasión, ninguna careta lo libraría de su destino.

Su suerte estaba echada.

Akerbeltz tenía que caer.

Capítulo 40

Alday llevaba todo el día tratando de adivinar el hilo del pensamiento de Miren cuando esta se reclinaba en su silla y su mirada vagaba por los rincones del techo. A juzgar por los informes que tenía sobre la mesa, su atención estaba enfocada en los intentos de suicidio, si es que realmente lo fueron, de las youtubers.

Durante toda la jornada, su compañera había realizado un gran número de llamadas, consultado insistentemente internet e, incluso, se había desplazado a Lekeitio sin pedirle que la acompañara. «Tú haz lo que te ha pedido Ander», había contestado cuando se ofreció a ir con ella.

Regresó de Lekeitio con el ceño fruncido y más inmersa en sus cábalas que antes. Cogió las pruebas del cajón en el que las custodiaban y anotó varios datos en su cuaderno.

—¿En qué estás pensando? —preguntó finalmente el agente.

Miren lo observó con extrañeza, como si no se hubiera percatado de su presencia. Se incorporó en la silla y le sonrió con jovialidad.

—La clave está en los incensarios —dijo como si Alday tuviera que conocer el camino mental e inductivo llevado hasta llegar a esa conclusión tan peregrina.

—¿La clave de qué? —preguntó Alday incómodo al ser incapaz de estar a la altura de su compañera. Se sentía como un niño al que hay que explicarle todo.

—De la culpabilidad y de la inocencia —dijo Miren abriendo los brazos. Se levantó de la silla, se acercó a la pared y fue señalando a las tres youtubers a su paso—. Irene, Maite y Natalia. Las tres youtubers, sí, pero las tres con entornos inconexos, sin concordancias. Salvo los incensarios.

—Ellas no recordaban haberlos comprado —añadió Alday.

—Porque no lo hicieron. Quien lo hiciera, las hipnotizó. Y quien las hipnotizó, provocó la muerte de Laura Pons y, probablemente, asesinó a Peru Arriola. De ahí mi conclusión de que la clave está en los incensarios.

—Entiendo adónde quieres llegar a parar, Miren. Pero ¿cómo vas a saber quién compró los incensarios? Hay mil tiendas en las que se pueden adquirir. Incluso lo podrían haber hecho por internet.

—Así es. Aunque hay un detalle que a nuestro sujeto se le ha

pasado por alto.

—¿Cuál?

—Se le olvidó quitarle el código de barras al incensario de Irene Vázquez. Lo conserva en su base, y ese pedazo de papel imprimido a láser puede ser lo que nos permita conocer la verdad, después de todo.

Alday asintió. Se apartó el flequillo de la cara y bebió un trago de agua de su botellín. Miren se percató de que su compañero estaba molesto con ella.

—Piensas que te ignoro, ¿verdad?

—No es que lo piense, Miren. Es que lo has hecho.

Sus palabras sonaban a reproche. Estaba cansado de rastrear en registros de la propiedad, en declaraciones censales, en modelos del impuesto de patrimonio, los consumos de gas y luz, los padrones municipales. Labores que podría llevar a cabo cualquier administrativo; sin embargo, él era ertzaina. Un policía que también quería verse involucrado en la acción, ser parte del grupo de choque, trabajar para sacar a los criminales de sus madrigueras. Quería sentirse un auténtico policía, entrar en juego.

—Comprendo tu enfado, Alday. Tienes razón, te debo una disculpa. ¿Qué te parece si te invito a una cerveza en el Casco Viejo? Hoy terminan las fiestas, quizás veamos la quema de Marijaia. —Se refería a la tradicional travesía que hacía la imagen de las fiestas de Bilbao. Su quema escenificaba el fin de la Semana Grande.

Alday se encogió de hombros y gruñó una respuesta ininteligible.

—Lo tomaré como un sí —dijo Miren y se puso en pie—. Bajo al vestuario a cambiarme. Nos vemos en un cuarto de hora en la calle.

Salió de la sala de investigaciones canturreando y sonriente sin esperar la respuesta de su compañero.

—Piénsalo por un momento, las chicas están hipersocializadas y sienten un deseo irrefrenable por conectar con otros, por ampliar su red de seguidores. —Miren esgrimía el botellín de cerveza como si de un puntero láser se tratara—. En ese contexto sería bastante sencillo penetrar en su círculo de confianza y llegar a ellas.

Alday y ella permanecían, codo con codo, apoyados en la barra de una de las mejores tabernas de pintxos de la plaza Nueva. Frente a ellos se apilaban varios platos y cuatro botellines de cerveza vacíos. Habían acudido directamente al Casco Viejo de Bilbao para tratar de integrarse en los últimos coletazos de unas fiestas que no habían tenido la ocasión de catar. No era ese el caso de la mayoría de la gente con la que se cruzaban en el camino, personas que mostraban profundas ojeras y expresiones de cansancio, claros indicadores del sinfín de horas disfrutadas al son de los ritmos de la noche. Habían sido dos años interminables sin fiestas, con lo que, en esta ocasión,

tocaba redimirse.

—Sí, facilísimo. Tan sencillo como tocar el timbre y decir «hola, ¿qué tal?, soy Mikel, el hipnotista, mira a este precioso péndulo y empieza a hacer lo que te ordene».

Miren casi derrama la cerveza del ataque de risa que le produjo la actuación de su compañero. Le dio un codazo en las costillas que le hizo soltar un improperio. Luego le tocó la punta de la nariz con su dedo índice.

—Mira que eres tonto, tortuguita.

Alday se puso colorado, como acostumbraba a hacer cada vez que su compañera se metía con él.

—Bueno, basta ya. No pienso salir de este bar hasta que me expliques el porqué de ese mote que me has puesto. El apodo de teclas lo puedo entender, pero el de tortuguita no hay por dónde cogerlo.

Miren dejó el botellín sobre el mostrador y se apoyó sobre la mano derecha. La melena castaña le caía sobre el hombro y le cubría el tirante derecho de su camiseta amarilla. Alday pensó que en ese momento no había mujer más bella en el mundo.

—El sobrenombre de tortuguita te va como anillo al dedo por dos motivos, querido. —Miren sonrió y amusgó los ojos por la risa—. El primero de ellos, porque cada vez que me acerco más de la cuenta te metes en tu caparazón; el segundo, porque eres demasiado lento para captar mis insinuaciones.

—¡Oye! ¿No me estarás llamando corto?

—No siempre lo eres, solo en ocasiones especiales. Pero para mi desgracia, son las ocasiones que a mí más me interesan.

Alday notó que una bocanada de fuego interior recorría su cuerpo desde los pies a la cabeza. La intensidad de la calorina interna era tal, que convirtió el bochorno bilbaíno en brisa marina. Jamás había interpretado las bromas de su compañera como flirteos. ¡Qué más hubiese querido! Miren le había gustado desde el primer día que la vio. Alday siempre había sido un despistado, metido en su mundo, en sus quehaceres, dejaba la empatía en pausa y obviaba lo que sucedía a su alrededor. Una cualidad muy apreciada en el ámbito laboral, un desastre en el personal. Esa era la razón principal por la que seguía soltero.

—Pues lo siento, Miren. La verdad es que tú me gustas mucho —dijo sosteniendo la mirada de su compañera—. Aunque soy un desastre para expresar mis sentimientos. Mi madre llegó a pensar que era autista. Me pasaba las horas jugando, no hacía caso a nada ni a nadie.

—¿Y ese mal que te aflige tiene cura? —Miren se enderezó en la silla y la acercó aún más a la de Alday. Hasta que sus labios rozaron los de él.

El agente aspiró la fragancia floral de su compañera, sintió su calor corporal y algo comenzó a palpitar en su bajo vientre.

—Bueno —acarició con sus labios los de Miren mientras hablaba —, lo desconozco. Aunque, si no lo probamos, nunca lo sabremos.

Lo brazos siguieron a los labios y, durante unos minutos, se estuvieron besando apasionadamente, pegando sus cuerpos hasta que ya no quedó lugar ni para el aire. Cuando levantaron la vista, se percataron de que el resto de los clientes los miraban de reojo reprimiendo las risas.

—Mejor nos vamos de aquí —dijo Miren. Lo cogió de la mano y tiró del brazo con firmeza.

Caminaron por las calles sin mediar palabra. Ambos iban embriagados de amor y de ilusión. De tanto en cuanto se dirigían una sonrisa y se volvían a abrazar y a besar, quedándose en medio de la calle, cual islotes circundados por mareas humanas que iban y venían por la arteria bilbaína.

La Aste Nagusia había finalizado y Marijaia descendía la ría de Bilbao orgullosa, con los brazos extendidos al cielo formando una V de victoria y también de vida. Se acercaron a la orilla y contemplaron los últimos instantes del emblema de las fiestas, de la encarnación del jolgorio. Al final, le prendieron fuego, pero no sin antes prometer que el próximo año volvería con fuerzas y ánimos renovados. Y gracias a ese espectáculo catártico, Miren pudo olvidar los fantasmas que la habían perseguido las últimas noches: el de Laura Pons colgada del techo o el de Peru Arriola trinchado como un ave de corral.

Viendo el reflejo de las llamas en el agua, sintió paz. Se apretó aún más contra el pecho de Alday y escuchó el latido de su compañero. Suave y acompasado. Notó que él la observaba, se giró y lo besó lenta y prolongadamente.

Les habría encantado seguir la fiesta, pero sabían que cada día era una final para Ander. No podían fallar, necesitaban descansar el mayor número de horas posible.

—¿Me acompañas a casa? —preguntó Miren.

Alday le atusó la melena y se la colocó hacia un lado.

—Será un placer.

La agente vivía en San Ignacio. Decidieron ir caminando. Fue una hora de paseo en la que ambos se pusieron al día de sus vidas previas a formar parte de la Ertzaintza. En esa cápsula temporal tan comprimida cabían años de vida destilados con precisión. Se sentían en una nube, no querían que la magia se rompiese, que el hechizo caducase. Al final, llegaron al portal de Miren. Ella sacó un llavero y agitó las llaves frente a la cara de Alday.

—¿Subes?

Él sonrió de oreja a oreja y se volvió a fundir en un abrazo con

ella. Entraron en la casa abrazados.

Miren abrió la puerta de una patada y dejó que Alday la alzara en el aire. Rodeó con las piernas su cintura y cerró la puerta de un manotazo antes de abrazarlo con fuerza.

—Sigue el pasillo hasta el final —jadeó ella.

Alday no podía dejar de besarla. Sus bocas estaban calientes y húmedas y, con cada beso, ambos se excitaban más. Las piernas torneadas de Miren se le pegaban a la cintura con tanta fuerza que pensaba que no podría avanzar. Tensó los músculos y se dirigió hacia el lugar que ella le había indicado. Su habitación.

La posó con suavidad sobre la cama y se sacó la camiseta por la cabeza. Miren se deshizo de la suya y del sujetador y los lanzó hacia un lado. Tiró del pantalón de Alday y se lo acercó a la cara. Le bajó la cremallera y aferró con fuerza su miembro erecto. Alzó la vista y sonrió.

—¿Sabes? Mejor empiezas tú. —Tras decir eso se echó hacia atrás y se tumbó sobre la cama con los brazos abiertos en cruz.

Alday sonrió. Notaba los latidos de su corazón reverberando en los tímpanos.

—Será un placer.

Miren se desabrochó el pantalón vaquero corto y elevó los glúteos para facilitarle la tarea. Él no tardó en reaccionar, se estiró hacia adelante hasta asir con firmeza los pantalones de su compañera. Hundió un poco más los dedos para agarrar también la ropa interior y tiró hacia abajo.

Miren abrió las piernas para que él hundiera el rostro en su sexo. Entonces, empezó a arquear la cabeza y a gemir. Lo cogió del pelo y hundió aún más su mentón entre sus caderas. Sentía que los astros, por primera vez, le habían sido favorables y se habían alineado del modo correcto. Emitió chillidos de placer entrecortados hasta que llegó al clímax con un gemido prolongado y decreciente, que acabó en un único suspiro de placer.

Después las tornas se cambiaron. En esa ocasión fue ella quien masajeaba con su boca el sexo de él, transportándolo en un viaje astral de placer. Un viaje en el que la gravedad cero no suponía un factor determinante, un viaje para el que no se requerían grandes alforjas, solo ganas de gozar. Alday tenía los ojos entornados y puestos en blanco. Miren se incorporó y, sin previo aviso, se puso a horcajadas sobre sus caderas. Con una mano suave como un pétalo de rosa, dirigió el pene hacia el interior de su vagina. Notó la fuerza con la que el miembro rozaba las paredes interiores hasta llegar al fondo. Se estremeció al sentir una ola de placer que le puso el vello de punta recorrer su cuerpo.

Alday jadeaba y la agarraba de las rodillas, tratando de acompasar

con sus caderas el movimiento basculante de Miren. Tras varios minutos de jadeos y gritos apagados, ambos alcanzaron el clímax a la vez. Sonrientes, se dejaron caer uno al lado del otro en la cama.

—Ha estado genial —dijo Alday acariciándole el pelo.

Ella asintió, se acercó a su pecho y lo besó.

—Pues recupérate pronto. Tenemos toda la noche por delante.

Capítulo 41

Un teléfono sonó en algún lugar del suelo. El sol se filtraba entre las lamas de la persiana mal cerrada de su habitación y proyectaba partículas de polvo suspendido. Miren parpadeó varias veces incapaz de mantener los ojos abiertos durante más de dos segundos. Estaba agotada. Una sonrisa ensanchó su rostro, porque ese era el tipo de agotamiento del que nunca la oirían quejarse. Miró a su izquierda; Alday yacía dormido con expresión de placidez. Sobre sus cabezas pendía un aroma a sexo y sudor que impregnaba toda la estancia. Miren se disponía a estirar el cuello para besar a ese hombre que la había cautivado, cuando el timbre insistente del móvil la devolvió a la realidad. Tenía que coger el maldito teléfono.

Se deslizó fuera de la cama desnuda, sus piernas aún temblando por los placeres y goces experimentados durante las últimas horas. El sonido de la llamada provenía de debajo del amasijo de ropa que reposaba en una esquina del cuarto. Se acercó a él y, sumida en la penumbra, apartó las prendas hasta localizar el dispositivo.

—¿Sí? —dijo con una voz tan ronca como un bramido salvaje.

El interlocutor guardó silencio durante unos segundos.

—Miren, ¿eres tú?

La mente de la agente mudó cual resorte a modo alerta al detectar la inconfundible voz de su jefe. De pronto, notó el flujo de adrenalina recorriendo sus venas y encendiendo todos los interruptores en su interior. Instintivamente cogió el pantalón y se vistió, víctima de un pudor infantil.

—Sí, jefe. ¿Qué sucede? —preguntó amusgando los ojos para ver mejor el reloj despertador situado en la mesilla de la cama.

—Es muy temprano, lo sé, pero necesito que tomes nota de lo que te voy a decir. ¿De acuerdo?

—Sí, claro.

—Bien. Miren, quiero que vayas lo antes posible a la comisaría y que te encargues del traslado de Iraia al juzgado de instrucción. Has de estar presente en todo momento, no te pierdas ningún detalle. Seguramente la ingresarán en prisión. Quédate con ella hasta que eso ocurra. ¿Entendido?

—Sí —contestó Miren haciendo un apunte mental de las órdenes de Ander.

—Necesito que me hagas otro favor.

Miren calló, expectante, ante la pausa que volvió a realizar el inspector. Mientras, en la cama, Alday comenzó a dar las primeras señales de vida. Se incorporó apoyándose en los codos y también miró el despertador. Miren puso su dedo índice en los labios como advertencia para que guardara silencio.

—Llama a Alday y dile que se reúna conmigo en una hora en el garaje de la comisaría. Que lleve consigo la información que le solicité y los datos de la empresa de georradar y radiodetección que contratamos para ayudarnos a localizar el lugar en el que fueron enterradas las chicas en el jardín de Gálvez.

—De acuerdo, ¿algo más?

—No, eso es todo. Mantenme informado de todo lo que suceda en el juzgado.

—Descuida.

Miren colgó el teléfono y lo lanzó sobre la cama.

—Me voy a duchar, bello durmiente. Vete espabilando que Ander quiere que lo acompañes. —Sonrió ante la expresión de sorpresa de Alday—. Tengo la intuición de que hoy vas a probar un gran plato de investigación policial de la mano del mejor chef posible. Siéntete afortunado.

—Llevo sintiéndome así desde ayer por la noche. —Un súbito soplo de calor recorrió el cuerpo de Miren. Su compañero la miraba con una cara que solo podía significar una cosa: estaba enamorado.

—Muy bien, así me gusta —dijo al fin ella, orientando sus pasos hacia el baño.

—Por cierto, Miren —dijo Alday, que sostenía el móvil en alto—. ¿Por qué has cogido mi teléfono?

La agente se frenó en seco. Giró la cabeza hacia Alday como si estuviera reproduciendo sus movimientos a cámara lenta. Su compañero consultaba su teléfono tranquilo, ignorante del alcance real de la situación. Ahora entendía Miren los silencios prolongados de su jefe. Ander había llamado a Alday.

—¡Mierda, mierda y mil veces mierda! —gritó Miren dando patadas a la ropa tendida en el suelo—. ¡Seré imbécil! —continuó lamentándose.

Se dejó caer al suelo de rodillas y hundió su cabeza entre las manos. Quería llorar y evaporarse en la estratosfera. Sentía que el mundo se le venía encima; sin embargo, lo único que tocó su cabello fueron las manos de Alday, que penetraron en él hasta masajearle el cuero cabelludo con sus falanges.

—No te preocupes, Miren. Quizás ha sucedido así porque tenía que suceder. Cosas del destino o como quieras llamarlo. No tenemos de qué avergonzarnos. —Alday envolvió el rostro de ella entre sus manos

y la besó—. Ahora, ve a ducharte. Hay que espabilar.

Capítulo 42

Alday alisó con las palmas una arruga rebelde que amenazaba con tiznar su reputación de uniformidad impecable. Descendía hacia el aparcamiento en el ascensor de la comisaría con una gruesa carpeta marrón bajo el brazo. Aprovechó que viajaba solo para arreglarse el pelo, ensayar una sonrisa de despreocupación y comprobar si los pómulos enrojecían cada vez que pensaba en Miren. Cuando llegó a su destino y las puertas se deslizaron con un ligero siseo metálico, se animó a sí mismo, convencido de que estaba preparado para superar la prueba.

Avanzó por el pavimento del garaje con paso decidido. Miró a izquierda y derecha en busca de Ander. Frenó en seco para evitar que un coche patrulla pasara por encima de sus pies. A esas horas las cocheras de la comisaría estaban en plena ebullición. Los agentes salían a cubrir las rutas asignadas, muchos apenas acababan de levantarse e iban medio dormidos. Alday le lanzó un improperio a su compañero, que hizo sonar el claxon a modo de disculpa.

Dejó atrás la zona en la que estaban alineados los coches patrulla y entró en el aparcamiento particular de los ertzainas, que ocupaba una cuarta parte de todo el parking. Aparcado junto a una columna, divisó el Audi A3 de Ander. Por si tenía alguna duda al respecto, su jefe le dio las luces largas para anunciar su presencia.

—Buenos días, jefe —saludó Alday dejándose caer pesadamente sobre el asiento de copiloto.

Ander tenía el rostro serio. Tal vez era fruto de la escasa luz, pero al agente le pareció que su jefe estaba pálido. Vestía una camiseta negra de manga corta y unos pantalones de tela verde militar con los bajos metidos en sus botas reglamentarias. Llevaba el pelo cortado a cepillo y sus ojos emitían un extraño brillo acuoso que Alday pensó que sería fruto del cansancio. Quizás no hubiera dormido nada últimamente.

Ander sujetó el volante y puso el coche en marcha.

—Hola, teclas, ¿te ha dicho Miren lo que tenías que traer? —preguntó lanzándole una ojeada relámpago mientras lo hacía. A Alday le pareció entrever un amago de sonrisa en los labios de su jefe.

—Sí, todo está aquí. —Golpeó con el dedo índice la carpeta que descansaba en su regazo.

—Estupendo.

Ander condujo en silencio varios kilómetros. Durante ese trayecto, Alday trató de sacar algún tema a colación, pero, al ver que las respuestas de su jefe se reducían a una serie de gruñidos ininteligibles, optó por callarse.

Salieron de la carretera nacional y entraron en una vía comarcal menos transitada junto al corredor del Txoriherri. Tras subir una gran pendiente, llegaron a un restaurante desde el que se dominaba gran parte del ancho valle. Ander aparcó en una de las plazas exteriores del establecimiento y paró el motor. Salió del coche y se encaminó hacia el bar. Alday se apresuró a seguir a su jefe, porque bien sabía él que Ander no era de los que esperaban cuando estaba en plan cazador.

En ese momento, saltaba a la vista que estaba en ese modo.

El bar estaba vacío a excepción de los dueños. Ander los saludó y fue a sentarse a la mesa más alejada con vistas a la calle.

—No pienses que me he vuelto un maleducado, Alday. Tan solo estoy tomando precauciones. Aquí podemos hablar sin miedo. Dime qué es lo que has encontrado de Aingeru Elguezabal y de su padre.

Alday asintió, feliz por sentirse por fin útil y de poder deshacer el nudo que atenazaba su garganta. Había llegado a pensar que su jefe estaba enfadado por la pillada que les había hecho a Miren y a él. En el cuerpo había una norma no escrita sobre que no hubiera parejas dentro de un mismo grupo de investigación. Norma que, por otra parte, a Alday le parecía una estupidez.

Abrió la carpeta sobre la mesa y comenzó a pasarle papeles a Ander.

—Estos primeros registros muestran las propiedades del lendakari. No creo que aquí hallemos nada relevante, porque, debido a la Ley de Transparencia, los miembros del Gobierno tienen la obligación de hacer un inventario de todos sus bienes. Todo lo que está a su nombre es legal y está perfectamente regularizado.

—¿Qué hay de su padre?

Alday apartó un taco de hojas impresas y sacó unas páginas descoloridas. Las colocó en medio de la mesa.

—Agustín Elguezabal era un hombre de pocos bienes. Poseía una casa en Vitoria-Gasteiz que sus herederos liquidaron tras su fallecimiento. Aparte de eso, tan solo conservaba la propiedad de un caserío familiar heredado de su padre.

—¿Dónde está ese caserío?

—En el Parque Natural de Izki, junto al Condado de Treviño. Es una heredad de dos mil metros cuadrados de finca, en la que se levanta un modesto caserío.

Ander tomó las hojas con la información del caserío y las leyó con atentación. Al cabo de cinco minutos, levantó la mirada y asintió.

—¿Quién es el propietario actual del caserío?

—Está a nombre de la mujer de Aingeru Elguezabal. Sí, ya sé en lo que estás pensando, Ander. Que estamos ante un caso igual al del caserío de Carranza de Astrid. A mí también se me ocurrió esa idea. Por eso analicé sus consumos energéticos.

Ander esbozó una sonrisa felina.

—Bien hecho, teclas. ¿Cuál es la conclusión de ese análisis?

Alday desdobló un tríptico en el que aparecía el consumo anual de la propiedad desglosada en un gráfico de barras. Alisó la hoja y la encaró hacia Ander. Luego trazó una línea imaginaria con su dedo índice. La línea partía desde el mes de enero. Durante muchos meses el consumo era nulo, se ceñía al mínimo a pagar a la compañía eléctrica; sin embargo, las barras ascendían con fuerza los meses de noviembre y diciembre, para volver a caer en picado a partir de enero.

—Esa casa solo tiene actividad cuando se acerca el solsticio de invierno —dijo el agente despegando un mechón sudado de la frente.

—Esa es la nueva casa de los horrores, teclas. Tenemos que ir allí —dijo Ander y se levantó de la silla.

—Espera, Ander. ¿Y qué hay de la orden?

Ander sonrió.

—¿De verdad piensas que existe un juez lo bastante loco o insensato para darnos una orden para entrar en ese caserío?

—¿Entonces? —El agente pareció vacilar. Lo que estaban a punto de llevar a cabo podría cambiar sus vidas para siempre. Corrían el riesgo de terminar pagando unas consecuencias funestas.

Ander apoyó las manos en el borde de la mesa y se inclinó hacia Alday.

—Mira, teclas, no tienes por qué venir, esto es demasiado arriesgado para ti. Has sido de gran ayuda. Si quieres pídete un taxi y regresa a la comisaría. Lo entendería perfectamente.

—Pero tú vas a ir.

Ander asintió con una sonrisa desafiante.

—No lo dudes.

Alday inspiró profundo y negó con la cabeza.

—No pienso dejarte solo. Sé que todo esto lo estás haciendo por Arregui. Estás arriesgando toda tu carrera por una posibilidad remota, una entre un millón. Remamos en la misma trainera, Ander.

Apiló con rapidez todas las hojas dispersas sobre la mesa, las introdujo en la carpeta y ambos ertzainas abandonaron el lugar ante la mirada atónita de los dueños.

En el camino hacia el Parque Natural de Izki, Ander le confesó que necesitaba los datos de la empresa de georradar y radiodetección porque sabía que encontrarían el lugar en el que habían sido enterradas las dos últimas víctimas de Akerbeltz, las de 2020 y 2021.

Una de ellas era, presumiblemente, Tatiana, la camarera de la discoteca Euforia desaparecida en noviembre de 2021.

—Llámalos ahora y diles que los contratamos para toda esta tarde noche. Que estén con el equipo preparado y disponibles para cuando los avisemos. Indícales también, sin concretarles nada, que el trabajo se realizará en las inmediaciones del Condado de Treviño.

Alday buscó los datos de contacto y ejecutó la orden de su jefe mientras este fijaba toda su atención en la carretera y en lo que harían cuando llegaran al caserío de Aingeru Elguezabal, el lendakari.

Capítulo 43

Ander intercambió con Alday información sobre los avances en la investigación de la muerte de Arregui, obviando todo lo sucedido en el caserío de Lopategui el día anterior. No podía hacerle partícipe de las muertes del exdirector y de Rosales, ni tampoco del descubrimiento de la cartera de Arregui y del lugar en el que había pasado sus últimas horas de vida. El inspector había estado toda la noche tratando de buscar, sin éxito, una manera de informar a sus superiores sin verse implicado en las dos muertes. Cualquier dato que él pudiera aportar lo situaría, automáticamente, en el disparadero.

Sin embargo, sí podía explicar, hasta cierto punto, la existencia de los Itzalak. De ese modo, poniendo a Alday al día de esas sombras que operaban en la clandestinidad infiltradas en la Ertzaintza, de ese quiste maligno que extendía su influencia en el seno del cuerpo policial, llegaron a su destino en el Parque Natural de Izki. Bajo el sol inmisericorde de agosto se extendía un valle amplio flanqueado por peñas y montes cubiertos de una vegetación dispersa pero contundente. Un arrebato de verdor que insuflaría el alma del más pesimista, si se lograra obviar el calor sofocante que aplastaba cual martillo de herrero y convertía la ropa en tela encharcada.

—No estamos lejos —dijo Alday consultando el GPS.

La aplicación le señalaba una línea serpenteante que subía desde el valle hasta las estribaciones de una de las peñas más altas del parque, después de enlazar un sinfín de quiebros y requiebros.

Ander apoyó el brazo izquierdo en el reborde de la puerta y sacó la mano para que el aire en movimiento acariciara sus dedos. Acumulaba varios días de intensa tensión, jornadas maratonianas en las que la investigación de la muerte de Arregui se había convertido en obligación y necesidad, en deber y carga. Se había precipitado por la abertura de un pozo sin fondo. Había sido engullido por las tinieblas y continuaba descendiendo hacia un punto invisible en el cual reinaba una oscuridad virginal e incorruptible, una oscuridad a la que jamás alcanzaría un rayo de luz.

Ander seguía su avance, apretando las mandíbulas, mirando al destino a los ojos, sin miedo.

—Tiene que ser ese de allí —concluyó Alday, mientras señalaba con su brazo una pequeña casa de piedra de dos plantas, con un tejado

a dos aguas que llamaba la atención por lo exagerado de su inclinación, más apropiada para climas pirenaicos.

La casa se alzaba sobre una loma con la fachada orientada al sur y abrazada por un hayedo que la envolvía casi por completo, con la excepción de la explanada que se abría desde la fachada de la casa hasta el inicio de la carretera comarcal.

Ander aparcó frente a la puerta de entrada.

—Vamos a echar una ojeada. —Salió de un salto del automóvil y caminó a grandes zancadas por el perímetro de la casa. De vez en cuando se agachaba en el suelo y agarraba un puñado de tierra, lo miraba al trasluz, y lo volvía a dejar en su sitio.

Las vistas del valle desde ese alto eran impresionantes. Alday observó a Ander quedarse absorto contemplando la panorámica, con la casa a sus espaldas. Alday aguardó en silencio a que el engranaje mental de su jefe acabara de encajar las piezas. Se agachó para limpiar una mancha de barro seco que se había asentado en su bota y, al reincorporarse, casi se cae de bruces del susto. Ander se había acercado a un palmo de su cara y lo atravesaba con sus ojos esmeralda.

—Un sitio perfecto para cometer un crimen. —Pasó de largo y dejó a Alday recolocándose el corazón en su sitio. Cuando quiso alcanzarlo, el inspector ya se había adentrado en el interior del hayedo.

Alday siguió sus pasos al trote. Bajo las copas de los árboles el calor mostraba su presencia de un modo más mitigado. Después de traspasar la linde del bosque, el camino llevaba a un espacio umbrío dominado por varias hayas de gran edad. Sus gruesos troncos daban buena fe de ello. Aunque de todos los árboles, el más imponente era uno cuyo tronco se retorcía en escorzos imposibles hasta abrirse en el aire en miríadas de ramas. Ander observó que muchas de las hojas yacían en la base descoloridas, como si el otoño ya hubiera hecho acto de presencia; sin embargo, sabía que esa no era la razón. Había oído en la radio que los árboles se veían obligados a anticipar esa muda de hojas debido a la sequía duradera que experimentaba el país. Se veían en la cruel disyuntiva de sacrificar parte de sus hojas para salvar al resto.

—Fíjate en ese pedazo de tierra frente al árbol —dijo Ander mientras señalaba un pequeño montículo que sobresalía como una ola del resto del terreno.

—Es verdad —asintió Alday—. Mira, aquí hay otro. —Señaló otro montículo similar. Entonces cayó en la cuenta—. Son las chicas, ¿verdad?

Ander asintió.

—Saca fotos a todo este lugar. Árboles, montículos, todo. Luego ven a la casa.

Como era una constante en él, Ander se marchó sin esperar respuesta de su compañero. Sacó del bolsillo su kit de apertura de puertas y comenzó a afanarse con la cerradura de la entrada. Cuando Alday regresó, la puerta estaba abierta y Ander lo esperaba con la linterna de mano encendida.

—Quédate aquí fuera guardándome las espaldas. Si viniese alguien, toca el claxon. ¿Entendido?

Alday asintió mirando hacia el camino que llevaba hasta la carretera. No se le había ocurrido pensar que alguien pudiera aparecer por sorpresa mientras ellos estaban allí. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Ander entró en la casa. La primera planta estaba modestamente amueblada. Saltaba a la vista que allí no vivía nadie. La cocina no tenía electrodomésticos, salvo una pequeña nevera sin congelador. El salón era una estancia diáfana cuya sobriedad únicamente quedaba rota por un mueble de televisión bajo, que no albergaba otra cosa que una gruesa capa de polvo, y un tresillo cubierto por una gran sábana blanca. Un baño y una habitación totalmente vacía completaban la primera planta. Ander acercó la linterna a las ventanas. Desde fuera no se había percatado de ello al tener echadas las contraventas, pero todas ellas estaban enrejadas.

Subió los dos tramos de escaleras que conducían a la segunda planta. En el rellano solo había una puerta. Estaba cerrada con dos candados. Ander tomó aire. No pintaba bien.

Las manos le sudaban del calor y de los nervios que empezaban a atenazarlo. Notaba el fuego de la evidencia cerca. Su instinto le decía a voz en grito que detrás de esa puerta estaba la respuesta a sus preguntas. Sujetaba la linterna con la boca, tratando de alumbrar bien el tambor en cuyo interior practicaba las combinaciones que liberarían el mecanismo.

Abrió ambos candados y entró en la estancia. Decidió pulsar el interruptor de la luz. Cuando se iluminó el habitáculo, Ander comprendió que había encontrado la cámara de los horrores. En medio de la habitación había una cama metálica con cabecero de barras. Dos largas cadenas acabadas en sendas esposas estaban ancladas a ambos extremos del cabecero. Otras dos cadenas iguales partían de los pies de la estructura. Al lado de la cama, aproximadamente a medio metro de distancia, una videocámara que descansaba sobre un trípode apuntaba hacia el centro de esta.

Ese era el lugar en el que escondían a las chicas secuestradas los días anteriores a la ejecución.

Los días anteriores al solsticio de invierno.

Ander se quedó absortó mirando a la cama. Su mente trataba de encajar esa escena en el devenir de las investigaciones de los crímenes

de Carranza y los de Mungia. ¿Qué sentido tenía la cámara apuntando a la cama? Ese elemento era novedoso, no lo habían encontrado en el registro de la casona de Astrid. Entonces lo entendió. Abrió sus ojos de par en par y dejó de respirar durante unos segundos. Unas arcadas irrefrenables pugnaban por abrirse paso; saboreaba la bilis en su boca. Pero no podía vomitar. No en ese lugar.

Con un enorme esfuerzo de autocontrol, Ander apartó la vista de la cama y escrutó los alrededores de la habitación. Tan solo había otro elemento mobiliario, una pequeña estantería baja con varias baldas. Se agachó y vio algunas cintas de video de ocho milímetros. De nuevo esas cintas, iguales a las de la caja fuerte de Carlos Bonaparte.

Cogió una cinta entre sus manos y respiró varias veces acompasadamente para calmar su impulso de vomitar. Lentamente, recuperó la compostura. Se alzó e introdujo la cinta en la cámara. La visionó durante un minuto con el volumen activado y no pudo continuar viéndola. Era suficiente para conocer el contenido de todas ellas.

En la cinta, una muchacha rubia era salvajemente violada por Akerbeltz, quien, detrás de su máscara, emitía unos aullidos y gemidos que tapaban los gritos de dolor y pavor de la chica.

Ander cogió la cinta y la devolvió a su sitio. Sacó un pañuelo del bolsillo y procedió a borrar sus huellas. Mientras pasaba mecánicamente el paño por las superficies con las que había estado en contacto, entendió, con una tristeza que le desgarró por dentro, que su hermana había corrido la misma suerte que esa chica del video. Akerbeltz no era un asesino en serie, sino un depredador sexual al que el ritual delirante de Astrid le había puesto en bandeja de plata la satisfacción de sus fantasías más depravadas.

Las muchachas acudían a su muerte en total sumisión porque, en el fondo, esta no suponía más que una liberación para ellas. Era una forma de huir de las torturas y vejaciones de Akerbeltz.

Salió a la calle y cerró la puerta tras de sí. Su mente únicamente procesaba una idea, tan solo contemplaba una posibilidad: impartir justicia, encontrar a Akerbeltz y hacerle pagar por sus pecados.

—¿Has encontrado algo? —La pregunta de Alday le sonó proveniente de otra dimensión. El agente lo miraba con cara de extrañeza. Ander asintió y caminó hacia el automóvil.

—Llama a la empresa de georradar y radiodetección; que vengan ahora mismo. Envíales la localización y diles que los esperamos aquí.

—Ahora mismo los llamo. —Alday se alejó para hablar por teléfono. Cuando hubo colgado, fue al encuentro de Ander—. Llegan en media hora.

—Bien —dijo el inspector lacónico—. Por cierto, Alday, quiero que extraigas la información de esta tarjeta SIM —continuó y le pasó la

tarjeta que había sacado del móvil de Lopategui.

—¿De quién es?

Ander lo miró con severidad.

—No hagas preguntas. Necesito que busques a quién llamó la noche que murió Arregui. ¿Cuánto crees que tardarás en lograr esa información?

—Media hora.

—Bien. Esa es la parte fácil, ahora viene el triple mortal con tirabuzón. —Ander se pasó la mano por la barbilla—. Quiero que mañana a las siete de la mañana triangules el número al que más veces llamó y me des su ubicación.

Alday tragó saliva. De pronto notaba como si tuviera un kilo de hojarasca en la garganta.

—¿Has entendido, teclas? —Ander lo traspasó con una mirada que no daba opción a la negativa.

—Por supuesto, jefe.

—Bien.

Ander se alejó de la casa y subió hasta lo más alto de la loma en busca de soledad.

Capítulo 44

Ander aguardaba al despuntar del alba tendido sobre su tumbona gris favorita. Apuraba el último cigarrillo del paquete de tabaco rubio que se había fumado en el jardín en el transcurso de las largas horas que siguieron a su regreso del Parque Natural de Izki.

Los técnicos del georradar habían realizado su tarea con esmero y profesionalidad. No solo estudiaron los enclaves que se les indicaron, sino también el subsuelo de las inmediaciones en su búsqueda de alteraciones significativas. Siguiendo las instrucciones del inspector, acordaron enviar los informes y la factura a la Comisaría Central de Erandio, a la atención del director Torres, con el siguiente asunto: «Enterramientos en propiedad de A. Elguezabal».

Pasó la noche contemplando las estrellas. Esos diminutos puntos brillantes, reflejo de astros lejanos; unas jóvenes e incipientes, otras decadentes y a punto de extinguirse, igual que la moral humana. A medida que adaptaba la vista a la oscuridad, Ander ganó mayor rango en la percepción de la profundidad del abismo sideral y, como le sucedía siempre que avistaba las estrellas, ante tamaña inmensidad, tomó conciencia de la insignificancia del ser humano y de sus problemas.

A la vista de aquella perspectiva, sus asuntos eran baladíes; sin embargo, cada vez que cerraba los ojos se le aparecía la imagen de su hermana en el envés de los párpados para recordarle la existencia de crímenes que jamás podrían ser perdonados. Mucho menos olvidados. No se escondía ante las responsabilidades; sabía qué debía hacer, del mismo modo que conocía las consecuencias que acarrearían esos actos. No le preocupaba. Su hija era mayor de edad y podía cuidarse por sí misma y su padre estaba muy bien atendido en la residencia.

El teléfono móvil descansaba sobre su muslo derecho. Ander lo volteó para comprobar la hora. Aún era pronto. Alday dormiría. Esbozó una sonrisa al recordar la conversación del día anterior con Miren. Le resultaba sorprendente que los dos agentes estuvieran juntos, pero ¿quién era él para juzgar? Su vida sentimental era un auténtico asco. Si ellos lograban llevar adelante su relación sin que ello afectara al trabajo, por su parte no hallarían ningún obstáculo.

Una línea lechosa de luz comenzó a teñir el horizonte negro. Ander se levantó de la tumbona y estiró brazos y piernas como si se

dispusiera a despegar. Buscó a Gorritxo con la mirada y lo localizó tendido tras la puertaventana del salón. Captó su atención con un silbido agudo. El animal levantó la cabeza con rapidez y elevó las orejas en señal de alerta. Su dueño lo llevaba de paseo.

Una hora después, Ander se abotonaba la camisa del uniforme de la Ertzaintza. Estiró los galones de inspector y se caló correctamente la gorra. Pasó revista al uniforme completo y asintió satisfecho. Hacía tiempo que no se lo ponía para el trabajo. Tan solo lo había vestido en actos formales: entierros, entregas de premios y demás. Pero hoy era un día especial, se disponía a encontrarse cara a cara con el mismísimo lendakari.

El teléfono sonó. En la pantalla apareció el nombre de Alday.

—Dime.

—Jefe —el agente dudó antes de continuar—, tan solo se realizó una llamada desde esta SIM la noche en la que murió Arregui.

—Entonces es él, Akerbeltz —sentenció Ander—. ¿Has triangulado su ubicación?

—Por supuesto. Saltándome todas las normas del cuerpo, he de admitir. Estoy utilizando un portátil que compré ayer en efectivo en una tienda de segunda mano. Lo tengo monitorizado en todo momento. Por ahora no se ha movido.

—¿Dónde está?

—En Gautégiz de Arteaga.

Ander corrió a la planta baja a por el informe de los bienes de Aingeru Elguezabal. Lo ojeó a toda prisa hasta dar con la vivienda.

—Está en su casa de veraneo —afirmó más para sí mismo que para Alday—. De acuerdo, salgo hacia allí ahora mismo. Si ves movimiento, llámame inmediatamente.

—De acuerdo.

Tomó la autopista A8 en dirección a Donostia-San Sebastián y pisó a fondo el acelerador. Ander apretaba el volante con fuerza, apoyando su cuerpo hacia adelante como los ciclistas que se inclinan sobre el manillar en las bajadas tendidas de los puertos de montaña, acomodando su figura en una pose aerodinámica que arañase tiempo al crono y distancia al escapado. Así se sentía él, como un cazador siguiendo el rastro de su presa.

Marcó el intermitente en la salida a Gernika y disminuyó la velocidad. En ese momento lo último que necesitaba era llamar la atención. Colocó las luces sobre el techo del Audi A3 y avanzó dejando atrás el ilustre pueblo inmortalizado por el genio de Picasso.

Ander no tenía planificado qué hacer. Solo sabía que quería tener una charla con Aingeru Elguezabal. Cruzar unas palabras con él, sin nadie que los incomodara. No es que fuera ingenuo, él era muy consciente de lo difícil que le resultaría hacer subir al lendakari a su

coche por su propio pie. Se palpó la cartuchera. Siempre quedaba el recurso de la persuasión. Y pocas cosas convencían mejor que una nueve milímetros encañonándote entre ceja y ceja.

Sonó el teléfono. Era Alday. Ander descolgó y lo dejó en manos libres mientras continuaba conduciendo.

—El objetivo se mueve —indicó el agente—. Avanza a ocho kilómetros por hora.

—Está corriendo.

—Eso parece.

—¿Por dónde está corriendo?

Alday guardó silencio un instante mientras comprobaba la ruta.

—Sigue un camino que pasa por detrás del castillo de Arteaga y continúa hasta el molino de marea de Ozollo.

—De acuerdo, creo que ya sé cuál es. Estoy a cinco minutos de ese lugar. Gracias, Alday. Deshazte del equipo que has utilizado y vuelve a la comisaría.

—Sí, jefe —dijo Alday—. Por cierto…

—¿Dime? —dijo Ander.

—Ten cuidado —dijo Alday con voz grave.

Ander sonrió en silencio.

—Descuida, teclas.

Colgó y pisó a fondo el pedal del acelerador, dejando Kortezubi atrás y enfilando la larga recta que llevaba a Gautégiz de Arteaga. Manipuló el GPS del móvil para situarlo en la ubicación indicada por Alday y dejó que el dispositivo lo guiara. El pueblo amanecía. Muchos vecinos comenzaban el día haciendo deporte o comprando el pan tan necesario para montar los bocadillos que luego disfrutarían sus familias en las playas cercanas. En pleno agosto, la soledad no era una opción en un pueblo costero de la costa cantábrica.

Sobrepasó varios corredores, aunque sabía que ninguno de ellos era él. Carecían de escolta. Al final los vio. Conducían un coche negro sin distintivo, pero Ander supo en el instante que los dos hombres que iban en el coche eran ertzainas. Sin pensarlo dos veces, encendió la sirena y las luces y aceleró. Recortó la distancia hasta poder ver los ojos extrañados de sus compañeros mirándolo por su espejo retrovisor. Ander saludó con la mano y activó el intermitente izquierdo solicitando paso. Los escoltas dudaron un instante, aunque finalmente cedieron y dejaron un hueco en la carretera para que Ander los adelantara.

Al pasar frente a su ventanilla, los saludó con la cabeza. Eran dos policías veteranos con cara de sabérselas todas. Al ver la insignia de inspector de Ander, se relajaron y sonrieron con cierto poso de recelo.

Dejó a los escoltas atrás y volvió a acelerar. A lo lejos divisó la figura de un corredor perfilada contra el horizonte azul. Se disponía a

tomar una curva ciega hacia la derecha. Ese era su momento. El destino le había brindado una oportunidad que Ander no pensaba dejar pasar. Acometió la curva con decisión, adelantó al lendakari y frenó en seco frente a él. Abrió la puerta del copiloto y lo encañonó con su pistola.

—Tienes tres segundos para subirte al coche o te mato aquí mismo. No bromeo.

Ander clavó la vista en los ojos del lendakari. Siempre había considerado una virtud la inexpresividad del jefe del Gobierno vasco, una forma de no dar pistas al rival en las negociaciones. Ser vehemente puede ser bueno en muchas situaciones, pero deja de serlo cuando en tus manos descansa el destino de millones de habitantes; sin embargo, ahora sabía a ciencia cierta de dónde procedía esa frialdad. Una falta de empatía que nada tenía que ver con la política, sino con la mente enferma de un psicópata.

El lendakari miró hacia atrás, pero su escolta no aparecía.

—Tres, dos —Ander metió la bala en la recámara y apuntó a la cabeza de Elguezabal— y...

—Espera, detente. Ya subo.

Obedeció mascullando y se sentó de un salto en el asiento de copiloto. Sin esperar a que cerrara la puerta, Ander volvió a pisar el pedal del acelerador a fondo.

—¡Cuidado! —gritó el lendakari apresurándose a cerrar la puerta y ponerse el cinturón de seguridad.

Ander conducía con la mano derecha mientras le apuntaba por debajo de ese brazo con la mano izquierda. El lendakari sudaba copiosamente. Era un hombre de casi sesenta años con sobrepeso. Salía a trotar todas las mañanas para compensar las calorías que ingería por la tarde. Su atención se fijó en la carretera durante un momento. Luego, al identificar hacia dónde iban, la dirigió hacia Ander. Se giró, miró detenidamente al agente y la pistola que le estaba apuntando. Trataba de dilucidar si ese hombre iba en serio.

—Estás cometiendo un grave error, amigo. ¿Sabes quién soy?

Ander sonrió, alternando la mirada entre la carretera y las manos del lendakari.

—Yo sé perfectamente quién eres. Mi objetivo es lograr que el mundo lo sepa.

Elguezabal amusgó los ojos y frunció los labios. Después esbozó una sonrisa que fue haciéndose más y más amplia. Finalmente, soltó una carcajada sonora.

—He de admitir que yo sí sé quién eres. Ander Crespo, inspector de la Ertzaintza. El hermano de Enara. —Una sonrisa de suficiencia llenó su rostro, las aletillas de la nariz se le movían de arriba abajo como si estuviera gozando en su interior con la situación.

Ander lo miró y, sin previo aviso, le soltó un codazo con el brazo derecho que hizo que la cabeza del lendakari golpeara con fuerza contra la ventana del copiloto.

—Tengo curiosidad, Elguezabal. ¿Cómo es posible que un asesino pervertido como tú pueda convertirse en el presidente de nuestro país? ¿Cómo has pasado los filtros?

El lendakari se agarraba la nariz con ambas manos, sangraba en abundancia. Soltó un quejido sordo y se secó la sangre con la camiseta deportiva. Sin embargo, no contestó a las preguntas del inspector, limitándose a observar por el retrovisor la distancia que los separaba del coche de sus escoltas.

Estos, al darse cuenta de que algo iba mal, dieron el aviso por radio y se lanzaron tras Ander. Apenas los separaban cien metros, pero en esa carretera tan sinuosa resultaba difícil ganar terreno. Más aún con un conductor tan embalado como Ander.

—Veo que no tienes ganas de hablar, Akerbeltz —dijo Ander.

Elguezabal giró lentamente la cabeza y fijó dos ascuas inexpresivas en los ojos del inspector.

—Sí, lo sé todo —continuó Ander—. He tardado más de tres años en recabar las pruebas que fundamenten mi acusación, pero ahora las tengo. Estás acabado.

El lendakari negó con la cabeza.

—El que estás acabado eres tú. Te apartarán del cuerpo, te apartarán de la sociedad, incluso, te apartarán de tu familia. ¿Secuestro y agresión al lendakari? Eso se paga caro, amigo.

—Tu objetivo nunca fue matar a las chicas, ¿verdad? Tan solo eras un joven desviado que disfrutaba ejerciendo control sobre las mujeres, haciendo con ellas todo aquello que te apeteciera. Asesinarlas era el colofón perfecto, pues así desaparecerían pruebas y posibles denunciantes. Aprovechaste la ocasión que te brindó Astrid, una mujer enajenada atrapada en un delirio que la arrastró a la tumba a ella y a todos los que la rodeaban.

»A todos menos a ti. Tú fuiste más listo que el resto. Cogiste esa horrenda máscara de Akerbeltz y te refugiaste tras ella para salir impune de tus crímenes. Cuando Astrid se fue a Suecia, continuaste el espectáculo en la casa de Gálvez. Te iba de lujo, ya que mientras seguías cometiendo crímenes, tu carrera política subía como la espuma. Seguro que fueron años grandes para ti.

El lendakari lo miraba sin pestañear, atento a sus palabras.

—Te ayudaste de las influencias que te proporcionaba tu puesto para arrimarte a Moncho Lopategui y él te brindó la cobertura necesaria para que nadie pudiese acercarse a ti. Ni siquiera te alteraste cuando cayó Gálvez. Simplemente, trasladaste el escenario de tus crímenes a otro lugar. A la vieja casa de tu padre, en el Parque

Natural de Izki. Casa que pusiste a nombre de tu mujer para no tener que rendir cuentas sobre ella.

A Ander no le pasó desapercibido el ligero temblor en la ceja del lendakari al oír esa última frase. Se revolvió en el asiento e irguió la espalda para acomodarla al respaldo.

—Pero lo hemos encontrado todo. Las pruebas están en nuestro poder.

—Mientes, Crespo, y lo sabes. Conmigo no te valen esos faroles de poli fullero. Me desayuno tres tontos como tú todos los días. Francamente, es muy saludable.

Ander sorteaba las curvas a toda velocidad, volantazo tras volantazo se movían de un lado al otro de la cabina, aunque en ningún momento dejó de apuntar al detenido.

—Suponiendo que yo fuese lo que tú aseguras, tampoco podrías hacer nada. Solo podrías detenerme en caso de flagrante delito y, dime, ¿qué delito hay en correr? Estás jodido, Crespo.

Ander sabía que Elguezabal tenía razón. El lendakari gozaba de inmunidad. Precisamente, ese era el gran obstáculo para encarcelarlo; sin embargo, que la justicia le concediera inmunidad no implicaba que no se pudiera hacer justicia.

—Así que, hazte un favor, da la vuelta y entrégate.

El inspector negó con la cabeza.

—Astrid me lo contó todo poco antes de morir, porque sí, yo estuve con ella en Suecia el día de su muerte y lo confesó todo. Cuando vio que se acercaba su hora se arrepintió y me reveló la verdad. Me dijo quién eras y, aun sabiéndolo, me ha costado todo este tiempo reunir las pruebas para llevarte ante el juez. ¿Quieres saber lo que opinaba ella de ti?

Elguezabal resopló como si le diera igual, aunque sus ojos mostraban, por primera vez, signos de auténtica preocupación.

—Me contó que eras el más cobarde todos. Que tenías que refugiarte tras la identidad de Akerbeltz porque eras débil y pusilánime. ¿Cómo fue la palabra que utilizó? Ah, sí, un «mierda».

—¡Eso es mentira, cabrón! Astrid me quería mucho, jamás diría algo así de mí.

Elguezabal estaba fuera de sí, los ojos parecían salírsele de sus órbitas, la baba se le resecaba en la comisura de los labios. A lo lejos, detrás y enfrente, escucharon el ulular de las sirenas. Se acercaban varias patrullas de la policía en ambas direcciones.

—Yo disfruté cada momento con las chicas. Estuve con ellas cuatro, cinco, seis veces al día enseñándoles lo que es bueno. Las sometí hasta que me rogaron que las matara. Fui su dios durante esos días. —Su cara apareció desencajada por la furia y la crueldad, una mirada ida y una sonrisa sinónimo de muerte anunciada—. Con Enara

lo pasé en grande.

Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír febrilmente, imbuido por el sádico recuerdo.

Ander volvió a experimentar esa sensación de vacío de oxígeno que había vivido hacía tres años. La cabeza le daba vueltas saturada por la carcajada de Elguezabal, las sirenas cercanas y la constatación de que, de entregarse, el lendakari saldría libre de todos los cargos. De pronto, lo vio todo claro. Él no había ido a buscar la verdad, en realidad había acudido allí a matar a Akerbeltz. Aceleró hasta pasarse de revoluciones. Frente a ellos, a doscientos metros, habían montado un control con varios coches patrulla cruzados en la carretera. Por los retrovisores identificó al menos otros tres coches más que les pisaban los talones.

Con un movimiento fluido, Ander soltó el cinturón de seguridad del lendakari, que seguía desternillándose de risa, y se lanzó fuera de la carretera contra un gran árbol cercano. La colisión fue brutal, el airbag de Ander se disparó y absorbió el impacto de su cabeza contra el volante; Elguezabal, sin embargo, no corrió la misma suerte. Salió despedido por la luna delantera, proyectado como un cohete hacia adelante. Antes de caer inconsciente, Ander escuchó el fuerte crujido provocado por el cráneo del lendakari al golpear contra el roble centenario. Paradójicamente, él, que había sepultado tantas vidas junto a las raíces de los árboles, ahora se rompía la cabeza contra el tronco de uno. Karma.

Ander se hundió en un pozo de inconsciencia. El agua que lo rodeaba amortiguaba los sonidos circundantes. Sumergido en aquel elemento, tan solo sentía paz. Los sonidos de ruedas frenando y los gritos de la gente sonaban tan lejanos como si provinieran de otra galaxia.

En ese sueño de abandono, Ander sonrió.

Capítulo 45

Ander se mantenía suspendido bocarriba impregnado por la viscosidad de ese líquido semejante al amniótico, que lo retrotraía al que debió de ser su momento de mayor felicidad: su gestación en el vientre de la madre. No respiraba, aunque tampoco se ahogaba, como si su vida no dependiera de ello sino de otros factores más importantes que el mero hecho de llevar oxígeno a los pulmones.

Atrapado en esa posición, tan solo podía ver la luz que se filtraba por la lejana boca del pozo, una abertura perfilada contra el cielo raso de Urdaibai. Cerró los ojos y vio a Enara sonriente tendiéndole la mano. Extendió la suya despacio para aferrársela, sentía la necesidad de acogerla entre sus brazos, de oler la fragancia de su pelo y de jurarle que cuidaría de ella. Pero como siempre ocurre en los sueños cuando los deseos están a punto de cumplirse, alguien te despierta.

—Espabila, Crespo. —El tono cuartelario de Torres lo hizo emerger del cálido fluido.

Parpadeó. La luz blanca de las lámparas del techo le dañó las retinas y volvió a cerrar los ojos con fuerza. Tras varios intentos, logró mantenerlos abiertos. El entorno escrupulosamente blanquecino lo llevó a inferir que se encontraba en un hospital, ¿o sería acaso un sanatorio? Ander rio ante esa posibilidad. Probablemente, todo el mundo daría por hecho que allí era donde deberían recluirlo. Trató de rascarse la nariz, pero algo se lo impedía. Sendas resistencias metálicas obstaculizaban el libre movimiento de sus manos. Lo habían esposado a las barras de la cama.

—Estás esposado —le confirmó Torres acercándose hasta el cabecero de la cama—. Y no se te ocurra quejarte. Quizás lo que tenían que haber hecho contigo es ejecutarte en el lugar del accidente.

Ander no captó ningún tono de ironía en su antiguo superior. Apoyó los codos y se valió de ellos para incorporarse ligeramente. Torres se dirigió a los pies de la cama y giró una manivela hasta que la parte superior del colchón quedó inclinada cuarenta y cinco grados.

—Gracias —dijo Ander y se recostó sobre la almohada.

El inspector aprovechó para hacerle un rápido repaso a su cuerpo. En apariencia, todo seguía en su lugar. Por lo visto, el impacto contra el árbol tan solo le había acarreado la pérdida del conocimiento. Aunque, por la bata que vestía, intuyó que le habían realizado varias

pruebas antes de trasladarlo a una habitación.

—¿Elguezabal? —Lanzó la pregunta al aire, como una bola bateada en busca del arco perfecto. Torres no la dejó botar.

—Muerto. El lendakari está muerto.

Quizás fuera que se había convertido en un monstruo sin sentimientos, como la mayoría de sus presas, pero Ander no experimentó ni un ápice de remordimiento al oír esas palabras.

—Entiendo —dijo lacónico, observando la figura de su director.

Torres estaba cuadrado frente a él y basculaba sobre talones y puntas de los pies en un ademán nervioso. Ander comprendía que el mundo alrededor habría saltado por los aires y que todos los ojos giraban hacia Torres, el nuevo director de la División de Investigación Criminal y antiguo jefe del secuestrador y responsable de la muerte del lendakari del País Vasco.

—¿Qué entiendes? ¿Quieres hacer el favor de decirme lo que entiendes? —Apoyó su peso sobre la barra de los pies de la cama. Sus fuertes brazos menearon ligeramente la cama hacia adelante y hacia atrás—. Quiero, no, mejor dicho, te ordeno que me lo expliques todo con pelos y señales. Empezando por las muertes de Sertucha y Mauri en tu casa. El subcomisario Sánchez nos ha tenido entretenidos durante varios días para darte margen en lo que fuera que estuvieses investigando.

»En ese tiempo han sucedido cosas demasiado extrañas para que sean casualidad. Moncho Lopategui y Julio Rosales han aparecido muertos en el caserío de Lopategui. ¿Sabes algo de eso? —La mirada de Torres sujetó los ojos de Ander como si de un imán industrial se tratara.

El inspector agitó la cabeza a modo de negativa.

—¡Cómo no! El bueno de Crespo no sabe nada. —Soltó la barra metálica y se acercó con tres rápidas zancadas a la altura de Ander. Lo cogió del pecho y se aproximó tanto que Ander pudo oler el aliento a café de máquina—. Te voy a decir una cosa, insensato. Ahora mismo soy tu única tabla de salvación. Estás en un mar lleno de tiburones que huelen tu sangre. Si antes medio cuerpo pedía tu cabeza, imagínate ahora. Solo les falta coger una horca y presentarse aquí con antorchas. Así que, por última vez, ¿qué está pasando?

Ander suspiró profundamente y aguantó la mirada de su superior.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Desde ayer. Te han mantenido sedado para realizarte unas pruebas. Se han descartado lesiones internas.

Ander asintió. Giró las muñecas para aliviar las laceraciones que estaban provocando las esposas.

—Gardeazabal y yo hemos estado investigando la muerte de Arregui. —Torres emitió un chasquido con la lengua que sonó a un «lo

sabía»—. No íbamos a permitir que tus patanes de Erandio metieran las garras en el caso. Era nuestro compañero y se lo debíamos.

—Bien, investigasteis la muerte de Arregui. ¿Qué sucedió para que esas pesquisas terminaran en esta matanza?

—Que tiramos de la manta y descubrimos toda la mierda que ocultaba debajo. Tu intuición te decía la verdad hace años cuando apostaste por la inocencia de Andoni González. Él no era un Itzala. La organización la creó Moncho Lopategui junto a otros miembros de la Ertzaintza.

»Han estado operando desde la sombra desde entonces, permitiendo la actividad criminal, cuando no participando activamente en ella. Jugaban a dos bandos, el del poli y el del caco. De este modo, siempre ganaban. Cuando detenían a algún criminal rival, se llevaban las medallas, mientras que, al no detener a los suyos, se llevaban el dinero. Es lo que los americanos denominan a win-win situation.

—Y supongo que tendrás pruebas que sostengan esa acusación tan grave —deslizó Torres escéptico.

Ander frunció los labios.

—No creo que exista un acta fundacional de los Itzalak, si es a eso a lo que te refieres —dijo—, pero si te pasas por la propiedad de Lopategui, y miras en los lugares adecuados, quizás obtengas una perspectiva más esclarecedora de los hechos. Tú eres un hombre sagaz, Torres, has vivido todo el proceso de desacreditación que acabó con la vida de dos compañeros e incapacitó a otro para siempre.

»Lopategui manejó los hilos en todo momento. Él asignaba y desasignaba los casos a su antojo. Introdujo a Sertucha, Mauri y Rosales, tres Itzalak prominentes, en el equipo más relevante de la División de Investigación Criminal. Tenía la sartén agarrada por el mango.

—¿Tuviste algo que ver con las muertes de Lopategui y Rosales?

—No. ¿Cómo murieron? —fingió Ander.

Torres sonrió.

—Se dispararon mutuamente. No tiene ningún sentido.

—Porque veis la punta del iceberg. Rascad en la superficie y quizás se os abran nuevas posibilidades. Yo os recomendaría que utilizaseis la unidad canina para descartar que no llevaran allí a Arregui tras ser expulsado de la discoteca Euforia.

—¿Y por qué iban a llevarlo allí? Eso tampoco tiene sentido.

—Porque Arregui descubrió el vínculo con Akerbeltz.

—Espera un momento. —Torres abrió los ojos de par en par—. ¿Te refieres al hombre enmascarado que ejecutó a las chicas de Carranza?

—El mismo. Arregui identificó a Tomás Pueyo como uno de los dos hombres que vimos salir de la casa de Gálvez la noche en la que el

director de Salud Bilbao murió.

—¿Y él era el vínculo con Akerbeltz?

—Así es. Tras la marcha de Astrid, Akerbeltz tomó el control de los rituales del solsticio de invierno. Los cadáveres hallados en el jardín de Gálvez confirman que estos asesinatos continuaron llevándose a cabo. Probablemente, con los mismos participantes que en Carranza, salvo Andrés Molinero, Astrid y su hijo Alexander. Hemos descubierto que Pueyo y Guillermo Mazo —el grandullón que atacó a Gardeazabal en Gordexola— eran quienes secuestraban a las chicas que luego sacrificaban.

»Arregui no fue a la discoteca a acabar a tiros con Pueyo, como Rosales pretendía hacernos creer, sino para que este le confesara la identidad de Akerbeltz. Pero, como bien sabemos, no lo logró. Lo echaron a patadas del local, tras lo cual Pueyo llamó a Lopategui, nervioso, para contarle lo que había sucedido.

—Un momento —lo interrumpió Torres poniendo su mano encallecida sobre el hombro del inspector—. ¿Por qué iba a tener Lopategui trato con una sabandija como esa?

—Porque su jefe se lo ordenó. —Torres dibujó un signo de interrogación en su cara—. Un quid pro quo en toda regla. Lopategui ascendió en el escalafón de la Ertzaintza gracias a Akerbeltz y, como contrapartida, de vez en cuando este le exigía que hiciera o dejara de hacer algo. En este caso, tuvo que hacer.

»Le ordenó que limpiara todo. Lopategui sabía perfectamente cómo se prepara una escena del crimen, lo había hecho con anterioridad. Tenían a Arregui y su pistola. Lo llevaron a su caserío, lo interrogaron para ver cuánto sabía y, cuando estuvieron conformes, le inyectaron una dosis letal de heroína. Luego lo tiraron como a una rata en ese callejón de San Adrián.

»En cuanto a Pueyo, era un cabo suelto que podría dar quebraderos de cabeza en un interrogatorio policial, por lo que decidieron quitárselo de en medio. Era una situación perfecta. Acababan con Pueyo y le colgaban el mochuelo a Arregui. Supongo que Sertucha o Mauri fueron el brazo ejecutor. Está claro que ellos eran los sicarios del grupo.

Torres permaneció en silencio durante unos segundos. Su mirada vagaba entre la cama y el suelo, procesando toda la información facilitada por Ander y tratando de dirimir si todo aquello tenía visos de realidad.

—De confirmarse lo que me estás contando, va a ser un escándalo sin precedentes para nuestro cuerpo.

—¡Qué más da, Torres! A los corruptos hay que señalarlos. Sacarlos a la palestra, someterlos a escarnio público. ¿Acaso no se han dejado muchos de los nuestros la vida protegiendo a la sociedad? ¿Es

justo que el nombre de todos quede en entredicho por culpa de unas manzanas podridas? ¡Ni hablar! Nosotros hicimos nuestro trabajo cuando nadie más lo hubiera hecho, nos expusimos a la muerte para que otros vivieran. Es de justicia que lavemos la imagen del cuerpo mediante un acto de contrición. Admitiendo los fallos internos y exponiendo a los culpables al juicio mediático.

El director tomó asiento pesadamente en la butaca aledaña a la cama. Se llevó las manos a la cara y se la frotó con fuerza. Luego miró fijamente a Ander con ojos humedecidos.

—Pero, a pesar de todos los esfuerzos de Lopategui por ocultarlo, Ander Crespo descubrió la identidad de Akerbeltz. ¿No es así?

El inspector asintió.

—¿Quién es él? —preguntó Torres con voz temblorosa.

—Aingeru Elguezabal. El lendakari.

El silenció se espesó en la habitación, únicamente alterado por el traqueteo de alguna camilla mal engrasada que arrastraban por el pasillo de la planta. Torres juntó las manos y agachó la cabeza. En su interior comenzaba a comprender que todos los acontecimientos que en su día había achacado al factor humano o a la mala fortuna, quizás hubiesen sido urdidos por una mente criminal brillante. Se acordó, entre otros, de Andoni González; aunque en su momento no se lo revelara a Ander, fue a Lopategui a quien señaló como cabecilla del grupo de ertzainas corruptos que zancadilleaban, desde dentro, la acción de sus compañeros en beneficio propio.

También comprendió la asignación de Rosales como inspector al cargo de la investigación de la muerte de Gálvez, así como el interés mostrado por Lopategui en conocer cada detalle y avance en el caso de H9. El incendio del almacén que custodiaba las pruebas que los incriminaban y las nuevas que sirvieron para acusar a González y a los otros dos ertzainas íntegros, fue planificado y ejecutado con precisión. La misma intuición de sabueso que lo impulsó en su día a creer la versión de González, lo impelía ahora a sostener la de Ander, por rocambolesca que esta pareciera.

Se palmeó con fuerza ambos muslos y se puso en pie. Dio varias vueltas por la habitación y, al final, se detuvo junto a Ander.

—¿Qué te hace pensar que yo no soy otro Itzala? Lopategui me nombró a mí como su sucesor. ¿No te parece razón suficiente para desconfiar de mí?

Ander contuvo el aliento durante un segundo. Él se había estado planteando esa misma pregunta los últimos días; sin embargo, de nuevo fue su intuición la que echó abajo esa posibilidad. Torres era un hombre íntegro, jamás caería tan bajo.

—Son razones más que suficientes para desconfiar de ti —dijo Ander—. Pero jamás lo he hecho. Creo en tu inocencia porque el

corazón me lo dicta.

El director se masajeó las sienes para descabalgar esa hipertensión que tantos quebraderos de cabeza le daba últimamente.

—Está bien, Ander. El caos que te he descrito antes es real. Necesito pruebas para acallar bocas. Dime que tienes alguna sólida contra el lendakari.

Ander asintió.

—En las próximas horas llegará a tu despacho de Erandio un informe a tu nombre de la empresa de georradar que utilizamos para encontrar a las chicas enterradas en el jardín de Gálvez. Conozco el contenido del informe porque estuve con los técnicos cuando actuaron sobre el terreno. Concluye que hay dos personas enterradas en las inmediaciones de la casa que Aingeru Elguezabal poseía en el Parque Natural de Izki. Presumiblemente, serán los cadáveres de dos chicas jóvenes sacrificadas con el rito del solsticio de invierno instaurado por Astrid Nilsson.

»Tenemos el ADN de una de las probables víctimas, una camarera de la discoteca Euforia. De confirmarse la identidad, este hecho afianzaría la conexión entre Pueyo y Akerbeltz. De ser así, te sugiero que acudas sin dilación a un juez de confianza para pedirle una orden de registro de la casa. En la primera planta te vas a encontrar material gráfico más que suficiente para entender la depravación de este hombre. También deberías peinar la casa con la policía científica en busca de muestras de ADN, dactilares, etcétera. Pero, sobre todo, encontrad la máscara de Akerbeltz. Tiene que estar allí. Dentro de ella hallaréis muestras de saliva más que suficientes como para identificar a Aingeru Elguezabal.

Torres asentía con el ceño fruncido. Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña llave con la que soltó las esposas de Ander.

—De acuerdo. Voy a poner mi carrera en tus manos. Haré todo lo que pides. Registraremos el caserío de Lopategui y la propiedad del lendakari con discreción. En lo que a ti respecta, estás suspendido de empleo y sueldo hasta que se resuelvan las investigaciones internas. Tengo entendido que quieren acusarte del asesinato del lendakari, aunque aspiran a responsabilizarte también de las muertes de Lopategui y Rosales.

—Los deseos no siempre se cumplen, Torres.

—Eso espero —dijo Torres y se dirigió hacia la puerta—. En cuanto te encuentres mejor, vete a casa y no salgas de allí hasta que se haya asentado la polvareda. ¿Entendido?

—Sí, mi director —dijo Ander adoptando una pose de saludo militar que resultaba cómica en ese contexto.

—Muy gracioso.

Pero Torres no reía. Abrió la puerta y la cerró a su espalda. Lo

aguardaba una tarea titánica.

Capítulo 46

La llamada tuvo lugar cuando Olga estaba preparándose para acercarse a la Universidad de Deusto. Pronto empezaría el curso y quería pasarse por el edificio para tomarle el pulso. Echaba de menos el frenesí del año académico, las idas y venidas, los pasillos atestados de estudiantes tensos ante la inminencia de un examen. El campus universitario era su hábitat predilecto.

—¿Sí? —contestó Olga sin comprobar el indicador de llamada.

—¡Olga, Dios mío! Es Iraia, lo ha hecho. —Una explosión de llanto incontrolado saturó la línea.

—¿Qué ha pasado, Julia?

—Por teléfono, no. Ven rápido, por favor. —Logró decir entre lágrimas la psicóloga.

—Está bien. ¿Estás en el gabinete?

—Sí.

—No te muevas de allí, llegaré en un cuarto de hora.

Olga abrió los ojos de par en par. Tenía que darse prisa. Dejó los cuadernos a un lado y corrió al baño en busca del inhalador. En situaciones de estrés como esa, el asma le aparecía a traición. Inhaló profundamente en dos tiempos y miró su imagen en el espejo. Mucho mejor. Ahora se encontraba preparada para afrontar cualquier noticia que el mundo quisiera lanzarle a la cara.

Corrió escaleras abajo y atravesó el portal a paso ligero. La calle la recibió con el mismo calor sofocante de los últimos días. Estaba siendo un verano asfixiante en todos los sentidos. Aunque, en esos momentos, a Olga el calor no le importaba demasiado. Corrió hacia la parada de taxi más cercana y se montó en uno de un salto. El chófer asintió al oír la dirección, limitándose a conducir.

Los últimos acontecimientos habían enrarecido la atmósfera en Euskadi. La muerte del lendakari sorprendió a la sociedad con la guardia baja. Todo el mundo festejaba el fin de las restricciones por el covid, era la gran celebración por la vuelta a la normalidad. Un verano inolvidable, plagado de fiestas y actos que disfrutar del modo en el que se hacía cuando el virus no condicionaba sus vidas. Entonces sucedió el accidente que acabó con la vida del lendakari, un político muy querido por el pueblo y respetado por todo el arco parlamentario.

Los detalles de la muerte no se dieron a conocer, más allá de que

fue producto de un accidente de coche. El caso estaba siendo investigado, y así seguía una semana después de los hechos. Todo el mundo se preguntaba lo mismo: «¿Qué le ha pasado a Aingeru Elguezabal?».

—Es aquí. —Olga se inclinó sobre el salpicadero para indicarle el portal en el que se hallaba la consulta de Julia Romero.

Pagó, se apeó y corrió hacia la entrada. Subió los escalones lo más rápido que le permitía su cojera. La puerta del gabinete estaba abierta. Olga escuchó los llantos antes de cruzar el umbral. Provenían del despacho de la psicóloga.

—¡Ya estoy aquí, Julia! —anunció Olga alargando las zancadas.

—Oh, gracias a Dios. Pensé que no llegarías nunca.

Julia estaba de pie, su figura recortada contra el vano del despacho. Avanzó hacia Olga cabizbaja y dubitativa. Su cara estaba desgarrada por el llanto, su pelo alborotado y sin arreglar. Vestía una falda de tubo y una blusa a juego que destacaba su belleza. Una belleza que había obnubilado a Olga desde el primer día que la vio. Ambas mujeres se fundieron en un fuerte abrazo.

—Cuéntamelo todo, Julia. ¿Qué le ha pasado a Iraia? —La voz de Olga temblaba presa de la preocupación. Se deshizo del abrazo y miró a la psicóloga a los ojos.

—Sabía que sucedería, lo sabía. —El llanto cortó su alocución, se encogió y se agarró el estómago con fuerza. Parecía que el dolor acabaría partiéndola en dos en cualquier momento—. Tenía que haber hecho más, buscar otras alternativas, contratar a otros abogados. Ahora es demasiado tarde.

—Julia, me estás asustando.

Un ligero temblor atravesó el rostro de Olga desde su perfil bueno a aquel ligeramente deformado. Nunca supo cuál era el motivo de esa asimetría, aunque unos informes del parto, hallados años después, sugerían que pudieron ser debidos a una negligencia médica en el momento del alumbramiento. Desgraciadamente, su madre la había abandonado nada más nacer y de su padre nunca supo nada, por lo que no tenía a quién preguntar.

—Toda mi vida he luchado contra esa tendencia suicida de Iraia. Tratando cada intento autolítico con las últimas herramientas que nuestra ciencia ponía a mi alcance. Todo en vano.

Julia se deslizó hasta caer de rodillas al suelo. Hundió la cabeza entre las manos y sollozó con fuerza. La muchacha bajó al suelo con ella y se situó de rodillas a su lado.

—Julia, ¿insinúas que Iraia ha intentado suicidarse en prisión?

La psicóloga negó con energía.

—No lo ha intentado, lo ha llevado a término. ¡Iraia está muerta!

—¡No! ¡No!

Olga se lanzó bocabajo al suelo y comenzó a golpearlo con las manos y los pies. La reacción de la chica impresionó tanto a Julia que dejó de llorar al instante. Parecía que la muchacha tenía un brote de histeria. Sus chillidos saturaban la estancia y se proyectaban hacia la puerta del gabinete. La psicóloga corrió al baño y llenó un vaso de agua. Luego se arrodilló junto a Olga y esperó a que cediera la intensidad de su reacción.

—¿Quieres un poco de agua, cariño?

Las palabras aterciopeladas de Julia actuaron cual bálsamo en el ánimo de Olga. Dejó de llorar al instante y alzó la vista del suelo. Su mirada vagó del vaso a Julia. Tenía los ojos enrojecidos de llorar. Cuando parecía que iba a volver a hacerlo, una risa tímida brotó de sus labios. La psicóloga se quedó desconcertada. ¿Acaso la muchacha había perdido la razón? Sin embargo, la risa no cesó. Cada vez sonaba más fuerte y pronto se convirtió en una airada carcajada que llenó el espacio ocupado anteriormente por el llanto descarnado.

Reía tanto y con tantas ganas, que las lágrimas salían despedidas de las comisuras de los ojos y el dolor de abdomen la obligaba a doblarse en el suelo. Julia se puso en pie adoptando una pose defensiva y mirando a Olga con severidad.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca?

Corrió a dejar el vaso sobre la mesa y se acercó a la chica tendida. Tiró de ella con todas sus fuerzas hasta que logró levantarla y enderezarla frente a ella.

—He visto a mucha gente reaccionar ante noticias adversas, algunas muy duras, pero nunca, jamás, he presenciado nada parecido a tu comportamiento. Te acabo de dar la noticia de la muerte de mi hija, de mi querida hija, y ¿qué es lo que haces tú? Partirte de risa.

Julia la zarandeó, pero con ello no hacía más que aumentar el ataque de risa de Olga. Al fin, la muchacha logró controlarse y elevó la mano derecha a modo de disculpa mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la otra mano.

—Lo siento, Julia. De verdad que lo siento —dijo reprimiendo otra carcajada—. No me lo esperaba, y ya sabes lo que me sucede cuando recibo noticias inesperadas, que mis reacciones también lo son.

Julia asintió contra su voluntad. Olga tenía razón. La psicóloga había tratado a la muchacha cuando ingresó en un piso tutelado de la diputación. Había tenido una niñez difícil, saltando de familia de acogida en familia de acogida, mostrando actitudes agresivas refractarias a las mediaciones psicológicas a las que se la sometió. La administración estuvo a punto de arrojar la toalla con ella. Hasta que contactaron con Julia. Ella consiguió que esa niña salvaje se convirtiera en una adolescente modélica.

—Sabes que moriría si te pasara algo malo —continuó Olga—.

Pero la puta de tu hija se lo merecía.

Las palabras que escupió Olga atravesaron a la psicóloga como cuchillos afilados. Palideció y perdió pie, si no llega a tener la mesa al alcance de la mano, se hubiera caído redonda sobre la alfombra.

—No me mires así, sabes que tengo razón. ¿Que papaíto la tocaba? Bueno, de eso también se sale, ¿no crees? No te merecía, era débil. No como tú. Una mujer fuerte, recta, invulnerable. Lo que tú necesitabas a tu lado era una hija como yo. Y ahora ya la tienes, ¿lo ves? —Se acercó a Julia y la tomó de las manos con ojos brillantes de la emoción—. Tú y yo juntas para siempre, como madre e hija.

—¿Qué has hecho? —La psicóloga la miraba con expresión de terror y se escurrió despacio hacia el otro extremo de la mesa.

—En el fondo te he hecho un favor y lo sabes. Una mujer como tú necesita una hija como yo. Así de simple. Todo lo que he hecho, lo he hecho por ti. Necesito que lo sepas.

Olga avanzaba hacia la psicóloga con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba implorando su perdón. Julia se trastabilló al llegar a la esquina de la mesa. Lanzó el brazo con rapidez al vacío hasta volver a aferrar el borde que la llevaba a su sillón.

—¿Mataste tú a Peru? —La pregunta salió de los labios de la psicóloga cargada de miedo.

La muchacha esbozó media sonrisa.

—Fue todo tan fácil. Tenías que haberme visto aplicando tus enseñanzas. El visionado de los videos de tus sesiones de hipnoterapia me fue de gran ayuda. Las lecturas que me recomendaste en su día, también.

—No trates de involucrarme en tus delirios, Olga. —Julia torció el labio en expresión despectiva—. Eres la única responsable de tus actos.

La joven echó la cabeza hacia atrás y lanzó una sonora carcajada que pilló desprevenida a la psicóloga.

—¿De verdad lo crees, Julia? Mírame bien, yo soy tu producto. Me moldeaste a tu antojo, ¿o crees que no me daba cuenta? Lo acepté porque te adoro. Pero, desde luego, no me puedes considerar la única responsable de mis actos.

—Mataste a Peru, ¿también empujaste a Laura al suicidio? —insistió Julia.

—Sí, lo hice. Ella sedujo a Peru y se lo arrebató a Iraia. Merecía morir como una perra, pues eso es lo que era. —Se echó el pelo hacia atrás y tomó asiento en una silla frente a la mesa—. Con las otras chicas practiqué. Tenía que afinar el violín.

—Entonces, ¿a qué vino programar las transferencias a la cuenta corriente de Iraia?

El lado desigual de Olga se contrajo en una mueca. La chica se

encogió de hombros y puso cara de buena.

—Alguien tenía que pagar por los platos rotos. No iba a ser yo. La selección natural también tenía que prevalecer en este caso. Iraia nunca supo adaptarse a los cambios. Desde un punto de vista darwiniano, fue una perdedora toda su vida.

Julia se incorporó de la silla, apoyó ambas manos sobre la mesa y por un instante dio la sensación de que saltaría sobre ella para abalanzarse encima de Olga. Contra todo pronóstico, logró controlarse.

—Eres una asesina. No permitiré que salgas impune de esta.

—¿Qué más te da ahora? Iraia está muerta y yo soy la única persona en el mundo que te entiende y te quiere.

Julia volvió a sentarse. Cruzó las piernas y adoptó una postura reflexiva, con las manos entrelazadas bajo el mentón.

—Entrégate a la policía. Buscaré un buen abogado que pueda rebajar las penas al mínimo.

Olga volvió a reír con socarronería. Sus ojos lanzaban destellos de jolgorio y rabia a partes iguales. Estaba gozando de la situación. Por una vez en su vida, era ella quien ejercía el control sobre Julia y no a la inversa.

—Agente, no sé de qué me está hablando. Soy inocente. —Su voz tornó a la de una joven asustada, que entrecortaba las palabras y titubeaba por temor; el epítome de la candidez.

Julia aplaudió pausadamente para dar mayor solemnidad al sonido.

—No cuela, Olga. Me has demostrado que sabes mentir a la perfección. Te felicito, de verdad. Hacerlo bien no es un arte sencillo, requiere de muchos años de práctica y maestría; sin embargo, yo sé mentir mejor que tú.

La mandíbula inferior de Olga se descolgó y dejó a la vista una hilera nacarada de pequeños dientes.

—¿Qué?

Julia pulsó el botón del interfono dos veces a modo de señal.

—Iraia no ha muerto. De hecho, está mejor que nunca, porque sabemos quién cometió los crímenes que le imputan. Tú. —El sonido de la puerta del despacho anejo cerrándose atrajo la atención de Olga, que giró inmediatamente su cabeza hacia allí—. Creo que conoces bien a los agentes Alday y Zarandona. Han estado escuchando nuestra conversación en el despacho de las terapias. Sí, me temo que lo han oído todo.

Capítulo 47

Agazapados en la penumbra cálida del espacio en el que Julia Romero llevaba a cabo sus sesiones de hipnoterapia, Miren y Alday escuchaban la conversación que tenía lugar al otro lado del tabique.

La última semana de investigación había deparado una serie de resultados que supusieron un vuelco en el caso. Todas las pruebas contra Iraia presentadas ante el juez eran ciertas. En base a estas, la chica había sido encarcelada. Sin embargo, las nuevas pruebas obtenidas por Miren apuntaban a la autoría de Olga Revuelta en los crímenes de Peru y de Laura y en los intentos de asesinato de las otras tres youtubers. La agente había seguido su instinto y la fortuna había sido generosa con ella.

Una vez contrastadas las nuevas evidencias, Miren decidió contactar con Julia. La psicóloga aún guardaba resquemor por los momentos vividos en la comisaría y en el juzgado, y mostró reticencias ante los primeros esbozos de su plan. La idea era muy simple: hacer confesar a Olga los crímenes cometidos. De ser tenido en cuenta en sede judicial, ese testimonio podría resultar relevante para dictaminar su culpabilidad y, por ende, la inocencia de Iraia. Un dilema difícil ante el que Julia tuvo que tomar partido. ¿Traicionaría a una chica a la que había acogido como si de su propia hija se tratara? Calibró las opciones, aunque, siempre que Iraia estaba a un lado de la balanza, la decisión a tomar resultaba sencilla. Al final acordó ayudar a Miren y preparar esa trampa de oso.

El interfono sonó dos veces. La señal convenida para entrar en escena.

—Vamos. —Le dio una palmada a Alday y recorrieron el breve tramo que separaba ambas estancias.

Cuando entraron en el despacho de Julia, esta se mostraba poderosa una vez desechado el disfraz de madre doliente. Olga, por el contrario, volvió a empequeñecerse a los ojos de Miren del mismo modo que lo hizo el día que la vio por primera vez. Como si hubiese sido víctima de un hechizo cuyo efecto había caducado, la muchacha balbuceaba y se retrepaba en la silla presa del miedo.

Miren se le acercó y la volteó para colocarle las esposas.

—Olga Revuelta, quedas detenida por los asesinatos de Peru Arriola y Laura Pons.

El sonido metálico de las esposas al cerrarse sonó como el filo de la guillotina al caer a plomo, y la palidez del rostro de Olga tampoco distaría mucho de la de aquellos aristócratas que visitaron tan distinguido instrumento de ejecución. La chica miraba a los agentes y a Julia alternativamente. Buscando, quizás, unas palabras de consuelo a las que aferrarse. Bajó la cabeza y lloró en silencio mientras Miren aguardaba para llevarla a la comisaría de Deusto.

Cuando Olga volvió a alzar la cabeza, el miedo había desaparecido de su expresión. En su lugar aparecía una mirada llena de determinación.

—Agente Zarandona, todas las pruebas acusan a Iraia. No tienen ninguna evidencia que justifique mi detención.

Miren se esperaba esa reacción. Estaba preparada.

—Es cierto. Las pruebas señalan a Iraia. Cualquier policía habría concluido que ella es la culpable. Pero, para tu desgracia, no se ha ocupado cualquier policía de este caso, sino nosotros, el Grupo 4 de homicidios.

»Si no nos dejamos arrastrar por la fuerza de las evidencias y nos dedicamos a llevar a cabo una investigación criminal rigurosa, por fuer tenemos que llegar a plantearnos una paradoja, ¿es posible que una persona esté en dos lugares al mismo tiempo? A mí eso me recuerda mucho al gato de Schrödinger, aunque en criminalística jamás podríamos asumir esa cuestión. Definitivamente, no, uno no puede estar en Boston y en California al mismo tiempo o, siendo más preciso, en la calle Egaña y en el extremo de la Isla de Zorrozaurre.

»Durante años me he apoyado en las imágenes para esclarecer los crímenes. Créeme, son un gran recurso. Resulta que más de media docena de cámaras grabaron a Iraia saliendo del Burger King de Egaña a la misma hora que su móvil indicaba que estaba en Zorrozaurre. También se la ve regresar a su casa paseando por diversas calles de la ciudad. Mientras tanto, alguien utilizaba su móvil en la otra punta de Bilbao.

Olga se giró hacia ella, inclinó la cabeza y le dedicó una sonrisa desafiante.

—Me da igual lo que me cuente. El móvil la sitúa en la escena del crimen, la huella que había en el arma homicida es suya. Julia me lo contó todo. Si le soy sincera, agente Zarandona, pienso que me está lanzando un buen farol.

Miren la empujó hacia abajo y la obligó a tomar asiento de nuevo. Miró a Alday, que le rogaba con la mirada que no perdiera los nervios. Resopló y se plantó frente a la estudiante con los brazos en jarras.

—Si algo he de admitir es que eres lista. Muy lista. Lo preparaste todo a la perfección. Iraia posee una personalidad débil y voluble y tú te aprovechaste de las grietas de su carácter para lograr tus objetivos.

Utilizaste su móvil para llevar a Peru a una trampa mortal y luego se lo devolviste, a sabiendas de que ella achacaría el olvido a uno de sus ensimismamientos.

»El cuchillo tampoco te costaría demasiado prepararlo. Tenías acceso a la casa de Julia e Iraia. En algún momento le pudiste pasar ese cuchillo para, digamos, cortar una barra de pan y, acto seguido, metértelo en el bolso. Fácil para una chica lista como tú.

Olga se irguió en la silla e hizo un mohín despectivo.

—No tenéis nada. Admítelo.

—¿Te parece poco la confesión que acabas de regalarnos?

—No he dado autorización para que se me grabe, esa prueba no será tenida en cuenta en el juicio y, en todo caso, juraré que lo dije en un momento de rabia y dolor, en un arrebato de enajenación mental.

Miren sonrió de oreja a oreja ante el desconcierto de la detenida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Olga.

—En este mundo consumista en el que vivimos, ya no nos hacen falta las confesiones. Entre otras cosas porque, como tú bien dices, los confesores se pueden desdecir en cualquier momento, dejándote plantado ante un buen problema. Hoy en día, no hay mejor delator que el dinero.

Olga frunció el ceño. Tres finas arrugas le cruzaban la frente. Empezó a mordisquearse el labio inferior y la expresión de autosuficiencia voló de su rostro.

—Tu primera víctima fue Maite Olano. Sabía que, de haber cometido un error, lo habrías hecho con ella. Por lo que me recorrí las calles de su pueblo en busca de algún comercio en el que vendieran incensarios. Y ¿sabes qué? Encontré un maravilloso bazar chino donde uno puede hallar de todo, desde incensarios hasta auriculares inalámbricos. Lo mejor de todo es que tienen cámaras y que guardan las grabaciones durante un año.

»Adivina quién estuvo comprando allí el mismo día que Maite intentó suicidarse en directo. Bueno, qué tontería, cómo no vas a saberlo si fuiste tú.

—Eso no prueba nada. Es algo circunstancial. Muchas personas comprarían algo allí ese día y no creo que vayas a detenerlas a todas, ¿verdad, agente? —contraatacó Olga con una mirada llena de odio.

—Bien traído, Olga. Evidentemente, no. Pero no sé si sabes que esa tienda guarda copia de los tiques que emite y que, en ellos, aparecen desglosados los artículos vendidos junto con sus números de referencia. Que, en el caso de los incensarios, coincidían con el código de barras. ¿Ves adónde quiero llegar a parar? Tengo las imágenes de la cámara, tengo ese pedacito de papel impreso delator y, para colmo de mi suerte, tengo la tarjeta de crédito con la que efectuaste el pago. La tuya. ¡Bingo!

»Por si eso no fuera poco, hace menos de una semana recibimos una información que acabó de encajar todas las piezas como si de un tetris perfecto se tratara. ¿Recuerdas el reloj Activity que te regaló Julia las Navidades pasadas? Tiene un GPS integrado que monitoriza todos los movimientos a través de la aplicación del fabricante. Accedimos al número de serie de tu reloj y este desplegó tus movimientos la noche en la que fue asesinado Peru. Tú estuviste en Zorrozaurre esa noche. Tú fuiste la que mataste a Peru.

Olga se revolvió en el asiento, lanzando miradas furibundas a Miren y a Alday.

—Me costó más adivinar tus motivos —continuó la agente—. Aunque fui entendiéndolos a medida que profundizaba en tu biografía. Niña huérfana de difícil carácter, inconformista, rebelde, que no logra encajar en ningún ámbito familiar ni académico. Tenías todos los visos de convertirte en carne de reformatorio; sin embargo, el destino puso a Julia en tu camino y, gracias a ella, levantaste cabeza. Decidiste canalizar tu rabia a través de la Psicología. Fuiste la alumna más aplicada, la que más se implicaba en los trabajos, la que más horas dedicaba al estudio.

»Mas nada de eso era suficiente. A los ojos de Julia siempre estarías a la sombra de su preciosa hija. Y tú nunca dejarías de ser una segundona. Entonces, urdiste un plan: deshacerte del roble que te daba sombra; talarlo con la herramienta adecuada. Sembrar el dolor de la pérdida en Julia, provocar la herida y luego sanarla, reemplazando a Iraia en su corazón.

»El modus operandi utilizado para llevar a las youtubers a tratar de quitarse la vida no dista mucho del que había intuido en un principio. Te acercabas a ellas haciendo de tu fragilidad física un arma. La lástima ablandaba sus corazones y las predisponía a escucharte. Se convertían en un objetivo accesible, amigable. Después les dabas algo de su agrado, una imagen de un perro, de un gato, un paisaje, un libro, para entrar en su consciencia a través de él.

»Cuatro veces realizaste hipnosis. En todas ellas utilizaste un teléfono móvil desechable para llamarlas en pleno directo o, en el caso de Laura, en plena grabación. Lograste que se colocaran los auriculares previamente y, a través de estos, les indicaste lo que tenían que hacer. Ellas te dejaron entrar en sus sets de grabación y, en la sesión previa, lo dejaste todo preparado. No sospecharon nada porque seguían en un estado de semiconsciencia dirigida con mano de hierro por ti.

—Soy buena alumna —dijo mirando a Julia por encima del hombro.

—Lo que no entiendo es por qué mataste a Laura Pons. Peru te proporcionó todas las pruebas que necesitabas para incriminar a Iraia.

¿Qué ganabas matando a Laura?

Olga se encogió de hombros.

—Quiero un abogado.

Esa era la frase que Miren tanto temía. Cuando los detenidos solicitaban la presencia de un abogado, todo el paripé policial que se podía preparar de poli bueno y poli malo caía de golpe. Miren indicó con la cabeza a Alday que había llegado la hora de irse. Tiró con fuerza de los brazos esposados de Olga y se dirigió hacia la salida. Antes de abandonar el despacho, se giró hacia Julia. La psicóloga seguía inmóvil como una estatua junto a su gran escritorio.

—Gracias por la colaboración. Te informaremos cuando sepamos la fecha exacta de la liberación de Iraia.

Julia se limitó a asentir con lentitud. Luego desvió la mirada hacia la pared.

Acomodaron a Olga en el asiento trasero del coche patrulla.

—¿Crees que va a ser tan fácil como dices? —preguntó Alday en un tono de voz que solo podía llegar a los oídos de su compañera.

Miren lo miró y se encogió de hombros.

—Esta es mi baza. Veremos hasta dónde llegamos con ella.

Le guiñó el ojo y giró la llave de contacto. El motor emitió un leve rugido antes de incorporase al flujo de tráfico de la capital.

Capítulo 48

El aire helado dejaba la respiración en suspenso al paso de los animales. El sonido del bosque, cuyo lenguaje tan bien conocía, se volvía hosco, amenazante, extraño. Apartó los helechos y arbustos que invadían la senda marcada por el tránsito ancestral. Las espinas de un zarzal se engancharon a su pantalón. Se las sacudió de un manotazo y continuó en su avance.

Pasó sobre el tronco tendido del viejo roble que había derribado el último vendaval. Se entretuvo a observar a dos vivarachos petirrojos que avanzaban a saltitos por el extremo contrario. Picoteaban aquí y allá en busca de algún gusano al que llamar cena. Ese plumaje rojizo siempre actuaba como reclamo, les confería un carácter vital, de alegría, incluso en los momentos más tristes. Era su pájaro de la suerte o, como a él le gustaba llamarlo, el pájaro de la esperanza. Consideró un buen presagio haberse cruzado con dos de ellos. Siguió su camino con una sonrisa en la boca que ayudaba a calmar el peso en el pecho.

—Ves la casa frente a ti, una casa que te resulta familiar. La casa de tus padres, cuando tus padres vivían juntos. La casa en la que fuisteis felices.

La voz se retrepó en su conciencia, aferró sus riendas y, dócilmente, se plegó a sus designios.

El bosque quedó detrás. Se encontraba frente a la puerta de su caserío. Una entrada de doble hoja de roble centenario guardada por una gran Eguzkilore[8] reseca en lo alto. Ander solía entretenerse contando todos los clavos y remaches de hierro tiznado que salpicaban la puerta. Pero no era momento para juegos. Tenía que buscar a su madre. Cogió el tirador y entró en la casa.

—La casa está a oscuras. A tus oídos solo llega el ulular del viento invernal. Pero sientes la presencia de tu madre cerca. Sube a su cuarto.

El pasamanos de la escalera estaba caliente al tacto, como si cada veta de la madera utilizada para su construcción insuflara fuerza y aliento al muchacho. Tenía que subir. Cada peldaño vencido, cada paso dado, formaba parte de una gran cuenta atrás que la vida se empeñaba en brindarle. Una vuelta a los orígenes del dolor, a la génesis de la frustración.

Al fin, alcanzó el rellano. Ante él se abría la más absoluta

oscuridad. Podía haber activado el interruptor de la luz, pero no era necesario. Se conocía los escasos seis metros del corredor como la palma de su mano. A derecha e izquierda se abrían tres puertas, una para cada habitación de la casa. La primera, la suya; la segunda, la de Enara, la tercera y última, la de sus padres.

Ander llegó a esa última habitación con la respiración entrecortada. Posó la palma de la mano sobre la puerta, que palpitaba llena de vida, y la apartó asustado. Respiró hondo y volvió a posarla. En esta ocasión tan solo percibió el frescor de la laca sobre la madera. Tensó el hombro y empujó la puerta hasta abrirla de par en par.

Los rayos plateados de la luna se filtraban a través de las lamas de la persiana, iluminando una gran estancia presidida por una cama de matrimonio. Esa cama a la que tantas veces había acudido en busca de cobijo y de protección.

—Ella te está esperando tendida de costado. Siempre ha estado allí. No has de sentirte culpable. Su presencia nunca te ha abandonado porque eres lo que más quería en el mundo.

Ander notaba que el pecho le subía y le bajaba agitadamente. Tenía ganas de gritar, pero no podía. De nuevo experimentó esa escasez de aire que antecedía a sus ataques de ansiedad. Se pasó la mano por la frente y se le empapó de sudor. Pero ¿cómo era posible que sudara tanto con el frío que hacía?

Sacudió la cabeza tratando de alejar esos pensamientos negativos de su mente. Se centró en la cama que tenía a sus pies. Veteados por la luz argentada de la luna, dos bultos yacían en cada extremo del colchón. Uno emitía unos ronquidos que, automáticamente, relacionó con su padre; el otro, por su parte, permanecía inmóvil. Era su madre.

Amortiguó sus pasos para no asustarla. Se situó a su altura y palpó la manta que la cubría. No se movía. Un mal presagio comenzó a tomar cuerpo en su cerebro. Con suavidad, retiró la manta de lana de oveja. Debajo no había más que ropa embutida en una almohada grande. «No está aquí —susurró Ander—. No está aquí, se ha vuelto a marchar».

Corrió hacia la ventana sin preocuparse por que el ruido despertara a su padre. Subió la persiana con fuerza y buscó con la mirada la entrada al camino del bosque que había recorrido antes. Una figura se recortaba contra la espesura. Vestía una larga capa que llegaba al suelo, coronada por una amplia capucha. Ander se apretó contra el cristal tratando de verla mejor. La figura se echó la capucha hacia atrás despacio y mostró un rostro que conocía a la perfección. El de su madre. Notó las lágrimas saladas mojando sus labios mientras su madre alzaba la mano y se despedía de él como siempre lo hacía, agitando el brazo en el aire cuatro veces. Solo que, en esta ocasión, Ander sabía que no volvería.

—Ander, a la cuenta de tres regresarás. Volverás a tu casa de Altamira. Una, dos y tres.

El inspector parpadeó y abrió los ojos con cierta torpeza. Estaba tumbado sobre el sofá. Julia se encontraba sentada en un sillón adyacente, con las piernas cruzadas y un cuaderno abierto sobre su regazo. La sala estaba a oscuras a excepción de los pocos rayos de sol que se filtraban por la persiana. Un fuerte olor a incienso permanecía suspendido sobre sus cabezas e impregnaba los pulmones de ambos. Ander se tocó la camiseta, estaba empapada.

—¿Cuánto tiempo ha durado la sesión? —preguntó incorporándose lentamente.

—Veinte minutos —dijo Julia guardando sus gafas en una funda de cuero negro y regalándole una bella sonrisa. Le encantaba la imagen relajada de la psicóloga cuando dejaba su coraza a un lado.

El inspector se frotó la cara. Miró con extrañeza hacia los lados, desorientado tras haber recorrido los rincones en los que habitaba en su infancia. El reloj de la cocina marcaba las dos y cuarto, lo cual implicaba que la sesión había durado exactamente cuarenta y tres minutos. Julia tenía esas cosas; mentía con demasiada facilidad.

—Quédate a comer —la convidó Ander—. Tengo ensaladilla rusa preparada y puedo asar una lubina mientras regamos el primer plato con una copa de vino.

Julia se levantó y estiró su falda plisada de estilo escocés verde y azul marino. Introdujo su cuaderno dentro del bolso de hombro y negó con la cabeza.

—No creo que sea lo más sensato en una relación paciente-psicóloga. —Entrecerró los ojos y mostró una mirada felina que irradiaba sensualidad. Se echó el bolso al hombro y se dispuso a abandonar el domicilio.

La sesión de hipnoterapia se había acordado en una conversación informal que Ander y Julia habían mantenido a principios de semana. Tras hablar con Miren, la psicóloga estaba entusiasmada ante la perspectiva de que su hija pudiera salir en libertad sin cargos. Pensando que ese nuevo giro en la investigación de la autoría de los crímenes de Laura Pons y Peru Arriola venía avalado por Ander, decidió llamar al inspector para agradecérselo en persona.

Ander, que llevaba varios días suspendido de empleo y sueldo, pero no ocioso, aceptó con agrado la propuesta de Julia, que insistía en ahondar en los traumas infantiles del inspector como única vía para anular el sentimiento de culpa que, según ella, condicionaba sus actos. Una conclusión atrevida, más aún cuando esta se había elaborado tras un par de encuentros esporádicos; sin embargo, Ander vio en la sesión una ocasión idónea para contrastar con Julia ciertos aspectos de la vida de la psicóloga que había estado investigando los últimos días.

—Al menos quédate a tomar una copa. Hay ciertos temas sobre los que quiero hablar contigo —insistió Ander apartando una silla de la mesa e invitándola a tomar asiento.

Julia suspiró. Apoyó el bolso en el sofá y se sentó a la mesa en la silla que le había ofrecido el anfitrión.

—De acuerdo. Pero que sea rápido, tengo otro paciente programado a las tres en mi gabinete.

—No tardaré.

Ander llenó dos vasos de vino y le acercó el suyo a Julia. La psicóloga lo miró intrigada, sonrió y apuró medio vaso de un trago.

—Antes de que empieces quiero adelantarte mis conclusiones de la sesión, si te parece bien —dijo ella.

—Sí, claro.

Julia apartó la copa y se reclinó sobre la mesa.

—La culpa es un cáncer que te está matando poco a poco. Has sobrellevado la pérdida y lograste interiorizar el dolor de un modo tan natural que pensaste que era un fragmento indivisible de tu ser. Te equivocas. —Volvió a apoyarse en el respaldo de la silla y observó a Ander con mirada analítica—. Has de romper el cordón umbilical que te une a tu madre o serás como un pecio arrastrado al fondo marino por el ancla.

Ander se revolvió incómodo en su silla. No le gustaba hablar de su madre, menos aún con extraños.

—Dicho así, suena fácil de hacer.

—Dame media docena más de sesiones y seguro que lo lograrás.

Ander sonrió. Era un sentimiento agridulce. Por una parte, era consciente de las servidumbres que le acarreaba la culpa por la marcha de su madre, pero, por otra, el dolor lo ayudaba a recordarla. Desprenderse de él equivaldría a perderla definitivamente; y Ander siempre había albergado la esperanza de reunirse con ella otra vez. Jamás se le había pasado por la cabeza que pudiera estar muerta; era una idea inasumible. Alzó su vaso en alto e hizo el gesto de un brindis.

—Que así sea. —Se bebió el contenido de un solo trago y posó el vaso en la mesa—. De todos modos, ahora mismo hay un tema que me preocupa más.

—¿En serio? —preguntó Julia con cara de sorprendida—. ¿Cuál?

—Si he hecho bien mi trabajo y hemos atrapado a la auténtica culpable en el caso de las youtubers suicidas.

El rictus serio de Julia le mostró que había tocado hueso.

—Explícate —dijo la psicóloga de un modo lacónico.

Ander se encogió de hombros.

—Primero detuvimos a Iraia y todo parecía indicar que ella era la responsable de los asesinatos de Laura y Peru, y responsable también de los asesinatos en tentativa de las otras tres chicas. El tiempo y la

perspicacia de Miren demostraron que tu hija era inocente, y la culpabilidad recayó en Olga Revuelta, amiga íntima de Iraia, muchacha a la que tú ayudabas permitiéndole trabajar en la limpieza de tu gabinete por caridad cristiana.

Julia soltó un bufido al escuchar esto último y fijó unos ojos afilados como cuchillas en Ander.

—Ese vaivén de culpables ha sido fruto de vuestras pesquisas. Vosotros sabréis lo que hacéis. No entiendo qué tiene que ver todo eso conmigo. La agente Zarandona sí creía haber detenido a la auténtica culpable.

—En efecto. Ella analizó las pruebas e hizo caso a su intuición acertadamente. La cuestión no es saber si Olga es la autora material, sino si hay más culpables aparte de ella. Olga pudo no haber actuado sola.

—Lo confesó todo en mi despacho. Escucha la grabación. —Julia se levantó de golpe y cogió el bolso con la intención de marcharse.

—La he escuchado, Julia. Precisamente esa grabación me ha abierto los ojos. ¿Qué es lo que dijo Olga? —preguntó Ander acariciándose la barbilla en un ademán exagerado de pensar—. Ah, sí. «Yo soy tu producto. Me moldeaste a tu antojo».

La psicóloga sacudió la cabeza con fuerza a modo de negativa.

—Estaba fuera de sí, enajenada, no era consciente de lo que decía.

Ander se puso en pie y se dirigió hacia la puerta para acompañar a Julia a la salida.

—Supongo que eso es lo que alegaría en un juicio. Bien jugado. Eres una mujer extraordinaria, con una fuerza de absorción absoluta, irresistible, como uno de esos imanes de gran tamaño ante los que las insignificantes piececitas metálicas nada pueden hacer. Todas sucumben a su atracción. —Ander abrió la puerta de par en par y permitió el paso a la psicóloga—. Pero hay dos episodios en tu vida que, en mi opinión, están directamente relacionados con el caso de las youtubers suicidas, y me llaman poderosamente la atención.

Julia frenó en seco y quedó de perfil frente a Ander. Introdujo su mano en el bolso e, instintivamente, los músculos del inspector se contrajeron y se activaron alarmados. Lentamente, la psicóloga sacó un cigarrillo de una pitillera dorada y lo prendió con un mechero a juego.

—Dispara, inspector —dijo soltándole el humo a la cara.

Ander inspiró con fuerza ese aroma que venía de su interior y que sabía que no volvería a paladear nunca más.

—Tu primer marido murió ahorcado en vuestra casa de verano en Cascáis. Pedí el informe a la policía portuguesa y me llegó hace dos días. No pudieron hacerle la autopsia porque lo incineraste al día siguiente de su muerte.

—Esa fue su voluntad.

—Seguro que sí. Los episodios de abusos sexuales de Iraia por parte de su padre jamás se documentaron. No hubo denuncia por tu parte. Eso no implica que no existieran, lo sé. Pero la chica relató, en sus interrogatorios en la comisaría de Deusto, que sufría ausencias esporádicas, tras las cuales no lograba acordarse de lo sucedido. Quizás se tratasen de sesiones de hipnosis.

Julia continuó fumando sin mirarlo a los ojos. Escuchaba paciente, tratando de ver adónde quería ir a parar el inspector.

—Desde luego, llama la atención la similitud entre las muertes de tu primer marido y la de Laura. La cuestión es que en estos momentos la fiscalía va a presentar una acusación formal contra Olga Revuelta por los crímenes y con ella concluye el episodio de las youtubers. Lo cierto es que las pruebas presentadas son suficientes como para condenarla.

»Pero no olvido que fue la ruptura con Peru la que arrastró a Iraia al intento de suicidio. Eso para una madre es muy duro. Y la vida me ha enseñado que la venganza es el móvil más poderoso. En el fondo, te cuento esto para hacerte partícipe de mis investigaciones. El hecho de que no pueda probarlo no significa que no sea cierto. Yo soy una persona cuya única misión es hallar la verdad e impartir justicia. No me detendré jamás. Necesitaba decírtelo.

Julia soltó la última bocanada de humo y arrojó la colilla al suelo. Usó la punta de su zapato de cuero marrón para apagarlo.

—Gracias por la información, querido. La tendré en cuenta. —Se acercó hasta estar a un palmo de la cara de Ander y se la agarró con ambas manos antes de darle un largo beso. Sus labios de seda conservaban aún un leve regusto a nicotina—. Escúchame ahora tú a mí. No puedes normalizar el dolor, convertirlo en crónico. Piensas que lo tienes controlado, que puedes moldearlo, regularlo, apartarlo cuando así lo dispongas. Te equivocas. Tarde o temprano tendrás que acabar con él, si no quieres que él acabe contigo. Porque, a pesar de lo inteligente que eres, hay algo que ignoras, inspector. El dolor es subjetivo, pero la herida, no.

Ander siguió su caminar con la vista mientras se dirigía con pasos seguros hacia el Mini Cooper rojo que había aparcado al fondo de la calle. Los lametazos de Gorritxo en el dorso de la mano lo devolvieron a la tierra y actuaron como bálsamo ante tanto remordimiento y desengaño.

Capítulo 49

El domingo once de septiembre amaneció con una brizna de frescor que duró exactamente el mismo tiempo que necesitó el astro rey para abrirse paso en el cielo y ocupar su lugar. Al verano se le estaba quedando corto el calificativo de tórrido; se estaba convirtiendo en una auténtica barbacoa en el infierno.

Ander emitió dos silbidos agudos que resonaron por la explanada del monte Cobetas. Las lesiones producidas por el accidente de coche en Urdaibai aún no habían sanado. Cojeaba de manera ostensible de la pierna derecha, la pierna del acelerador, lo que imposibilitaba que pudiera acompañar a Gorritxo en sus carreras matinales. Tenía que conformarse con esperarlo sentado en una suave pendiente desde la que dominaba toda la extensión de terreno por donde el perro brincaba y corría alegremente.

Gorritxo llegó a él con la lengua fuera. El calor comenzaba a notarse y el sol caía sobre el llano como un martillo sobre un yunque, inmisericorde. Ander lo cogió de la cabeza y la acercó a la suya. La presencia de Gorritxo había sido imprescindible para superar los últimos días de convalecencia. La suspensión provisional de su puesto de trabajo le preocupaba poco; era consciente de lo que había hecho y, aunque no estaba claro cuál terminaría siendo la versión oficial de los hechos acaecidos en Urdaibai, en esos momentos su seguridad laboral era lo que menos le inquietaba. Había otros temas que centraban su atención. Por ejemplo, la salud de su padre. La historia de su vida dictaba que cada ocasión en la que se sumergía en un caso, desatendía a su familia. El caso de Arregui no había sido una excepción.

La semana larga de reposo obligado le había brindado la oportunidad de reflexionar sobre su forma de afrontar la vida y el modo en el que eso afectaba a las personas a las que amaba: Amaia y su padre. Antes del asesinato de Arregui creía tener encarrilada la situación. Había trazado con claridad una línea que dividiera la vida laboral de la familiar y mantuvo esa separación a rajatabla. Acudía a visitar a su padre a la residencia con regularidad y quedaba a comer con su hija todas las semanas. Por una vez en la vida, Ander parecía llevar su vida familiar con pulso firme, tomando las decisiones correctas en cada instante.

Una sombra se deslizó sobre el césped con movimientos pendulares. Ander ahuecó la mano para utilizarla a modo de visera y miró hacia el cielo. Allí, elevada a gran altura, vio la figura oscura de un águila recortada contra el sol. Planeaba majestuosa, dejándose llevar por las corrientes de viento y por la inercia del aleteo. Vigilante, avistaba las inmediaciones desde una posición privilegiada. Ander admiró su capacidad. Siempre lo había hecho. De pequeño pasaba horas observándolas planear desde las altas peñas del monte Amboto hasta su valle cercano. En el fondo, su labor no difería demasiado de la de esa ave imperial, pues él también tenía que velar, desde la distancia, por el buen hacer del ser humano. Debía planear cuando no se cometiera delito alguno, y caer en picado sobre el criminal cuando así sucediera. Parpadeó cegado tras haber mirado demasiado tiempo directamente al sol. Se levantó percibiendo estrellitas fugaces en su campo visual y se dirigió a casa con Gorritxo pegado a la pierna.

Apoyado entre el felpudo y la puerta encontró un ejemplar del diario El Correo de ese día. El periódico estaba envuelto en una bolsa de plástico. Sonrió. Sin leerlo, sabía exactamente lo que contaría.

En la conversación que había mantenido con Torres en el hospital, le había dejado bien claro a su jefe que le daba un tiempo para arreglar las tensiones internas inherentes a su cargo, pero que, al cabo de ese plazo, la verdad debería de salir a la luz. Una verdad que implicaba desvelar la existencia de los Itzalak, dando a conocer la identidad de sus miembros más prominentes; además del asunto más espinoso: hacer pública la implicación del lendakari en los crímenes del solsticio de invierno. Los días pasaban y Torres no cumplía con su parte. Por lo que Ander se vio en la obligación de pasar al plan B: Iskander Alonso.

El encuentro entre ambos tuvo lugar varios días después de abandonar el hospital. El lugar, los Multicines de Bilbao. Un reducto para los cinéfilos más auténticos, aquellos que huían de las proyecciones comerciales y buscaban propuestas independientes. Lógicamente, ello implicaba que a cada sesión acudiera un número muy reducido de espectadores. Lo que servía perfectamente al propósito de Ander.

El inspector se sentó en la última fila. Otros dos espectadores aguardaban, en sillones distanciados, a que comenzara la emisión. Cuando empezaron a proyectar los anuncios previos a la película, Ander pensó que Iskander no aparecería. Había concertado la cita a través de Miren y se inquietó ante la perspectiva de que el redactor de El Correo no se hubiera tomado en serio el mensaje entregado por su compañera.

Pero sus dudas se disiparon al ver asomar por la puerta la figura

alargada del periodista. Localizó al inspector de un vistazo y acudió junto a él deslizándose por el corto pasillo.

—Cuánto tiempo —saludó en un susurro mientras tomaba asiento en la butaca contigua.

—Tres años —asintió Ander.

De reojo, pudo comprobar que los años habían curtido al redactor. Sus ojos aparecían socavados en dos hendiduras amoratadas, se había dejado una barba que le crecía rala e irregular, con mayor densidad junto a las orejas que en los maxilares. El olor a sudor que desprendía su camiseta habría incapacitado permanentemente a cualquier sumiller y las zapatillas estaban atadas con cordones reciclados de otros calzados. Su imagen no distaba en gran medida de la de un sintecho. Ander dedujo que estaría trabajando infiltrado en algún reportaje de investigación, su auténtica especialidad.

—Me acuerdo de ti cada Navidad, cuando trato de hincarle el diente al turrón duro —dijo sacando a colación el momento en el que, tres años atrás, Ander le había soltado un derechazo en la mandíbula que le hizo besar la lona o, para ser más precisos, la baldosa bilbaína.

—Nunca te pedí perdón por esa agresión. —Ander agachó la cabeza y entrelazó las manos sobre su regazo—. Estuvo mal. Muy mal. Ese día perdí los nervios y lo pagué contigo. —Se giró hasta encarar la mirada del redactor. Ambos la sostuvieron durante unos segundos. Pupilas dilatadas sumidas en la oscuridad—. Lo siento, Iskander. De verdad que lo siento.

El redactor amusgó los ojos hasta mostrar una fina línea brillante en la oscuridad. Sonreía.

—Ese episodio está olvidado. En la vida hay que pasar página rápido si se quiere sobrevivir. ¿Por qué me has citado aquí?

Ander sostuvo el puño a la altura de la barbilla de Iskander y lo giró abriéndolo como una flor. En la palma reposaba un pendrive. El redactor lo miró durante unos segundos. Después lo tomó con un movimiento rápido y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué me voy a encontrar ahí dentro?

—La verdad.

—¿La verdad sobre qué?

—Está todo escrito. Hay un informe detallado que lo explica todo. El resto del material son pruebas. Como entenderás, esas no pueden ser publicadas; pero puedes mencionarlas aludiendo a fuentes próximas a la investigación. Jamás uses mi nombre ni el del Grupo 4. Si te ves en la obligación de concretar más tu fuente, di que proviene de la Comisaría Central de Erandio. Eso les tendrá entretenidos en pleno aquelarre paranoico.

Ander se levantó de su asiento y pasó frente a Iskander, dispuesto a abandonar el cine. En ese momento, su muñeca huesuda aferró con

firmeza el brazo del inspector.

—Al final tampoco lo hice tan mal, ¿no crees?

Ander sabía a lo que se refería. El motivo por el que le sacudió el puñetazo en su día fue por la inacción del periodista. Él había confiado mucho, quizás demasiado, en su capacidad de investigador. Le envió el expediente de desaparición de cada chica nueva que señalaba H9 en sus escenas del crimen. Perdió los nervios cuando vio pintado con aerosol en aquel callejón anegado el número del expediente de su hermana Enara. Esa fue la gota que colmó el vaso.

Pero, para ser justo, Iskander se rehízo meses después y se redimió al destapar la implicación de Astrid Nilsson en los crímenes de Carranza, así como la forma en la que la oncóloga engañaba a sus pacientes —presentándoles diagnósticos falsos de otros pacientes que se encontraban en fase terminal—, para que la siguieran en su ritual delirante del solsticio de invierno. Iskander lo descubrió al investigar la muerte de Nerea Aguirre, la enfermera de prácticas que había detectado el cambiazo de diagnósticos y que murió al echárselo en cara a la sueca. El periodista tiró del hilo a partir de allí y logró desvelar la verdad.

—No, tienes razón. Al final hiciste un gran trabajo. —Ander le apretó el hombro a modo de reconocimiento. Abandonó la sala.

Cinco días después de ese encuentro, Ander tenía sobre la mesa los primeros resultados. Un gran titular, acompañado por las fotos de Lopategui y del lendakari, avanzaba la noticia principal de la portada del diario:

EL CRIMEN ANIDA EN EL PODER

Según ha podido saber este diario, durante muchos años ha venido operando, entre las sombras, un grupúsculo de ertzainas corruptos que, aprovechándose de su posición de fuerza y de la información privilegiada de la que disponían, desarrollaban un doble juego entre la ley y el crimen.

La organización se hacía llamar los Itzalak y su elocuente lema decía «no hay sombras en la oscuridad». Toda una declaración de intenciones. El cabecilla de esta mafia era el difunto Moncho Lopategui, quien, hasta fechas recientes, ha venido desempeñando el influyente cargo de director de la División de Investigación Criminal de la policía autónoma vasca.

A falta de confirmación oficial, El Correo también ha descubierto la más que probable implicación del lendakari Aingeru Elguezabal —fallecido recientemente en accidente de tráfico— en los sórdidos asesinatos rituales llevados a cabo el solsticio de invierno, que sacaron a la luz los desenterramientos

de Carranza y Mungia.

Ander continuó leyendo el interior del periódico con una sonrisa. Sacó el teléfono móvil del bolsillo. Tenía cientos de llamadas perdidas. Lo agarró entre los dedos y lo lanzó sobre el sofá. Sabía quién lo había llamado y de qué lo acusaría. Torres estaría rojo de la furia. Probablemente su tensión se aproximaría a la órbita de Marte, aunque, francamente, a Ander le importaba un comino.

En las páginas interiores se describía, con todo lujo de detalles, aquello que el inspector le había redactado a Iskander. Toda la trama de los Itzalak, los agentes implicados, los policías que, en su día, los acusaron y la suerte que corrieron por ello. Pero todo lo que salía publicado no era cosecha de Ander. El redactor también había hecho trabajo de campo. Así fue como Ander descubrió que, en el cobertizo de Lopategui, en el que habían encontrado la cartera de Arregui y muestras de su ADN, la Ertzaintza también halló, enterrados bajo el suelo de hormigón, trescientos kilos de cocaína. Los compañeros de narcóticos verificaron la procedencia de la mercancía: el puerto de Rotterdam. Los Itzalak tenían conexión directa con la temible Mocro Maffia de los Países Bajos.

Ander apartó el periódico a un lado y abrió los ojos de par en par. Esos holandeses no solían tomarse a bien perder alijos tan grandes. Había oído que la organización había pasado de ser una más en sus inicios, a ir infiltrándose paulatinamente en la sociedad holandesa. En la actualidad, llegaba a todas sus capas. Nadie se podía considerar a salvo de su ira ni de su influencia. Tenía al país atemorizado, al estilo de los cárteles mexicanos. ¿Habrían logrado hacerlo también en la sociedad vasca? Se hizo un apunte mental para consultarlo con sus compañeros especializados en bandas cuando volviera de la suspensión. Si es que volvía.

Continuó ojeando. El artículo dedicado al lendakari era más comedido. Se apuntaba su culpabilidad, aunque sin negarle el beneficio de la duda. Los dos cadáveres hallados en la propiedad del Parque Natural de Izki estaban allí, así como una alusión a la investigación del interior de la casa. Pero no se mencionaba en ninguna parte la habitación en la que Akerbeltz había consumado sus últimos crímenes. Ni se señalaba al lendakari como el portador de la máscara de macho cabrío que aparecía en los videos que tenía en su poder Carlos Bonaparte. Tampoco se le acusaba de lo que realmente era, el auténtico verdugo de todas esas chicas.

Volteó la última página del diario y se quedó reflexionando, contemplando el horizonte desde el interior de su casa. Iskander había realizado un gran trabajo. Era un buen comienzo. Tendría un efecto balsámico, desatascador. Las clases dirigentes, que se habían ocupado

de contener la verdad para que la basura no los salpicara, serían ahora las primeras en saltar del barco y apuntar a sus antiguos compañeros y superiores como culpables. Ander no los responsabilizaba, actuaban en virtud del instinto de supervivencia. Aunque sí los despreciaba, porque cuando la encrucijada te lleva a elegir entre la justicia y la injusticia, la elección ha de ser sencilla.

Miró el reloj y dio un respingo. Tenía que ponerse en marcha, pronto llegarían los invitados. Ander había organizado una barbacoa a la que acudirían todos los miembros del Grupo 4, Amaia y su padre, al que permitían salir a pasar el día con la familia los domingos. Fue a la nevera y comenzó a sacar comida.

Capítulo 50

Las ascuas chisporroteaban al moverlas para extenderlas por toda la cama sobre la que luego colocaría las parrillas metálicas. Ander se alejó de ellas cuando una lengua de calor lamió su torso. Estaba chorreando de sudor. La camiseta de tirantes negra disimulaba el hecho, pero él necesitaba beber regularmente de la botella de agua de dos litros que se había preocupado de tener bien a mano para no deshidratarse. A escasos metros de la barbacoa, había desplegado un amplio cenador de tela blanca, con el fin de preservar la intimidad frente a los vecinos que, después del intento de asesinato que había sufrido aquella madrugada, se pensaban que cualquier ruido proveniente de su casa era una señal de alarma.

Saludó amablemente con la pinza de cocina a la vecina del segundo y le regaló una sonrisa tranquilizadora. Ella le devolvió el saludo, aunque no la sonrisa, y regresó al interior de su piso. Algunos vecinos se habían quejado por el hecho de que Ander suscitara tanto interés entre los criminales. Se temían que algún día acabara salpicándoles a ellos.

—Aita, ¿necesitas que te eche una mano? —preguntó Amaia.

Acababa de llegar con su abuelo de la residencia. Carmelo estaba sentado en una silla de plástico dentro del cenador. No había abierto la boca desde que había llegado, ni siquiera para saludar a su hijo. Obedecía las indicaciones de su nieta, pero se mostraba más ausente de lo habitual, como si su atención volara a cientos de kilómetros de Altamira.

—Sí, laztana. Hazme el favor de meter alguna cerveza más en la nevera. Están en el almacén del sótano. —Señaló hacia la casa.

—De acuerdo.

Antes de partir, Ander la sujetó del brazo y se acercó a ella para hablarle en voz baja. No quería que a su padre le llegara la conversación.

—Por cierto, Amaia, ¿aitite lleva así muchos días? Lo veo muy triste.

—Hace cosa de una semana que empezó a estar así de alicaído. Pregunté en la residencia y me comentaron que se podía deber a que una mujer con la que se entendía muy bien había abandonado el lugar.

—Entonces tendremos que ser más pacientes con él.

Amaia asintió y le dio una palmadita a su padre en el hombro antes de acometer la tarea asignada.

Media hora después aparecieron Alday, Miren y Gardeazabal con el postre. El inspector se mostraba muy recuperado de sus heridas. Aún llevaba el brazo en cabestrillo. El hachazo en el hombro le había destrozado la clavícula. La recuperación sería larga. Miren y Alday aparecieron en el jardín tratando de poner la mayor cantidad posible de tierra de por medio entre ellos. Conocedores de que su jefe era consciente de su relación, no querían que Gardeazabal también se lo oliera. Porque de ser así, les esperaba una barbacoa infernal de chanzas y cachondeo made in Gardeazabal.

—Aquí llega la jauría hambrienta y este veterano tullido —bromeó el inspector—. Espero, al menos, que estos días de inacción no te hayas bebido todas las cervezas. Sé que las guardas en el almacén del sótano.

Tras saludarse, todos tomaron asiento a la mesa. Dispuestas sobre ella, Ander había colocado dos bandejas repletas de langostinos recién asados a la plancha, una gran ensalada mixta, jamón de Jabugo, queso y un par de bloques de micuit de pato. Los presentes tomaron asiento y empezaron a servirse las delicias.

—Me encanta esta comida de hermandad del grupo —dijo Miren pelando con cara de concentración uno de los langostinos—. Tendríamos que hacerlo más a menudo.

—No te preocupes, si acaban suspendiéndome definitivamente, la podré hacer todos los meses —dijo Ander, que traía agarrada con ambas manos una gran bandeja metálica con tres chuletones de ternera troceados.

—¡Vamos, jefe! Eso no va a suceder —dijo Alday untando micuit en un panecillo de arándanos.

Ander se encogió de hombros y comenzó a repartir los pedazos de carne entre los platos. Se sentó junto a su padre y le partió la carne en trozos pequeños.

—¿Cómo está el ambiente por la comisaría? —preguntó al final, dirigiéndose a Miren.

La agente movió la cabeza a los lados mientras trataba de masticar la carne del crustáceo.

—Alday y yo hemos estado cerrando el caso de las youtubers suicidas. No hemos podido socializar mucho. Si te refieres a cómo ha estado Sánchez con nosotros, la respuesta es que como siempre. No le he notado nada raro. Supongo que el tsunami estará sacudiendo la Comisaría Central y las altas esferas. No me gustaría estar en la dirección del cuerpo en estos momentos.

—Menos aún después de lo que cuenta El Correo hoy. Parece que

alguien ha decidido sacar el ventilador y esparcir toda la mierda —dijo Gardeazabal y le guiñó el ojo a Ander.

El inspector jefe se ocupaba de que su padre tragara bien la carne y de que tuviera a mano el jamón y el queso, dos de sus comidas favoritas. Se giró hacia Gardeazabal y esbozó una media sonrisa.

—Quienquiera que lo haya hecho, ha echado un gran capote a nuestra sociedad. El tejido muerto hay que limpiarlo para que no afecte al resto del cuerpo. De lo contrario se enquista, aumenta la carga bacteriana.

—A mí me parece genial, jefe —dijo Alday—. Esos compañeros eran basura. Son los responsables de la muerte de Arregui y eso es algo que no permitiremos que se pase por alto. —Alzó su cerveza e hizo un brindis—. Por nuestro amigo, por nuestro compañero, por Arregui.

—¡Por Arregui! —El resto del grupo se unió al brindis al unísono.

El silencio dominó el momento posterior. Todos parecieron encerrarse en algún recuerdo, algún instante vivido junto a él.

—Sinceramente, creo que estaría orgulloso de lo que hemos descubierto. De que no nos hayamos detenido ante nada ni ante nadie —dijo Alday.

—Hemos estado a su altura. Es lo mejor que se puede decir —sentenció Ander.

Un murmullo de asentimiento recorrió la mesa. Miren carraspeó.

—Sin embargo, yo, particularmente, creo que no he estado a la altura del grupo.

Ander giró la cabeza, sorprendido.

—¿Por qué lo dices?

—No estoy segura al cien por cien de haber detenido a la verdadera responsable de los crímenes de Laura y de Peru —dijo y hundió la mirada en el plato.

Alday guardó silencio. Era un tema que ya había hablado con ella. Aunque, por más que intentara hacerle ver que todas las pruebas apuntaban lo contrario, Miren se obcecaba en mantener esa incertidumbre atormentadora.

—Lo has hecho de lujo, compañera —dijo Gardeazabal—. Estoy muy orgulloso de ti. A partir de ahora sé que contigo siempre tendré las espaldas cubiertas. La duda es algo que nos acompaña a los investigadores. No seas dura contigo misma.

Miren alzó la vista y le dedicó una sonrisa triste al veterano inspector.

—Gracias, Garde.

—Él tiene razón —añadió Ander—. Entiendo perfectamente cómo te sientes, pero has de saber que hoy tenemos a la autora de los crímenes gracias a tu instinto, y a nada más que a eso. Te lo debemos

a ti, la sociedad te lo debe a ti. Hoy, los familiares de Laura y Peru pueden dormir más tranquilos porque se ha hecho justicia con sus seres queridos. Y todo ha sido gracias a ti.

Las lágrimas comenzaron a asomar a los ojos de Miren. No era habitual escuchar a su jefe regalando el oído.

—No me cabe la menor duda de que hemos detenido a la autora material de los asesinatos en el caso de las youtubers suicidas —continuó Ander—. Otra cosa distinta es si hemos capturado a la responsable. Por eso dudas, al igual que lo hago yo. Porque tu instinto policial es tan fino que detecta las anomalías. Cualquier inspector de nuestro cuerpo habría comprado la versión de que Olga Revuelta es la única responsable de todos los desmanes cometidos este último mes. Pero tú no eres una policía cualquiera. Por eso sientes que has fallado.

—No lo has hecho —dijo Gardeazabal y le apuntó con el cuello del botellín de cerveza.

—Por supuesto que no —dijo Ander—. Quizás algún día sepamos toda la verdad; por ahora, nos conformaremos con la verdad que sabemos.

—Gracias, Ander. —Miren alzó el botellín en dirección a su jefe.

Amaia se estiró para coger una loncha de jamón y le dio un codazo a su padre.

—Aita, ¿por qué no le preguntas a aitite cuál es el motivo de su estado melancólico? Está más mustio que el césped de tu jardín —dijo la joven señalando la hierba amarillenta y seca.

Ander asintió. Se limpió los labios con la servilleta y cogió a su padre de las manos hasta lograr que este lo mirara a los ojos.

—¿Qué te sucede, aita?

La barbilla de Carmelo tembló levemente antes de contestar con voz queda y ronca.

—Me ha vuelto a dejar.

Ander lo miró apenado por las secuelas que el alzhéimer estaba mostrando en él. Se le veía hecho un ovillo, empequeñecido, como si el avance pertinaz del tiempo estuviera erosionándole el alma.

—¿Quién te ha dejado?

El anciano tensó los labios en una sonrisa fina y le dio una palmada cariñosa en la mejilla a su hijo.

—Tú ya lo sabes, hijo. Eres muy inteligente.

Ander se giró hacia Amaia y amusgó los ojos a modo de pregunta.

Ese gesto actuó de espoleta en la joven que, de pronto, se dio una palmada sonora en la frente.

—Casi se me olvida. La enfermera de la recepción de la residencia me dijo que tenía que hablar contigo. Me contó una historia de que le habías dejado tu número, pero que lo había perdido. No entendí nada. El caso es que me ha pedido que la llames hoy. Trabaja en el turno de

tarde.

Amaia le pasó a Ander un número de teléfono apuntado en un pósit.

El inspector tomó la nota mecánicamente. Tuvo que hacer memoria para recordar el día en el que había hablado con la enfermera. El último mes había sido tan intenso que todo aquello que no guardara relación con los casos había pasado a un cajón lejano de su conciencia. El cajón de asuntos a tratar en el futuro.

Pero Ander recordó la conversación. Todo había sucedido a raíz de un comentario que hizo su padre. Decía que Begoña, su esposa desaparecida, lo había ido a visitar a la residencia. Obviamente, Ander no dio ninguna credibilidad a sus palabras. De todos modos, preguntó en la recepción si su padre había recibido visitas últimamente. Le dijeron que no. Era la respuesta esperada. Le dio su teléfono a la enfermera, pidiéndole el favor de que lo llamara si una mujer de avanzada edad visitaba a su padre.

Ander se levantó de la mesa y se apoyó en la puertaventana del salón. Marcó los números y esperó a que alguien contestara. Amaia no le quitaba ojo y él la saludó con la mano para tranquilizarla.

—¿Quién es? —contestó una voz chillona al cuarto tono.

—Buenas tardes, soy Ander Crespo, el hijo de Carmelo Crespo. Me ha dicho mi hija que quería comentarme algo.

—Ah, sí, hablamos hace unas semanas sobre las visitas de su padre y me pidió que lo llamara si había alguna novedad.

—Así es —dijo Ander, que empezó a notarse nervioso.

—Pues tengo novedades. ¿Recuerda que mencionó que su padre decía que una mujer lo visitaba?

—Sí.

—Cometimos un error, me temo. No lo visitaba ninguna mujer de fuera de la residencia. La mujer a la que se refería su padre estuvo ingresada varias semanas con nosotros. Por eso no aparecía en el libro de visitas. Ya estaba dentro.

De pronto el aire parecía más viciado, el calor más sofocante. Ander notó que el oxígeno no le llegaba a los pulmones. Vio que Amaia se levantaba de la silla y que sus compañeros lo observaban expectantes.

—¿Cómo… cómo se llama la mujer? —preguntó con un hilo de voz.

—María Begoña Landeta. Hizo muy buenas migas con su padre. Pasaban muchísimas horas juntos.

Ander empezó a sentirse mareado, la cabeza le daba vueltas y parecía que las sienes le fuesen a estallar.

—Sus ojos, ¿de qué color eran sus ojos?

—Ah, sus ojos, sí. Los más extraños que haya visto en mi vida, uno

negro azabache y el otro verde esmeralda. Resultaban un tanto inquietantes, la verdad, pero…

Ander dejó de escuchar a la enfermera. Soltó el teléfono y cayó de rodillas al suelo. Hundió la cara en las manos incapaz de asimilar la noticia. Entonces fue cuando, sumido en ese estado de aturdimiento, comprendió las palabras de Julia a la perfección. El dolor es subjetivo, pero la herida, no. Sintió cómo esa herida supuraba e infectaba su organismo.

Amaia se tiró al suelo y lo zarandeó.

—¿Qué pasa, aita? Me estás asustando.

Ander la miró con ojos idos y lágrimas surcándole los pómulos como ríos de sal.

—Está viva. Ama[9] está viva.

[1] Padre (euskera).

[2] Madre (euskera).

[3] Abuelo (euskera).

[4] Cariño (euskera).

[5] Semana principal (euskera). Semana Grande de Bilbao en la que celebra sus fiestas.

[6] Sombra (euskera).

[7] No hay sombras en la oscuridad (euskera).

[8] Flor del sol (euskera) o cardo silvestre. Símbolo tradicional que se coloca en la puerta de entrada de algunos caseríos vascos para ahuyentar a los malos espíritus.

[9] Madre (euskera).